

Autobiografía

Por

G. K. Chesterton

***Free*editorial** 

I

TESTIMONIO DE OÍDAS

Doblegado ante la autoridad y la tradición de mis mayores por una ciega credulidad habitual en mí y aceptando supersticiosamente una historia que no pude verificar en su momento mediante experimento ni juicio personal, estoy firmemente convencido de que nací el 29 de mayo de 1874, en Campden Hill, Kensington, y de que me bautizaron según el rito de la Iglesia anglicana en la pequeña iglesia de St. George, situada frente a la gran Torre de las Aguas que dominaba aquella colina. No pretendo que exista ninguna relación significativa entre ambos edificios y niego rotundamente que se eligiera aquella iglesia porque yo necesitara para convertirme en cristiano toda la energía hidráulica del oeste de Londres.

Sin embargo, como contaré a continuación, la gran Torre de las Aguas habría de tener un papel significativo en mi vida; pero mientras que esa historia está relacionada con mi propia experiencia, mi nacimiento (como ya he dicho) es un incidente que acepto, como cualquier pobre campesino ignorante, sólo porque me ha sido transmitido verbalmente. Y antes de abordar cualquiera de mis experiencias personales, estará bien dedicar este breve capítulo a unos cuantos datos de mi familia y entorno, que me han llegado de forma igualmente precaria como simples testimonios de oídas. Por supuesto que lo que muchos llaman testimonio de oídas, o lo que yo llamo testimonio humano, podría cuestionarse en teoría, como en la controversia baconiana o en gran parte de la discusión teológica. La historia de mi nacimiento podría ser falsa. Podría ser el heredero, perdido durante tanto tiempo, del Sacro Imperio Romano o un niño abandonado por unos rufianes de Limehouse en el umbral de una casa de Kensington que en su madurez desarrolló una abominable herencia criminal. Algunos de los métodos escépticos aplicados al origen del mundo podrían aplicarse a mi origen, y un investigador serio y riguroso llegaría a la conclusión de que yo no había nacido jamás. Pero prefiero pensar que el sentido común es algo que mis lectores y yo compartimos, y que serán pacientes con el aburrido sumario de los hechos.

Nací de padres respetables pero honestos, es decir, en un mundo en el que la palabra «respetabilidad» aún no era sólo un insulto, sino que todavía conservaba una débil conexión filológica con la idea de ser respetado. Es cierto que, incluso en mi propia juventud, el sentido de la palabra ya había comenzado a cambiar, según se desprendía de una conversación entre mis padres en que usaban el término en sus dos acepciones. Mi padre, un hombre sereno, con humor y muchas aficiones, comentó de pasada que le habían

pedido que formara parte de la junta parroquial, lo que por aquel entonces se llamaba The Vestry. Al oírlo, mi madre, que era más rápida, inquieta y en general más radical en sus impulsos, lanzó una especie de alarido de dolor y dijo: «¡Oh Edward, no lo hagas! ¡Te volverás respetable! Nunca hemos sido respetables y no vamos a empezar a serlo ahora». Y recuerdo cómo mi padre le respondió apacible: «Querida, dibujas un panorama bastante sombrío de nuestras vidas cuando dices que no hemos sido respetables ni un solo momento». Los lectores de *Orgullo y Prejuicio* percibirán algo de Mr. Bennet en mi padre, pero, en cambio, no hallarán nada de Mrs. Bennet en mi madre.

En fin, lo que quiero decir es que mi familia pertenecía a esa anticuada clase media inglesa en la que un hombre de negocios podía estar ocupado en sus propios asuntos. No tenían ni el más ligero atisbo de lo que sería nuestra posterior y dominante visión del comercio, de esa concepción más avanzada y aventurada en la que se supone que un hombre de negocios puede rivalizar, arruinar, destrozar, absorber y tragarse los negocios de cualquiera. Mi padre era un liberal de la escuela anterior a la aparición del socialismo; daba por sentado que cualquier persona cuerda creía en la propiedad privada, aunque él no se preocupara de poner en práctica estos presupuestos cuando creó su propia empresa. Era uno de esos individuos que siempre tienen suficiente éxito, pero que son poco emprendedores en la acepción moderna del término. Mi padre estaba al frente de una agencia inmobiliaria y de topógrafos, radicada en Kensington, que pertenecía a la familia desde hacía unas tres generaciones. Recuerdo la especie de patriotismo localista que ello suscitaba y la ligera renuencia en los miembros mayores cuando los más jóvenes propusieron por primera vez que deberían abrirse sucursales fuera de Kensington. Esta particular suerte de discreto orgullo era muy característica de aquellos antiguos hombres de negocios, y recuerdo que, en cierta ocasión dio lugar a una comedia de malentendidos que difícilmente habría podido ocurrir de no haber existido aquella secreta autocomplacencia ante cualquier exaltación de lo local. El incidente ofrece más de un indicio del tono y la conversación de aquellos lejanos días.

Mi abuelo, el padre de mi padre, era un hermoso anciano, de pelo y barba blancos, y modales que tenían algo de aquella solemnidad refinada que solía ir acompañada de la obsoleta costumbre de ofrecer brindis y dedicatorias. Mantenía la vieja costumbre cristiana de cantar en la mesa y no resultaba incongruente oírle entonar «The Fine Old English Gentleman», así como otras canciones aún más pomposas de la época de Waterloo y Trafalgar. Y, al hablar de esto, quiero señalar que después de haber conocido la *Mafeking Night* y las patriotas canciones posteriores, guardo un considerable respeto por aquellas viejas y pomposas canciones patrióticas. En verdad creo que era mejor para la tradición de la lengua inglesa escuchar versos tan retóricos como estos sobre Wellington junto al lecho de muerte de Guillermo IV:

Porque él llegó sobre el ala del Ángel de la Victoria
pero el Ángel de la Muerte estaba esperando al Rey,
que quedarse totalmente satisfecho aullando los versos que veinte años
después se escuchaban en todos los music-halls:

Y cuando decimos que siempre ganamos
y cuando nos preguntan cómo lo hicimos
orgullosamente señalamos a los soldados
de la Reina de Inglaterra.

No puedo evitar la sospecha de que la dignidad tiene algo que ver con el estilo, y de alguna forma los ademanes y las canciones de la época y el tipo de mi abuelo tenían mucho que ver con la dignidad. Pero, por muy acostumbrado que estuviera a los modales ceremoniosos, debió de quedarse perplejo ante un extraño caballero que entró en la oficina y, tras una breve consulta a mi padre sobre un negocio, pidió en voz baja el gran privilegio de ser presentado al más antiguo o vetusto jefe de la empresa. Luego, se aproximó a mi abuelo con profundas inclinaciones y reverentes alabanzas, como si el anciano fuera una especie de altar.

—Señor, es usted un monumento, todo un hito —dijo el extraño caballero.

Mi abuelo, en cierto modo halagado, murmuró cortés que ciertamente ellos llevaban en Kensington una buena temporada.

—Es usted un personaje histórico —dijo el desconocido admirador—; usted ha cambiado por completo el destino de la Iglesia y el Estado.

Mi abuelo, frívolamente, todavía pensaba que aquello era una manera poética de describir una agencia inmobiliaria con éxito. Pero mi padre, que había seguido de cerca las diatribas entre la rama conservadora y la liberal de la Iglesia anglicana y que había leído mucho sobre el tema, comenzó a divisar una luz. Recordó de repente el caso de «Westerton contra Liddell», en el que un miembro de una cofradía protestante demandó a un párroco por uno de los más oscuros delitos de papismo, posiblemente el de vestir una sobrepelliz.

—Y sólo espero —continuó con firmeza el desconocido, dirigiéndose aún al paladín protestante— que usted apruebe ahora cómo se llevan los servicios de la parroquia.

Mi abuelo comentó de forma cordial que a él no le importaba cómo se llevaban. Estas conspicuas palabras del paladín protestante lograron que su admirador le mirase con mayor asombro todavía; mi padre intervino y aclaró el error al señalar la tenue diferencia entre Westerton y Chesterton. He de añadir que, cuando contaban la historia, mi abuelo insistía en que él había

completado la frase «no me importa cómo se lleven» con las palabras (repetidas con un solemne movimiento de la mano) «mientras sea con respeto y sinceridad». Pero lamento decir que los escépticos de la generación más joven creían que aquello lo había pensado después.

Sin embargo, el asunto es que a mi abuelo le encantó y realmente no le sorprendió demasiado que le llamaran «monumento» e «hito». Y eso era típico de muchos hombres de clase media, incluso en aquellos pequeños negocios de aquel mundo lejano. Sin embargo, ese peculiar tipo de bourgeoisie británica a la que me refiero ha cambiado o se ha degradado tanto que no se puede decir que exista ya. Al menos, nada parecido puede encontrarse hoy en Inglaterra, y me imagino que nada parecido se encontró nunca en América. Una peculiaridad de esta clase media era que realmente era una clase y realmente estaba en medio, tanto para bien como para mal, y frecuentemente, con exceso, estaba separada tanto de la clase superior como de la inferior. Para gran peligro de la siguiente generación, no sabía nada de la clase trabajadora, y ni siquiera sabía nada de sus propios criados. Mi familia fue siempre muy amable con los criados, pero, en general, en su clase no existía ni la burda camaradería en el trabajo, propia de las democracias y patente en las chillonas y renegonas amas de casa europeas, ni vestigios de una cordialidad feudal como subsiste en la verdadera aristocracia. Había una especie de silencio y azoramiento evidente en otra anécdota de oídas que añadiré a la del paladín protestante. Una dama de mi familia fue a vivir a casa de una amiga que se había ausentado y fue recibida por una especie de ama de llaves. La señora tenía clarísimo que la sirvienta se prepararía sus comidas por separado y la sirvienta estaba firmemente convencida de que ella debería alimentarse de los restos de comida de la señora. Por ejemplo, la sirvienta le ponía para desayunar cinco lonchas de tocino, que era más de lo que la señora deseaba. Asimismo, la señora tenía otra fijación típica de las damas de su época: creía que no se debía desperdiciar nada, y no se daba cuenta de que lo no deseado, se desperdicia aunque se consuma. Así, cuando se comía las cinco lonchas, la sirvienta le ponía siete. La señora palidecía ligeramente, pero cumplía con su deber y se las comía todas. La sirvienta, que empezaba a pensar que también a ella le gustaría desayunar un poco, le servía nueve o diez lonchas. La dama, haciendo acopio de todas sus fuerzas, arremetía contra ellas y las hacía desaparecer. Y así, supongo, continuó el asunto, gracias al educado silencio de las dos clases sociales. No me atrevo a suponer cómo acabó aquello. La conclusión lógica sería que la sirvienta hubiera muerto de hambre y la señora hubiera reventado. Pero me figuro que, antes de llegar a ese punto, se abriría alguna vía de comunicación entre dos personas que vivían en dos pisos contiguos de la misma casa. En fin, ese era el punto débil de aquel mundo, el que no hiciera extensiva su confianza doméstica a los sirvientes de la casa. Los señores sonreían y se sentían superiores cuando leían que los antiguos vasallos

comían en mesas más bajas que las de sus señores, a las que no llegaba la sal, y continuaban sintiéndose superiores a sus propios vasallos, que ahora comían en el sótano.

Pero, por mucho que podamos criticar la vieja clase media y aunque suscribamos las inmortales palabras del Canto del Futuro:

Conciencia de clase tenemos y tendremos;

hasta que a la burguesía el cuello pisemos,

aquella clase social tiene derecho a que se le haga justicia histórica, y además también hay otros aspectos que merece la pena recordar. Uno es que, en cierta medida, fueron las «conquistas culturales» de este estrato de la clase media, y el que realmente fuera una clase educada, lo que la hizo excesivamente suspicaz respecto a la influencia de los sirvientes. Daba excesiva importancia a la ortografía y la pronunciación correctas; y ciertamente, ellos escribían y hablaban correctamente. Existía todo un mundo en el que era tan impensable deshacerse de un sonido como hacerse con un título nobiliario. Pronto descubrí, con la malicia propia de la infancia, que mis mayores tenían verdadero terror a que imitásemos la entonación y dicción de los criados. Me cuentan (por citar otra anécdota de oídas) que, en cierta ocasión, hacia los tres o cuatro años, gritaba pidiendo un sombrero colgado de una percha y que, al final, en plena convulsión furiosa pronuncié las terribles palabras: «Si no me lo dais, diré zombrero». Estaba seguro de que aquello pondría de rodillas a todos mis parientes en leguas a la redonda.

Y aquel cuidado por la educación y la dicción, aunque hoy me parezca criticable en muchos aspectos, tenía realmente su lado positivo. Significaba que mi padre conocía toda la tradición literaria inglesa y que yo me sabía de memoria gran parte de ella mucho antes de que pudiera entenderla. Me sabía páginas de Shakespeare en verso blanco sin tener ni idea de lo que significaban, lo que quizá sea la forma correcta de apreciar el verso. Y también cuentan que a los seis o siete años me desplomé en la calle mientras recitaba emocionado los siguientes versos:

Buen Hamlet, desecha esa tristeza que te agobia

y miren tus ojos como a un amigo al rey de Dinamarca,

no tengas para siempre baja la mirada

buscando en la tierra a tu esclarecido padre,

y en aquel preciso instante me di de narices contra el suelo.

Lo que tal vez se reconozca aún menos sea que la clase a la que me refiero no sólo estaba alejada de las llamadas clases bajas, sino también y de manera igualmente radical de las clases altas. En la actualidad, se puede afirmar, con

todas las salvedades necesarias, que esta clase se ha dividido en dos grandes grupos: los pretenciosos y los mojigatos. Los primeros son los que quieren entrar en sociedad; los segundos, los que quieren salir de ella y entrar en asociaciones vegetarianas, colonias socialistas y cosas por el estilo. Pero la gente a la que me refiero no era ni excéntrica ni pretenciosa. Por supuesto que en aquella época había abundancia de gente pretenciosa, pero estos de los que hablo eran realmente una clase aparte. Nunca se les ocurrió mantener con la aristocracia otras relaciones que no fueran de negocios. Había algo en ellos que desde entonces es muy raro encontrar en Inglaterra: estaban orgullosos de sí mismos.

Por ejemplo, casi todo el distrito de Kensington estaba, y está, trazado como un mapa o plano para ilustrar los Ensayos de Macaulay; nosotros, por supuesto, leíamos los Ensayos de Macaulay y en nuestro sencillo aislamiento, a menudo, incluso nos los creíamos. Conocíamos los grandes nombres de los aristócratas liberales que habían hecho la Revolución —y de paso su propia fortuna—, inscritos ostensiblemente en todos los inmuebles de Kensington. Cada día pasábamos delante de Holland House, una casa hospitalaria con Macaulay, y ante la estatua de Lord Holland, en cuya inscripción se hacía alarde de su parentesco con Fox y su amistad con Grey. La calle frente a la que fuimos a vivir llevaba el nombre de Addison; la última calle en la que habíamos vivido se llamaba Warwick, el hijastro de Addison. Más adelante, había una carretera que tomaba su nombre de la casa de Russell y al sur, otra llamada Cromwell. Cerca de nosotros, de nuestra casa natal de Campden Hill, aparecía el gran nombre de Argyll. Todos esos nombres me emocionaban como el sonido de los clarines, como a cualquier muchacho que leyera a Macaulay, pero jamás se me ocurrió que alguna vez pudiéramos conocer a alguien que se llamara así, ni siquiera que lo deseáramos. Recuerdo que mi padre se rio muchísimo al oírme recitar el siguiente verso de la vieja balada escocesa:

Allí surgió una gran disputa entre Argyle y Airlie.

Porque, como agente inmobiliario, sabía que la casa de Lord Airlie estaba en realidad bastante cerca de la de Argyll y que no había nada tan probable como que hubiera surgido entre ellos una gran disputa que afectara directamente a su negocio. Él tenía relaciones puramente comerciales con el duque de Argyll y me mostró una carta suya como curiosidad; pero a mí me pareció una maravillosa curiosidad de museo. Me resultaba tan impensable que McCallum More entrase a formar parte de mi vida social como que Graham de Claverhouse apareciera en la puerta principal a lomos de su gran caballo negro o que Carlos II se pasara por casa a tomar el té. Para mí el duque que vivía en la casa Argyll era un personaje histórico. A mi familia le interesaba la aristocracia porque aún era un asunto histórico. Merece la pena

mencionarlo porque es exactamente esa diferencia la que, para bien o para mal, justificó una pelea, o lucha encarnizada, de la que me ocuparé en páginas posteriores. Mucho tiempo después, tuve la suerte de tomar parte en una batalla política sobre la venta de títulos nobiliarios; muchos dijeron que malgastábamos nuestras energías denunciando aquella práctica, pero no era así. El trato que se daba a un título sí que suponía una diferencia; y soy lo bastante viejo como para constatar la diferencia que realmente ha supuesto. Si yo hubiera considerado a Lord Lorne alguien digno de respeto histórico y él me hubiera presentado a un desconocido Lord Leatherhead, yo habría considerado a este último digno de ese mismo respeto histórico. Si lo conociese ahora, sabría que podría ser cualquier prestamista salido de los bajos fondos de cualquier ciudad de Europa. Los honores no se han vendido, se han destruido.

Por razones totalmente distintas, merecería la pena mencionar aquí a una familia notable relacionada sólo por cuestiones mercantiles con el negocio familiar. La empresa era, y todavía es, una agencia del gran Phillimore Estate, propiedad de dos hermanos que desempeñaron importantes funciones públicas: el almirante Phillimore, muerto hace ya tiempo, y Phillimore, juez del Tribunal Supremo, uno de los jueces ingleses modernos más famosos, recientemente desaparecido. Nosotros no teníamos nada que ver con esta gente, ni lo intentábamos siquiera, aunque recuerdo más de un testimonio imparcial de la magnanimidad del viejo almirante. Pero menciono este vago entorno de las grandes propiedades de Kensington por otro motivo, porque el nombre de Phillimore, extraña e irónicamente, estaba doblemente destinado a mezclarse con mi vida futura. Nunca conocí al almirante, pero a su hijo, que por entonces debía de ser un muchacho de mi edad, lo conocí años después, lo quise y lo perdí como amigo y aliado en una causa que entonces habría parecido fantásticamente alejada de nuestra niñez. Y en cuanto al juez, hube de verlo sentado en el estrado mientras declaraba ante él en favor de mi hermano, sentado en el banquillo de los acusados del Oíd Bailey, y declarado culpable de patriotismo y civismo.

La familia de mi madre tenía un apellido francés, aunque, por lo que yo sé, tanto por mi propia experiencia como por lo que me han contado, la familia era completamente inglesa en lo que a lengua y costumbres se refiere. Había una especie de leyenda familiar que les hacía descendientes de un soldado raso francés de las guerras revolucionarias, al que habían hecho prisionero en Inglaterra, y que se había quedado allí como hicieron muchos. Pero, por el otro lado, mi madre descendía de escoceses, de los Keith de Aberdeen, y por diversas razones, en parte porque mi abuela materna sobrevivió mucho tiempo a su marido y tenía una personalidad muy atractiva, y en parte por el brillo que para mí tenía cualquier rastro de patriotismo o sangre escocesa, esta ascendencia norteña me atraía profundamente, y, durante mi infancia, mantuve

con Escocia una especie de idilio. Pero su marido, mi abuelo materno, a quien no conocí, también debió de ser una persona interesante y un tipo memorable, aunque no fuera un personaje histórico. Fue uno de los viejos predicadores laicos wesleyanos que se vio inmerso en una gran controversia pública, actitud heredada por su nieto. También fue uno de los líderes del primer movimiento contra el consumo de bebidas alcohólicas, postura que su nieto no ha heredado. Pero estoy seguro de que tenía muchas más cualidades de las necesarias para el discurso público o para la defensa de la templanza; y lo estoy por dos comentarios suyos fortuitos (en realidad los dos únicos comentarios que he oído que hiciera). En cierta ocasión en que sus hijos clamaban, como cualquier joven liberal, contra la costumbre y la convención, dijo bruscamente: «Sí, critican mucho las formas, pero las formas son civilización». Y en la otra ocasión, la misma generación emergente blandía con ligereza ese pesimismo que sólo es posible en la época feliz de la juventud y criticaban la Acción de Gracias General del Libro de Oraciones y comentaban que hay mucha gente que tiene poco que agradecer por su creación. Y el viejo, que entonces era ya tan mayor que apenas si hablaba, rompió de repente su silencio y dijo: «Daría gracias a Dios por haberme creado aunque supiera que mi alma estaba condenada».

De la otra rama de mi familia, contaré más cuando hable de mis propios recuerdos; trato de esto en primer lugar porque casi todo lo sé únicamente de oídas y, por tanto, es parte de lo que el libro tiene de biografía y no puede ser autobiografía: hechos que me precedieron y acompañaron mis primeros pasos; cosas de las que conocí más su reflejo que su realidad y que fundamentalmente procedían de la familia de mi madre, sobre todo aquel interés histórico en la casa de Keith, que se mezclaba con mi interés histórico general por cosas como la casa de Argyll. Pero también había leyendas en la familia de mi padre; el personaje más cercano y eminente era el capitán Chesterton, famoso en su día como reformador de prisiones. Era amigo de Dickens, y me temo que él mismo tenía algo de personaje de Dickens. Pero, por supuesto, estos primeros recuerdos y rumores sugieren que en tiempos de Dickens había muchos personajes de Dickens. No voy a negar la hipótesis de que muchos de los personajes de Dickens son unos farsantes. No sería justo que, después de todo lo que he dicho en favor de la vieja clase media victoriana, no reconociera que a veces produjo verdadera falsedad hueca y pomposa. Un amigo de mi abuelo, muy ostentoso, solía pasear los domingos con un libro de oraciones en la mano sin tener la más remota intención de ir a la iglesia. Defendía esta costumbre con toda tranquilidad diciendo con la mano levantada: «Chessie, lo hago para que sirva de ejemplo a los demás». Este hombre era obviamente un personaje de Dickens y aun así era en muchos aspectos preferible a muchos personajes modernos. Pocos hombres modernos, por falsos que sean, serían capaces de tanta desfachatez. Y no estoy seguro de

que no fuera realmente un individuo más sincero que el hombre moderno, que declara vagamente que tiene dudas o que odia los sermones, pero lo único que quiere es ir a jugar al golf. Incluso la propia hipocresía era más sincera. En cualquier caso, era más valiente.

Aquella época rezumaba lo que no puedo sino llamar un gran gusto; algo que ahora sólo recordamos en las espléndidas y joviales citas de Swiveller y Micawber. Pero lo cierto es que, por entonces, aquel gusto se podía encontrar en multitud de gente respetable y oscura; sin duda mucho más respetable que el flagrante mojigato con el libro de oraciones, y mucho más oscura que el excéntrico pero eficiente, e incluso eminente, director y reformador de prisiones. Para usar un término comercial de la época, esta indescriptible especie de deleite no era sólo un deleite propio de caballeros. Creo que era el resultado de ese humor popular, que tal vez siga siendo nuestra única institución realmente popular, que actuaba sobre los restos de la retórica de los oradores del XVIII y de la retórica, casi tan grandilocuente como la anterior, de los poetas del XIX como Byron y Moore. En cualquier caso, era algo obviamente común entre incontables personas corrientes y molientes, y especialmente entre los dependientes de comercio. El dependiente llegó a ser después como una especie de cockney con acento entrecortado; un inglés roto que parece roto por accidente, desportillado, más que entrecortado. Pero había toda una casta que realmente comerciaba con frases tan redondas como bandejas y poncheras de Navidad. Mi padre me contó de un dependiente, compañero de juventud o de niñez, que se despedía de la taberna o del asador con un solemne mensaje de agradecimiento, pronunciado con voz atronadora antes de alcanzar la calle: «Dígale a Mrs. Bayfield que el filete era excelente y las patatas estaban en su punto, en fin, una cena digna de un emperador». ¿No es exactamente como «F.B.» en los momentos en que Thackeray se parece más a Dickens? De la misma fuente lejana, recuerdo otra escena dickensiana: un hombrecito blando y de cara redonda con gafas, de esos de los que todo el mundo se ríe en todas partes, y otro empleado llamado Carr, de talante más misterioso, ambos fantasmas de los tiempos de aprendiz de mi padre. A intervalos, el empleado más sombrío gritaba desde el otro extremo de la oficina:

«¡Mr. Hannay!».

El reluciente rostro redondo, sonriente y con gafas hacía su aparición siempre fresco y solícito:

«Sí, Mr. Carr».

Entonces Mr. Carr le clavaba una mirada como de esfinge y le decía con voz hueca pero estridente:

«¡El espacio infinito!».

Y Mr. Carr se volvía enérgicamente hacia los otros empleados, movía la cabeza y repetía en tono desesperado:

«¡No lo coge!».

No sé si alguno de ellos se imaginaría al profesor Einstein cuando entraba en la oficina para vengar a Mr. Hannay en la cabeza de Mr. Carr y afirmar que el espacio no es en absoluto infinito. La cuestión es que había un elemento pomposo y ritual en las bromas, incluso en las bromas prácticas; en realidad, incluso en los engaños prácticos. Lo sabían las clases sociales más humildes, los charlatanes y hasta los monstruos, como bien sabía Dickens; y había algo tan solemne en los buhoneros que pedían unas monedas como en los oradores que pedían notoriedad. Uno de mis primeros recuerdos es el de mirar desde un balcón que daba sobre uno de los grandes caminos residenciales de un balneario; desde allí veía a un tipo venerable de pelo cano que se quitaba solemnemente el sombrero blanco mientras descendía por el centro de la calle y, sin dirigirse a nadie en concreto, decía en un tono de conferenciante: «La primera vez que llegué a Cannon Street, le ruego me perdone, quiero decir a Cannon Place...», una representación que repetía todos los días, cometiendo siempre el mismo error seguido de la misma disculpa. Esto me proporcionaba, no sé bien por qué, un placer enorme; en parte, creo, por la sensación de que un gigantesco muñeco mecánico se hubiera añadido a lo que Mr. Maurice Baring llama el teatro de marionetas de la memoria. Pero su importancia radica en que el resto de su discurso parecía aún más pulido e impecable debido a aquel error extrañamente recurrente; y siempre terminaba con una hermosa perorata, como que en un lejano futuro y en la hora de su muerte recordaría «la amabilidad que he encontrado en Cannon Place». Recuerdo, tiempo después, aquellos mismos caminos costeros recorridos por otro personaje público con toga y birrete, aún más locuaz, aunque me temo que con poca autoridad académica; pero creo que este correspondía a una etapa muy posterior, porque era mordaz y hostil, y se dirigía a su audiencia llamándola hipócrita y sepulcro blanqueado. Curiosamente, aquel público inglés reaccionaba echándole monedas al birrete. Pero en la etapa anterior, que es la que aquí me interesa, todo estaba recubierto por una pátina de jovial cortesía, y el manto de la amistad permanecía inalterable. La sorprendente paciencia de nuestro pueblo iba acompañada entonces de una cierta pompa, una cordialidad pomposa; incluso sus burlas seguían siendo joviales. Bien sabe Dios que aún conservaban sus burlas y su épica, pero ya no existía lo épico-burlesco. Sin embargo, cualquiera que oyera a los hombres a los que me refiero, o hubiera oído hablar de ellos, estará seguro hasta el día en que se muera de que Dick Swiveller dijo realmente: «Cuando aquel que os adora no haya dejado sino su nombre... por si llegan paquetes o cartas», o de que el pobre portero en la fiesta murmuró de verdad a cada una de las damas: «Aunque tuviera un corazón creado para la falsedad, jamás podría ofenderos». Había algo

luminoso en todo aquello, que no puede ser imitado con simples chispas por chispeantes que sean. El mundo es menos alegre desde que ha perdido esa solemnidad.

Otra virtud auténticamente victoriana de la que no se puede dudar, a pesar de las muchas virtudes victorianas imaginarias, pertenece no tanto a mi generación como a la de mi padre y mi abuelo; o por lo menos, si fui especialmente afortunado, a mi padre y a mi abuelo. Por tanto, debería mencionarla ahora, ya que recuerdo episodios que la ilustran. Mi familia tenía criterios estrictos sobre la integridad en los negocios, pero me figuro que el criterio era igualmente estricto en toda aquella clase empresarial, más flemática de lo que lo fue posteriormente, cuando la idea de éxito se asoció no sólo al cinismo, sino a una suerte de extraña piratería romántica. El cambio se podía detectar, como sucedió con la palabra «respetable», en la atmósfera que rodeaba a ciertas palabras. La palabra «aventura» es la que mejor representa el ideal moderno en lo que a moral e incluso a religión se refiere, especialmente la religión popularizada por los periódicos para millones de hombres de negocios. Para aquellos hombres de negocios de mi vieja clase media, el monstruo más amenazador para la moral estaba etiquetado con el título de «aventurero». Posteriormente, me imagino, el mundo ha defendido a aventureros difícilmente defendibles dotándoles del glamour de la aventura. En cualquier caso, esta no es sólo mi propia opinión trasnochada, propia de una edad reaccionaria, también opinaban así los mejores entre los viejos optimistas y economistas ortodoxos, que vivieron cuando comenzaba el cambio y creyeron que vivían una época de reformas. Mi propio padre y mis tíos eran totalmente de la época que creía en el progreso y en general en todo lo nuevo, sobre todo porque cada vez se hacía más difícil creer en lo viejo y, en algunos casos, creer en algo. Pero aunque como liberales creían en el progreso, como personas honestas muchas veces eran testigos del deterioro que este conllevaba.

Recuerdo que mi padre me comentaba cuánto le había molestado aquel hervidero de gente pidiendo comisiones por transacciones en las que se suponía que ellos representaban intereses ajenos. No sólo lo comentaba asqueado sino como si, además de ser una novedad, fuera también una pesadez. Tenía por costumbre recibir a aquellos desagradables personajes con una explosión de cordialidad ocurrente e incluso con hilaridad; estas eran las únicas ocasiones en que su humor resultaba desagradable y hasta cruel. Cuando el agente, regateando a favor de un tercer individuo, insinuaba que una pequeña cantidad suavizaría la negociación, él solía decir con absoluta cordialidad: «¡Desde luego que sí, desde luego! Puesto que todos somos amigos y todo está claro y sin tapujos, estoy seguro de que sus representados y sus jefes estarán encantados de saber que le voy a pagar una pequeña...». Entonces, un alarido de terror le interrumpía, y el amable y diplomático

caballero, horrorizado, intentaba desdecirse de sus insinuaciones lo mejor que podía. «¿Y acaso eso no es prueba de la inmoralidad de su propuesta?», decía mi padre como inocente razonamiento.

Mi tío Sydney, su socio en el negocio, era un testigo más incontestable por ser un testigo menos predispuesto. Mi padre era muy universal en sus intereses y muy moderado en sus opiniones; era una de las pocas personas que he conocido que realmente escuchaba los razonamientos de sus interlocutores; además, en una época liberal, él era más tradicional que muchos; amaba muchas cosas antiguas y tenía una pasión especial por las catedrales francesas y por toda la arquitectura gótica que Ruskin había dado a conocer en aquella época. No era tan inconcebible que pudiera admitir otra cara del progreso moderno. Pero mi tío estaba en las antípodas del laudator temporis acti; era uno de esos hombres sensibles y conscientes, típicos del mundo moderno, que mostraba el mismo sentido escrupuloso del deber para aceptar lo nuevo y simpatizar con los jóvenes que el que debieron haber mostrado los viejos moralistas para preservar lo antiguo y obedecer a sus mayores. Le recuerdo contándome con vehemencia los esperanzados pensamientos que las optimistas profecías oficiales del libro *Mirando atrás* habían despertado en él; un título bastante irónico, visto que lo único prohibido a esos futuristas era mirar atrás. Y toda aquella filosofía —ennoblecida posteriormente por el genio de Mr. Wells— tenía como único deber el mirar hacia delante. Mi tío, mucho más que mi padre, era de esa clase de hombres cabalmente optimistas a los que jamás se les habría ocurrido abogar por los viejos tiempos. Pero también era un hombre de una sinceridad transparente. Recuerdo que me decía, con aquella arruga de preocupación en el entrecejo que delataba su perceptible ansiedad subconsciente: «He de confesar que la moral, en el mundo de los negocios, ha ido empeorando a lo largo de mi vida».

Por supuesto reconozco, o más bien me atrevo a decir que, al simpatizar de algún modo con tales utopías, aquellos individuos se adelantaban a su tiempo. Pero con más motivo sostengo que, en lo que se refiere al moderno crecimiento experimentado por las altas finanzas, iban por detrás de su tiempo. Lo cierto es que, en general, aquella clase social era peligrosamente sorda y ciega ante la explotación económica, pero relativamente más vigilante y sensible ante el posterior asunto de la honestidad financiera. Nunca se les ocurrió que pudiera admirarse a un hombre por ser lo que hoy llamamos «atrevido» a la hora de especular, más de lo que se admiraba a una mujer por ser «atrevida» en el vestir. En ambos casos se percibía la misma atmósfera cambiante. La falta de ambición social tenía mucho que ver con todo ello. Algunas restricciones que eran realmente sofocantes y estúpidas se debían en gran medida a la ignorancia, pero nada tan perverso y desastroso como la ignorancia de los verdaderos males y bienes de la clase trabajadora. Bien sabe Dios, y posiblemente, en ciertos casos, incluso el lector lo sepa, que no soy un

admirador de la complaciente prosperidad comercial de la Inglaterra del siglo XIX. En el mejor de los casos consistía en un individualismo que acababa por destruir la individualidad; un industrialismo que no ha hecho sino envenenar el significado de la palabra industria. En el peor de los casos, acabó por convertirse en la vulgar victoria de la explotación y la estafa. Me limito a señalar un aspecto concreto de un grupo o una clase concreta que ya no existe; una clase que, si bien ignoró y a menudo fue indiferente a la explotación, se indignaba de verdad ante la estafa. Del mismo modo, aunque pocos pueden acusarme de puritanismo, creo que ciertas ideas de sobriedad social de la tradición puritana influyeron en retrasar el triunfo completo del más ramplón mercantilismo y de la avaricia más extravagante. En cualquier caso, se ha pasado de una clase media que ponía su dinero en manos de un hombre de negocios lerdo y prudente para que se lo administrara, a otra que confía el suyo a un hombre de negocios lanzado y experto para que se lo multiplique. Lo que esta clase social no siempre se ha preguntado es para quién o de quién conseguía el dinero aquel hombre.

Sé muy bien que tuve mucha suerte con mi familia, pero incluso los que no tuvieron tanta como yo no sufrieron esos males típicos que hoy en día etiquetamos como victorianos. Desde luego, en el sentido moderno del término, lo victoriano no era en absoluto victoriano. Fue un período de tensión creciente, el mismísimo reverso de la respetabilidad rígida, porque su ética y su teología se desmoronaban por doquier. Quizá fuera una época de orden en comparación con lo que vino después, pero no con lo que habían sido los siglos anteriores. A veces, los victorianos se jactaban de ser hogareños, pero la casa del inglés no era ni la mitad de hogareña que la del aborrecido extranjero, es decir, el francés libertino. Era la época en que los ingleses enviaban a sus hijos al internado e ignoraban a sus criados. No comprendo cómo alguna vez se le pudo ocurrir a alguien decir que la casa del inglés era su castillo; fue uno de los pocos europeos que ni siquiera era propietario de su casa, que además era tan sólo un triste cajón de ladrillos, lo menos parecido a un castillo que pueda imaginarse. Y sobre todo, lejos de la rigidez de la ortodoxia religiosa, la casa victoriana fue la primera casa atea de la historia de la humanidad. Aquella fue la primera generación que pidió a sus hijos que adorasen un hogar sin altar. Esto era igualmente válido para los que iban a la iglesia a las once —más sinceros y decentes que el alegre impostor con el libro de oraciones— que para los que eran respetuosamente agnósticos o latitudinarios, como la mayoría de gente de mi propio círculo. En general, era una vida familiar despojada de las fiestas, santuarios y cultos privados que habían constituido su poesía en el pasado. Era una broma corriente hablar del pesado mobiliario de un padre pesado y llamar dioses lares a las sillas y las mesas. De hecho, este fue el primer hombre para quien no hubo dioses lares sino sólo mobiliario.

Ese era el aspecto más aburrido, pero se ha exagerado aún más el aspecto

tenebroso. Me refiero a esos modernos novelistas y otros que han cogido la costumbre de escribir como si el hogar de la vieja clase media hubiera sido casi siempre un manicomio dirigido por los propios locos, como en el caso del extraordinario Sombrerero Loco que habitaba el Castillo del Sombrerero. Se trata de una exageración grotesca; había padres con aquel grado de egoísmo feroz, aunque en nuestro círculo social no recuerdo más de tres casos; pero las asociaciones equivocadas les acompañan incluso a ellos. Es posible que algunos fueran fanáticos religiosos. Me viene a la memoria uno que encerraba a sus hijas como si fueran prisioneras y recuerdo que una me dijo: «Ya lo ve usted, cree que nadie tiene derecho a pensar salvo él y Herbert Spencer». Había otro, extremadamente radical, un adalid de la libertad en todo lugar salvo en su casa. El caso tiene importancia histórica. Los tiranos, religiosos o ateos, surgen en cualquier sitio, pero este tipo de tirano era el producto de ese momento en el que un hombre de clase media tenía aún hijos y criados que controlar, pero ya no tenía creencias, comunidad, reyes ni sacerdotes, ni nada que lo controlase a él. Era ya un anarquista para los que estaban por encima de él, pero todavía un autoritario para los que tenía debajo. En cualquier caso, era un tipo anormal y ninguno de los míos guardaba el menor parecido con él.

Desde luego, el elemento puritano de esta sociedad olvidada debe tenerse en cuenta como parte del conjunto de la imagen. Entre los míos, consistía fundamentalmente en el rechazo bastante irracional de ciertas formas de lujo y gasto. Sus mesas crujían bajo el peso de comilonas mucho más copiosas de las que muchos aristócratas ingieren hoy. Sin embargo, tenían la idea fija de que había algo vulgar en el hecho de coger un taxi. Seguramente ello guardaba relación con su tierna pretensión de no imitar a la aristocracia. Recuerdo a mi abuelo, con casi ochenta años y con dinero para poder coger todos los taxis que quisiera, de pie, bajo la lluvia, viendo cómo pasaban sin detenerse siete u ocho autobuses llenos hasta los topes y cómo, después, le murmuraba a mi padre (con voz apenas audible, no fuera a ser que los jóvenes oyeran la blasfemia): «Si llegan a pasar tres autobuses más, por mi alma que creo que hubiera cogido un taxi». En la cuestión de andar por ahí en taxi, no puedo afirmar haber mantenido la reputación familiar impoluta ni haber estado a la altura de los criterios de mis antecesores. No obstante, estoy dispuesto a defenderlos en lo referente a los motivos por los que actuaban así o, por lo menos, a señalar que han sido incomprendidos. Eran los últimos descendientes de Mrs. Gilpin, que ordenaba detener la calesa unas cuantas puertas antes de llegar a su casa por temor a que los vecinos la considerasen orgullosa. No estoy seguro de que no fuera una persona más saludable que la elegante dama que se dejaba ver en el Rolls Royce de cualquiera por temor a que los vecinos la considerasen humilde.

Por lo que sé, este fue el panorama social en el que me encontré por primera vez, y esta, la gente entre la que nací. Lo siento si el panorama y la

gente resultan decepcionantes de puro respetables y hasta razonables, y deficientes en todos esos aspectos que hacen que una biografía sea realmente popular. Lamento no tener un padre siniestro y brutal que ofrecer a la mirada pública como la verdadera causa de mis trágicas inclinaciones; ni una madre pálida y aficionada al veneno, cuyos instintos suicidas me hayan abocado a las trampas del temperamento artístico. Lamento que no hubiera nadie en mi familia más audaz que un tío lejano ligeramente indigente y siento no poder cumplir con mi deber de hombre verdaderamente moderno y culpar a los demás de haberme hecho como soy. No tengo muy claro cómo soy, pero estoy seguro de que soy responsable en gran medida del resultado final. Y me siento obligado a confesar que vuelvo la vista atrás, al panorama de mis primeros días, con un placer que, sin duda, debería reservarse a las utopías de los futuristas. Sin embargo, aquel paisaje, del modo en que lo veo ahora, no estaba exento de cierto carácter visionario y simbólico, y entre todos los objetos que lo poblaban, al final me encuentro que vuelvo a aquellos que mencioné en primer lugar. De una forma u otra, esos objetos han llegado a encarnar muchas otras cosas en la representación alegórica de una existencia humana: la pequeña iglesia donde me bautizaron y la torre de las aguas, la desnuda, ciega, vertiginosa torre de ladrillo que, las primeras veces que la vi, me parecía que se afianzaba en las estrellas. Tal vez hubiera algo en la confusa y caótica idea de una torre de agua, como si el mismo mar pudiera ponerse de pie sobre uno de sus extremos igual que una manguera. Seguramente más tarde, aunque no sé cuánto tiempo después, me vino a la cabeza la fantasía de una colosal serpiente de agua, que podría ser la gran serpiente marina, y que tenía algo de la opresiva cercanía de un dragón en un sueño. Y de nuevo contra ella, la pequeña iglesia se elevaba con su aguja como una lanza. Siempre me ha encantado recordar que estaba dedicada a san Jorge.

II

EL HOMBRE DE LA LLAVE DORADA

Un joven atravesando un puente es lo primero que recuerdo haber visto con mis propios ojos. Tenía un mostacho rizado y un aspecto de seguridad que rayaba en la jactancia. Llevaba en la mano una llave metálica amarillo brillante desproporcionadamente grande y, en la cabeza, una gran corona de oro o dorada. El puente que cruzaba se extendía desde el borde de un peligroso precipicio al pie de unas montañas, cuyas cumbres se alzaban majestuosas en la distancia, hasta lo más alto de la torre de un castillo con demasiadas almenas. La torre del castillo tenía una ventana por la que asomaba una dama joven. No recuerdo en absoluto su aspecto, pero me batiré con cualquiera que

niegue su extraordinaria belleza.

A los que puedan objetar que la escena resulta rara en la vida familiar de unos agentes de la propiedad que, a finales de la década de 1870, vivían justo al norte de Kensington High Street, no me quedará más remedio que confesarles no que la escena sea irreal, sino que la vi desde una ventana más maravillosa que la de la torre: en el escenario de un teatro de juguete construido por mi padre; y si realmente me dan la lata con detalles tan nimios, les diré que el joven de la corona medía unas seis pulgadas y que, tras cuidadosa inspección, resultó ser de cartón. Pero es rigurosamente cierto que es lo primero que recuerdo haber visto; y que, en lo que a mi memoria se refiere, esa fue la primera imagen de este mundo en la que mis ojos se posaron. La imagen tiene para mí una especie de autenticidad primigenia imposible de describir; es como el telón de fondo de mis pensamientos, como las mismísimas bambalinas del teatro de las cosas. No tengo ni el más leve recuerdo de lo que el joven hacía en el puente, ni de lo que se proponía hacer con la llave, aunque un conocimiento posterior y más complicado de la literatura y las leyendas me da a entender que no era improbable que fuera a liberar a la dama de su cautividad. No deja de ser un detalle psicológico divertido que, aunque no pueda recordar otros personajes de la historia, sí recuerde el haberme dado cuenta de que el caballero con la corona llevaba bigote, pero no barba, con la vaga inferencia de que había otro caballero coronado que también llevaba barba. Imagino que podemos deducir sin riesgo que el de la barba era un rey malvado y no se necesitan más pruebas para acusarle de haber encerrado a la dama en la torre. Todo el resto ha desaparecido: escenas, tema, historia, personajes; pero esa escena relumbra en mi memoria como una visión fugaz de un inefable paraíso, y me imagino que la recordaré incluso cuando todos los demás recuerdos hayan desaparecido de mi mente.

Además de ser mi primer recuerdo, tengo otras razones para hablar de ello en primer lugar. Gracias a Dios, no soy psicólogo, pero si los psicólogos siguen diciendo lo que la gente sana y normal ha dicho siempre, es decir, que las primeras impresiones cuentan muchísimo en la vida, reconozco que es como un símbolo de todas esas imágenes e ideas que han acabado por gustarme. Toda mi vida me han gustado los márgenes y la línea fronteriza que separa una cosa de otra. Toda mi vida me han gustado los marcos y los límites, y sostengo que la selva más inmensa parece aún mayor vista desde una ventana. Para desesperación de los críticos teatrales serios, también afirmaré que el buen teatro debe procurar despertar el entusiasmo del peep-show. También me encantan los abismos y simas sin fondo, y todo lo que ponga de relieve ese ligero matiz diferenciador entre una cosa y otra; el tierno afecto que siempre he sentido por los puentes se relaciona con el hecho de que el oscuro y vertiginoso arco acentúa el abismo incluso más que el propio abismo.

Ya no puedo contemplar la belleza de la princesa, pero esa belleza está presente en el puente que el príncipe cruzó para rescatarla. Y creo que al sentir esas cosas desde el principio, sentía las fragmentarias huellas de una filosofía que ha llegado a parecerme la verdadera, porque precisamente es sobre el tema de la verdad sobre el que podrían surgir diferencias entre los psicólogos más materialistas y yo. Si un hombre cualquiera me dice que el único motivo por el que me gustan los puentes y ventanas es porque vi esos modelos cuando era un niño, me tomaré la libertad de contestarle que no ha pensado el asunto detenidamente. Para empezar, debí de haber visto otras mil cosas antes y después, y debió de existir un mecanismo de selección y razones para esa selección. Y lo que aún es más evidente: poner fecha al suceso no significa empezar siquiera a abordarlo. Si algún diligente lector de libritos de psicología infantil me grita jubiloso y socarrón que la única razón por la que me gustan las cosas románticas como los teatrillos de juguete es porque mi padre me mostró uno de esos teatrillos en la infancia, le responderé con piadosa paciencia cristiana: sí, tonto, sí. No hay duda de que su explicación es, en ese sentido, la correcta. Pero lo que dice con tanto ingenio es simplemente que yo asocio esas cosas con la felicidad porque era feliz. Ni siquiera se detiene a considerar las causas de mi felicidad. ¿Por qué el mirar un cartón amarillo por un agujero cuadrado transporta a alguien de cualquier edad al séptimo cielo? ¿Por qué debía hacerlo especialmente a esa edad? Ese es el hecho psicológico que usted debe explicar y para el que jamás me han dado ninguna explicación racional.

Pido disculpas por este paréntesis y por mencionar la psicología infantil o cualquier otra cosa que pueda causarnos vergüenza. Pero creo que es precisamente ese punto sobre el que algunos de nuestros psicoanalistas muestran muy poca vergüenza. No quiero que mis observaciones se confundan con esa espantosa y degradante herejía de que nuestra mente se forma debido a condiciones accidentales, y, por tanto, no existe en absoluto una relación última con la verdad. Con todas las disculpas del mundo para los librepensadores, yo sigo proponiéndome mantenerme libre para pensar. Y cualquiera que piense dos minutos verá que este pensamiento es el final de todo pensamiento. Si todas nuestras conclusiones están falseadas por nuestras condiciones, es totalmente inútil argumentar. Nadie puede corregir las inclinaciones del otro si la mente es toda inclinación.

El interludio ha terminado, muchas gracias; ahora seguiré con las relaciones más prácticas entre mi historia y mi memoria, aunque primero diré algo sobre la propia memoria y la fiabilidad de tales historias. He comenzado con este fragmento de un cuento de hadas en un teatrillo de juguete porque es también el que mejor resume las influencias más fuertes de mi niñez. Ya he dicho que mi padre había hecho el teatrillo, pero cualquiera que haya intentado alguna vez fabricar uno de esos teatros o montar una de esas obras sabe que

eso requiere una notable combinación de talentos y habilidades. Implica ser mucho más de lo que normalmente entendemos por el carpintero del teatro; implica ser el arquitecto, el constructor, el dibujante, el paisajista y el que cuenta la historia, todo en uno. Y cuando miro hacia atrás en mi vida, y al arte relativamente irreal e indirecto que he intentado practicar, siento que he vivido una vida mucho más reducida que la de mi padre.

Sólo con nombrarlo es suficiente para desatar un torrente de recuerdos. Uno de los primeros es el de jugar en el jardín al cuidado de una chica con trenzas doradas a quien mi madre decía después desde la casa: «Eres un ángel», lo que yo estaba dispuesto a aceptar literalmente. Ahora vive en Vancouver como Mrs. Kidd; ella y su hermana fueron mis principales estímulos durante aquellos primeros años. Desde entonces, he tenido ocasión de conocer lo que se ha dado en llamar «el espíritu de la época», pero nunca he conocido una conversación más ingeniosa que la de aquellas hermanas. Entre mis primeros recuerdos, están también aquellas marinas como destellos azules para los chicos de mi generación: North Berwick, que con su colina verde cónica parecía la colina por antonomasia; y una playa francesa asociada con unas jovencitas, las hijas del viejo amigo de mi padre Mawer Cowtan, al que nunca olvidaré. Y desde luego, tenía un montón de primos; Tom Gilbert (mi padrino, cuyo último nombre es el primero de los míos) tenía muchísimas hijas y mi tío Sydney, muchísimos hijos; todos se agitan aún en mi recuerdo como un coro de hombres y de mujeres en una gran obra de teatro griego. El mayor de los chicos, al que llegué a conocer mejor que a los demás, murió en la Gran Guerra; pero me alegra decir que muchos de los otros siguen siendo amigos además de parientes. Todo esto son memorias memorables, pero siguen sin resolver aquella primera especulación sobre la memoria en sí. La chica de las trenzas doradas es uno de mis primeros recuerdos, en el sentido de que algunos de los otros se han convertido inevitablemente en recuerdos más tardíos, al mismo tiempo ampliados y borrosos.

Realmente, lo que recordamos es lo que olvidamos. Quiero decir que cuando un recuerdo se impone viva y repentinamente, y traspasa el escudo protector del olvido, aparece por un instante exactamente como fue. Si pensamos en ello a menudo, a pesar de que sus elementos esenciales siguen siendo indudablemente ciertos, se va convirtiendo cada vez más en nuestro recuerdo de la cosa que en la cosa recordada. Tuve una hermanita que murió cuando yo era niño y de la que sé muy poco porque era el único asunto del que mi padre no hablaba. Fue el gran dolor de una vida anormalmente feliz e incluso alegre, y es extraño pensar que yo nunca le hablara de ello hasta el día de su muerte. Yo no recuerdo la muerte de mi hermana, pero recuerdo haberla visto caerse de un caballo de cartón. Sé, por una experiencia de pérdida que sufrí poco después, que los niños sienten con exactitud, sin una sola aclaración verbal, el tono o tinte emocional de una casa de luto. Pero en este caso, la

catástrofe grande debió de confundirse e identificarse con la pequeña. Siempre sentí que era un recuerdo trágico, como si la hubiera tirado y matado un caballo de verdad. Algo debió de haber pintado y repintado la escena en mi mente, para que, de repente, a los dieciocho años, me diera cuenta de que se había convertido en la escena de Amy Robsart tendida al pie de la escalera después que Varney y otro villano la empujaran. Esta es la verdadera dificultad que conlleva el hecho de recordar cualquier cosa: recordamos demasiado por haberlo recordado con demasiada frecuencia.

Daré otro ejemplo de este truco psicológico, aunque ello lleve aparejado tener que anticipar acontecimientos de mi vida muy posteriores. Una de estas breves visiones de la prehistoria de mi historia es la de una habitación en un piso alto, larga y llena de luz (una luz jamás vista en mar o tierra), en la que alguien talla o pinta de blanco la cabeza de un caballito de madera, una cabeza casi arcaica de puro estilizada. Desde aquel día, algo en lo más profundo de mi ser se agita cuando veo un poste de madera pintado de blanco; y mucho más aún si veo un caballo blanco en la calle; así que cuando el primer día de mi luna de miel me encontré bajo el letrero del «Caballo Blanco» en Ipswich, fue como encontrar a un amigo en un cuento de hadas. Pero por esa misma razón, esta imagen ha permanecido y la memoria ha vuelto reiteradamente a ella; y eso que yo he hecho todo lo que he podido por deteriorar y manchar la pureza del «Caballo Blanco» escribiendo una interminable balada sobre él. Generalmente, un hombre no logra olvidar el día de su boda, sobre todo si se trata de un día tan absolutamente cómico como el de la mía. La familia recuerda unas cuantas anécdotas, convertidas ya en leyendas familiares, sobre trenes perdidos, extravío de equipajes y otras cosas aún más excéntricas. Declaran contra mí, y es totalmente cierto, que de camino a la boda me detuve a beber un vaso de leche en una tienda y a comprar un revólver y balas en otra. Algunos lo han considerado como regalos de boda insólitos para que el novio se haga a sí mismo; y si la novia no me hubiera conocido tan bien, supongo que podría haberse imaginado que yo era un suicida, un asesino o lo que es aún peor, un abstemio militante. A mí, aquello me parecía lo más natural del mundo. Por supuesto que no compré la pistola para matarme a mí o a mi esposa; nunca fui verdaderamente moderno. La compré porque mi boda era la gran aventura de mi juventud, y también porque tenía la vaga idea de proteger a mi mujer de los piratas que sin duda infestaban Norfolk Broads, adonde nos dirigíamos y donde, después de todo, sigue habiendo un número preocupante de familias con apellido danés. No me molestaré si lo califican de infantil, pero obviamente era más bien una reminiscencia de la juventud que de la niñez. Sin embargo, la toma ritual del vaso de leche fue realmente una reminiscencia de la infancia. Me detuve en aquella lechería concreta porque siempre me había bebido allí un vaso de leche cuando paseaba de niño con mi madre. Y me pareció una ceremonia adecuada para unir las dos grandes

relaciones en la vida de un hombre. Fuera de la tienda estaba la figura de una Vaca Blanca como una suerte de complemento a la del Caballo Blanco: una de pie al inicio de mi nuevo viaje y la otra al final. Pero la cuestión es que el hecho mismo de que estas alegorías se volvieran a representar en el momento del matrimonio y la madurez, las transforma verdaderamente, y en cierto sentido las encubre, aunque ese hecho conjure las vivencias originales del niño. El cartel del «Caballo Blanco» se ha repintado, y sólo en ese sentido se ha despintado. No es tanto que lo recuerde como que recuerde el recordarlo. Pero si realmente quiero ser realista sobre aquellos lejanos días, debo escarbar hasta que encuentre algo no demasiado punzante como para que me rasguñe, algo lo bastante olvidado como para ser recordado. Hago el experimento en este momento, mientras escribo. Buscando por esos perdidos aledaños, recuerdo, por primera vez en este instante, otra tienda junto a la lechería que tuvo durante mi infancia un misterioso encanto. Y recuerdo que se trataba de una tienda de óleos y pinturas que vendía conchas marinas untadas por dentro con pintura dorada; y había también descoloridas tizas puntiagudas que he usado menos en los últimos tiempos. No pienso ahora en los poderosos colores de la caja de pinturas común, laca carmesí y azul de Prusia, por mucho que me encantasen y todavía me encanten. Otro chico, Robert Louis Stevenson, ha experimentado con mis colores en esa clase de paleta, y han acabado por gustarme tanto impresos como en pintura. Pero cuando recuerdo que aquellos olvidados lápices de colores contenían una mina «rojo claro», según parece un color más vulgar, la punta de aquel soso lápiz rojo me pincha como si me sacara sangre roja.

De este recuerdo general sobre la memoria, se puede concluir algo: lo maravilloso de la niñez es que cualquier cosa en ella puede ser una maravilla. No era simplemente un mundo lleno de milagros, era un mundo milagroso. Casi todo lo que realmente recuerdo refuerza esta impresión, no sólo aquello que se consideraría digno de ser recordado. En esto difiere de la otra gran emoción del pasado, o sea, todo lo relacionado con el primer amor y la pasión romántica, porque, aunque igualmente intenso, siempre alcanza un momento crítico y es certero como un estoque que atraviesa el corazón, mientras que la otra es como cientos de ventanas abiertas alrededor de toda la cabeza.

He realizado aquí una especie de experimento psicológico con la memoria. He intentado pensar en las cosas que tengo olvidadas y que están junto a las que recuerdo; las cosas de la infancia que, aunque no tienen forma, estoy seguro de que comparten el mismo matiz. Hace mucho tiempo que recuerdo la lechería y acabo de acordarme de la tienda de óleos; no tengo ni idea de la tienda que había junto a la de óleos, pero estoy seguro de que aquella tienda brillaba con la misma luz perdida de la mañana porque estaba en la misma calle y bajo el mismo cielo. No tengo ni idea de a qué calle daba la hilera de ventanas de aquella habitación larga donde tallaban la cabeza del caballo, sin

embargo, tengo la repentina sensación de que era una calle feliz o, puestos a ser pedantes, una calle en la que yo debí de haber sido feliz. Nada parecido sucede ni siquiera con los momentos más felices de esas otras vivencias que llamamos «amorosas». Ya he contado cómo mi luna de miel empezó delante de la Vaca Blanca de mi infancia, pero, por supuesto, yo también había sido en su momento un ternero, por no decir un becerro, una de esas cabritas locas que bailan a la luz de la luna mucho antes de que llegue la luna de miel. Aquellos sueños son también restos de algo divino, pero tienen el color de la puesta de sol más que del pleno día. He atravesado campos al atardecer y me he visto como un simple punto lejano en una fila de casas, una ventana concreta y una cabeza perceptible, y me he sentido transportado como si sonaran trompetas, como si fuera el saludo de Beatriz. Pero eso ni me hacía ni me hace pensar en que las otras casas y ventanas guardan algo igualmente interesante, y eso es justamente lo que sucede con la visión fugaz del país maravilloso de la infancia. Hemos leído innumerables páginas sobre el amor que hace el sol más brillante y las flores más llamativas y en un sentido es cierto, aunque no en el que yo quiero decir. Ese es un sentimiento que hace que el mundo cambie, pero el niño vive en un mundo inmutable o, al menos, el hombre siente que es él quien ha cambiado. Ha cambiado mucho antes de acercarse a la gran y gloriosa agitación del amor de mujer, y eso guarda en sí mismo algo nuevo, sólido y crucial, crucial en el sentido literal de que está tan cerca de Caná como del Calvario. En este caso, lo amado se convierte instantáneamente en aquello que puede perderse.

Mi tesis es que se puede comprobar el estado de ánimo infantil pensando no sólo en lo que había, sino en lo que debía de haber. Pienso en las traseras de las casas de las que sólo veía la fachada principal; en las calles que se estiraban detrás de las calles conocidas; en las cosas que se quedaron a la vuelta de la esquina, y todo eso aún me produce escalofríos. Uno de los deportes de la imaginación, un juego al que he jugado toda mi vida, consistía en coger un libro con dibujos de antiguas casas holandesas y pensar no en lo que había en los cuadros sino en todo lo que quedaba fuera de ellos, en los desconocidos rincones y callejuelas de la misma ciudad pintoresca. El libro estaba escrito e ilustrado por mi padre para uso familiar. Era muy propio de él, que en el período Pugin había realizado iluminaciones góticas; pero cuando lo intentó de nuevo lo hizo en otro estilo, el del tenebroso renacimiento holandés, el de la grotesca ornamentación con volutas que recuerda más el tallado de la madera que el labrado de la piedra. Era de esos hombres a los que les gusta intentarlo todo una vez en la vida. Este fue el único libro que escribió y nunca se molestó en publicarlo.

Mi padre podía haber recordado a Mr. Pickwick, excepto porque él siempre llevó barba y nunca fue calvo. Llevaba gafas y tenía toda la ecuanimidad de carácter y el gusto por las anécdotas de viajes típicas de Mr. Pickwick. Era

más bien tranquilo, pero su tranquilidad ocultaba una copiosa profusión de ideas. Y, por supuesto, le encantaba tomar el pelo a la gente. Recuerdo, por citar una entre muchas de aquellas bromas, cómo instruía seriamente a unas damas muy estiradas sobre los nombres de las flores, deteniéndose especialmente en los nombres populares que les daban en ciertas localidades. «La gente del campo las llama “Cortaplumas de marinero”», decía de improviso, después de fingir que les daba el nombre científico completo; otras veces: «Creo que en Lincolnshire las llaman “Cordón de bota de panadero”». Y es un fino ejemplo de la simplicidad humana el advertir hasta dónde creía él que podía llevar sin riesgo aquel instructivo discurso. Ellas le seguían la corriente sin inmutarse cuando él observaba de pasada: «aquí tenemos una ramita de bigamia salvaje»; sólo cuando añadía que había una variedad local conocida como «Bigamia de obispo», empezaban a comprender lo absolutamente depravado de su carácter. Posiblemente ese aspecto de su inagotable amabilidad era el responsable de una entrada que encontré en un antiguo dietario, de juicios bufos celebrados por él y sus hermanos, en el que Edward Chesterton fue juzgado por el delito de Provocación. Pero aquella especie de inventiva creaba en los niños una permanente expectación de lo que recónditamente se llama Sorpresa. Y ese es el aspecto del asunto que aquí nos interesa.

Su versatilidad como experimentador y hombre habilidoso en diferentes terrenos era sorprendente. En su madriguera o estudio, había pilas enormes compuestas por capas estratificadas con muestras de diez o doce entretenimientos creativos: acuarelas, esculturas, fotografías, vidrieras, grecas, linternas mágicas e iluminaciones medievales. He heredado, o acaso he imitado, su hábito de dibujar, pero en todos los otros aspectos soy decididamente un patoso. Se decía que en su juventud había estudiado arte para ser un profesional, pero obviamente el negocio familiar era más seguro, y su vida siguió un camino de cierta prudencia satisfecha y desprendida, extraordinariamente típica de él, de su familia y de su generación. Jamás se le ocurrió sacar provecho económico de su talento para las artes plásticas ni utilizarlo para nada que no fuese su propio placer y el nuestro. A nosotros, él nos parecía, por supuesto, el Hombre de la llave dorada, un mago que abría las verjas de los castillos de los duendes y los sepulcros de los héroes muertos, con lo que no era incongruente llamar linterna mágica a su linterna. Sin embargo, durante todos aquellos años, el mundo, e incluso los vecinos de al lado, le tenían por un hombre de negocios digno de confianza y capaz, pero desprovisto de ambición. Fue una magnífica primera lección en lo que también es la última lección de la vida: en todo lo importante, el interior es mucho mayor que el exterior. En resumen, me alegro de que nunca fuese un artista. Ello podría haberle impedido ser un amateur. Podría haber estropeado su carrera, su carrera personal. Nunca habría conseguido un vulgar éxito en las

miles de cosas que con tanto éxito hacía.

Si tuviera que generalizar sobre los Chesterton, mis parientes paternos (lo que puede ser peligroso, porque muchos de ellos aún viven), diría que eran y son extraordinariamente ingleses. Predomina en ellos un tono perceptible de bondad y buen juicio con cierta tendencia a la ensoñación y una tranquila lealtad en sus relaciones personales, perceptible incluso en alguien como mi hermano Cecil, que en sus relaciones públicas era extraordinariamente beligerante y provocador. Creo que esta especie de cordura somnolienta es muy inglesa, y, por comparación, no sería descabellado pensar que, después de todo, había algo francés en la familia de mi madre porque, si se tiene en cuenta la mezcla de ingredientes habitual, ellos eran más bajos, con frecuencia más morenos, fuertes, extraordinariamente tenaces, con prejuicios muy divertidos y espíritu luchador. Pero al margen de cualquier conjetura que hagamos sobre estas cuestiones (y nadie ha hecho otra cosa que conjeturas sobre la cuestión de la herencia), son otras las razones por las que mencione el sabor de algo racial en este linaje. Aunque ingleses en muchas cosas, los Chesterton eran inequívocamente ingleses en su inclinación natural por los hobbies. Ese es el rasgo que más drásticamente separa al viejo hombre de negocios inglés del hombre de negocios americano y, en cierto modo, del actual hombre de negocios inglés, una copia del norteamericano. Cuando el americano empieza a decir que «la venta puede ser un arte» quiere decir que un artista debería poner todo su arte en la venta. El inglés anticuado, como mi padre, vendía casas para vivir, pero llenaba su propia casa con su vida.

Un hobby no es algo festivo. No es simplemente un relax momentáneo, necesario para reanudar el trabajo, y por eso debe diferenciarse muy bien de gran parte de lo que se llama deporte. Un buen juego es una cosa estupenda, pero no es lo mismo que un hobby, y muchos practican el golf o la caza del urogallo porque es una forma concentrada de diversión; del mismo modo, nuestros contemporáneos encuentran en el whisky una forma concentrada de lo que nuestros padres encontraban difuso en la cerveza. Si hace falta medio día para sacar a un hombre de sus casillas o para convertirlo en otro, se logra mejor mediante una agitación claramente competitiva como el deporte. Pero un hobby no dura medio día sino media vida, aunque sería más justo acusar a quien practica un hobby de vivir una doble vida. Los hobbies como el del teatro de juguete, son de índole similar al esfuerzo de la práctica profesional y no simplemente una reacción ante él. No se trata sólo de hacer ejercicio, sino de trabajar. No se trata simplemente de ejercitar el cuerpo en vez de la mente, algo magnífico y hoy plenamente reconocido, se trata de ejercitar el resto de la mente, algo hoy prácticamente olvidado. Si Browning, ese victoriano típico, dice que le gusta saber que un carnicero pinta o que un panadero escribe poesía, no se conformaría en cambio con la afirmación de que un carnicero juega al tenis o un panadero al golf. Mi padre y mis tíos, también victorianos

típicos y seguidores de Browning, estaban todos marcados en diferentes grados por ese gusto de tener gustos propios. Uno de ellos dedicaba todo su tiempo libre a la jardinería y en algún lugar de la historia de la horticultura hay un crisantemo que lleva su nombre y que data de la época en que los crisantemos llegaron por primera vez desde las islas del Sol Naciente. Otro, que se había dedicado a viajar con fines comerciales, había recopilado una colección extraordinaria —digna de figurar en unas memorias mucho mejores que estas— de los chiflados y curanderos que había conocido en sus viajes, con quienes había discutido, simpatizado y recitado a Browning y George Macdonald, y a los que seguro que también aportó algo, pues era un hombre muy interesante. Interesante sobre todo porque tenía intereses. Sin embargo, como ya dije, en mi casa no se trataba de un hobby sino de cientos de ellos apilados uno encima de otro. Pero bien fuera por casualidad bien por gusto personal, el que ha permanecido fijo en mi memoria durante toda mi vida ha sido el del teatro de juguete. En cualquier caso, la contemplación de ese trabajo ha supuesto una gran diferencia en mi vida y mis opiniones hasta la actualidad.

No sé hacer muchas cosas si lo comparo con las que se hacían en mi infancia, pero he aprendido a disfrutar viendo cómo se hacen las cosas; no la manivela que en último término las produce, sino la mano que las hace. Si mi padre hubiera sido un vulgar millonario propietario de mil fábricas de algodón o de un millón de máquinas que fabricaran cacao, cuánto más pequeño me habría parecido. Y esta experiencia me ha hecho profundamente escéptico sobre todo ese parloteo moderno del necesario aburrimiento de la vida doméstica y de la degradante monotonía de hacer sólo tortas y tartas. ¡Sólo hacer cosas! Es lo máximo que se puede decir del mismísimo Dios: Aquel que hace cosas. El fabricante ni siquiera fabrica cosas; sólo paga para que se las fabriquen. Igualmente, no puedo dejar de sonreír cuando oigo a esa multitud de gente frívola, incapaz de hacer nada ni para salvar su vida, hablar sobre la estrechez y rigidez del hogar victoriano. Lográbamos hacer muchas cosas en nuestras casas victorianas que la gente compra hoy a precios astronómicos en las tiendas de artesanía; esas tiendas que tienen tanto arte como parte. Todo lo que sucedía en la casa o lo que se hacía en el recinto de la misma permanece en mi imaginación como una leyenda, sobre todo lo relacionado con la cocina o la despensa. La melcocha me sigue sabiendo mejor que los bombones más caros que los millonarios cuáqueros venden por millones; y eso es principalmente porque nosotros mismos hacíamos la melcocha.

El nº 999 del extenso catálogo de los libros que no he escrito (todos ellos mucho más brillantes y convincentes que los que he escrito) es la historia de un hombre con éxito que parecía tener un oscuro secreto en su vida y que finalmente fue descubierto por los detectives jugando con muñecas, soldaditos de plomo o a algún penoso juego infantil. Puedo decir con toda modestia que

yo soy ese hombre, en todo, excepto en la solidez de su reputación y en su brillante carrera comercial. En este último sentido, quizá fuera aún más aplicable a mi padre que a mí. Yo, desde luego, no he dejado nunca de jugar y ¡ojalá hubiera más tiempo para jugar! Ojalá no tuviéramos que malgastar, en frivolidades como conferencias y literatura, el tiempo que podríamos haber dedicado al trabajo serio, sólido y constructivo como recortar figuras de cartón y pegar encima lentejuelas. Al decir esto, llego a la tercera razón por la que considero el teatro de juguete como un texto; es una razón que provocará muchos malentendidos por lo reiterativo y el rancio sentimiento que se puede asociar a ella. Es una de esas cosas que siempre se malinterpretan por haber sido explicadas demasiadas veces.

Me siento inclinado a negar ese culto moderno al niño que juega. Debido a distintas influencias de una nueva cultura bastante romántica, el «niño» se ha convertido en el «niño mimado». La verdadera belleza se ha estropeado por la poco escrupulosa emoción de los adultos, que han perdido gran parte de su sentido de la realidad. La peor herejía de esta escuela es que al niño sólo le interesa la simulación. Esto se interpreta en el sentido, a la vez sentimental y escéptico, de que no hay demasiada diferencia entre simular y creer. Pero el auténtico niño no confunde realidad y ficción. Actúa porque aún no puede escribir esa ficción, ni siquiera leerla, pero jamás permite que su salud mental quede empañada por eso. Para él seguramente no hay nada más diferenciado que jugar a ladrones y robar caramelos. Por mucho que juegue a ladrones, no acabará creyendo que robar está bien. Yo veía la diferencia con total claridad cuando era un niño. ¡Ojalá pudiera verlo ahora la mitad de claro! Me pasaba horas y horas en la parte trasera del jardín jugando a ladrones, pero aquello nunca tuvo nada que ver con la tentación de birlar de la habitación de mi padre una nueva caja de pinturas. No es que fuera falso; simplemente escribía antes de saber escribir. Por suerte, quizá, para la integridad del jardín trasero, pronto trasladé mis sueños a algo que guardaba un tosco parecido con la escritura; sobre todo en forma de dibujos amorfos y desvincijados de mapas de países fabulosos, habitados por hombres de formas y colores increíbles, y con nombres todavía más increíbles. Pero aunque pudiera llenar el mundo con dragones, jamás tuve la más ligera duda de que los héroes debían luchar contra los dragones.

Debo hacer un inciso para acusar a muchos de esos amantes de los niños de crueldad hacia ellos. Es falso decir que al niño no le gusta la fábula con moraleja. A menudo le gusta más la moraleja que la fábula. Los adultos trasladan su tedioso sarcasmo a una mente lo bastante fuerte como para ser totalmente seria. A los adultos les gustan los cómicos Standford y Merton. A los niños les gustan los Standford y Merton reales. Por lo menos, sé que a mí me gustaban mucho y sentía una fidelidad inquebrantable hacia el «Granjero Honrado» y el «Negro Noble». Me arriesgo a extenderme sobre este punto,

aunque sólo sea como un paréntesis, porque también sobre él existe actualmente un malentendido. En realidad, estamos ante lo que podríamos llamar una tendencia ñoña que no deja de serlo aunque se trate de una ñoñería contra la ñoñería. De puro habitual ha llegado a ser convencional expresar malestar ante los cuentos infantiles gazmoños y moralizantes, cuentos anticuados relativos a cosas como lo pecaminoso del robo, pero al recordar esa atmósfera anticuada, no puedo evitar exponer mi opinión sobre lo peculiar del asunto.

He de confesar que a menudo me encantaban los cuentos gazmoños y moralizantes. No creo que hoy me proporcionaran un exquisito placer literario, pero eso no es lo que ahora planteamos. Los que denuncian esas historias con moraleja son hombres, no niños. Pero creo que muchísimos admitirían su gusto infantil por los cuentos morales si aún les quedara valor moral para hacerlo. La razón es perfectamente sencilla: los adultos han reaccionado contra las moralejas porque saben que a menudo son símbolo de inmoralidad. Saben que los hipócritas y fariseos han usado esos tópicos de forma artera o perversa, pero el niño no sabe nada de artimañas ni perversidad. Él sólo ve los ideales morales en sí mismos y los considera sencillamente verdaderos, porque son verdaderos.

El cínico moderno comete otro error craso respecto al cuentista moralizador. Con el cinismo que le es propio, el primero siempre imagina que existe un elemento de corrupción en la idea de recompensa, en la postura del niño capaz de decir, como en los versos de Stevenson: «Cada día, si he sido bueno, me dan una naranja tras el almuerzo». Al hombre a quien la experiencia ha hecho ignorante, esto le parece siempre un vulgar soborno al niño. El filósofo moderno sabe que se necesitaría un soborno realmente grande para inducirle a ser bueno. Por tanto, al filósofo moderno le parece que sería como decirle al político moderno: «Le daré cincuenta mil libras cuando, en una ocasión concreta, demuestre que ha mantenido su palabra». La consistente recompensa parece algo muy distinto de la extraordinaria y enojosa tarea. Pero al niño no se lo parece así. Al niño no se lo parecería así si la Reina de las hadas dijera al Príncipe: «Recibirás la manzana dorada del árbol mágico cuando hayas luchado contra el dragón». Porque el niño no es maniqueo y no piensa que las cosas buenas estén, por su propia naturaleza, separadas del hecho de ser bueno. En otras palabras, a diferencia del reticente realista, él no considera la bondad como algo malo. Para él, la bondad, el regalo y la manzana dorada —o la naranja— forman parte de un paraíso verdadero y naturalmente van juntos. En otras palabras, él se ve como alguien que normalmente mantiene una relación amistosa con las fuerzas naturales y no como alguien que normalmente pelea o regatea con ellas. Sufre los habituales obstáculos y malentendidos egoístas, pero en el fondo de su corazón no considera extraño que sus padres sean buenos con él y le den una naranja, ni

que él se porte bien con ellos y se someta a algún sencillo experimento de buen comportamiento. Él no siente que le corrompan. Somos sólo nosotros, los que hemos comido la manzana prohibida (o la naranja), quienes vemos el placer como un soborno.

Sin embargo, mi principal propósito aquí es decir esto: para mí la infancia posee una cierta cualidad que, aunque pueda ser indescriptible, no es en absoluto imprecisa. Es bastante más clara que la diferencia entre noche cerrada y amanecer, o entre tener dolor de muelas y no tenerlo. Para la continuación de la historia, es necesario atacar este primer y más arduo capítulo del cuento, y como sea debo intentar exponer lo que quiero decir cuando afirmo que mi niñez tuvo una clase o calidad distinta al resto de mi existencia, inmerecidamente agradable y alegre.

La claridad era el atributo más general de esta cualidad positiva. Por cierto, en este punto disiento de Stevenson, a quien admiro, y que habla del niño como alguien con la cabeza en las nubes, como si normalmente el niño se moviera en una confusa ensoñación en la que no distinguiera lo real de lo imaginado. Ahora bien, tanto los niños como los adultos fantaseamos a veces, aunque no sea eso lo que en mi mente ni en mi memoria distingue al niño del adulto. Mi memoria es como una especie de luz blanca que lo ilumina todo y recorta sus perfiles con claridad subrayando su solidez. La luz blanca estaba impregnada de una especie de prodigio, como si el mundo fuera tan nuevo como yo mismo; pero no es que aquel mundo no fuera absolutamente real. Me siento hoy mucho más predispuesto a imaginar que un manzano a la luz de la luna es un fantasma o una ninfa lúgubre; o a ver cómo los muebles cambian de modo fantástico y se arrastran al anochecer, como en un cuento de Poe o Hawthorne. Pero de niño, yo tenía una especie de asombro confiado al contemplar el manzano como un manzano. Estaba seguro de ello y también de la sorpresa que me producía; tan seguro como que Dios creó las manzanas. Podían ser manzanitas pequeñas como yo, pero eran también sólidas como yo. Había algo de eterna mañana en aquel estado de ánimo y prefería ver cómo ardía un fuego que imaginarme las caras a la luz del fuego. El Hermano Fuego, al que san Francisco amaba, me parecía mucho más fraterno que esos rostros quiméricos que surgen ante los hombres que han conocido otras emociones distintas a las de la fraternidad. No sé si alguna vez pedí la luna, como suele decirse, pero estoy seguro de que me la imaginaba sólida como una enorme bola de nieve y de que siempre tuve más deseo de lunas que de simples claros de luna. Aquello sólo podría expresarse vagamente con una figura retórica, pero se trataba de un hecho y no de una figura retórica. Lo que anteriormente dije sobre el teatrillo de juguete podría alegarse como prueba de mis contradicciones y como ejemplo de placer en la mera ilusión.

Así, lo que dije al principio sobre el teatro de juguete se malinterpretará

por completo. De hecho, no hubo en aquel asunto nada que tuviera que ver con la ilusión o la desilusión. Si este fuera un moderno y crudo relato realista, yo, por supuesto, contaría una historia conmovedora de la espantosa decepción que sufrió mi espíritu al descubrir que el príncipe era sólo una figurita pintada. Pero esto no es un moderno y crudo relato realista. Muy al contrario, es una historia verdadera. Y la verdad es que no recuerdo haberme sentido ni engañado ni desengañado. La cuestión es que a mí me encantaba el teatro de juguete aunque supiera que era de juguete. Y me encantaban las figuritas de cartón, a pesar de haber descubierto que eran de cartón. La blanca luz del asombro que iluminaba todo aquello no era ningún truco; en realidad, muchas de las cosas que hoy brillan con más intensidad en mi memoria eran meros accesorios técnicos, como los palos paralelos de madera blanca que mantenían el escenario en su sitio, una madera blanca que todavía sigue curiosamente asociada en mi imaginación con todo lo relativo al santo oficio del Carpintero. Me pasaba lo mismo con muchos otros juegos o simulaciones que me encantaban, como con el teatro de marionetas de Punch y Judy. No sólo sabía que las figuras eran de madera, sino que quería que fuesen de madera. No podía imaginarme que aquel porrazo atronador pudiera darse con algo que no fuera un palo de madera sobre una cabeza también de madera. Pero encontraba en las figuras ese placer que el hombre primitivo debía de sentir ante una primitiva artesanía, al ver que estaban talladas y pintadas como una pasmosa y gesticulante caricatura de lo humano. Me gustaba que aquel trozo de madera fuese una cara, pero también me gustaba que aquella cara fuese un trozo de madera. Eso no significa que el teatro de madera, como el de cartón, no me revelara auténticas ideas y fantasías, y me ofreciera espléndidos atisbos de las posibilidades de la existencia. Por supuesto, en aquel entonces, el niño no podía analizarse a sí mismo y ahora el hombre no puede analizar al niño. Pero estoy seguro de que no era una simple víctima del engaño o la trampa. Él disfrutaba de la sugerente representación artística exactamente igual a como la disfrutaba un crítico de arte, sólo que el niño la disfrutaba muchísimo más. Por la misma razón, no creo que yo me preocupara nunca mucho ni de Santa Claus ni del supuesto cuchicheo del niño que revela que Papá Noel «es sólo tu papá». Tal vez la palabra «sólo» impresionaría a los niños como le mot juste.

Mi arraigada idolatría por Punch y Judy ilustraba el mismo hecho y la misma falacia. Yo no sólo agradecía el entretenimiento, sino que llegué a sentirme agradecido por los mismísimos accesorios e instrumentos del entretenimiento: la torre con cuatro almenas pintada en la lona con aquella ventana solitaria en lo alto y hasta los más mínimos detalles de aquel escenario convencional y evidentemente pintado. Y sin embargo, estas eran las cosas que, como atavíos de la impostura, yo debería haber roto y desgarrado en un ataque de ira si realmente hubiera sentido que la explicación estropeaba la experiencia. Me encantó —no me desencantó— descubrir que las figuras

mágicas se movían con tres dedos humanos. Y tenía razón, porque esos tres dedos humanos son más mágicos que la figura más mágica; los tres dedos que sostienen la pluma, la espada y el arco del violín; los mismos tres dedos que el sacerdote levanta para bendecir como emblema de la Santísima Trinidad. En mi mente no había conflicto entre aquellas dos magias.

Resumiré ahora en cuatro puntos lo que parecerá una especie de rompecabezas sobre la página. Puedo asegurar al lector que tienen mucho que ver con las últimas conclusiones de este libro. Después de haber empapelado el mundo con cientos de artículos para ganarme la vida, sin duda me siento inclinado a dejar que este relato se desmande y adopte la forma de ensayo; pero repito que esto no es un ensayo sino un relato. Tanto más cuanto que estoy utilizando un truco de los relatos de detectives. En las primeras páginas de una novela policíaca, se dan con frecuencia tres o cuatro pistas para espolear la curiosidad del lector más que para satisfacerla; por ejemplo, el sobresalto del cura al reconocer a alguien, el grito de la cacatúa en la noche, el papel secante quemado o el soslayar apresuradamente el tema de las cebollas son indicios que se exponen al principio, aunque no se expliquen hasta el final. Así sucede con el tedioso y difícil interludio de este capítulo, que es una mera introspección sobre la infancia que no es introspectiva. No obstante, el lector paciente puede descubrir que estas oscuras pistas tienen algo que ver con el posterior misterio de mi descarriada existencia e incluso con el crimen cometido antes del final. De todos modos, las expondré aquí sin discutir nada de lo que puedan presagiar.

En primer lugar, mi vida empezó a desplegarse en la época del evolucionismo, que en realidad es un término que sólo significa despliegue. Pero para muchos de los evolucionistas de aquella época parecía que evolución quería decir el despliegue de algo que no existe. Desde entonces y en cierto sentido, he terminado por creer en el desarrollo, es decir, en el despliegue de lo que ya existe. Hoy puede parecer una fanfarronada atrevida y equívoca afirmar que en mi infancia yo ya estaba allí completo o, por lo menos, muchos de los que mejor me conocían tendrían sus dudas sobre este punto. Pero lo que quiero decir es que las distinciones que hago aquí estaban todas allí. Yo no era consciente de ellas entonces, pero estaban contenidas en mí. En resumen, en la infancia, existían tácitamente, aunque en aquel entonces ellas no se manifestaban en la comúnmente llamada obediencia tácita.

En segundo lugar, sabía, por ejemplo, que fingir no es engañar. No habría podido definir la diferencia si me lo hubieran preguntado, pero eso se debía a que nunca se me hubiera ocurrido que me lo pudieran preguntar. Era simplemente porque un niño entiende la naturaleza del arte mucho antes de que entienda la naturaleza del razonamiento. Aún hoy no es raro oír que las imágenes son ídolos y que los ídolos son muñecos. Me alegra decir aquí que ni

siquiera los muñecos son ídolos, sino auténticas imágenes. La misma palabra «imágenes» significa cosas necesarias a la imaginación. Pero no cosas contrarias a la razón, no, ni siquiera para un niño, porque la imaginación es casi lo opuesto a la fantasía.

En tercer lugar, ya he dicho que yo disfrutaba de Punch y Judy como teatro y no como fantasía; de hecho, el extraordinario estado mental que lucho por revivir era realmente el reverso de un sueño. Era más bien como si estuviese más despierto de lo que estoy ahora y me moviera en una luz más intensa, que era, respecto a lo que entendemos por luz intensa, lo que el día es a la oscuridad. Por supuesto, sólo para aquellos que ven el último rayo a través de la oscuridad, la luz parece más misteriosa que cualquier oscuridad. De cualquier forma, parece muy distinta, y de eso estoy total y absolutamente seguro, aunque en una cuestión tan subjetiva como la de las sensaciones no puede haber demostración. ¿Cuál era el significado real de esa diferencia? Ahora, parece que tengo alguna ligera idea, pero no la mencionaré en este momento del relato.

Sería natural, finalmente, aunque totalmente erróneo, deducir de todo esto que mi infancia fue excepcionalmente cómoda y totalmente feliz; o bien que mi memoria es simplemente un reloj de sol que marca sólo las horas soleadas. Pero no es eso lo que quiero decir; se trata de algo muy distinto. Durante la infancia, me sentía a menudo desgraciado, como otros niños, pero la felicidad o infelicidad parecían de una textura distinta o se sustentaban sobre otros intereses. Como cualquier otro niño, a menudo me portaba mal, y nunca dudé ni por un momento de la moraleja de todos los cuentos morales, que, como principio general, sostienen que la gente debería ser desgraciada cuando se ha portado mal. Es decir, las ideas de arrepentimiento y absolución estaban implícitas en mi mente, pero todavía sin desplegar. Además, yo no era, en modo alguno, ajeno al dolor, algo absolutamente incuestionable; me dolían muchísimo las muelas y sobre todo, los oídos; pocos pueden confundirse hasta el punto de considerar el dolor de oídos como una forma de hedonismo epicúreo. Pero también aquí existe una diferencia. Por alguna razón inexplicable y de forma indescriptible, el dolor no dejó en mi memoria la impresión de lo intolerable o misterioso que deja en la mente adulta. Puedo dar fe de estos cuatro hechos exactamente igual que la daría de mi gusto por una pistola de juguete o por trepar a un árbol. Su significado, en el asesinato o en otro misterio, aparecerá más adelante.

Me temo que he prolongado absurdamente esta nota sobre la infancia, como si hubiera tardado un tiempo excesivo no en morir sino en nacer, o al menos en crecer. Bueno, estoy convencido de que hay que estirar la niñez y no lamento haber sido un niño lento. Pero sólo puedo decir que esta nota sobre la infancia es necesaria si no queremos que todo lo demás sea sólo una tontería, y

ni siquiera sea una tontería infantil. En los capítulos siguientes, trataré de lo que se ha dado en llamar hechos reales, aunque sean mucho menos reales. Sin querer dárme las de aventurero o de trotamundos, puedo decir que he visto un poco de mundo, he viajado a lugares interesantes y he hablado con hombres interesantes; he participado en disputas políticas que con frecuencia se han convertido en luchas sectarias; he hablado con estadistas en momentos críticos del destino de los estados; he conocido a la mayoría de los grandes poetas y prosistas de mi época; he seguido el rastro de torbellinos y terremotos, y he viajado a los confines de la tierra; he vivido en casas reducidas a cenizas en las trágicas guerras de Irlanda; en Polonia, he caminado entre las ruinas de los palacios que el Ejército Rojo dejaba a su paso; he oído hablar sobre las señales secretas del Ku Klux Klan en las fronteras de Tejas; he visto a los fanáticos árabes salir del desierto para atacar a los judíos en Jerusalén. Hay muchos periodistas que han visto muchas más cosas de estas, pero yo he sido periodista y las he visto; no habrá dificultades para llenar otros capítulos con ellas, pero no significarán nada si no se entiende que, aún hoy, significan menos para mí que Punch y Judy en Campden Hill.

En una palabra, nunca he dudado de que esta fuera mi auténtica vida, es decir, el inicio real de lo que debería haber sido una vida más real, una experiencia perdida en la tierra de los vivos. Creo que cuando salí de mi casa y me quedé de pie sobre aquella colina de casas donde los caminos se precipitaban hacia Holland Park y las terrazas de las nuevas casas de ladrillo rojo daban a un inmenso valle en cuyo fondo se veía el reflejo del Palacio de Cristal (y verlo era una actividad juvenil en aquellos barrios), yo estaba íntimamente seguro de lo mismo que ahora lo estoy conscientemente, de que el blanco y sólido camino y el digno principio de la vida de un hombre estaban allí, y de que es el hombre quien después lo ensombrece con sus sueños o se engaña a sí mismo, y se descarría. El adulto es el único que vive una vida de simulación y fingimiento; es él quien tiene la cabeza en las nubes.

Por supuesto, entonces ni siquiera sabía que esta luz de la mañana podía perderse y todavía sabía menos sobre la polémica de si es posible recuperarla o no. Los debates de aquella época pasaban lejanos sobre mi cabeza, como tormentas en lo alto de la atmósfera, pero como yo no era capaz de prever el problema, tampoco podía buscar soluciones con antelación. Simplemente miraba los acontecimientos en la calle igual que miraba los del teatro de juguete; y entonces como ahora, conseguía igualmente ver cosas curiosas, no trivialidades insulsas, sino pequeñeces llenas de colorido, dignas de los más desenfundados espectáculos del teatro de juguete. Recuerdo una vez que paseaba con mi padre por Kensington High Street y vimos una aglomeración de gente concentrada junto a un oscuro y estrecho portal del lado sur de aquella calle. Yo ya había visto anteriormente aglomeraciones, y estaba preparado para los gritos y empujones. Pero no estaba preparado para lo que

sucedió entonces. Una especie de murmullo recorrió la fila como un relámpago y todos aquellos excéntricos cayeron de rodillas sobre la acera. Nunca había visto a la gente hacer semejantes gestos excepto en la iglesia, así que me detuve a mirar. Entonces me di cuenta de que una especie de cochecito o carruaje oscuro se había detenido frente al portal y que de él bajaba un fantasma envuelto en llamas. Nada en aquella caja de pinturas de un chelín había desplegado nunca tal conflagración escarlata, tales lagos de laca, ni había parecido tan espléndidamente apto para encarnar el infinito mar. Avanzó con sus radiantes ropajes como una inmensa nube púrpura de crepúsculo, con sus largos y frágiles dedos levantados bendiciendo a la multitud. Entonces miré su rostro, y el contraste me sobrecogió: su cara tenía la palidez mortal del marfil, muy arrugada y vieja, hecha de nervio, hueso y tendón; los ojos hundidos y ojerosos; pero no era feo, y en cada una de sus facciones sobrevivían las ruinas de una gran belleza. Su rostro era tan extraordinario que por un momento llegué a olvidar aquellos ropajes escarlata absolutamente maravillosos.

Pasamos por delante y entonces mi padre dijo:

—¿Sabes quién era? Era el Cardenal Manning.

Luego, alguno de sus artísticos hobbies le vino a su distraída y socarrona cabeza, y dijo:

—Habría tenido un gran éxito como modelo.

III

CÓMO SER UN IMBÉCIL

El paso de la niñez a la pubertad y la misteriosa metamorfosis que da como resultado ese monstruo que es un adolescente podrían muy bien resumirse en un pequeño detalle, el de las antiguas mayúsculas del alfabeto griego: la gran zeta, una esfera atravesada por un aro como Saturno, o la gran épsilon, como un esbelto cáliz curvado, conservan todavía para mí un encanto y un misterio indescriptibles, como si fueran signos de calurosa bienvenida trazados sobre el amanecer del Edén. Las minúsculas griegas corrientes, aunque ahora me resultan mucho más familiares, me parecen cositas bastante desagradables, como una nube de mosquitos. En cuanto a los acentos griegos, logré con éxito, a lo largo de una larga serie de trimestres escolares, evitar aprendérmelos; jamás me he sentido tan satisfecho como cuando, tiempo después, descubrí que los griegos tampoco se los aprendieron nunca. Sentía un claro orgullo de ser tan ignorante como Platón y Tucídides. Al menos, los griegos que

escribieron la prosa y la poesía que merecían la pena estudiarse, no los conocían; según creo, los acentos fueron un invento de los gramáticos renacentistas. Pero es un hecho psicológico que la contemplación de una mayúscula griega aún me llena de felicidad; la de una minúscula, de indiferencia teñida de disgusto y la de los acentos, de una santa indignación rayana en la irreverencia. Pienso que la explicación radica en que aprendí las mayúsculas griegas, como las mayúsculas inglesas, en casa; me las enseñaron como un juego cuando aún era pequeño, mientras que las otras las aprendí durante el período que llamamos educación, ese período en el que un desconocido me instruía sobre cosas que no deseaba saber.

Cuento esto sólo para mostrar que yo era mucho más sabio y abierto a los seis años que a los dieciséis. Dios no permita que esto me sirva de base para una teoría pedagógica. En ciertos aspectos, este trabajo no puede dejar de ser teórico, pero no es necesario rizar el rizo y que además sea pedagógico. Desde luego, no adoptaré esa elegante actitud moderna de revolverme e insultar a mis maestros porque decidí no aprender lo que ellos estaban dispuestos a enseñar. Puede ser que en las renovadas escuelas de hoy, al niño le enseñen de tal forma que grite de placer a la vista de un acento griego. Pero me temo que es mucho más probable que las escuelas modernas se hayan librado del acento griego librándose del griego. Y en este punto, como suele ocurrir, estoy sin lugar a dudas del lado de mis maestros y en contra mía. Me alegro mucho de que mis denodados esfuerzos por no aprender latín se vieran frustrados en cierta medida y de no haber conseguido siquiera escapar de la contaminación de la lengua de Aristóteles y Demóstenes. Al menos sé el suficiente griego para coger el chiste cuando alguien dice (como sucedió el otro día) que el estudio de esa lengua no es propio de una época democrática. No sé de qué lengua pensaba él que procedía la democracia, y eso que hemos de admitir que esa palabra parece haberse convertido hoy en día en parte de la jerga periodística. Pero de momento lo que me interesa es el aspecto personal o psicológico; mi propio testimonio íntimo ante el hecho de que, por un motivo u otro, un muchacho pasa, con toda seguridad, de un primer estadio en el que desea aprender casi todo a un estadio posterior en el que apenas desea saber nada. Un viajero muy pragmático, con mucha experiencia y poca mística, me soltó en cierta ocasión: «Debe de haber algo en la educación totalmente equivocado. Hay mucha gente con niños maravillosos y los adultos son todos unos inútiles». Sé muy bien a qué se refería; aunque tengo dudas de si mi inutilidad actual es fruto de mi educación o si tiene algún otro motivo más misterioso y profundo.

La pubertad es algo de lo más complejo e incomprensible. Incluso cuando uno la ha pasado, no puede explicarse qué era. El hombre nunca puede llegar a comprender al muchacho, a pesar de que también él haya sido un muchacho. A eso que una vez fue un niño le crece por todos los sitios una especie de

protección espinosa como pelo; una dureza, una indiferencia, una curiosa mezcla de inesperada energía sin objeto y una disposición a aceptar las convenciones. Sin pensarlo demasiado, me vi envuelto en una barrabasada que implicó comportarme literalmente como un loco; y durante todo el tiempo que duró supe que no sabía por qué lo hacía. Cuando conocí a mi mejor amigo en el recreo, me pasé tres cuartos de hora peleándome con él como una fiera, no por técnica ni, por supuesto, por rencor (nunca le había visto con anterioridad y desde entonces siempre le he querido mucho), sino movido por una especie de inagotable e insaciable impulso que me llevó a zarandearlo de un lado a otro del patio y rodar con él una y otra vez por el barro. Y creo que durante todo aquel rato ambos teníamos la cabeza tranquila y serena; cuando desistimos de puro agotamiento y a él se le ocurrió citar a Dickens, las Bab Ballads o algo que yo había leído, nos zambullimos en una amigable discusión literaria que, de manera intermitente, ha durado desde aquel día hasta hoy. Son cosas que no tienen explicación, pues ni siquiera los que las han vivido pueden explicarlas. Pero desde entonces, he visto chicos de muchos países e incluso de distintos colores, chicos egipcios en los bazares de El Cairo o chicos mulatos en los suburbios de Nueva York, y me he dado cuenta de que, por alguna ley primitiva, todos tienden a hacer tres cosas: deambular por ahí en grupos de tres, deambular sin ningún objetivo aparente y, casi constantemente, atacarse uno a otro de repente y dejar de hacerlo de forma igualmente repentina.

Algunos se preguntarán todavía por qué califico esta conducta de convencional; la impresión general es que dos banqueros o los socios de un negocio no se enzarzan y ruedan por el suelo para divertirse o por pura amistad. Se podría replicar que los socios de un negocio no tienen por qué ser siempre tan buenos amigos. Pero en cualquier caso, es acertado llamarlo convención más de lo que sería llamarlo colisión. Es precisamente esa convención la que separa de verdad al adolescente del niño. Cuando iba a la escuela de San Paul, en Hammersmith, había realmente una suerte de convención sobre la independencia, que, en muchos aspectos, era una falsa independencia porque era una falsa madurez. Hemos de recordar una vez más aquella falacia del «hacer como si» de la infancia. El niño no finge realmente que es un piel roja; no más de lo que Shelley fingía ser una nube o de lo que Tennyson fingía ser un arroyo. Esto puede comprobarse si ofrecemos un panfleto a la nube, un título nobiliario al arroyo o un penique para caramelos al Búfalo Rojo de las Praderas. Pero el muchacho sí que finge que es un hombre; e incluso un hombre de mundo, lo que aún resulta una metamorfosis más patética. Los adolescentes de mi época quedaban destrozados ante la espantosa revelación de que tenían una hermana o incluso un nombre propio. Y la naturaleza mortal de este golpe consistía en la ruptura de la convención en la que se basaba nuestra vida; la convención de que cada uno de nosotros

era autónomo; un caballero independiente que vivía de sus recursos privados. El secreto de que cada uno de nosotros tenía en realidad una familia y padres que nos financiaban se ignoraba sistemáticamente y sólo se revelaba en momentos de feroz venganza. Pero lo importante es que en aquella convención existía ya un leve toque de corrupción; precisamente por ser más seria y menos franca que las ficciones de la infancia. Habíamos empezado a ser lo que los niños no son: esnobs. Los niños purifican los papeles teatrales que interpretan cuando dicen: «vamos a hacer de». Nosotros, los adolescentes, nunca decíamos «vamos a hacer de»; nosotros simplemente lo hacíamos.

He dicho que los muchachos deambulan de tres en tres. Ciertamente el tres es el número simbólico de la camaradería, aunque esta no sea siempre exactamente lo mismo que la amistad. He tenido la buena suerte de disfrutar de ambas, como los Tres Mosqueteros, o los Tres Soldados de Mr. Kipling. Mi primer amigo, aquel con el que me peleé en el patio, ha escrito después las mejores novelas de detectives de la época moderna y todavía oculta un poderosísimo sentido del humor bajo el más impenetrable disfraz de escritor del Daily Telegraph. Era, y aún lo es, admirable por la mezcla entre la extraordinaria solemnidad de su rostro y la extremada agilidad y rapidez de sus movimientos. Yo solía decirle que tenía una cabeza de profesor en un cuerpo de arlequín. Era un placer poético verlo caminar por la calle con cierta solemnidad y de repente, trepar por una farola como un mono con la supuesta intención de encenderse un cigarrillo; después descendía y retomaba el paseo con una expresión imperturbable de seriedad y serenidad. Tenía una cabeza extraordinariamente bien equilibrada y dotada para casi todo; incluso para escribir artículos de fondo para un diario de Londres. Pero también podía escribir puros y gemidos disparates con idéntica y simple circunspección. Fue el inventor de esa forma rigurosa y solemne de estrofa que desde entonces se conoce por su segundo nombre: «Clerihew» (se llamaba Edward Clerihew Bentley) o «Biografía para principiantes»; las composiciones datan de nuestra época escolar, cuando él solía asistir con aire aburrido a las clases de Química, con una hoja en blanco de papel secante delante de él. En aquel papel escribió, inspirado por el puro espíritu de la canción, estos desnudos versos:

Sir Humphrey Davy

detestaba el kiwi.

Merecía el odio

por descubrir el sodio.

Por entonces, yo ya hacía dibujos, o lo que nosotros llamábamos dibujos, para ilustrar aquellas rimas biográficas; sin embargo, tuvieron que pasar varias décadas hasta que a uno de nosotros se le ocurriera publicar un libro o cualquier otra cosa. Mucho después de que ambos nos hubiéramos convertido

en escribas impenitentes, seguíamos siendo discretos estudiantes; nunca pensamos que pudiéramos ser otra cosa o que nuestros días de estudiantes pudieran acabarse. En ese sentido, teníamos tan poca ambición como dos niños que se hablan en un lenguaje secreto. Nuestras bromas eran familiares o nacían de la vida cotidiana en la escuela, aunque ocupaban suficiente papel como para llenar una biblioteca. Recuerdo un romance interminable para el que me pasaba el día dibujando y en el que sigo viendo un toque de imaginación salvaje. Surgió de un simple paseo detrás de tres de nuestros profesores; dos de ellos, altos y jóvenes, llevaban en medio a un tercero, viejo y chiquitín, con lo que daba la impresión de que lo sostenían. Sobre este hecho se basaba la gran teoría constructiva de que el viejo profesor (una de las personas más importantes del colegio) era en realidad un autómatas mecánico al que ellos paseaban por ahí y al que daban cuerda para que cumpliera con sus quehaceres diarios. El maniquí y los dos conspiradores se arrastraban a lo largo de una sarta (mal trabada) de aventuras, y aún deben de rondar por ahí algunos de los bosquejos. No es necesario decir que nunca pensamos hacer nada con ellas salvo disfrutarlas. Con frecuencia he pensado que ese era el mejor uso que podía hacerse de las cosas.

Mi amigo Bentley, por supuesto, tenía y tiene un talento natural para esos elaborados mapas estratégicos del disparate o para sugerir tramas descabelladas. Es algo parecido a la laboriosidad que acompaña a la fantasía del Padre Ronald Knox cuando traza un mapa detallado del Barsetshire de Trollope o descifra un criptograma increíble para demostrar que la reina Victoria escribió «In Memoriam». Recuerdo un día en que todo el colegio se reunía para despedir a un profesor que se marchaba a disfrutar de una beca en Peterhouse. El discurso de felicitación corrió a cargo de uno de los profesores más veteranos, un viejo caballero erudito, pero pesado y solemne, cuyos modales y dicción eran a la vez tediosos y prosaicos. Mi amigo yo estábamos sentados uno junto al otro, sin esperanza de que nada que no fuera la solemnidad del conferenciante nos fuera a despertar de aquel sopor, cuando toda la asamblea se sobresaltó como si hubiera oído un trueno. El viejo caballero había hecho un chiste y lo más sorprendente es que era un chiste bueno. Comentó que, al trasladar a nuestro amigo de este colegio a aquella Facultad, estábamos robando a Pablo para pagar a Pedro. Nos miramos perplejos. Sacudimos la cabeza con gesto grave. Era inexplicable. Pero poco después, Bentley ofreció una explicación convincente y exhaustiva. Insistió en que el viejo profesor había dedicado toda su vida a planear y preparar aquel único chiste. Había utilizado su influencia con el decano del colegio para conseguir una plaza para el joven profesor. Después había intrigado con las autoridades universitarias para que le dieran una beca en aquella Facultad. Había vivido para aquel momento. Había hecho su primer y último chiste, y seguramente pronto descansaría en paz.

Fue el tercer miembro de nuestro original trío quien aportó a nuestros secretos un soplo de ambición y los aires del gran mundo. Era un muchacho moreno y muy delgado llamado Lucian Oldershaw, con aspecto de ser, y en ciertas cosas lo era, muy sensible, pero en las grandes cuestiones era mucho menos tímido que nosotros. Era hijo de un actor y había viajado por el país mucho más que los demás; había asistido a otros colegios y conocía mejor la diversidad de la vida. Sobre todo, estaba febrilmente poseído por una vasta, sorprendente y devastadora idea; la idea de hacer algo, de hacer algo a la manera de los adultos, que eran los únicos que podían hacer cosas. Recuerdo bien que los pelos se me pusieron de punta la primera vez que habló de pasada de la Revista oficial del Colegio, que para mí era algo parecido al libro de Oraciones del Colegio, o al de la Fundación del Colegio. Ninguno de nosotros había soñado jamás con escribir en ella, como tampoco se nos habría ocurrido colaborar con la Enciclopedia Británica. Y mi nuevo amigo, que era algo más joven que yo, hablaba alegremente de que abrigaba la vieja idea de establecer algún tipo de cooperación entre todas las grandes revistas escolares: las de Eton, Harrow, Winchester y todas las demás. Si nos hubiera propuesto conquistar y gobernar el imperio británico, no me hubiera asombrado más; pero descartó la idea con la misma tranquilidad con que la había planteado y, con total sangre fría, propuso que nosotros mismos publicásemos una revista y que la imprimiésemos en una auténtica imprenta. Debía de tener unas dotes de persuasión extraordinarias porque la hicimos. También fundamos una pequeña sociedad de chicos de nuestra edad y la llamamos Junior Debating Club, aunque, por lo que sé, nadie había oído hablar nunca del Senior Debating Club. En el último curso, pasabas a formar parte de la Asociación y hacías otras cosas reglamentarias y asombrosas como cenar con el decano. Pero, a nuestra edad, aquello nos preocupaba tan poco como la muerte.

Nuestros debates han quedado recogidos en volúmenes dispersos de nuestro curioso periódico. Los que intervenían en ellos estaban misteriosamente representados por sus iniciales, como si fueran miembros de una sociedad secreta en una insólita novela; por ejemplo, «Mr. B. rebatió con contundencia lo expuesto por el último orador», «Estas observaciones provocaron una indignada protesta por parte de M.C.» Esta y otras joyas demoledoras convierten estos volúmenes en la lectura favorita de mi amigo Mr. Edward Fordham, que también era miembro del Club y se recreaba adornando sus crónicas con el lenguaje periodístico más exquisito y florido, burlándole sí mismo y de los demás. Creo que aún hoy siente especial predilección por un párrafo de los informes en el que, al referirse a uno de los chicos de la sociedad, se afirma: «Mr. L. D. describió brevemente los gobiernos de Francia, América, Alemania, Italia y España». Sin embargo, a veces, la retórica burlesca del propio Fordham le rebotaba en la cabeza. Describió una de las innumerables algaradas que solíamos tener a la hora del

té de la siguiente manera: «Un bollito de a penique, de los pringosos, aguijoneó mimosamente la mejilla del honorable presidente, lanzado como mensaje de gracia por la mano certera de Mr. F.». Quiero recalcar que yo era el presidente y que me solían honrar de aquella manera, pero el impresor me vengó, porque convirtió el misil en «un pollito de a penique, pelos pringosos», un espécimen de lo más sugerente. Aquel fue el inicio de una larga carrera de torturas por las erratas de imprenta, que alcanzó su punto álgido cuando calificué a un sacerdote inconformista de «distinguido corresponsal» y apareció como «distinguido comensal».

Nuestro club de debate se fundó y, desde luego, llegamos a debatir, si es que a aquello se le podía llamar así. Este era el aspecto que menos me importaba, porque yo había debatido desde que nací, con mi hermano, por supuesto, y probablemente con mi niñera. Pero lo más escalofriante fue que nuestro periódico apareció impreso de verdad; yo publiqué en él poemas rimbombantes en los que las malas imitaciones de Swinburne estaban tan perfectamente equilibradas con las peores imitaciones de baladas de la Roma clásica que muchos de mis amigos más inocentes experimentaron el espejismo de que yo tenía un estilo propio. No he vuelto a leer aquellos versos; hay límites en la degradación y la desesperación que incluso la autobiografía exige. Pero debo admitir que, por la razón que fuese, atrajeron un cierto interés, nuestro experimento comenzó a aflorar a la superficie de la vida escolar y mereció la atención de las autoridades académicas, lo último que yo habría deseado. En justicia, hay que decir que la revista contenía poesía probablemente mejor que la mía y, con seguridad, más educada. Entre aquel pequeño grupo de doce muchachos que formaban nuestra Sociedad estaba Robert Vernède, que también imitaba a Swinburne, pero era capaz de apreciar lo bien que Swinburne imitaba a los poetas griegos. Es triste y divertido a la vez revelar que de todos aquellos anhelantes ecos swinburnianos, sólo recuerdo un eco de parodia, en la que Bentley simula el estilo de los primeros coros de Vernède a la Atalanta y escribe el siguiente poema de despedida cuando su compañero se va de la mesa en la que ha tomado el té:

Que la leche vertida
sea del gato bebida
pues que debajo de la mesa
del asiento que ocupó
el pie de su bota salió;
y el hall del sombrero enviudó.

Vernède y Bentley eran íntimos; compartían una mezcla de inmovilidad y actividad, aunque la inmovilidad de Vernède no era seca y seria como la de su

amigo, sino somnolienta y oriental, como la de un Buda o, al decir de sus amigos de entonces, la de un gato. Tenía esa cara ovalada, japonesa, que se ve en los oriundos del sur de Francia, de donde él procedía. Vivió lo suficiente para ser un poeta exquisito y prometedor, y para escribir, al comienzo de la contienda, una noble invocación al mar de Inglaterra que muchísimos deben recordar todavía. Pero no mantuvo su compromiso como poeta porque tuvo que cumplir otro mejor, y yace muerto en el campo del honor.

En cuanto a lo demás, la diferencia significativa entre aquellos dos o tres individuos radicaba en que el trabajo de E.C.B., mi primer y, en todos los sentidos, original amigo era el único de toda la revista que él hubiera podido publicar quince años después. Fueran cuales fueran los méritos relativos de nuestras respectivas mentes, la suya era la más madura, quizá debido a que sobre todo se centraba en ser impertinente y crítica. De todos modos, las fábulas disparatadas que escribía para la revista hubieran hecho un excelente papel en cualquier periódico de verdad. No tenían nada propiamente juvenil, y, de todos los hombres que he conocido, es el que menos ha cambiado, la cabeza que mejor ha mantenido el equilibrio y, sobre todo, la que menos errores juveniles ha cometido para alcanzarlo. Tenía también, como ya he comentado, una especie de versatilidad tranquila; era capaz de realizar, incluso mejorar, los proyectos de otra gente; como suele decirse, se le daba bien todo. En aquel absurdo periodicocho escolar, el trío original escribía cartas por turnos como si fuesen tres personajes imaginarios; creo que las suyas eran las mejores. Veinte años después, Belloc y yo empezamos a trabajar en unas baladas para el Eye-Witness, Bentley se unió al proyecto con posterioridad y de la misma forma que en el pasado creo que las suyas eran las mejores. Pero en aquella época y quizá durante mucho tiempo después, era demasiado indiferente e irónico como para querer significarse con cualquier causa o cosa con las que la juventud tiende generalmente a asociarse o a combatir. Cuando algunos de nosotros simulábamos ser los Caballeros de la Tabla Redonda, él estaba contento de ser Dagonet el loco o, en otras palabras, el sabio. Y fue con aquel papel de bufón asombrosamente espléndido como empezó a atraer la atención de los adultos. Cuando el viejo director de St. Paul echó un vistazo a una versión de El perro del hortelano en la que se describía cómo se impedía al ganado «refrescarse sus vacas interiores», se vio presa de terroríficas convulsiones provocadas por sus extraordinarias carcajadas que, como otros movimientos de su atronadora voz, empezaban como un órgano y terminaban como un silbato. «Este chico mira el mundo cabeza abajo», dijo el Director de St. Paul; y al instante estábamos bajo el potente foco de la atención pública.

Ya es hora de que diga algo de los profesores y, especialmente, del director. Por muy importantes que nos considerásemos comparados con aquellos lejanos aunque respetables enemigos, algo, a pesar de todo, debían de tener que ver con la escuela. El más excéntrico y divertido de todos, Mr. Elam, ya

ha sido retratado en brillante blanco y negro por la pluma de Mr. Compton Mackenzie. He olvidado si Mr. Mackenzie mencionaba lo que siempre me chocó como la excentricidad más inquietante de aquel excéntrico: la burla franca con la que hablaba de su profesión, de su estatus, de sus colegas e incluso de sus superiores. Explicaba la diferencia entre la sátira y la amargura del risus sardonicus mediante esta útil parábola: «Si voy paseando por la calle y me caigo en el barro, me reiré con una risa sardónica. Pero si viera al decano de esta escuela caerse en el barro, soltaría una risa sarcástica». Sin embargo, menciono aquí su nombre por otro motivo, por haber dado rienda suelta en cierta ocasión a su desprecio por lo que él llamaba «el oficio de celador» en forma de pregunta retórica dirigida a un chico:

«Robinson: ¿por qué se envía a los chicos a la escuela?». Con la mirada baja y un aire de virtud repulsivo, Robinson contestó en voz baja:

«Para aprender, señor».

«No, muchacho, no —dijo el viejo caballero moviendo la cabeza—, fue porque un día a la hora del desayuno, Mr. Robinson le dijo a Mrs. Robinson: “Querida, tenemos que hacer algo con este chico. Es un estorbo para mí, es un estorbo para ti y un engorro para los criados”».

Luego, con un afilado y chirriante desprecio como colofón, continuó:

«Así que pagaremos a alguien que...».

Decía que traigo a colación esta vieja anécdota por otra razón, y en parte es porque yo propondría otra respuesta. Si cuando era un chico pensé alguna vez en aquel problema, no me vi obligado a seguir la dirección de excelsa moral seguida por Robinson. La idea de que yo hubiera ido a la escuela para trabajar era demasiado grotesca para que nublara mi mente un instante. También era un contraste demasiado evidente entre los hechos y el resultado. Quería mucho a mis amigos, aunque, como también sucede a esa edad, los quería demasiado como para mostrarme abiertamente emotivo. Pero sí que recuerdo haber llegado muy seriamente a la conclusión de que un chico debe ir a la escuela para estudiar el carácter de sus maestros. Y aún creo que había algo cabal en aquello. Después de todo, el maestro es el primer adulto educado que el niño ve constantemente, después de haber sido presentado a su padre y a su madre a una edad más temprana. Y los profesores de St. Paul eran muy interesantes; incluso los que no eran tan notoriamente excéntricos como el memorable Mr. Elam. Con uno de aquellos distinguidos individuos, mi deuda es infinita; me refiero al historiador de la Rebelión de los indios y de las campañas de César, Mr. T. Rice Holmes. Consiguió, sólo Dios sabe cómo, hasta mi más profundo y firme deseo de parecer estúpido, y hacerme descubrir el espantoso secreto de que, después de todo, me había sido concedido el don de una inteligencia superior a la del animal. Solía sorprenderme con preguntas que no tenían nada

que ver con el tema que teníamos entre manos, y no me quedaba más remedio que admitir que había oído hablar de la Chanson de Roland y que incluso había leído una o dos obras de Shakespeare. Nadie que sepa algo del escolar inglés de aquella época creará por un instante que en aquel momento sintiera alguna satisfacción por aquella deferencia o distinción. A todos nos angustiaba una especie de horror a la ostentación, lo que quizás era el único principio moral coherente que poseíamos. Recuerdo que había un muchacho con una sensibilidad tan enfermiza sobre aquella cuestión de honor que apenas podía soportar que alguno de sus amigos contestara correctamente una pregunta normal. Sentía realmente que su compañero debería cometer algún error en aras del compañerismo. Cuando, a pesar de mis esfuerzos, consiguieron sacarme la información que yo guardaba sobre la épica francesa, él metió la cabeza en su pupitre y dejó caer la tapa mientras gemía con vergüenza compasiva e impersonal, y exclamaba con voz apagada y ronca: «¡Por favor, calla!..., ¡cállate!». Él era un ejemplo extremo de aquel principio; pero era un principio que yo compartía plenamente. Recuerdo ir corriendo al colegio totalmente emocionado recitando los versos militantes de «Marmion» con apasionada y exaltada grandilocuencia, y luego, entrar en clase y repetir aquellos mismos versos con el tono monótono de una Lita, mientras esperaba que nada en mi entonación dejara entrever que era capaz de distinguir entre el sentido de una palabra y otra.

Me parece que nadie rompió nunca mi guardia en este asunto, salvo Mr. T.R. Holmes y Mr. R.F. Cholmeley, quien fue después director del Colegio Mayor en el que estaban mis dos amigos íntimos y quien —me alegra decirlo— durante los últimos años se ha sumado a muchas de nuestras evocadoras reuniones. Sin embargo, no sé muy bien cómo, el rumor de que no éramos tan estúpidos como parecíamos había empezado a circular entre las autoridades académicas. Un día, con gran consternación por mi parte, el director me paró en la calle y me acompañó mientras rugía en mis ensordecidos y asombrados oídos que yo tenía un don literario que podía acabar siendo algo si alguien le daba consistencia. Algún tiempo después, con ocasión de un reparto de premios y para gran horror mío, clamó, a voz en grito ante una multitud de padres y otros intrusos ridículos, que nuestra pequeña revista mostraba señales de considerable talento, aunque fuera una publicación no oficial a la que «hubiera dudado poner su Imprimatur». De alguna forma, sentíamos que aún habría sido más opresivo si hubiera puesto su Imprimatur. Sonaba a pulgar de gigante.

Frederick Walker, director en Manchester y después director de St. Paul, era, como mucha gente sabe ya, un hombre muy notable. Era de esas personas que pueden vivir en anécdotas, como el Dr. Johnson; en realidad, en algunos aspectos recordaba bastante al Dr. Johnson. Se parecía en el atronador volumen de su voz, en su figura y su rostro pesados, y en una cierta tendencia

a explotar en momentos que no parecían exactamente los más apropiados. Solía hablar con increíble buen humor y racionalidad, y de pronto montaba una bronca por algo aparentemente trivial. Sin embargo, en los asuntos importantes sus arremetidas eran generalmente acertadas; incluso tenían un carácter llano y campechano, propio, en cierto modo, de la gente del norte. De él se cuenta aquella famosa historia de una dama muy meticulosa que le escribió para preguntarle cuál era la posición social de los chicos de su escuela, a lo que él le contestó: «Señora, mientras su hijo se comporte y se paguen las mensualidades, nadie le preguntará por su posición social».

Un día me quedé helado de asombro al ver una notificación en el tablón de anuncios, en la que me comunicaban que me habían concedido el privilegio de asistir a la clase más alta aunque no me correspondiera. Aquello me produjo ganas de que me concedieran el privilegio y la protección de estar en la carbonera y no tener que salir de ella nunca más. Al mismo tiempo me enteré de que se había creado una rama especial de la clase superior para mis dos principales amigos con el fin de que pudieran prepararse para conseguir becas de Historia para la Universidad. Parecía que el mismísimo universo se resquebrajara y se quedara patas arriba; desde luego, por aquella época pasaron un montón de cosas que parecían estar fuera de las leyes de la naturaleza. Por ejemplo, me dieron un premio, el llamado Premio Milton de poesía; me imagino que mi poema era tan malo como todos los demás poemas premiados, pero me alegra poder decir que no recuerdo ni una sola sílaba. Sin embargo, sí recuerdo el tema, aunque no sin cierta ironía, pues el poema trataba sobre san Francisco Javier, el gran jesuita que predicó a los chinos. Recuerdo estas cosas, tan contrarias a lo que había sido hasta entonces mi vida escolar, porque no lamento ser la excepción a esa tendencia moderna de acusar al viejo maestro victoriano de estupidez y desidia y de presentar a la actual generación como una brillante banda de Shelleys que se alzan inspirados por la luz y la libertad. La verdad es que, en este caso, fui yo quien hizo gala de estupidez, a pesar de que fuera, según creo, una supuesta estupidez. Y desde luego, era yo quien me complacía en la desidia y quien deseaba por encima de todo que no se ocuparan de mí. En todo caso, fueron las autoridades académicas las que me sacaron a rastras, muy a mi pesar, de la cómoda y protectora atmósfera de oscuridad y fracaso. Personalmente, yo era totalmente feliz siendo el último de la clase.

Por lo demás, creo que la principal impresión que causaba en la mayoría de mis maestros y en muchos compañeros, era la convicción bastante bien fundada de que estaba dormido. Tal vez lo que no sabía nadie, ni siquiera yo mismo, era que estaba dormido y soñando. Los sueños no eran ni más sensatos ni más valiosos de lo que suelen serlo en personas sumidas en un profundo sopor, pero ya tenían este oscuro efecto en mi existencia: mantener mi mente ocupada aunque yo estuviera ocioso. Antes de hacer aquellos pocos amigos

especiales de los que he hablado, yo era un tanto solitario; no es que fuera exactamente mal mirado ni perseguido en ningún sentido, sino solitario. Sin embargo, aunque solitario, no era triste y creo que tampoco tenía mal genio. Como consecuencia de esta forma de ser, mis primeros conocidos tan distintos de mis últimos amigos, eran raros y huraños como yo. Estos individuos fueron accidentes y me temo que uno o dos de ellos, auténticas catástrofes. Recuerdo a un joven que apareció en mi vida cotidiana y que llegó a intrigarme como una novela policíaca. No logro imaginarme cómo llegué a relacionarme con él y todavía menos cómo se relacionó él conmigo. Era un matemático brillante y seguramente debía de estudiar matemáticas con ahínco; yo lo que menos estudiaba eran las matemáticas. Además, yo era muy desordenado y él muy ordenado, con su gran cuello de la camisa impoluto, la chaqueta de Eton y la cabezota bien cepillada; pero había algo raro y quizá demasiado maduro en su cara de rana. Un día me preguntó si podía prestarle el álgebra de Hall & Knight. Dado mi entusiasmo por el estudio de aquella materia, podía contestarle «Vuestra necesidad es mayor que la mía», con los ademanes de un Sir Philip Sydney; pero como debía prestar un mínimo de atención a la clase de matemáticas, le presté el libro y le dije que me gustaría que me lo devolviera a la semana siguiente. Al aproximarse la fecha, me sorprendió que se resistiera a devolvérmelo. Me respondía con evasivas, lo posponía y me hacía vagas promesas; al final me peleé con él usando las palabras de acción que, entre colegiales, se usan más como palabras que como acciones, pero dando a entender que gustosamente le daría un puñetazo en la cabeza. Ante esta amenaza, acabó por rendirse, me llevó hasta su taquilla y, sin mucho entusiasmo, la abrió. La taquilla estaba atestada con unos veinticinco ejemplares idénticos del álgebra de Hall & Knight, que aparentemente había reunido usando artes parecidas con gente parecida. Creo que dejó el colegio más tarde, sin ningún escándalo; espero que el pobre individuo recobrar su salud mental en otro lugar. No lo digo con ningún sentimiento de superioridad, pues yo mismo podía haberme pasado de rosca en las primeras etapas, pero desde luego no por un deseo desordenado del álgebra de Hall & Knight.

Había otro niño con quien solía caminar hasta el colegio con aquella misma camaradería ocasional; era un niño muy recatado y serio, como correspondía al hijo del venerable y en cierto modo tedioso clérigo que ocupaba uno de los puestos académicos más altos de la escuela. También era muy limpio y aplicado, y además tenía una peculiaridad: era el mentiroso más prolífico, elocuente y realmente generoso que he tenido el placer de conocer. No había en su mendacidad nada bajo ni materialista, no trataba de engañar a nadie ni pretendía obtener nada; sencillamente fantaseaba como el Barón Munchausen en tono pausado y tranquilo a lo largo de todo el camino desde Holland Park a Hammersmith. Contaba las historias más asombrosas sobre sí mismo sin levantar la voz o mostrar la mínima vergüenza; aquello era lo único

notable que tenía. A menudo me he preguntado qué sería de él y si habría seguido los pasos de su padre en la carrera eclesiástica. Los más frívolos me replicarán que puede que haya caído tan bajo como para escribir cuentos, incluso cuentos de crímenes, como yo mismo, lo que para algunos equivale a unirse a una banda de criminales, pero creo que ninguna de sus historias tenía suficiente verosimilitud para ser ficción.

Tal vez aquel mismo capítulo de accidentes fuera el mismo que me puso por primera vez en la pista de estas curiosidades humanas y el responsable de otro accidente social del que me alegré muchísimo, porque me llevó a ver las dos caras de un espinoso problema social del que se han dicho muchas tonterías por ambas partes, y la peor es la de los que hablan como si el problema no existiera. Hay que explicar que St. Paul, en lenguaje escolar, era, en mayor medida que otros, un colegio de «empollones». Yo no necesito defenderme de la acusación de empollón; y por supuesto, había muchos vagos y algunos tan vagos como yo. Pero el tipo de chico aplicado se daba en una proporción mayor de lo habitual. El colegio era más reconocido por ganar becas para las universidades que por el deporte u otras formas de popularidad. Y había otra razón por la que destacaban este tipo de chicos. Por decirlo en lenguaje llano, el que hubiera tantos empollones se debía en parte a que había muchos judíos.

Por raro que resulte, más tarde en mi vida llegaron a llamarme antisemita, mientras que en mis primeros años de escuela era considerado a todas luces un pro-semita. Hice muchos amigos entre los judíos; algunos de ellos han seguido siéndolo toda la vida y nuestras relaciones no se han visto jamás enturbiadas por diferencias respecto al problema político o social. Estoy contento de haber empezado por este final, pero realmente no he finalizado de manera distinta a la que empecé. Entonces sostenía por instinto lo que ahora sostengo por conocimiento: lo correcto es interesarse por los judíos en cuanto tales y luego dar mayor relevancia a las virtudes judías que, postergadas durante tanto tiempo, son el complemento y a veces incluso la causa de lo que el mundo considera defectos judíos. Por ejemplo, una de las grandes virtudes judías es la gratitud. En mis primeros años, me acusaban de quijotismo y pedantería por proteger a los judíos. Recuerdo que una vez salvé a una extraña y pequeña criatura cetrina y de nariz aguileña de que lo intimidaran o por lo menos, de que le hicieran rabiarse; entonces la peor tortura consistía en que te empujaran con suavidad y te fueran pasando de un chico a otro entre fieras miradas atónitas de curiosidad científica y preguntas como: «¿Qué es esto?», «¿está vivo?». Treinta años después, cuando aquel duende se convirtió en un barbudo hecho y derecho, con un estilo, oficio, intereses y opiniones que nada tenían que ver conmigo, seguía dándome las gracias permanentemente por aquel trivial incidente, lo cual me resultaba bastante incómodo. De la misma forma, observé ese fuerte lazo familiar entre los judíos que, como ya comenté, no sólo

se disimulaba, sino que se negaba entre la mayoría de los chicos normales. Sin duda, llegué a reconocer a los judíos porque en este sentido eran un poco anormales, igual que yo mismo me estaba volviendo también un poco anormal. Sin embargo, no hay nada que haya llegado a parecerme tan normal, ni nada que desee más restituir al lugar de normalidad que le corresponde como esas dos cosas, la familia y la teoría del agradecimiento. Y así, a la luz de estas virtudes vistas desde dentro, era posible comprender el origen, e incluso la justificación, de mucha de la crítica antisemita desde fuera, pues, con frecuencia, la misma lealtad de la familia judía aparece como deslealtad al estado cristiano. Como el lector comprenderá antes del final, fue en parte lo mismo que yo admiraba en mis amigos íntimos, especialmente en dos hermanos llamados Solomon, lo que acabé por denunciar en enemigos políticos, en dos hermanos llamados Isaac. Los primeros eran buenos desde cualquier punto de vista; los segundos, vulnerables incluso desde su propio punto de vista, y sin embargo, compartían la misma virtud.

No me avergüenzo de haber pedido a los arios tuvieran más paciencia con los judíos, ni de haber pedido a los anglosajones que tuvieran más paciencia con los antisemitas. El problema global de dos culturas y tradiciones tan enredadas una en otra es demasiado profundo y difícil por ambas partes como para resolverlo con impaciencia. Sin embargo, tengo poca paciencia con los que no solucionan el problema porque parten de la base de que no hay problema que resolver. Yo no puedo explicar el problema judío, pero no lo eludo. El peor enemigo de los judíos es el escéptico sobre el tema judío que a veces trata de dar explicaciones. He visto todo un libro lleno de teorías alternativas que explican la causa histórica concreta del engaño sobre la diferencia; sostienen que procede de los sacerdotes medievales o que nos fue grabado a hierro y fuego por la Inquisición; que fue una teoría tribal surgida de aquel germanismo que propugna la superioridad aria; que fue la envidia revolucionaria de los pocos judíos que resultaron ser los grandes banqueros del capitalismo; o bien, la resistencia capitalista de los pocos judíos que resultaron ser los fundadores del comunismo. Todas estas distintas teorías son falsas de manera distinta, aunque capitalismo y comunismo están tan próximos en su esencia ética que no sería extraño que hubieran tomado sus líderes de entre los mismos elementos étnicos. Pero, desde luego, las evasivas son contrarias al sentido común, incluso al sentido común de un chico de trece años. No creo que una multitud en un circuito de carreras esté envenenada por la teología medieval, ni que los marineros de un pub en la Mile End se descarríen por las teorías étnicas de Gobineau o Max Müller; tampoco creo que a una multitud de niños que vienen de jugar un partido de cricket o de la pastelería les preocupara la economía marxista o las finanzas internacionales. No obstante, toda esa gente reconoce a los judíos al verlos; y los escolares los reconocían por los remiendos, no con demasiada hostilidad, sino con un

sentido instintivo de integración. Lo que veían no eran semitas, cismáticos, capitalistas o revolucionarios, sino extranjeros; sólo extranjeros a los que no se llamaba extranjeros. Esto no impedía la amistad y el afecto, especialmente en mi caso, pero tampoco lo ha impedido nunca en el caso de los extranjeros corrientes. Uno de estos primeros amigos, ahora catedrático de latín en University College, poseía todas las virtudes judías y también todas las demás; llegó a ser miembro del pequeño club que ya he descrito y fue un distinguido estudiante en Oxford; probablemente más distinguido que cualquiera de mis otros amigos.

Sin embargo, la mayoría de los miembros de nuestro pequeño club entraron a formar parte de las universidades más antiguas y fueron figuras prometedoras en el ámbito académico, social o político; dos de ellos fueron presidentes de la Oxford Union y dos de la de Cambridge. Oldershaw, como era propio de él, se encontró casi de inmediato inmerso y enredado en la fundación de otro periódico no oficial llamado el J.C.R., en el que había no pocas curiosidades literarias memorables; entre ellas, estaba la primera obra de una pluma desconocida entonces para mí, pero reconocible ahora en versos como este: «Dormitábamos tumbados a la luz del fuego junto a las armas en Borgoña». Cuando una dama poética le pidió a Bentley que escribiera algo apropiado para el Centro Wordsworth, no moderó su sobria impertinencia y compuso los sencillos versos que acaban así:

Ciertamente es una pena
que dos hombres como nosotros
por una nimiedad como la tumba
debamos separarnos.

Siempre pasa igual; pudimos haber pasado
una tarde agradable,
pero tardamos en nacer
o nos apresuramos a fenecer.

Mientras, Lawrence Solomon, el cultivado judío del que he hablado, escribía las mejores parodias del Omar de FitzGerald (muy de moda por aquel entonces) para advertir a los estudiantes de que no esperasen un premio o un sobresaliente: «Porque si no me los dieron a mí, ¿cómo iban a ser para vosotros?». En realidad, creo que obtuvo un sobresaliente, pero todos ellos vivieron para darse cuenta de la moraleja siguiente:

Para quien gana y quien pierde en el juego,
para ti y para mí, el final es el mismo:

subir hasta el cuarto la escalera del viejo College,
mirar sobre la puerta y ver el nombre de otro.

Parecía que había una tendencia entre mis compañeros de colegio a destacar en la poesía ligera. Fordham, que fue a Cambridge, ha escrito muchos versos satíricos que se han publicado y mucho teatro satírico que debería publicarse. Si termino aquí con algunas de las historias de mis viejos amigos no es porque los expulse de mi memoria, sino porque debo dar entrada en mis memorias a una multitud de gente mucho menos interesante. El contraste en las carreras que siguieron siempre me sorprendió como un caso curioso de la incalculable individualidad y libre albedrío del hombre. Un amigo de Fordham, normal, viril y ambicioso, más bien simpático, es decir, a la moda, siempre me pareció el tipo de hombre que podría vestir un uniforme en el campo de batalla o en el estrado, y defender virtudes convencionales. Cuando llegó la Gran Guerra, se convirtió en un inflexible y poco convencional agitador pacifista. Otro, un amigo de Vernède, uno de esos escasos tipos espirituales en los que la tradición puritana ha florecido realmente y se ha convertido en auténtica cultura helenística, es el hombre menos egoísta que he conocido en mi vida, de esos que ni siquiera se contentan con su propia generosidad, algo así como un santo; pero no me habría sorprendido si hubiera sido un objetor de conciencia. De hecho, pasó por el frente como un relámpago, pues le volaron la pierna en su primera batalla.

Sin embargo, durante todo este tiempo, cosas muy extrañas pugnaban y forcejeaban dentro de mi rudimentaria cabeza; en este capítulo no he dicho nada de ellas por que el guardarlas para mí fue el esfuerzo más constante y logrado de mi vida escolar. Me despedí de mis amigos cuando se fueron a Oxford y Cambridge mientras yo, que en aquella época estaba obsesionado con la idea de pintar cuadros, fui a una escuela de Bellas Artes y di por acabada mi adolescencia.

IV

CÓMO SER UN LUNÁTICO

Trataré aquí la parte más oscura y difícil del libro, una juventud repleta de dudas, morbidez y tentaciones que me dejó para siempre la certeza de la objetiva solidez del pecado, aunque en mi caso la certeza fuera sobre todo subjetiva. Antes de entrar en detalles, me gustaría explicar cierto asunto. En cuestiones de religión, me he visto envuelto en diatribas sobre temas muy controvertidos y finalmente he adoptado una postura que para muchos es, en sí

misma, una provocación. He agraviado a los que me quieren bien y a muchos hombres sabios y prudentes por mi insensato proceder al hacerme cristiano, cristiano ortodoxo, y al final católico, católico, apostólico y romano. No me siento en modo alguno avergonzado por la mayoría de cosas que ellos me censuran. En cuanto apologista, soy lo contrario de apologético. Estoy orgulloso de mi religión hasta donde puede estarlo un hombre de una religión que hunde sus raíces en la humildad; sobre todo estoy orgulloso de esos aspectos que con mayor frecuencia se califican de superstición. Me siento orgulloso de estar sujeto a dogmas anticuados y esclavizado por credos muertos (como repiten sin descanso mis amigos periodistas), porque sé muy bien que los credos heréticos son los que mueren y sólo los dogmas razonables viven lo suficiente para que se les llame anticuados. Me siento muy orgulloso de lo que se llama mester de clerecía, puesto que incluso esos términos tan manidos preservan la verdad medieval de que un sacerdote, como cualquier otro hombre, debería ser un artista. Me siento orgulloso de lo que la gente llama «mariolatría» porque, en las épocas más oscuras, introdujo en la religión ese elemento de caballerosidad que las feministas han entendido tarde y mal. Estoy orgulloso de ser ortodoxo en lo que se refiere al misterio de la Santísima Trinidad y al de la misa; estoy orgulloso de creer en la confesión y en el Papa.

Pero no estoy orgulloso de creer en el demonio. Para ser más preciso, no me siento orgulloso de conocer al demonio. Yo tuve la culpa de conocerlo y de tomar un derrotero que, de haberlo seguido, me habría llevado a la adoración del demonio o adonde demonios hubiera sido. Sobre esta doctrina, por lo menos, no hay rastro de vanidad ni de autoengaño que entorpezca mi conocimiento. En un asunto así, se puede muy bien estar intelectualmente en lo cierto sólo a costa de equivocarse moralmente. No me impresiona la afectación ética de los escépticos sobre la mayoría de los demás temas. No me intimida que un joven diga que no puede someter su inteligencia al dogma, porque dudo que haya usado su inteligencia ni siquiera para definir qué es el dogma. No me impresionan mucho los que dicen que la confesión es una cobardía, porque tengo serias dudas de que tengan la valentía de confesarse. Pero cuando dicen «El mal es sólo relativo»; «El pecado es sólo negativo»; «No existe la maldad positiva, es únicamente la ausencia de bondad positiva», entonces sé que dicen tonterías superficiales porque son mucho mejores personas que yo, más inocentes y más normales, y están más cerca de Dios.

Lo que yo he llamado mi período de locura coincidió con una época en la que iba a la deriva, no hacía nada y era incapaz de concentrarme en un trabajo regular. Andaba disperso en un montón de cosas, y algunas quizá tengan que ver con el aspecto psicológico del asunto. Entre mis actividades de aquella época de dudas, me aficioné al espiritismo sin haber decidido siquiera ser espiritual; no quiero insinuar ni por un momento que esto fuera la causa de mi locura y mucho menos presentarlo como una excusa, pero entre tantas

ocupaciones, fue un factor decisivo. Desde luego, yo, curiosamente, era no sólo escéptico, sino indiferente. Mi hermano y yo solíamos jugar a la brújula o lo que los americanos llaman mesas de ouija; pero creo que éramos de los pocos que jugábamos sólo por el placer de jugar. Sin embargo, no desoía la advertencia de quienes decían que jugábamos con fuego, incluso con fuego del infierno. En las palabras que la ouija nos escribía, no había nada manifiestamente degradante, sino engañoso. Tuve la suficiente experiencia en aquello como para testificar, con absoluta certeza, que sucede algo que no es natural, en el sentido ordinario del término, o producido por la voluntad humana normal y consciente. No me atrevería a asegurar si lo que lo produce es una fuerza subconsciente, pero humana, o fuerzas —buenas, malas o indiferentes— externas a lo humano. Lo único que puedo decir con total certeza sobre esa fuerza misteriosa e invisible es que miente. Las mentiras pueden ser bromas, señuelos para el alma en peligro u otras muchas cosas, pero, sean lo que sean, no son verdades sobre el otro mundo ni sobre este.

Daré un par de ejemplos. Preguntamos a la ouija, al azar como de costumbre, qué consejo daría a un conocido nuestro, un miembro del Parlamento, rígido y bastante aburrido, que tenía la desgracia de ser una autoridad en educación. La ouija escribió con desvergonzada rapidez (en estos últimos tiempos era siempre muy rápida, aunque no siempre clara) estas sencillas palabras: «Pedir el divorcio». La esposa del político era tan respetable, y yo añadiré que tan odiosa, que parecía difícil que hubiera motivos para un escándalo amoroso. Así que muy serios preguntamos a nuestro espíritu familiar qué demonios quería decir. Probablemente se trataba de una invocación apropiada. El resultado fue muy curioso. Escribió muy rápidamente una palabra increíble e inmensamente larga, que al principio resultaba ilegible. Volvió a escribirla, la escribió cuatro o cinco veces; obviamente era la misma palabra; ya hacia el final, quedó claro que empezaba con las letras «ORR». Yo dije: «Todo esto es una tontería; no hay ninguna palabra en nuestra lengua que empiece por ORR y menos, una palabra tan larga». Finalmente lo intentó de nuevo y escribió la palabra con bastante claridad: «Orriblerevelacionenvidanocturna».

Si aquello era nuestro subconsciente, al menos era un subconsciente con sentido del humor. Pero la prueba de que era nuestro subconsciente y no nuestro consciente (a no ser que no fuera ni lo uno ni lo otro) es el hecho práctico de que, cada vez que aparecía, seguíamos buscando soluciones a la palabra, sin tener realmente idea de lo que era, hasta que por fin estalló ante nosotros. Nadie que nos conozca pensará que fuimos capaces de engañarnos mutuamente de forma tan tonta y artificiosa, y durante tanto tiempo. También nosotros, como nuestro subconsciente, tenemos sentido del humor. Pero estos casos me preocupan y alarman ligeramente, cuando considero la cantidad de gente que parece tomarse en serio la comunicación con los espíritus, y la

convierten en la base de religiones y filosofías morales. Desde luego habría habido «Horribles revelaciones en vida nocturna» y otras «Horribles revelaciones» sobre nuestro estado mental y comportamiento moral si se nos llega a ocurrir salir corriendo y llevar nuestro pequeño mensaje de las altas esferas al miembro del Parlamento.

Aquí va otro ejemplo de lo mismo. Mi padre, que estaba presente mientras mi hermano y yo hacíamos el tonto de aquel modo, tenía curiosidad por ver si el oráculo contestaba una pregunta sobre algo que él sabía y nosotros no. Así que preguntó el nombre de soltera de la esposa de un tío mío que vivía en un país lejano, una señora a la que nosotros, la generación más joven, no conocíamos. Con la rápida decisión de la infalibilidad, el espíritu contestó: «Manning». Con idéntica decisión, mi padre dijo: «Tonterías». Entonces, nosotros reprochamos a nuestro genio tutelar sus lamentables fantasías y aún más, su precipitación. El espíritu, sin darse por vencido, escribió una desafiante explicación: «Casada anteriormente». Y con quién, preguntamos con cierta firmeza, se había casado antes nuestra lejana pero respetada tía. El inspirado instrumento contestó sin dilación: «Con el Cardenal Manning».

Antes de continuar, haré aquí una pausa para preguntarme qué habría sido de mí y de mi círculo social, cuál habría sido en última instancia mi estado mental o la concepción del mundo en que vivía si hubiera tomado estas revelaciones espirituales como algunos espiritistas parece que se las toman; en resumen, si nos las hubiéramos tomado en serio. No sé si estas cosas son jugarretas de un duende o un poltergeist, las vibraciones de un sentido subconsciente, la burla de los demonios u otra cosa por el estilo, pero evidentemente no son verdad en el sentido de que se pueda confiar en ellas. Cualquiera que las hubiera dado por ciertas habría terminado en un manicomio. Estos hechos no pueden olvidarse del todo cuando se trata de elegir una filosofía espiritual entre las sectas y escuelas del mundo moderno. Como he comentado, es curioso que, ya en mi infancia, el cardenal Manning se hubiera cruzado en mi camino como una especie de espectro en llamas. El retrato del cardenal Manning cuelga ahora al fondo de mi habitación como símbolo de un estado espiritual que muchos llamarían mi segunda infancia. Pero cualquiera reconocerá que ambos estados son mucho más sensatos que el que yo hubiera padecido de haber empezado a desenterrar el «crimen del cardenal» y haberme puesto a indagar en el lejano pasado de una tía de las colonias.

En fin, ni siquiera el consejo de inteligencias más sabias y elevadas de un mundo mejor logró convertirme en un loco de atar. Pero, varias veces desde entonces, he pensado que esta práctica, de cuya verdadera naturaleza sabemos realmente tan poco, pudo posiblemente haber contribuido al inquieto e incluso enfermizo estado de meditación y ociosidad que viví en aquella época. No

quisiera dogmatizar en un sentido ni en otro; es posible que no tuviera nada que ver con ello, que todo fuera simplemente mecánico o accidental. Dije adiós a la ouija con alegría y le concedí el beneficio de la duda; estoy dispuesto a admitir que puede haber sido una broma, una fantasía, un duende o cualquier otra cosa con la condición de no volver a cogerla ni con pinzas. Hay otros aspectos —relativos a cosas de las que soy más responsable— en los que unas pinzas hubieran sido útiles, pero más vale que deje de seguir aquí el rastro de mis relaciones meramente triviales y accidentales con los fenómenos psíquicos, ya que no será necesario volver a esto y jamás se me ocurriría juzgarlos seriamente por tales nimiedades. A lo largo de mi vida, el tema de lo sobrenatural ha ido progresando, se ha extendido y fortalecido. En realidad, mi vida cubre precisamente el período del cambio real del que no se dieron cuenta los que sólo se ocupaban de los últimos cambios o soluciones espirituales alternativas. Cuando yo era un muchacho, prácticamente nadie normal y educado creía que un fantasma pudiera ser otra cosa que un fantasma de sábana y cadenas; es decir, algo en lo que nadie creía salvo el tonto del pueblo. Cuando era joven, prácticamente todas las personas con un gran círculo de amigos tenían uno o dos aficionados a lo que podría llamarse médiums y tonterías así. Cuando era un hombre de mediana edad, grandes científicos de primera fila como Sir William Crookes y Sir Oliver Lodge afirmaban haber estudiado los espíritus como podían haber estudiado las arañas y haber descubierto el ectoplasma igual que se había descubierto el protoplasma. Actualmente, el espiritismo se ha convertido en un movimiento religioso considerable gracias a la actividad del difunto sir Arthur Conan Doyle, que tenía menos de científico que de periodista. Espero que nadie me creerá tan tonto como para pensar que estos retazos de experiencia ofrecidos al azar afecten a la auténtica polémica. En la polémica religiosa, durante la mayor parte de mi vida, he defendido el espiritualismo frente al escepticismo, aunque ahora, naturalmente, defendería el catolicismo incluso frente al espiritualismo. Pero en la época de la que hablo, sólo se cruzaba en nuestro camino alguna historia aislada, y los fantasmas eran a veces bastante fantasmales. Se contaban historias de espectros o presencias que se materializaban en lugares distantes y una de ellas trataba sobre un hombre al que habían visto entrar en una taberna y que posteriormente negó haber estado en aquel lugar para los fines que se le atribuían. Había muchas más historias, y más verosímiles, que mi hermano y yo repetíamos con una especie de vaga emoción vicaria sin llegar a ninguna deducción o doctrina; pero mi padre, que sobre aquel punto hacía gala de un plácido agnosticismo victoriano que nosotros intentábamos en vano romper, escuchaba la retahíla de revelaciones espirituales, movía la cabeza y decía: «Está muy bien lo de hablar de luces, trompetas y voces, pero yo me quedo con el hombre que dijo que no había entrado en la taberna».

Casi todo esto sucedió cuando yo asistía a la escuela de arte, pero incluso

después de haberme ido, esta conexión casual curiosamente continuó porque coincidió que, durante una temporada, trabajé en la oficina de un editor especializado en espiritismo y literatura teosófica, lo que generalmente conocemos como ocultismo. La culpa de que yo me deslizara por los extraños e incómodos vericuetos del espiritismo no fue mía del todo, a no ser que fuera de los verdaderos espiritistas o de los verdaderos espíritus. En mi primer día de oficina, tuve el primer contacto con lo oculto; tenía una idea muy vaga del asunto, como de la mayoría de los demás asuntos. Acabábamos de publicar un libro enorme, promocionado a bombo y platillo: Vida y cartas de la difunta Dra. Anna Kingsford, de la que nunca había oído hablar, aunque daba la sensación de que muchos de nuestros clientes no habían oído hablar de otra cosa. Pero lo vi claro cuando una dama enloquecida irrumpió en la oficina y empezó a describir los complejísimos síntomas espirituales que sufría y a exigir los libros que más se ajustaban a su dolencia, pero que yo era completamente incapaz de seleccionar. Tímidamente le ofrecí el monumental Vida y cartas, pero ella se encogió y profirió como un débil chillido «No, no ¡No debo hacerlo —gritó—; Anna Kingsford dice que no debo!». Después, con algo más de control, dijo: «Anna Kingsford me dijo esta mañana que no debo leer su Vida, que sería muy malo para mí leer su Vida». Con toda la crudeza del habla normal, me atreví a decir o, mejor, a balbucir: «Pero Anna Kingsford está muerta». Y la dama repetía: «Me dijo esta mañana que no debía leer el libro». «Bueno —dije—, espero que la Dra. Kingsford no haya aconsejado lo mismo a mucha gente; sería fatal para el negocio. Parece bastante retorcido por parte de la Dra. Kingsford».

Pronto me di cuenta de que «retorcida» era una palabra suave para la Dra. Anna Kingsford. Con todo respeto hacia su fantasma, que para mí es la sombra de un fantasma, habría dicho, y creo que ahora seguiría diciéndolo, que la palabra más generosa sería «loca». Menciono aquí el asunto porque, aunque no implica contradicción con la teoría cósmica del espiritismo, sí ilustra el accidente que me llevó a tropezarme con una especie rara de espiritista, y guarda relación con una visión más general de la razón y la religión. La dama protagonista del libro era, cuando menos, rara. Se jactaba de haber matado a unos cuantos hombres simplemente pensando en ellos; su excusa era que aquellos hombres defendían la vivisección. También mantenía entrevistas visionarias pero muy íntimas con eminentes hombres públicos, aparentemente en lugares de tortura, recuerdo una con Mr. Gladstone en la que una discusión sobre Irlanda y Sudán se interrumpió porque Mr. Gladstone se iba poniendo gradualmente al rojo vivo. «Al darme cuenta de que deseaba estar solo —dijo con delicadeza la Dra. Anna Kingsford—, me desvanecí». Me temo que ahora debe desvanecerse de esta narración fragmentaria. Espero no ser injusto con ella, pues estoy seguro de que atesoraba muchas y grandes virtudes, pero me quedo, como diría mi padre, con aquel tacto delicado y aquel

sentido del decoro social, según el cual ponerse al rojo vivo es lo que ningún caballero desearía hacer en presencia de una dama.

En definitiva, el espiritista más divertido que he conocido jamás, al menos durante mucho tiempo, y el investigador psíquico por el que sentí una simpatía inmediata, fue un hombre que creía firmemente que, en cierta ocasión, obtuvo de una médium información ventajosa para las carreras y continuaba persiguiendo médiums para conseguir información parecida. Le sugerí que comprara *The Pink'Un*, lo convirtiera en un periódico que combinara los dos intereses y lo vendiera en todos los kioscos con el nombre de *The Sporting and Spiritual Times*. Esto, le dije, con toda seguridad elevará a jockeys y corredores de apuestas a esferas de contemplación espiritual más nobles, por no mencionar a los propietarios, que probablemente también lo necesiten; por otra parte, daría al espiritismo un toque empresarial solvente, perspicaz y triunfador, aumentaría enormemente su popularidad y daría a algunos de sus seguidores un aire indescriptible de estar en contacto con asuntos objetivos concretos y con lo que vulgarmente se conoce como sentido común, algo de lo que, según me parecía entonces, algunos de ellos carecían. No es necesario insistir ahora sobre ello.

Por lo demás, y para seguir con el tema, puedo asegurar al lector que jamás he vivido nada que pueda llamarse una experiencia psíquica, lo que quizá sea una excusa desesperada para mi posterior creencia en las llamadas cosas espirituales. Ni siquiera me han ocurrido esas extrañas coincidencias psíquicas que le ocurren a casi todo el mundo, a no ser que cuente la historia, que en mi casa se guarda como un tesoro, del Fantasma de Sarolea. El Dr. Sarolea, aquel vehemente flamenco, profesor de francés, es ciertamente uno de los hombres más asombrosos que he conocido, aunque nunca irrumpió en mi camino hasta mucho después. El hecho es que lo esperábamos para cenar y mi mujer avistó desde la ventana su inconfundible silueta larga y su barba afilada; luego, se desvaneció del panorama. Lo que hace que la historia sea realmente escalofriante es que, justo después, un joven escocés apareció en la puerta preguntando por el Dr. Sarolea. El escocés se quedó a cenar, pero no el fantasma. El muchacho tenía que haber venido con el fantasma, quien (como se confirmó más tarde) lo había esperado bastante irritado en el National Liberal Club. Una teoría era que su rabia había proyectado su cuerpo astral hasta Beaconsfield, pero se diluyó justo antes de alcanzar la casa. Otra teoría evidente, por la que mi mente materialista sentía una preferencia natural, era que había sido asesinado por el joven y escondido en el estanque de mi jardín, pero posteriores investigaciones policiales demostraron que era errónea. Cito esta segunda teoría —la que sin duda yo prefiero— porque es imposible nombrar al Dr. Sarolea, incluso en esta etapa inicial de la historia sin decir algo sobre él. El Dr. Sarolea es uno de los lingüistas más eruditos de Europa. Cada semana aproximadamente aprende una nueva lengua. Su biblioteca es

una de las maravillas del mundo, por no decir de las monstruosidades del mundo. La última vez que lo vi, tuve la impresión de que compraba las casas vecinas a derecha e izquierda para hacer sitio a sus libros. Me preguntaba a mí mismo si no era muy probable que un hombre así se encontrara al final de su vida en la misma posición que Fausto. ¿Y qué más razonable y probable que Mefistófeles saliera a su encuentro en la esquina, cuando el profesor subía de la estación de Beaconsfield, y le propusiera el viejo trato por el que, con un simple toque de magia, se convertiría en el joven apuesto que minutos después llamaba a mi puerta? Esta teoría psíquica se vería apoyada por el hecho de que actualmente el joven se desenvuelve bien en la política y refrendada, desde luego, por el hecho de que el Dr. Sarolea (me alegra decirlo) siga vivo y activo en Edimburgo. La única dificultad es la que también afecta a mi triunfante teoría de que la obra de Shakespeare la escribió Bacon (polémicamente, mucho más fuerte que la opuesta), la misma dificultad que paralizó la fe de mi padre en la historia de la taberna y que me lleva a sospechar que este extraño incidente fue uno de esos episodios extraordinarios bastante ordinarios; como cuando confundimos a un extraño con un amigo y a continuación, nos encontramos con el amigo. En resumen, la única objeción a mi convincente y completa teoría psíquica es que no me creo ni una palabra de todo ello.

Por supuesto, todo esto sucedió muchos años después. Si lo menciono aquí es sólo para negar cualquier intención de tomarme en serio mi experiencia psíquica. No obstante, tratar aquella primera etapa que describo directamente en este capítulo me da pie para referirme al asunto. Simplemente empecé con este ejemplo de investigador psíquico aficionado porque el mismo hecho de que me abandonara a ello sin motivo y sin resultado alguno, y que no llegara a ninguna conclusión o que ni siquiera lo intentara, demuestra que este es un período de la vida en el que la mente simplemente sueña y va a la deriva, y a menudo contra rocas muy peligrosas.

Este capítulo abarca más o menos la época en que asistí a la escuela de arte y sin duda guarda el sabor de las condiciones de aquel lugar. No hay nada más difícil de aprender que la pintura y nada que la mayoría de la gente se tome menos molestias en aprender. Una escuela de arte es un lugar en el que unas tres personas trabajan con energía febril y todos los demás holgazanean hasta un punto imposible de alcanzar por un ser humano. Además, los que trabajan no diré que son los menos inteligentes, sino que, por la misma naturaleza del caso, diría que son los más limitados; esos cuya aguda inteligencia está de momento limitada a los problemas estrictamente técnicos, pues no desean ser discursivos ni filosóficos porque el truco que intentan aprender es a la vez incommunicable y práctico, como tocar el violín. Así pues, la filosofía se deja a los holgazanes y generalmente ella misma es una filosofía muy ociosa. En la época a la que me refiero era también una filosofía muy negativa, incluso nihilista. Aunque nunca la aceptase del todo, ensombreció mi mente y me hizo

creer que las ideas más provechosas y valiosas se daban, como quien dice, a la defensiva. Más adelante volveré a hablar de este asunto; de momento, la cuestión es que una escuela de arte puede ser un lugar de mucha holgazanería y que yo era entonces una persona muy holgazana.

Puede ser que el arte sea largo, pero las escuelas artísticas son cortas y muy efímeras; debió de haber unas cinco o seis desde que empecé a asistir a una escuela de arte. Mi época fue la del impresionismo y nadie se atrevía a imaginar que podía existir nada parecido al postimpresionismo o al post-post-impresionismo. Lo último era estar al tanto de lo que hacía Whistler y agarrarle por el mechón blanco del flequillo como si él fuera la encarnación del Tiempo. Desde entonces, ese conspicuo mechón canoso se ha diluido en una armonía blanca y gris, y lo que un día fue nuevo se ha tornado antiguo. Pero creo que en el impresionismo había un significado espiritual relacionado con esta era de escepticismo. Quiero decir que ilustraba el escepticismo en lo que tiene de subjetivismo. Su principio era que si lo único que se veía de una vaca era una línea blanca y una sombra púrpura, sólo debíamos plasmar la línea y la sombra; en cierto sentido, deberíamos creer en la línea y la sombra más que en la vaca. En cierto sentido, el escéptico impresionista contradecía al poeta que afirmaba no haber visto nunca una vaca púrpura. El impresionista tendía a decir que él sólo había visto una vaca púrpura o, más bien, que no había visto la vaca, sino sólo el púrpura.

Sean cuales sean los méritos de este método artístico, es evidente que, como método de pensamiento, hay en él algo totalmente subjetivo y escéptico. Se presta naturalmente a la insinuación metafísica de que las cosas solo existen como las percibimos o que ni siquiera existen. La filosofía del impresionismo está necesariamente cerca de la filosofía de la ilusión. Y este clima también contribuyó, aunque indirectamente, a un cierto estado anímico de irrealidad y aislamiento estéril que en aquella época se apoderó de mí —y creo que de muchos otros.

Lo que me sorprende al volver la vista a mi juventud e incluso a mi adolescencia es la enorme rapidez con la que se cree estar de vuelta de lo fundamental y con la que incluso se niega lo fundamental. A una edad muy temprana, yo estaba de vuelta hasta del mismísimo pensamiento. Es algo espantoso porque puede llevar a creer que no existe nada sino pensamiento. En esta época yo no distinguía bien entre sueño y vigilia; me daba la sensación, no sólo como estado de ánimo sino como duda metafísica, de que todo podía ser un sueño. Era como si yo mismo hubiera proyectado el universo, con sus árboles y estrellas, desde mi propio interior; esa sensación está tan cerca de la idea de ser Dios que evidentemente está aún más cerca de estar loco. Sin embargo, yo no estaba loco en el sentido médico o físico; simplemente estaba llevando a su propio límite el escepticismo de mi época. Pronto descubrí que

aquel escepticismo iría mucho más lejos de lo que fueron la mayoría de los escépticos. Mientras los tediosos ateos venían a explicarme que no existía nada más que la materia, les escuchaba con un tranquilo escalofrío de indiferencia porque sospechaba que no existía nada salvo la mente. Siempre he pensado que había algo inconsistente y de ínfima categoría en los materialistas y el materialismo. El ateo me decía con mucha solemnidad que no creía que existiera ningún dios, y había momentos en los que yo ni siquiera creía que hubiera ningún ateo.

Y lo mismo que me sucedía con los límites mentales, me sucedía con los morales. Hay algo verdaderamente inquietante cuando pienso en la rapidez con la que imaginaba lo más loco, aunque jamás había cometido el más mínimo delito. Es posible que ello se debiera en parte a la atmosfera de los decadentes y a sus constantes alusiones a los lujuriosos horrores del paganismo; pero no estoy muy dispuesto a defender esta posibilidad; más bien sospecho que yo solito fabriqué la mayoría de mis trastornos. De todas maneras, es verdad que hubo un tiempo en el que mi estado de anarquía interna era tal que podía suscribir las palabras de Wilde: «Atis con el puñal manchado de sangre era mejor que el objeto que yo soy». Aunque nunca haya sentido la más leve tentación hacia la particular locura de Wilde, en aquella época podía imaginar las más depravadas atrocidades y los peores desatinos de pasiones más normales; la cuestión es que mi estado de ánimo estaba dominado y oprimido por una especie de exuberancia imaginativa. Como Bunyan que, en su etapa de perturbación, se describía a si mismo como dispuesto a proferir blasfemias, yo sentía un arrollador impulso de grabar o dibujar horribles ideas e imágenes, y me hundía cada vez más como en una especie de ciego suicidio espiritual. Por aquel entonces, nunca había oído hablar de la confesión en serio, pero eso es precisamente lo que se necesita en esos casos. Me figuro que no son casos nada raros. Lo cierto es que descendí lo suficiente como para descubrir al demonio e incluso, de una forma oscura, para reconocer al demonio. Nunca, por lo menos, ni siquiera en esta primera etapa confusa y escéptica, me abandoné totalmente a las ideas del momento sobre la relatividad del mal o la irrealidad del pecado. Tal vez cuando, por fin, me manifesté como una especie de teórico y me describieron como un «optimista», fuera porque era uno de los pocos que, en aquel mundo de satanismo, creía realmente en los demonios.

A decir verdad, la historia de lo que se ha llamado mi «optimismo» fue bastante extraña. Cuando ya llevaba cierto tiempo sumido en las profundidades del pesimismo contemporáneo, sentí en mi interior un gran impulso de rebeldía: desalojar aquel íncubo o librarme de aquella pesadilla. Pero como aún intentaba resolver las cosas yo solo, con poca ayuda de la filosofía y ninguna de la religión, me inventé una teoría mística rudimentaria y provisional. Se podía resumir en que la mera existencia, reducida a sus límites

más primarios, era lo bastante extraordinaria como para ser emocionante. Cualquier cosa era magnífica comparada con la nada y aunque la luz del día fuera un sueño, era una ensoñación, no una pesadilla. El simple hecho de que uno pudiera agitar los brazos y las piernas —o esos dudosos objetos externos situados en el paisaje que llamamos nuestros brazos y piernas— demostraba que no era la parálisis de una pesadilla o que, si lo era, era una pesadilla agradable. En realidad, había ido a parar a una postura no muy alejada de la frase de mi abuelo, el puritano, que decía que daría gracias a Dios por haberle creado aunque supiera que su alma estaba condenada. Un fino hilo de agradecimiento me mantenía unido a un resto de religiosidad. Daba las gracias, a quienesquiera que fueran los dioses, no como Swinburne, por el hecho de que ninguna vida dure para siempre, sino porque cualquier vida viva; no como Henley, por mi espíritu invencible (nunca he sido tan optimista sobre mi espíritu para definirlo así), sino por mi espíritu y mi cuerpo, aunque pudieran ser vencidos. A este modo de ver las cosas, con un mínimo de cierta gratitud misteriosa, contribuyeron los pocos escritores de moda que no eran pesimistas; sobre todo Walt Whitman, Browning, Stevenson y el «Dios debe estar contento de que uno ame tanto su mundo» de Browning o «la creencia en la decencia última de las cosas» de Stevenson. Pero no creo que sea demasiado decir que era un modo propio, aunque no supiera verlo con claridad ni ponerlo en claro. Deseaba decir, tanto si conseguí decirlo como si no, que nadie sabe hasta qué punto es optimista —aunque se tenga por pesimista— porque no ha medido realmente la profundidad de su deuda con lo que le creó y le permitió considerarse algo. Era como si en el fondo del cerebro, por decirlo de alguna manera, alentara una olvidada llamita o estallido de asombro ante la propia existencia. El objetivo de la vida artística y espiritual era excavar hasta encontrar aquel enterrado amanecer de asombro; de esa forma, un hombre sentado en una silla podía de repente ser consciente de que estaba vivo y ser feliz. Había otros aspectos de este sentimiento y otros argumentos a su favor sobre los que tendré que volver. De momento sólo es necesaria una parte de la narración, la que acredita que, cuando realmente empecé a escribir, tenía la firme decisión de hacerlo contra los decadentes y los pesimistas que gobernaban la cultura de la época.

Así, entre los versos juveniles que empecé a escribir por esta época, había uno titulado «El niño por nacer» en el que imaginaba a una criatura no nacida que ruega por su existencia y promete ejercer todas las virtudes si se le permite tan sólo tener la experiencia de la vida. Otro poema describe a un guasón que suplica a Dios que le dé ojos, labios y lengua con los que pueda burlarse de Él; una versión más ácida de la misma fantasía. Y creo que fue por aquella época cuando tuve una idea que más tarde utilicé en un cuento titulado «Manalive»; en él se habla de un ser bondadoso que iba por ahí con una pistola con la que de repente apuntaba a un filósofo pesimista, cuando este decía que no merece

la pena vivir. Esto no apareció impreso hasta mucho tiempo después, pero los poemas se recogieron en un pequeño volumen que mi padre imprudentemente me ayudó a publicar con el título de *The Wild Knight*. Esta es una parte importante de la historia si es que hay alguna que lo sea, porque supuso mi iniciación a la literatura y al mundo de los escritores.

Mr. James Douglas, conocido casi exclusivamente entonces como un sobresaliente crítico literario, acogió mi librito de versos con calor y una generosidad casi abrumadora. El entusiasmo y la generosidad fueron siempre dos de las cualidades más atractivas de Mr. Douglas. Por alguna razón, se empeñó en afirmar rotundamente que no existía nadie que se llamara G.K. Chesterton porque evidentemente, aquel era un nom de plume y porque obviamente aquella no era la obra de un novicio sino de un escritor consagrado; y finalmente, porque no podía ser otro que Mr. John Davidson. Esto naturalmente provocó un indignado desmentido por parte de Mr. John Davidson. El inspirado poeta, con toda legitimidad, agradecía al Señor no haber escrito jamás aquellas tonterías; yo, por lo menos, estaba totalmente de acuerdo con él. No mucho después, cuando Mr. John Lañe había aceptado el manuscrito de *El Napoleón de Notting Hill*, estaba yo comiendo con aquel editor e inicié una agradable conversación con un joven rubio, algo mayor que yo, que estaba sentado a mi izquierda. Un hombre mucho más extraño, con aspecto de elfo, calvo, moreno, con una perilla mefistofélica y monóculo, se unió a la conversación desde el otro lado de la mesa; descubrimos que estábamos de acuerdo en multitud de temas literarios y aquello fue el origen de lo que me atrevería a llamar un aprecio mutuo y duradero. Tardé tiempo en descubrir que el primer hombre era Mr. James Douglas y el segundo, Mr. John Davidson.

He avanzado un poco mi historia, en lo que a la literatura se refiere, y he alcanzado un punto al que todavía no he llegado en otros aspectos más sociales o políticos, pero será mejor que complete este aspecto de mi desordenada evolución. Tal vez el siguiente suceso importante que me favoreció y me puso en relación con el mundo de las letras fue una larga reseña que escribí de un libro sobre Stevenson, quizás el primero de los estúpidos libros escritos para menospreciar a Stevenson. Defendí a Stevenson con tanta vehemencia, por no decir violencia, que tuve la suerte de atraer la atención de escritores muy distinguidos, los cuales, aun no siendo ni violentos ni vehementes, sí que eran fervientes stevensonianos. Recibí una carta encantadora, y posteriormente mucho ánimo y hospitalidad, de parte de Sir Sidney Colvin, a cuya casa iba a menudo; allí tuve el placer de conocer a la futura Lady Colvin y allí escuché a Stephen Phillips leer su obra de teatro *Ulises*. Nadie podía haber sido nunca más generoso y considerado de lo que Colvin fue siempre conmigo, pero creo que jamás hubiéramos llegado a coincidir, como él coincidía con Stevenson e incluso con Stephen Phillips,

pues, salvo sobre Stevenson, no había tema divino o humano sobre el que no discrepáramos. Era imperialista en política y racionalista en lo religioso. Y a pesar de su frígido refinamiento, era lo que era con inagotable contumacia. Odiaba a los radicales, a los cristianos y a los románticos simpatizantes de las pequeñas nacionalidades; en resumen, odiaba todo lo que yo he tendido a ser. El mismo vínculo de amor por Stevenson me unió poco después a otro eminentísimo hombre de letras: Sir Edmund Gosse. En cierto modo siempre me sentí más a gusto con Sir Edmund Gosse, porque él despreciaba todas las opiniones y no exclusivamente las mías. En su imparcial cinismo había un extraordinario fondo de genialidad. Poseía el arte de discutir sin despreciar. Siempre pensé que no disfrutaba discutiendo, sino de la discusión en sí como de una especie de arte por el arte que, sin ninguna intención de herir, resultaba aún más artística por la forma cortés y delicada que habitualmente asumía. Le apreciaba mucho y me siento muy feliz al pensar que una de las últimas cosas que debió de hacer fue escribirme una carta para darme las gracias por otra vindicación, muy posterior, de Stevenson, que fue recogida en un libro escrito mucho después, en realidad hace sólo unos cuantos años. En aquella carta decía con una poderosa sencillez viniendo de un hombre como él: «Le quería; aún le quiero». En mi caso, no me siento con derecho a usar términos tan fuertes, pero siento algo parecido por Gosse.

Por aquella época descubrí el secreto de la amabilidad en otra persona famosa por su aparente mordacidad: Mr. Max Beerbohm. Desde que me invitó a comer, siempre supe que él era la más sutil de sus paradojas. Un hombre de su reputación podría encontrar ofensiva la palabra amabilidad. Ante un genio tan erudito como él, sólo puedo justificarme diciéndola en latín porque no me atrevo a usar la palabra del lenguaje cotidiano. Max representó un papel en la mascarada de aquel tiempo que tan brillantemente ha descrito; incluso pasó y sobrepasó el papel. Se suponía que su nombre era sinónimo de desfachatez; igual que el estudiante que exhibía la cara de un golfo con el porte de un dandi. Se suponía que lanzaba al vuelo sus propias campanas con todas las florituras del autobombo y se cuentan innumerables historias sobre la desvergonzada placidez de su narcisismo. Por ejemplo, cuando apenas había escrito nada más que unas cuantas redacciones escolares, las reunió bajo el solemne título de Las obras de Max Beerbohm. En otra ocasión, proyectaba una serie de biografías llamada «Hermanos de los grandes hombres», cuyo primer volumen era El árbol genealógico de Herbert Beerbohm. Pero yo, desde el primer momento en que oí su voz y vi la expresión de sus ojos, supe que todo aquello era exactamente lo contrario de la verdad. Max era y es una persona dotada de una extraordinaria humildad para un hombre de su valía y su época. Jamás le he oído una sola frase o un tono que indicara que supiera más o juzgara mejor de lo que lo hacía; ni siquiera la mitad de bien de lo que él lo hacía. La mayoría de los hombres suelen alardear en la conversación de

logros y vanidades que no son reales, pero creo que él tiene una opinión más realista y moderada de sí mismo que de todo lo demás. Por temperamento es más escéptico que yo, pero por supuesto no se permite la vil idolatría de creer en sí mismo. En esto me gustaría ser tan buen cristiano como él. Espero, por el bien del personaje oficial o público que es, que logrará que le excusen esta última ofensa. Pero la gente que no supo comprender este hecho, ni entendió cómo un estudiante inteligente disfrutaba con una broma intelectual, tiene mucho que aprender sobre la posible combinación de humor y humildad.

Finalmente, la corona de lo que llamaríamos respetabilidad me llegó de la mano de la editorial Macmillan, que muy halagadoramente me invitó a escribir un estudio sobre Browning para la *English Men of Letters Series*. Cuando acababan de proponérmelo, fui a comer con Max Beerbohm, quien me dijo con aire pensativo: «Un hombre tiene que escribir sobre Browning cuando es joven». Nadie sabe que es joven cuando es joven. Entonces no entendí lo que Max quería decir, pero ahora sé que tenía razón, como suele ser habitual. En fin, no necesito decir que acepté la invitación de escribir el libro sobre Browning. No obstante, yo no diría que escribí un libro sobre Browning, sino sobre el amor, la libertad, la poesía, mi propia visión de Dios y la religión (bastante elemental), y sobre diversas teorías mías acerca del optimismo, el pesimismo y la esperanza del mundo; un libro en el que, de vez en cuando, aparecía el nombre de Browning, yo diría que con bastante arte o, por lo menos, daba la sensación de aparecer con una escrupulosa regularidad. Era un libro con muy pocos datos biográficos, y los pocos que había eran casi todos erróneos. A pesar de todo, el libro tiene algo y creo que trata más de mi adolescencia que de la vida de Browning.

He avanzado la faceta literaria de mi propia biografía en detrimento de las demás, pero mucho tiempo antes de que estos últimos hechos sucedieran, ya era evidente que el centro de gravedad de mi existencia había cambiado de lo que —por consideración— llamaremos arte a lo que —también por consideración— llamaremos literatura. El agente más importante en este cambio de intenciones fue mi amigo Ernest Hodder Williams, director más tarde de la famosa editorial de su mismo nombre. Él asistía a las clases de latín e inglés en el University College mientras yo iba, o no iba, a las de arte en Slade School. Seguí con él un curso de inglés, y por eso puedo alardear de ser uno de los muchos alumnos agradecidos al magisterio extraordinariamente vivo y estimulante del profesor W. P. Ker. La mayoría de los demás estudiantes estudiaban para pasar los exámenes, pero, en aquella etapa indolente de mi vida, yo no tenía ni siquiera ese objetivo. El resultado fue que me gané una fama inmerecida de mantener una devoción desinteresada hacia la cultura por sí misma; incluso en una ocasión tuve el honor de formar yo solo toda la audiencia del profesor Ker. No obstante, dio una clase tan completa y meditada como las que le había escuchado siempre, aunque en un

estilo ligeramente más coloquial; me preguntó sobre mis lecturas y al mencionarle algo sobre la poesía de Pope, dijo muy satisfecho: «Oh, ya veo que le han educado bien». Aquella generación de admiradores de Shelley y Swinburne no había hecho justicia a Pope. Hodder Williams y yo hablábamos a menudo de literatura después de las clases y él se empeñó en que yo podía escribir, ilusión que mantuvo hasta su muerte. Por aquel motivo y por mi relación con los estudios artísticos, me encargó que reseñara varios libros de arte para el Bookman, el famoso órgano de la casa editorial de su familia. No hace falta decir que, tras haber fracasado en aprender a dibujar y a pintar, me lancé alegremente a criticar los puntos más débiles de Rubens o el mal encauzado genio de Tintoretto. Había descubierto la profesión más fácil de todas y la que he seguido desde entonces.

Cuando pienso en todas estas cosas, y desde luego en mi vida en general, me sorprende sobre todo mi extraordinaria suerte. Ya he defendido los méritos del cuento moral, pero el que aquella buena fortuna recayese en el aprendiz de vago que yo era contradice cualquier principio digno. En lo referente a mi asociación con Hodder Williams, era totalmente incongruente que alguien tan inactivo como yo tuviera un amigo tan activo como él. Y respecto a la elección de oficio, era tremendamente injusto que alguien lograra convertirse en periodista simplemente por haber fracasado como artista; digo oficio y no profesión, porque lo único que puedo decir en mi favor y sobre ambos oficios es que nunca fui pretencioso en ninguno de ellos. Si he tenido una profesión, por lo menos nunca he sido un profesor. Pero, por otra parte, en esta primera etapa hubo un factor de suerte e incluso de casualidad. Quiero decir que mi mente seguía abstraída y casi aturdida, y aquellas oportunidades eran simplemente cosas que me sucedían, casi como si fueran calamidades. Decir que no era ambicioso suena demasiado a virtud, cuando en realidad se trataba de un defecto no demasiado vergonzoso; era esa curiosa ceguera de la juventud que observamos en los demás y, sin embargo, nunca nos explicamos en nosotros mismos. Pero, sobre todo, lo menciono porque se relacionaba con la continuidad de aquel enigma mental sin resolver que mencione al inicio de este capítulo. La razón fundamental era que mis ojos se dirigían hacia mi interior y no hacia fuera; me imagino que aquello dotaba de un estrabismo muy poco atractivo a mi personalidad moral. Todavía estaba esclavizado por aquella pesadilla metafísica de contradicciones entre mente y materia, por la perversa imaginería del mal y el peso de los misterios del cuerpo y el cerebro, pero para entonces ya me había rebelado contra ellos e intentaba construir una cosmología más saludable, aunque me pasara de la raya en lo relativo a la salud; incluso me calificué a mí mismo de optimista porque estaba a un paso de ser un pesimista. Esa es la única excusa que puedo ofrecer. Toda esta parte del proceso fue después recogida en la informe forma de una novela titulada El hombre que fue jueves. En su momento, el título llamó mucho la atención y

los periodistas hicieron bromas. Algunos, al referirse a mis supuestas opiniones jocosas, simulaban confundirlo con «El hombre que fue nueve». Otros suponían naturalmente que Jueves era el hermano negro de Viernes. Y también los había que, con mayor perspicacia, lo trataban como un título totalmente anárquico como «La mujer que fue ocho y media» o «La vaca que fue mañana por la noche». Pero me interesa lo siguiente: apenas nadie entre quienes leyeron el título parece haber mirado el subtítulo —«Una pesadilla»— que respondía a muchísimas preguntas de la crítica.

Hago aquí una pausa porque esto es hasta cierto punto importante para comprender aquella época. Me han preguntado con frecuencia qué significado tiene en esta obra la monstruosa pantomima del ogro que recibe el nombre de Domingo; algunos han sugerido, y en cierto sentido no sin razón, que representaba una versión blasfema del Creador. Pero la cuestión es que toda la historia es una pesadilla sobre las cosas, no tal como son, sino como le parecían al joven ligeramente pesimista de los años noventa; y el ogro, que aparece brutal pero que también es, en el fondo, benevolente, no es tanto Dios, en un sentido religioso o antirreligioso, sino la Naturaleza a los ojos de un panteísta cuyo panteísmo naciera del pesimismo. En cuanto al sentido de la historia, intentaba empezar pintando un cuadro negro del mundo y avanzar hasta dar a entender que el cuadro no era tan negro como se había pintado en un principio. Ya he explicado que todo esto era fruto del nihilismo de los noventa, patente ya en la dedicatoria que escribí a mi amigo Bentley, quien había vivido una etapa y unos problemas parecidos, y en la que preguntaba retóricamente: «¿Quién puede comprenderlo sino tú?». Un crítico respondió con mucha sensatez diciendo que si nadie salvo Mr. Bentley entendía el libro, no parecía razonable pedir a otros que lo leyeran.

Pero hablo de ello aquí porque, aunque sucedía al principio de la historia, estaba destinado a significar otra cosa antes del final de la novela. Sin aquel lejano efecto final, el recuerdo puede parecer tan absurdo como el libro, pero de momento sólo puedo dejar aquí constancia de los dos hechos que, de alguna forma y en cierto sentido, conseguí ratificar. En primer lugar, intentaba de una manera vaga fundar un nuevo optimismo, no sobre el máximo bien sino sobre el mínimo. No me importaba demasiado el pesimista que se quejaba de que lo bueno existiera en una proporción tan pequeña, sino que me enfurecía —al borde del asesinato— el pesimista que preguntaba para qué servía lo bueno. En segundo lugar, incluso en los primeros tiempos y por los peores motivos, yo ya sabía demasiado como para fingir que me libraba del mal. Al final, introduje un personaje que, con total comprensión de lo que hace, realmente rechaza y desafía al bien. Mucho después, el padre Ronald Knox, con aquel modo suyo tan singular, me dijo que estaba seguro de que usarían el resto del libro para probar que yo era un panteísta y un pagano, y que los futuros críticos demostrarían fácilmente que el episodio del Acusador era una

acotación escrita por algún cura.

Ese no era el caso, sino realmente todo lo contrario. En aquella época, me habría molestado tanto como cualquier otro escritor en millas a la redonda si hubiera descubierto que un cura se metía en mis asuntos o hacía acotaciones a mis manuscritos. Escribí aquella declaración en la novela para dar testimonio del peor pecado (el imperdonable pecado de no desear ser perdonado), no porque lo hubiera aprendido de algunos de los millones de curas que nunca había conocido, sino porque lo había aprendido de mí mismo. Yo ya estaba bastante seguro de que, si lo deseaba, podía apartarme de la vida completa del universo. Cuando le preguntan a mi esposa quién la convirtió al catolicismo, siempre responde: «el diablo».

Pero todo aquello sucedió tanto tiempo después que no guarda relación con la filosofía llena de vacilaciones y conjeturas de la novela en cuestión. Preferiría citar el homenaje de un hombre totalmente distinto que fue, no obstante, uno de los pocos que, por una u otra razón, han sacado algo en limpio de esta desgraciada historia de mi juventud. Era un distinguido psicoanalista de los más modernos y científicos, no un cura, ni mucho menos; podríamos decir como el francés al que le preguntaron si había almorzado en el bote: «au contraire». No creía en el demonio, Dios no lo quisiera, si es que existía algún Dios para quererlo. Pero era un entusiasta y vehemente estudioso de su especialidad, y me puso los pelos de punta cuando me comentó que había encontrado muy útil aquella novela mía de juventud como remedio para sus pacientes más patológicos; sobre todo, el proceso por el que los anarquistas más diabólicos resultan ser buenos ciudadanos disfrazados. «Conozco unos cuantos hombres que casi se volvieron locos —dijo gravemente—, pero se salvaron porque habían entendido realmente El hombre que fue jueves». Es posible que fuera generosamente exagerado y por supuesto, es posible que él mismo estuviera loco, pero entonces también lo estaba yo. Confieso que me halaga pensar que, en aquella época mía de locura, pude resultar de alguna utilidad a otros lunáticos.

V

NACIONALISMO Y NOTTING HILL

Llegados a este punto de la historia debo retroceder un momento, para poder seguir adelante. En las páginas anteriores he contado cosas sobre el arte que se practicaba en casa y sobre el que aprendí en la escuela; del arte que perdí por mi propia culpa o del que gané gracias a mi padre; de la gratitud que debo al aficionado y de las disculpas que debo al profesor de arte; de todo lo

que me enseñaron sin que lo aprendiera y de todo lo que aprendí sin que nadie me lo enseñara. No obstante, en el panorama de la época, este predominio del arte era desproporcionado en relación al lugar que la ciencia ocupaba entonces. Es cierto que jamás tuve lo que se podría llamar un carácter científico e incluso, entre las disciplinas clásicas y modernas de mi vieja escuela, siempre hubiera preferido zanganear en las clases de griego que en las de química. Pero la ciencia estaba en el ambiente del mundo victoriano, y los niños y los muchachos se veían afectados por sus aspectos más pintorescos. Algunos de los amigos de mi padre eran científicos, aficionados o profesionales; uno de ellos, Alexander Watherson, un maestro de escuela encantador, llevaba consigo un «martillo geológico» con el que, para gran regocijo mío, desprendía fósiles de las rocas o paredes; el mismo nombre de martillo geológico todavía me sugiere algo primitivo y poético como el martillo de Thor. El hermano de mi madre, Beaumont Grosjean, era analista químico por vocación, además de ser un tipo con gran sentido del humor; recuerdo cómo contaba que había comprobado mediante un análisis la pureza de un producto comercial único: el «Betún nubio»; como creo que ya no existe, no me pueden censurar ni recompensar por anunciarlo. Mi tío estaba tan fascinado por aquel caso único de honradez comercial que usaba el nombre como término moral de alabanza; decía: «Nadie podría haberse comportado de una manera más nubia» o «tal vez una acción tan nubia honró a la humanidad». Fue aquel mismo tío científico quien me contó varios cuentos científicos en los que, debo admitirlo, creía mucho menos que en los de hadas. Me contaba que cuando yo saltaba de una silla, la tierra saltaba hacia mí. En aquella época, yo ya daba por sentado que aquello era falso o, por lo menos, una broma. Lo que Einstein haya hecho con ello ahora es otra historia o quizás otra broma. Pero menciono aquí la ciencia y a mi tío científico por otra razón.

Soy lo bastante mayor para recordar cómo era el mundo sin teléfonos en mi infancia. Recuerdo que mi padre y mi tío habilitaron el primer teléfono que yo vi utilizando sus propios metales y elementos químicos; era un teléfono minúsculo que iba desde el dormitorio bajo el tejado hasta el fondo del jardín. Aquello me impresionó muchísimo; no creo que la expansión que posteriormente ha alcanzado me haya impresionado más. Este es un punto importante en la teoría de la imaginación. Realmente me impresionó el que una voz sonara en la habitación cuando se estaba produciendo en la calle de al lado. Habría sido difícil que me impresionara más si hubiera sido en la ciudad de al lado. Ahora ya no me sorprende por más que la distancia sea la de un continente a otro. El milagro se ha acabado. Yo admiraba más los grandes inventos científicos a pequeña escala. Siempre me atrajo mucho más el microscopio que el telescopio. Cuando de niño me hablaban de remotas estrellas a las que nunca llegaba el sol, me conmovía tan poco como cuando de adulto me hablaban de un imperio en el que nunca se ponía el sol. No veía

ninguna utilidad a un imperio sin puestas de sol. Sin embargo, me sentía inspirado, emocionado, al mirar un cristal como una cabeza de alfiler a través de un agujerito y verlo cambiar de forma y color como una puesta de sol pigmea.

Me he peleado un par de veces con hombres mejores que yo, entusiastas de esa fantasía pueril sobre la realidad de la fantasía del niño. En primer lugar, disiento de ellos cuando tratan la imaginación infantil como una especie de sueño; en cambio, yo la recuerdo como un hombre que sueña recordaría el mundo en el que estaba despierto. En segundo lugar, niego que los niños hayan sufrido bajo la tiranía del cuento moral. Recuerdo muy bien la época en que la tiranía más espantosa hubiera sido arrebatarme aquellos cuentos morales. Y para aclarar esto, he de contradecir otra de esas conjeturas comúnmente aceptadas en la descripción romántica del amanecer de la vida. El asunto no es muy fácil de explicar; en realidad, he pasado la mayor parte de mi vida intentando explicarlo sin éxito. En cuanto al arsenal de libros mal contruidos en los que fracasé totalmente, no deseo detenerme, aunque tal vez, como definición general, podría resultar útil; y si no como definición, al menos como sugerencia. Desde el principio, me di cuenta —primero vagamente y luego, cada vez con más claridad— que la libertad se concibe como algo que simplemente funciona hacia fuera, mientras que para mí siempre fue algo que funcionaba hacia adentro.

La descripción poética de los primeros sueños de la vida suele ser una descripción del simple deseo de horizontes cada vez más amplios. Se supone que la imaginación se proyecta hacia el infinito, a pesar de que en ese sentido el infinito sea lo opuesto a la imaginación, porque la imaginación funciona con imágenes. Y, por naturaleza, una imagen es algo que tiene un perfil y por tanto un límite. Sostengo, por paradójico que pueda parecer, que el niño no desea simplemente lanzarse por la ventana, volar por los aires o hundirse en el mar. Cuando desea ir a otros lugares, lo deseado siguen siendo lugares en los que nadie haya estado nunca. Pero en realidad, el asunto es aún más complicado. A la luz de los hechos, está claro que el niño está enamorado de los límites. Utiliza su imaginación para inventar límites imaginarios. Ni la niñera ni el ama de llaves le han dicho nunca que tenga el deber moral de pisar las losas alternas del pavimento. Deliberadamente, él elimina del mundo la mitad de las losas del pavimento para divertirse con el reto que se lanza a sí mismo. Practiqué ese juego con todas las esteras, tarimas y alfombras de la casa, y aun a riesgo de que me encierren por ello, he de admitir que aún sigo practicándolo. En ese sentido, siempre he tratado de recortar el espacio que realmente tenía a mi disposición; he intentado dividir y subdividir en esas felices prisiones la casa que podía recorrer con absoluta libertad. Creo que en este capricho psicológico hay una verdad sin la cual el mundo moderno está perdiendo su principal oportunidad. Si observamos nuestros cuentos infantiles

predilectos, o si por lo menos tenemos paciencia para releerlos, nos damos cuenta de que sostienen este punto de vista, a pesar de que durante mucho tiempo se haya pensado que apoyaban el punto de vista contrario. El encanto de Robinson Crusoe no está en que logre encontrar el camino hasta una remota isla, sino en que no pueda encontrar el modo de salir de ella. Eso es lo que dota de interés y emoción a todas sus posesiones en la isla: el hacha, el loro, las armas y el pequeño depósito de grano. La historia de La Isla del Tesoro no es el testimonio de un vago deseo de embarcarse en un viaje por motivos de salud. Termina donde empezó, y empezó con Stevenson dibujando un mapa de la isla con todas sus bahías y cabos, recortados nítidamente como si fuera una greca. Y el eterno interés que despierta el Arca de Noé, considerada como un juguete, se debe a que transmite la idea de solidez y aislamiento, de criaturas fantásticas y lejanas entre sí, encerradas juntas en una caja, como si se le hubiera encargado a Noé que metiera la luna y el sol en su equipaje. En otras palabras, es exactamente el mismo juego que yo practicaba cuando apilaba todo lo que quería en un sofá e imaginaba que la alfombra que tenía a mi alrededor era el mar.

Este juego de ponerse límites es uno de los placeres secretos de la vida. Como dicen los manuales sobre este tipo de entretenimientos, se puede jugar de varias formas. Una buena forma de jugar es mirar la estantería de libros más cercana y preguntarse si uno se divertiría suficientemente con esa colección aleatoria de libros en el caso de no tener otros. Pero el elemento dominante es siempre ese principio de división y restricción que comienza con el niño jugando con las losas del pavimento. Insisto en esto porque, en lo que a mí respecta, debe entenderse como algo auténtico y firmemente arraigado si pretendo que tengan sentido el resto de opiniones que he expuesto sobre este asunto. Si alguien dice que he basado mi filosofía social en los juegos de un niño, estoy dispuesto a inclinar la cabeza en señal de asentimiento y sonreír.

Es importantísimo insistir en que no sé con exactitud en qué momento de mi infancia o de mi juventud la idea se consolidó como una especie de patriotismo local. Por su propia naturaleza (o quizá por algo mejor), un niño tiene la idea de fortificar y defender las cosas; la idea de decir que es el rey del castillo, pero, sobre todo, de alegrarse de que el castillo sea tan pequeño. Pero como mi tesis sostiene que hay algo muy real detrás de todos esos primeros movimientos de la mente, no creo que me sorprendiera descubrir que este instinto se correspondía con una idea. Por una curiosa coincidencia en mi vida, acababa de nacer en mí algo parecido a una idea personal cuando descubrí que se afianzaba y sostenía en una idea colectiva. Si desde entonces he recurrido a las ideas colectivas, es decir, a lo que está fuera de mí, he intentado también explicar que lo más importante de todo aquello ya estaba en mi interior desde hacía mucho tiempo; tal vez, desde mucho antes de que yo me diera cuenta.

Un día deambulaba yo por las calles de North Kensington contándome historias a mí mismo sobre salidas y asedios, a la manera de Walter Scott, e intentando vagamente aplicarlas a la selva de ladrillos y cemento que me rodeaba. Sentía que Londres era ya demasiado grande y destartada para ser una ciudad, en el sentido de ciudadela. Me parecía mayor y más destartada que el Imperio Británico. Inexplicablemente mi mirada se detuvo cautivada ante la visión de un pequeño bloque de tiendecitas iluminadas y me divertía imaginando que ellas serían las únicas en preservarse y defenderse como una aldea en medio de un desierto. Encontraba emocionante contarlas y darme cuenta de que contenían las cosas esenciales de la civilización: una farmacia, una librería, una tienda de comestibles y un bar. Y por último, para gran regocijo mío, había también una pequeña tienda de antigüedades erizada de espadas y alabardas, destinadas obviamente a pertrechar a la guardia que lucharía para defender aquella sagrada calle. Me preguntaba vagamente qué atacarían o hacia dónde avanzarían, y, al mirar hacia arriba, vi, gris en la distancia, pero que parecía tener una inmensa altura, la Torre de las Aguas junto a la calle donde yo había nacido. De repente, se me ocurrió que la toma de la Torre de las Aguas podía significar la posibilidad real de una acción militar en la que se inundara el valle; y con aquel torrente y aquellas cataratas de aguas imaginarias, me vino a la cabeza la primera idea fantástica de una historia titulada El Napoleón de Notting Hill.

Nunca me he tomado en serio mis libros, pero me tomo muy en serio mis opiniones. No menciono aquí ese relato, afortunadamente olvidado, porque desee emular el rigor académico de Mr. Dodgson, que precisaba el momento y lugar en los que por primera vez se le ocurrió que el Snark era después de todo un Boojum, sino que este mínimo recuerdo tiene que ver con cosas mucho más prácticas. Resulta que es el único modo de explicar la que pronto sería mi posición en la práctica política. En primer lugar, debemos entender con claridad que la política contemporánea, incluso lo que comúnmente se considerarían mis propias ideas políticas, caminaba o se inclinaba entonces justo en dirección contraria. Los dos grandes corrientes políticos durante mi juventud y primeros años de madurez fueron el Imperialismo y el Socialismo. Se suponía que estaban enfrentados, y sin duda lo estaban, en el sentido de que unos blandían la bandera roja y otros la británica, la Union Jack; pero comparados con las sombrías conjeturas de mi propia imaginación, había algo en común entre ambos movimientos. Al menos tanta unión como en la Union Jack. Los dos creían en la unificación y el centralismo a gran escala. Ninguno de los dos habría entendido mi afición por las cosas a una escala cada vez más pequeña. Por supuesto, aquella afición era algo demasiado instintivo y confuso como para proponer todavía una teoría alternativa, y, sin mucha convicción, acepté las teorías en boga. Leí a Kipling y me atrajo en muchos aspectos, aunque me repelió en otros. Me consideraba socialista, porque la única

alternativa a ser socialista era no serlo. Y no ser socialista era algo absolutamente espantoso. Significaba ser un imbécil y un esnob arrogante de los que protestaban contra los impuestos y las clases trabajadoras, o algún horroroso viejo y venerable darwinista de los que decían que los más débiles deben ir al paredón. Pero en el fondo de mi corazón, yo era socialista a regañadientes. Aceptaba lo mayor como el mal menor o incluso como el bien menor.

Del mismo modo que era un socialista renuente, también estaba dispuesto a ser un imperialista renuente como el Mr. Burden de Mr. Belloc, que era también un imperialista sin entusiasmo, porque de forma similar a lo que le sucede a Mr. Burden, yo también era heredero de la tradición empresarial de un mundo más viejo. Mi instinto me decía que no podía abandonar el patriotismo completamente; ni entonces ni después he sentido ninguna inclinación por lo que comúnmente se conoce como pacifismo. Estaba dispuesto a aceptar la aventura colonial si era el único modo de proteger a mi país; igual que estaba dispuesto a aceptar el colectivismo si era el único modo de proteger a mis conciudadanos más pobres. Estaba dispuesto a que Gran Bretaña presumiera de un imperio si realmente no tenía nada mejor de que presumir. Estaba dispuesto a permitir que Mr. Sydney Webb cuidara de los pobres si nadie más cuidaba de ellos o si (tal como parecía haberse aceptado como un axioma de las ciencias sociales) era imposible que ellos se cuidaran de sí mismos. Pero no existía nada en mi corazón ni en mi imaginación que estuviera de acuerdo con aquellas amplias generalizaciones; algo en mi interior se escondía subconscientemente en la dirección contraria. Permanecí en aquel estado mental confuso, aunque no del todo pernicioso, dividido entre un instinto interior que no podía seguir y una expansión exterior que realmente no deseaba seguir, hasta que sucedió algo en el mundo que no sólo me despertó de mis sueños como un trueno, sino que me iluminó como un relámpago. En 1895 tuvo lugar el Jameson Raid y uno o dos años después estalló la guerra con las dos repúblicas de Sudáfrica.

La nación parecía estar unánimemente a favor de la guerra. Mucho más a favor de la guerra en Sudáfrica de lo que lo estaría más adelante de la Gran Guerra. Esta última fue obviamente mucho más crucial y, en mi opinión, mucho más justa. Sin embargo, no produjo aquella impresión inconfundible de grito unánime de aprobación como el que marcó la campaña en favor de la destrucción del estado holandés del presidente Kruger. Indudablemente, las multitudes clamaban tanto contra Kruger como contra el Kaiser, pero el Kaiser con su mostacho nunca consiguió ser una caricatura tan popular como el presidente con su perilla. Desde luego su nombre se convirtió en sinónimo de cualquier cosa exótica y extraña; a un poeta demasiado elegante, con pelo largo rizado y pantalón de terciopelo hasta la rodilla, se le saludaba con el apropiado y descriptivo grito de «¡Kruger!». Sin embargo, esa unanimidad en

las manifestaciones abarcaba a grupos más influyentes e ilustrativos. Tanto el mundo del periodismo como el de la política eran partidarios de la anexión. La mayoría de los periódicos compartían la moral del Daily Mail, pero no sus formas. Los imperialistas liberales tomaron prácticamente las riendas del partido liberal hasta tal punto que ni siquiera la oposición podía oponerse. Nunca olvidaremos que estos políticos a favor de la guerra fueron los mismos a los que después, en la guerra de 1914, se acusó de moderados o (lo que es absurdo) de antipatriotas: Asquith, Haldane y Grey. Parecía que todos los moderados estaban en el bando llamado patriótico. Por entonces, yo no conocía a muchos políticos y tenía la sensación de que había más unidad de la que había; aunque de todas formas, había mucha. Veía a todos los hombres públicos, a las corporaciones, a la gente de la calle, a mi propia clase media y a la mayoría de mis familiares y amigos unánimemente a favor de algo que parecía inevitable, científico y seguro. Y de pronto, me di cuenta de que lo odiaba; que odiaba todo aquello como jamás anteriormente había odiado nada.

Odiaba en todo aquello lo que a mucha gente le gustaba. ¡Era una guerra tan alegre! Odiaba su confianza, las felicitaciones previstas, el optimismo de la Bolsa. Odiaba su vil seguridad en la victoria. Muchos lo consideraban un proceso casi tan automático como la actuación de una ley natural. Siempre he odiado esa idea pagana de la ley natural. A medida que la guerra avanzaba, empezó a percibirse oscuramente que avanzaba pero no progresaba. Cuando los británicos comenzaron a acumular derrotas inesperadas y los bóers éxitos inesperados, se produjo un cambio en el humor público; había menos optimismo y casi sólo obstinación. Pero la canción que se tocó desde un principio fue la de lo inevitable, un concepto odioso para los cristianos y los amantes de la libertad. Los golpes infligidos por la acorralada nación bóer, el avance rápido y las deslumbrantes salidas de De Wet, la captura de un general británico al final de la campaña tocaban una y otra vez la canción opuesta de desafío; la de aquellos que, como escribí después en uno de mis primeros artículos, «hacen caso omiso de los presagios y desdeñan las estrellas». Todo esto crecía en mi interior en forma de vagas imágenes de una moderna resurrección de las batallas de Maratón o las Termopilas; volví a tener aquel sueño recurrente de la torre inescalable y los ciudadanos que la asediaban, y empecé a trazar un grosero perfil de mi novelita de Londres. Pero sobre todo, tal vez lo que empezó a repelerme en la atmósfera de aquella aventura era lo que había de falta de sinceridad en la parte más normal de la reivindicación nacional: la idea de que íbamos a rescatar a nuestros representantes exiliados, los ciudadanos comerciantes de Johannesburgo, a los que habitualmente llamaban «los extranjeros». Así como esta habría sido la motivación más simpática de haber sido auténtica, resultaba la más repulsiva por lo hipócrita que era.

Aquella era la mejor coartada en favor de la guerra: si los bóers luchaban

por su país, los británicos luchaban por sus compatriotas. Únicamente que algunos de los retratos de esos compatriotas tenían un aspecto bastante raro. Se afirmaba constantemente que un inglés llamado Edgar había sido asesinado, pero no se publicaba ningún retrato del tal Edgar porque resultaba que era completamente negro. Otros retratos sí que se publicaron; se exhibía a otros «extranjeros» de diferentes tintes y tonos. Empezamos a sospechar que la gente a la que los bóers llamaban «extranjeros» eran con frecuencia personas a las que los británicos llamaban «forasteros». Sus nombres eran tan simbólicos como sus narices. Recuerdo la espera con un amigo pro-bóer en medio de una concentración de patrioteros fanáticos a las puertas del Queen's Hall que terminó en una batalla campal. Mi amigo y yo adoptamos un método de parodia patriótica o reductio ad absurdum. Primero, propusimos tres vivas por Chamberlain; luego, tres vivas por Rhodes y luego, progresivamente, por patriotas cada vez más dudosos y de menos raigambre. Llegamos a lanzar un viva inocente por Beit y otro viva más titubeante por Eckstein; pero cuando impulsivamente apelamos a la popularidad universal de Abu, nuestra intención irónica quedó al descubierto y empezó la batalla. De pronto, me vi envuelto en un combate de boxeo contra un oficinista pro-imperio, un púgil, por lo menos, tan poco competente como yo. En el transcurso de este encuentro (uno entre muchos otros conflictos análogos), otro imperialista debió de sustraerme el reloj; el último que me he preocupado por tener. En cualquier caso, aquel tipo creía en la política de la anexión.

Me llamaban pro-bóer y, a diferencia de otros pro-bóer, yo me sentía muy orgulloso del título. Expresaba exactamente lo que quería decir mucho mejor que sus sinónimos idealistas. Algunos intelectuales repudiaban indignados el término y afirmaban que no eran pro-bóer sino sólo amantes de la paz o pacifistas, pero yo era decididamente pro-bóer y decididamente no era un pacifista. Opinaba que los bóers hacían bien en luchar; no que cualquiera haga mal en luchar. Creía que sus granjeros tenían todo el derecho de coger el caballo y el rifle en defensa de sus granjas y de su pequeña comunidad agraria, que había sido invadida por un imperio más cosmopolita al mando de financieros igualmente cosmopolitas. Y, como sostiene persona tan autorizada como Mr. Discobolus en las Nonsense Rhymes de Edward Lear, lo pensaba entonces y lo sigo pensando ahora. Pero esta especie de simpatía militante separaba evidentemente a los que pensaban como yo de nuestros colegas sencillamente antimilitaristas. En lo que a mí personalmente me afectaba, las consecuencias no dejaron de ser importantes. Descubrí que pertenecía a la minoría de una minoría. La mayoría de los que naturalmente simpatizaban con los británicos nos criticaban por simpatizar con los bóers. La mayoría de los que simpatizaban con los bóers nos criticaban porque simpatizábamos con ellos por razones equivocadas. Desde luego, no sé quién de los dos, el patriotero o el pacifista, nos encontraba más ofensivos e indeseables. En esta

situación tan peculiar, orienté mis pasos hacia una amistad que ha jugado desde entonces un papel importantísimo en mi vida tanto privada como pública.

Mis amigos acababan de regresar de Oxford, Bentley de Merton, y Oldershaw del Parlamento, donde habían destacado dentro de un grupo de jóvenes liberales que se oponían en grados distintos al imperialismo del momento; formaban un grupo con muchos de los nombres que llegarían a ser famosos posteriormente, como John Simón, el conocido estadista y abogado, o Francis Hirst, el economista. Poco después de nuestra reunión en Londres, quedé con Lucian Oldershaw en un pequeño restaurante del Soho. El encuentro se produjo antes de que todo el mundo descubriera los alrededores del Soho y cuando estos pequeños comedores franceses sólo eran valorados por unos pocos gourmets, ya que, según ellos, eran de los escasos lugares en los que aún se podía comer. Nunca he sido tan refinado como para calificarme de gourmet, así que me alegra decir que aún puedo ser un glotón. Mi ignorancia gastronómica es tal que incluso como en los hoteles de moda más caros de Londres. A veces, en esos lujosos vestíbulos, habitados por los héroes y heroínas de Oppenheim y Edgar Wallace, la comida es un poco mala incluso para mí. Pero los que realmente preferían comer buenas chuletas y tortillas a vivir entre escayolas doradas y lacayos de pantomima ya habían descubierto aquellos deliciosos cuchitriles junto a Leicester Square, donde, por aquel entonces, uno podía conseguir media botella de estupendo vino tinto por seis peniques. Me reuní en uno de estos con mi amigo, que entró en el local seguido de un hombre robusto con un canotier de la época inclinado sobre los ojos, lo que ponía de relieve la peculiar longitud y fuerza de su barbilla. Llevaba el abrigo colgado sobre los hombros, de forma que parecía un abrigo pesado, e inmediatamente me recordó los retratos de Napoleón, especialmente los retratos ecuestres de Napoleón. Pero sus ojos, no exentos de ansiedad, tenían esa curiosa amabilidad distante que se aprecia en los ojos de los marineros, y había algo en sus andares que podía equipararse incluso al balanceo propio del caminar del marinero. Mucho después, las palabras encontraron su lugar en un poema que expresaba una cierta conciencia de la combinación y la mezcla de naciones en su sangre.

Dios Todopoderoso dirá seguramente:

san Miguel, ¿quién es ese que se yergue

con Irlanda en los ojos perplejos

y Périgord entre las manos,

y las correas del estribo en sus brazos

y en el paso los mares estrechos

y en la boca de Borgoña una canción

y los Pirineos en su corazón?

Se sentó pesadamente en uno de los bancos y empezó a charlar inmediatamente acerca de no sé qué polémica, deduje que la cuestión era si se podía sostener razonablemente que el rey Juan había sido el mejor rey inglés. Decidió que el juicio era negativo, pero teniendo en cuenta la *History of England* de Mrs. Markham (obra por la que sentía un gran aprecio), fue indulgente con los Plantagenet. Después de todo, Juan fue un regente y ningún regente medieval había tenido éxito. Siguió hablando, como lo ha seguido haciendo desde entonces, para gran placer y estímulo míos. Era Hilaire Belloc, orador ya famoso en Oxford, donde siempre debatía con otro brillante disertador, F. E. Smith, que más tarde sería Lord Birkenhead. Se suponía que Belloc representaba el radicalismo y Smith el conservadurismo tory, pero el contraste entre ellos era ante todo vital y habría seguido existiendo aunque se hubieran intercambiado las etiquetas ideológicas. En realidad, los dos personajes y las dos carreras podrían servir como ejemplo para un estudio sobre el significado de los términos «éxito» y «fracaso».

Cuando hablaba, Belloc soltaba de vez en cuando alusiones provocadoras sobre religión. Contaba que un importante abogado californiano que pensaba venir a Inglaterra a visitar a su familia había puesto una vela a san Cristóbal para que el santo le ayudara a hacer el viaje. Afirmó que él, Belloc, iba a poner un cirio más grande con la esperanza de que el visitante no hiciera el viaje. «La gente se pregunta de qué sirve hacer eso —observó acalorado—. Yo no sé de qué sirve. Lo que sé es que se hace. Luego dicen que no puede servir de nada, pero inmediatamente ahí está el dogma». Todo esto me divertía mucho, aunque ya entonces me daba cuenta de que sentía hacía él una extraña y oculta corriente de simpatía que muchos de los que también se divertían no sentían. Y cuando aquella noche, y muchas otras noches, hablamos sobre la guerra, descubrí que en aquella simpatía subconsciente había un significado real. En alguna ocasión he dicho que soy anti-vivisector y al mismo tiempo estoy en contra de los anti-vivisectores. Un misterio parecido unía nuestras mentes: ambos éramos unos pro-bóers que odiaban a los pro-bóers. Quizá fuera más acertado decir que odiábamos a unos cuantos antimilitaristas sin imaginación y sin sentido de la historia, demasiado pedantes para llamarse a sí mismos pro-bóers. Quizá todavía sería más acertado decir que eran ellos los que nos odiaban a nosotros. Pero, en cualquier caso, ese fue el primer eslabón de nuestra alianza. A pesar de que su imaginación militar lanzaba su frente de batalla a través de la historia, desde las legiones romanas hasta los últimos detalles de las armas de Gravelotte, y la mía era una fantasía provinciana de una imposible escaramuza en Notting Hill, los dos sabíamos que la moraleja de la fábula y la de los hechos era la misma; por eso, cuando acabé mi fantasía

londinense, se la dediqué a él. De aquel mugriento cafetín del Soho, como de una cueva de brujas, emergió el cuadrúpedo, el monstruo de dos cabezas que Mr. Shaw ha bautizado como Chesterbelloc.

Sería totalmente injusto insinuar que todos o la mayoría de los grupos que se oponían a la guerra eran como los lechuguinos que he mencionado, a pesar de que muy pocos fueran militaristas a la manera de Belloc. A uno de estos grupos, el grupo de Oxford ya mencionado y en el que estaban mis amigos, le guardo una eterna gratitud. A este grupo se le facultó, justo en aquel momento, para llevar a cabo un importante trabajo que probablemente tenga su efecto final en la historia. El grupo consiguió comprar el viejo semanario radical *The Speaker* y manejarlo con un espíritu y un valor admirables dentro de un radicalismo de nuevo cuño, que algunos de sus enemigos habrían llamado un radicalismo romántico. Su director era Mr. J. L. Hammond, quien más adelante prestaría, junto con su esposa, un gran servicio histórico como autor de estudios sobre el labrador inglés a lo largo de los últimos siglos. Desde luego, era el último hombre del mundo que podía ser acusado de materialismo vano o de un amor a la paz sencillamente sumiso. No había indignación que pudiera ser al mismo tiempo más vehemente y más delicada, en el sentido de exigente. Y supe que también comprendía la verdad cuando le oí decir las palabras que tantos habrían malinterpretado: «El imperialismo es peor que el patriotismo. Un patrioterero es un tipo ruidoso que, por casualidad, puede hacer cierto ruido en el lugar adecuado. Pero el imperialista es el enemigo directo de la libertad». Aquello era exactamente lo que yo quería decir; es posible que los bóers estuvieran haciendo ruido (con rifles Mauser), pero yo creía que lo hacían en el sitio adecuado. Fue también por aquella época y a través de aquel mismo vínculo, cuando también yo pude empezar a hacer un poquito de ruido en el sitio adecuado. Como he señalado en algún lugar, los primeros artículos que publiqué fueron reseñas de arte en el *Bookman*; la responsabilidad original de mi iniciación en el mundo literario recae sobre mi difunto amigo Sir Ernest Hodder Williams; pero la primera serie de artículos relacionados entre sí, el primer trabajo regular para apoyar una causa concreta, me llegó a través de Hammond y sus amigos del nuevo *Speaker*. Allí fue donde escribí, junto a muchos otros artículos políticos beligerantes, una serie de ensayos informales que más tarde volvieron a publicarse bajo el título de *El Acusado*, El título es lo único que no puedo defender. Se trataba realmente de un uso de la lengua incorrecto e ilógico. Los ensayos defendían cosas diversas como los *Penny Dreadfuls* y los *Skeletons*. Pero «acusado» no significa aquel que defiende otras cosas, sino alguien que se defiende a sí mismo; y yo habría sido el último en defender algo tan indefendible.

Aquella misma conexión política me arrastró más a fondo a la actividad política y al periodismo. El siguiente hito en mi destino como periodista lo marcó la compra del *Daily News* por los liberales pro-bóers, porque hasta

aquel momento siempre había pertenecido, como prácticamente cualquier diario liberal, a los liberales imperialistas. Un grupo de liberales, de los que Mr. George Cadbury era el principal capitalista y el difunto Mr. R. C. Lehmann el principal periodista; contrataron como director literario a mi amigo Mr. Archibald Marshall, quien a su vez tuvo la temeridad de contratarme para una colaboración fija semanal. Durante muchos años, escribí para el Daily un artículo todos los sábados; en la época, decían que era mi púlpito del sábado, como si fuera el de la misa de los domingos. Fueran cuales fueran los méritos del sermón, es probable que tuviera más feligreses de los que había tenido hasta entonces y desde entonces. Ocupé aquel púlpito hasta que renuncié a él mucho después, en otra crisis política cuya historia contaré en páginas posteriores.

Empecé a conocer un poco a políticos destacados, aunque casi nunca hablaban de política; y me imagino que los políticos casi nunca lo hacen. Ya había entrevistado a Lord Morley cuando me encargaron el trabajo en el English Men of Letters que él editaba, y había quedado sorprendido por algo indefinible que distingue a la mayoría de los hombres públicos de su profesión. Era afable, sencillo y seguramente bastante sincero; pero, en cierta medida, cauto y consciente de la posibilidad de que sus seguidores podían arrastrarle más lejos de lo que él deseaba ir. Hablaba con cierta admiración paternal de mis amigos de la facción pro-bóer, Hammond, Hirst y los demás; pero parecía que tratara de advertirme de que eran demasiado apasionados, y yo no quería que me lo advirtieran porque también yo estaba inflamado. En resumen, era un hombre sabio y bueno, pero no lo que innumerables e innumbrables admiradores hubieran pensado de él: no era un perspicaz intelectual fanático, ni un enemigo del compromiso, ni un demócrata completo llamado Juan Honesto. Era un ministro, aunque fuera de los buenos. Lo mismo podría decirse de la mayoría de ministros que he conocido, y me alegra poder decir que he conocido sobre todo a los buenos. Me divertían las expresivas ocurrencias del viejo Asquith, el difunto Lord Oxford; y aunque nuestras conversaciones eran superficiales e incluso frívolas, era uno de esos seres capaces de llevar la frivolidad a extremos memorables. En determinada ocasión, sumamente importante, apareció ataviado con la antigua indumentaria de los tribunales, y un impulso de irreprimible impertinencia me llevó a preguntarle si la espada de la justicia podría desenvainarse. «Oh, sí —dijo, moviendo ante mí su hirsuta cabeza—, no me provoque». Pero tenía esa curiosa ambigüedad para lo esencial en la política y la ética que he encontrado con mucha frecuencia en hombres con grandes responsabilidades. No le importaba responder a una pregunta tonta sobre una espada, pero si hubiera sido una pregunta sensata acerca de una sobretasa, habría adoptado la actitud amable pero a la defensiva propia de un espadachín; habría sentido que, en cierto modo, le estaban provocando y casi se habría sentido tentado a ignorar

la pregunta. Me resulta difícil no desdibujar los finos matices que intento transmitir. Era muy conocido, tal como lo son los hombres públicos, pero todos ellos se vuelven imprecisos a medida que escalan profesionalmente. Los jóvenes y desconocidos son los que tienen doctrinas firmes e intenciones abiertamente declaradas. En cierta ocasión, lo expresé diciendo que a decir verdad los políticos carecían de doctrina política.

En realidad, para mí, el único ministro liberal que en mi juventud parecía ser eternamente joven se sentaba en aquella época en los escaños de la oposición. Lo maravilloso de George Wyndham era que había atravesado la vida política sin perder ni sus opiniones políticas ni ningún otro tipo de opiniones. Precisamente lo que le convertía en un genio para la amistad era que la vida no le había arrebatado su personalidad y había conservado mucho de su juventud; mucho incluso de su niñez. Podría no haber sido nunca ministro; podría haber sido un artista o escritor corriente con un alma que salvar y unas cuantas ideas secretas y oscuras sobre cómo hacerlo. No se pasaba la vida, como Charles Augustus Fortescue, «preocupado por emitir un juicio amplio y abierto». Tenía prejuicios y dogmas privados por los que era capaz de luchar como un individuo privado. Cuando, en alguna ocasión, la conversación de Mr. Asquith derivó hacia temas religiosos, descubrí que se sentía totalmente satisfecho con aquella especie de amplio idealismo, aquella desleída «esencia de cristianismo» que es con frecuencia sincera, pero rara vez representativa de una identidad social concreta. Pero como persona individual, George Wyndham era un anglocatólico y habría practicado su religión en cualquier circunstancia vital. Tenía esa especie de borde afilado, como el filo de una espada, que no puedo evitar preferir a ser derribado por el golpe de un saco de arena espiritual.

George Wyndham tenía montones de ideas curiosas y originales. Una de sus excentricidades consistía en plantear un tema de conversación y pedir su opinión a los que tenía alrededor, como si fuera un examen o un juego. Recuerdo un día en el que pronunció muy serio: «Japón», y me pidió que empezara con algunas palabras. Yo dije: «Desconfío de Japón porque imita nuestras peores cosas. Si hubiera imitado la Edad Media o la Revolución Francesa, podría comprenderlo; pero imita las fábricas y el materialismo. Es como mirarte al espejo y ver un mono». Alzó la mano como un maestro de ceremonias y dijo: «Eso servirá. Ya vale.»; y pasó al siguiente, que me parece que era Mayor, ahora general Seeley, quien dijo que desconfiaba de Japón por razones imperialistas relacionadas con nuestras colonias y la defensa nacional. Después, Mr. Winston Churchill señaló que le parecía curioso que mientras Japón fue un país hermoso y educado, se le trató como si fuera bárbaro y ahora, que se había convertido en un país feo y vulgar, se le trataba con respeto o, por lo menos, con aparentes palabras respetuosas. Luego, Charles Masterman, con sus ademanes de aparatosa melancolía, dijo que los japoneses

eran como hunos, que nos barrerían de la faz de la tierra, mucho más fuertes y habilidosos que nosotros, y también que eran odiosos. Luego hablaron otro par de ellos y expresaron sus mismas opiniones negativas, después, Whyndham, a su modo extravagante, finalizó con una de sus extraordinarias teorías históricas de su amplio repertorio y afirmó que el peludo Ainu era primo de los europeos y había sido conquistado por aquellos horrorosos mongoles. «Realmente creo que debemos acudir al rescate del peludo Ainu», dijo muy serio. Luego, alguien constató con sencillo asombro: «Veamos, llevamos un rato sentados alrededor de esta mesa y parece ser que todos, bien por motivos serios o triviales, odiamos a los japoneses. ¿Por qué somos no solo sus aliados, sino que además se nos prohíbe decir ni una palabra contra ellos en cualquiera de nuestros periódicos? ¿Por qué está de moda o es una convención alabar a los japoneses constantemente y en todo lugar?». Pero llegados a este punto, Mr. Churchill desplegó la inescrutable sonrisa del estadista, y aquel velo de ambigüedad del que he hablado pareció descender sobre todos sin que lográramos obtener una respuesta ni entonces ni ahora.

Charles Masterman, del que acabo de hablar, era un hombre extraordinario. Tenía un carácter sutil y curioso, y muchos de mis mejores amigos le malinterpretaron y menospreciaron totalmente. Es verdad que a medida que escalaba puestos en el mundo de la política, el velo del político también empezó a cubrirle ligeramente; no obstante, se convirtió en un estadista que dio muestras de la más noble mordacidad en favor de los pobres; y aquello de lo que se le culpaba era responsabilidad de hombres mucho menos nobles que él. Lo reprochable en él, muy distinto de aquello de lo que se le acusaba, se debía a dos motivos: era un pesimista oficial, había tenido una oscura educación puritana y mantenía una especie de creencia en la perversidad de los dioses. Una vez me dijo: «Soy de esos hombres que se ocultan detrás de un seto para comerse una manzana». También era un organizador y le gustaba gobernar, sin embargo, su pesimismo le llevaba a creer que el gobierno siempre había sido malo y que ahora no era peor que de costumbre. Por lo tanto, a los hombres deseosos de reformas llegó a parecerles un obstáculo y un apologista de lo oficial; pero lo último que él deseaba era ser apologista de nada. Era extraordinariamente perspicaz para conocer a las personas y tenía una forma brusca de expresarlo que, más que irritar, animaba. Como Oldershaw me dijo en una ocasión: «Su candor es hermoso». Su melancolía le hacía estar satisfecho con lo que no satisfaría a hombres más felices que él. Su pesimismo revelaba lo peor del optimismo. Al natural era largo, relajado, perezoso y casi tan desordenado como yo.

Además de estas breves ojeadas a los distintos partidos, mi principal trabajo era el Daily News, que estaba prácticamente controlado entonces por Mr. Cadbury y Mr. A. G. Gardiner, su culto y dispuesto director; entonces yo sólo intuía oscuramente lo que ahora veo claro: el proceso por el que la prensa

pasó a ser manejada como un gran negocio. Recuerdo haberme quedado desconcertado al contemplar cómo sustituían la pequeña y pobretona entrada por una puerta giratoria, en aquel entonces toda una novedad para mí, aunque seguramente para nadie más. Me recordaba vagamente a una puerta para el ganado y me acuerdo de que le pregunté al viejo Cadbury si la habían colocado allí para evitar que las vacas entraran a la oficina. Se rio muchísimo con aquella sencilla broma porque él también tenía una atractiva sencillez, pero el incidente está relacionado en mi memoria con una broma bastante menos bucólica. En la oficina trabajaba un periodista muy destacado de la cultura «disidente», que se tomaba a sí mismo tan en serio que en cualquier concentración de hombres corrientes, él estaba seguro de que no le tomarían en serio. Me avergüenza decir que, sobre este insulso e intachable publicista, propagué el cuento de que la estructura mecánica de la nueva puerta era la clave del misterio de su permanente presencia en la oficina. Le habían echado de allí repetidas veces, pero lo habían hecho con una violencia tan insensata que el impulso de la puerta lo devolvía otra vez al interior. Cuanto más certero el tiro y más violenta la energía con la que el viejo Mr. Cadbury le lanzaba escaleras abajo, más seguro era que su brillante colaborador aparecería sonriente de vuelta a su oficina y a su mesa de trabajo. Así, decía yo con mi tendencia moralizante, cualquier mejora mecánica lleva aparejada un nuevo problema. No pido que se crea en la fábula, pero no he abandonado la moraleja al ver cómo el automovilismo conducía a la masacre, la aviación destruía ciudades y las máquinas hacían aumentar el desempleo.

Mientras tanto empecé a conocer un poco el mundo de la política en general, especialmente el de los aliados con nuestra propia facción del partido liberal, y también a disfrutar notablemente con la hospitalidad que el difunto Mr. Cadbury solía brindar a nutridos grupos de colaboradores y amigos. Era una experiencia muy divertida, sobre todo cuando ilustraba, como generalmente lo hacía, los muy variopintos personajes que componían nuestro partido. En una de aquellas fiestas de los Cadbury, conocí a un hombre por quien siempre sentí un gran respeto, dejando a un lado lo divertida que resultaba su compañía; me refiero a Will Crooks, a cuya sólida personalidad siempre irritaba que se refirieran a él como Mr. Crooks. He conocido a muchos miembros del partido laborista y la mayoría me han gustado al menos tanto como los del partido liberal. Los laboristas que conocí cubrían una amplia variedad de tipos, desde los fríos catedráticos de Cambridge a los excéntricos aristócratas ingleses y escoceses. Will Crooks era el único líder laborista que he conocido que, por un momento, me hacía pensar en las clases trabajadoras inglesas. Tenía el humor de un conductor de autobús o un mozo de estación; y ese humor es algo mucho más poderoso y real que la mayoría de las modernas formas de educación u oratoria. Ante un grupo de avezados intelectuales socialistas, no criticaba el que ellos otorgasen demasiada

concentración de poder a la abstracción del Estado o que persiguieran un ideal imposible que no se sustentaba en el propio interés, sino que lo expresaba así: «No tenían fundamento». También su esposa era tan típica como una matrona romana; precisamente al pensar en ella, recuerdo muy especialmente el curioso choque de personas y culturas que se producía en el seno de nuestro propio partido político. Recuerdo a una damita etérea, de ojos azul pálido y ropas verde pálido, esposa de un famoso periodista contrario a la guerra. Exponía sus ideas con una enternecedora timidez, pero una vez expuestas, resultaban ser algo muy serio. Recuerdo que Mr. Noel Buxton, a quien conocí por esta época, describía de una manera muy divertida y animada la prisa y agitación de su vida cuando peleaba por un escaño en las elecciones al Parlamento. En mala hora se le ocurrió usar la expresión «sólo tenía tiempo de pillar una chuletilla...»; la profetisa vestida de verde, animada por el fuego que la consumía, se sintió incitada a hablar y así lo hizo cuando Buxton salió de la habitación:

—¿Creen que era realmente necesario? —dijo con una mirada de dolorosa fijeza, como si estuviera en trance—. El hombre no mejora con una chuletilla. El hombre no necesita chuletilas.

En este momento, recibió el caluroso apoyo, asfixiante dirían algunos, de alguien que probablemente no se esperaba.

—No querida —dijo Mrs. Crooks con voz estentórea—. ¡Claro que el hombre no necesita chuletilas! ¿Qué va a hacer con una chuletilla? Lo que un hombre necesita es un buen chuletón o un trozo de solomillo, y ya me encargaría yo de que lo tuviera.

La otra dama suspiró; aquello no era exactamente lo que ella había querido decir y obviamente estaba un poco alarmada para exponer sus opiniones ante su voluminosa y sólida oponente, y arriesgarse a que la tumbara con una pata de cordero. Pero aquella pequeña comedia de enredo ha permanecido siempre en mi memoria como una perfecta parábola de las dos clases de vida sencilla: la falsa y la verdadera.

La dama vegetariana era realmente encantadora, pero muy seria. Casi inmediatamente después del incidente que acabo de comentar, la tuve que acompañar a cenar; atravesamos el invernadero y, sólo por cambiar de tema, señalé con impertinencia una planta carnívora y dije:

—Ustedes los vegetarianos ¿no sienten remordimientos cuando ven esto? Ustedes subsisten a base de devorar plantas inocentes, y aquí vemos una planta que devora animales. Seguramente es una decisión justa. La venganza del mundo vegetal.

Me dirigió una mirada absolutamente grave y circunspecta desde sus ojos

azules y dijo:

—Oh, yo no apruebo la venganza.

No necesito decir que esto me dejó derrotado y a la vez humillado; lo único que pude hacer fue murmurar de forma vaga y taciturna que si ella no creía en la venganza, no sabía adónde iba a llegar el cristianismo, o algo por el estilo. Pero durante mucho tiempo no me la quité de la cabeza, y su forma de pensar ha recorrido mi vida y mi tiempo como un hilo verde y azul pálido.

También establecí otro tipo de contactos con la política, aunque no se puede decir que fueran más prácticos porque la política no era política práctica, al menos no cuando yo la practicaba. Charles Masterman juraba con irónico deleite que cuando fuimos juntos a hacer campaña electoral, mientras él bajaba un lado de la calle y casi había recorrido de vuelta el tramo de subida, yo seguía aún en la primera casa discutiendo de la filosofía del gobierno con el primer vecino. Tal vez el jovial pesimismo de Charles Masterman oscurecía excesivamente la historia, pero es absolutamente cierto que yo empecé a hacer campaña electoral con el extraordinario engaño de que el objetivo de la campaña era la conversión. El objetivo de la campaña es el cálculo. El único motivo real para que los agentes del partido fastidien a la gente en su propia casa no tiene mucho que ver con los principios del partido, que habitualmente son un misterio insondable para los agentes; simplemente consiste en que los agentes deduzcan de las palabras, modales, gestos, juramentos, maldiciones, patadas o golpes del amo de casa, si es probable que vote por el candidato del partido o si se abstendrá de hacerlo. Aprendí esta lección poco a poco, gracias a una enorme variedad de rostros y gestos humanos que se revelaban al abrir la puerta de las casas. Mi amigo Oldershaw y yo fuimos juntos al campo para hacer campaña a favor de un candidato liberal. Resulta extraño recordar ahora que, en nuestra inocencia, no sabíamos nada de él excepto que era un candidato liberal. Hasta donde yo sé era un caballero totalmente respetable y válido, pero a medida que pasábamos por esta y por muchas otras elecciones políticas, empezó a nacer en mí un sentimiento extraño y oscuro. En aquella época, ni siquiera era consciente de ello; incluso ahora me resulta difícil describir esa fría y viscosa intuición del subconsciente. Cuando, en otras campañas, mucho tiempo después, finalmente emergió a la superficie y adoptó la forma de una pregunta medio articulada, creo que la pregunta era: «¿Por qué el candidato es casi siempre el más incompetente del estrado?». A estas campañas electorales a las que asistí en muchos lugares, también iban otros oradores que siempre eran más elocuentes y, entonces por lo menos, mucho más conocidos que yo. Había en el estrado personas como John Simon y Belloc, que hablaban de maravilla, probablemente mejor de lo que han hablado desde entonces. Y en cambio, el hombre que enviábamos a hablar al supremo foro del Parlamento nunca sabía

hablar. Solía ser algún maniquí de sastre, firme y peripuesto, con monóculo o mostachos encerados, que repetía exactamente la misma fórmula aburrida en cada uno de los mítines. Desde el punto de vista psicológico, hay algo interesante en esa inconfesada percepción que tiene el joven de que las cosas no funcionan bien, incluso cuando su voluntad y convicción le lleven a proclamar lealmente que funcionan perfectamente y en todo lugar. Ahora, al mirar atrás, después de aquellas otras experiencias políticas de la época de Marconi, de las que hablaré más adelante, sé exactamente lo que yo sentía; también sé exactamente qué era lo que no comprendía. Sé que lo que mueve la política moderna es el dinero y que la superioridad del idiota con levita sobre Belloc y Simón simplemente radicaba en que era más rico que ellos. Pero entonces no era consciente de todo esto; sobre todo con el primer candidato liberal para quien trabajé y por quien me desgañité con entusiasmo y fidelidad. Lo extraordinario de este primer candidato es que ganó.

Pero aunque me temo que no serví de mucho en la campaña, a mí sí que me sirvió, porque conocí más cosas de la vida en el campo de lo que un londinense como yo nunca habría imaginado y conocí a no pocos aldeanos interesantes. En otra campaña electoral, recuerdo a una robusta mujer de Somerset, con una mirada algo amenazadora y casi malévola, que, en el umbral de la puerta de su casa, me dijo que ella era liberal y que yo no podría ver a su marido porque él aún era conservador. Luego, me contó que anteriormente había estado casada dos veces y que sus maridos, conservadores, se habían vuelto liberales después de casarse con ella. Ella movió el pulgar por encima del hombro señalando al invisible conservador que estaba dentro y dijo: «Lo tendré listo para las elecciones». No me permitió entrar en aquella cueva de brujería donde fabricaba liberales con materiales poco prometedores para, según parecía, destruirlos después. Pero ella fue tan sólo uno de los muchos campesinos fuertes y pintorescos que conocí en mis viajes políticos. Por supuesto no fueron ellos los únicos que conocí, pues todo aquel divertido follón de la política se extendía en este caso como una desparramada lucha ficticia o como las maniobras militares en Salisbury Plain, esa enorme zona de nobles colinas y valles, testigo de imponentes batallas del pasado, y se remontaba a la lucha originaria entre paganos y cristianos, génesis de toda nuestra historia. Y aquellas cosas primitivas probablemente estaban ya abriéndose paso hacia la superficie de mi propia mente; cosas que después traté de articular en una forma literaria poco adecuada, pero por lo menos más elemental y universal. Recuerdo la tenue e imprecisa inspiración que me sorprendió una tarde, en la carretera, mientras miraba más allá de la pequeña aldea tan absurdamente empapelada con unos cuantos carteles electorales, y vi colgado de las colinas, como colgado del cielo, lejano como una pálida nube y arcaico como un jeroglífico gigante, el Caballo Blanco.

Lo menciono aquí sólo porque si no se comprende que nuestro idealismo

político, por más impopular que fuera, lo vivíamos como nacionalismo y no internacionalismo, se malinterpretará incluso mi intervención accidental y amateur en política. Esa fue una fuente permanente de irritación e incompreensión tanto dentro como fuera del partido político. A nosotros nos parecía evidente que patriotismo e imperialismo no sólo no eran lo mismo, sino que casi eran términos antagónicos. Sin embargo, para la gran mayoría de sanos patriotas e inocentes imperialistas no sólo no era evidente, sino que les parecía incomprensible. A muchos antipatriotas y antiimperialistas, les resultaba igualmente incomprensible. Hacia el final de este período, publicamos un libro que intentaba explicar nuestro peculiar punto de vista, *England a Nation*, editado por Oldershaw y con colaboraciones de Masterman, mías y de otros. Una de las colaboraciones estaba firmada por un miembro del nacionalismo irlandés, mi amigo Hugh Law; por aquel entonces, naturalmente, empecé a saber algo de los nacionalistas irlandeses y a sentir una intensa y especial simpatía por el nacionalismo irlandés. Hablaré de este tema más adelante; ahora baste con señalar aquí que para mí es una enorme satisfacción pensar que siempre creí que el primer deber de un verdadero patriota inglés es el de simpatizar con el apasionado patriotismo de Irlanda, simpatía que expresé en los momentos más trágicos de su historia y que no he perdido con su triunfo.

Sin embargo, curiosamente, el recuerdo más vivo del rompecabezas de esta contradicción patriótica, y de las dificultades para que los demás vieran lo que a mí me resultaba evidente, no guarda relación ni con Irlanda ni con Inglaterra, sino, mire usted por dónde, con Alemania. Algún tiempo después de estos acontecimientos, tuve que visitar Frankfurt, donde de forma bastante casual me encargué de impartir una serie de conferencias sobre literatura inglesa en un congreso de maestros alemanes. Hablamos del *Marmion* de Walter Scott y de otros romances en verso. Cantamos canciones inglesas acompañadas de cerveza alemana y lo pasamos muy bien. Pero algo se agitaba ya incluso entre aquellos amables y simpáticos alemanes, algo que no era tan agradable, y aunque lo expresaban con bastante educación, de repente, me vi una vez más en la misma dificultad en cuanto a la cuestión de lo nacional y lo imperial. Al hablar con algunos de ellos más a fondo sobre literatura, como de un mundo cultural cosmopolita, rocé esa preferencia mía por lo que algunos consideran una idea nacional estrecha. Descubrí que también a ellos les resultaba incomprensible, me aseguraron, con esa seriedad con la que sólo los alemanes pueden repetir lo que consideran una perogrullada, que imperialismo y patriotismo eran lo mismo. Cuando descubrieron que no me gustaba el imperialismo, ni siquiera el de mi propio país, una curiosa expresión asomó a sus ojos y una idea aún más curiosa pareció que se formaba en su cabeza. Se les ocurrió la fantástica idea de que yo era un internacionalista indiferente, incluso hostil, a los intereses de Inglaterra. Tal vez pensaban que Gilbert Keith

Chesterton era un alias de Houston Stewart Chamberlain. De todos modos, empezaron a hablar más abiertamente, aunque todavía con vaguedades, y poco a poco empecé a tener la convicción de que aquella extraordinaria gente realmente pensaba que yo podría aceptar o aprobar la expansión de la raza teutona —basada en alguna disparatada razón etnológica o sociológica— a expensas incluso de la impotencia o la absorción de mi propia tierra. Fue una situación en cierto modo embarazosa; ellos no dijeron nada definitivo por lo que yo pudiera ofenderme; fue simplemente que noté una cierta presión en el ambiente y una amenaza.

Era Der Tag. Tras pensar un momento, dije: «Bien, caballeros, si alguna vez ocurriera algo semejante, creo que tendría que remitirles al poema de Scott del que hemos estado hablando». Y repetí gravemente la respuesta de Marmion cuando el rey James dice que es posible que vuelvan a encontrarse luchando en el sur, en Tamworth Castle:

Mi humilde morada sería muy honrada,
si el rey Juan a sus salas entrara,
pero Nottingham tiene buenos arqueros,
y los hombres de Yorkshire serio talante;
la caballería de Northumbria ruda y fiera...
y muchos estandartes se desgarrarán,
y muchos caballeros la tierra alimentarán,
y muchas puntas de flecha se gastarán,
antes de que el rey de Escocía cruce el Trento.

Nos miramos mutuamente y creo que comprendieron, y allí se alzó, como una enorme sombra que se abatió sobre la taberna, el terror de lo que estaba por venir.

VI

EL SUBURBIO FANTÁSTICO

Cuando era un joven periodista del Daily News, escribí en un artículo la siguiente frase: «Clapham, como cualquier otra ciudad, está construida sobre un volcán». Cuando al día siguiente abrí el periódico, me encontré frente al siguiente texto: «Kensington, como cualquier otra ciudad, está construida sobre un volcán». Desde luego, no tenía la menor importancia, pero me

sorprendió un poco y lo comenté con mi inmediato superior en la oficina, como si se tratara de la excentricidad de algún caprichoso cajista. Pero me miró tan airado, tan hosco, con tanto resentimiento, que aquello no podía ser sino una confesión de culpabilidad, si es que había alguna; luego, me respondió malhumorado:

—¿Por qué tenía que ser Clapham? —Y después, como si se quitara la máscara, continuó—: Pues bien, yo vivo en Clapham.

Él, que sabía que yo vivía en Kensington, había transferido a ese barrio regio lo que imaginaba que era una burla.

—¡Pero si era un elogio a Clapham! —grité enérgicamente—. ¡Si lo había dibujado como un barrio épico, primario y fundado en la llama sagrada!

—Se cree muy gracioso, ¿verdad? —dijo.

—Creo que tengo razón —alegué modestamente y no por última vez; más tarde, no por última, sino quizá por primera vez, empecé a comprender la terrible verdad.

Si dijeras en un pueblo vasco o en una ciudad bávara que el lugar era romántico, algunos podrían llegar a la espantosa conclusión de que eres un artista y por tanto, seguramente, también un loco, pero nadie dudaría de que el loco quería decir lo que decía. En cambio, el ciudadano de Clapham no podía creer que yo quisiera decir lo que decía. Para el patriota de Clapham no sería creíble ni concebible que cualquier comentario sobre Clapham fuera otra cosa que una burla. Ni siquiera podía pronunciar la palabra de forma que la primera sílaba de Clapham sonara como un aplauso, como la última sílaba en la onomatopeya de un golpe: «cataclap». Había desterrado completamente de su mente el Clapham visionario, el Clapham volcánico, lo que en un mapa cósmico yo habría podido llamar «Cataclapham». Le aseguré una y otra vez, casi con lágrimas, que sentía una profunda simpatía por los sentimientos de orgullo que pudiera tener hacia Clapham. Pero ese era exactamente el terrible secreto: él no estaba orgulloso de Clapham. El patriota de Clapham se avergonzaba de Clapham.

Ese periodista de Clapham que me mira con expresión colérica ha sido el problema de mi vida. Me ha acechado en todos los rincones y esquinas como una sombra, como un chantajista o un asesino. Contra él dirigí aquella pantomima tonta de los alabarderos de Notting Hill y todo lo demás. En otras palabras, todo lo que he hecho y pensado surgió originalmente de ese problema que a mí me resultaba paradójico. Si pretendo que estas páginas sean sinceras, habré de plantear muchos problemas a lo largo de ellas y contemplar soluciones con las que el lector podrá estar de acuerdo o en total desacuerdo. Sin embargo, le pediré que, a lo largo de ellas, recuerde que este fue el

problema fundamental para mí, en el orden temporal, por supuesto, y también en el lógico: cómo convencer a los hombres de la maravilla y el esplendor de estar vivos en unos entornos que percibían cotidianamente como muertos en vida y que su imaginación había dado por muertos. Es normal que un hombre presuma si puede, e incluso si no puede, de que su barrio no es vulgar. Pero estos hombres a los que aludo han renunciado realmente a ser ciudadanos de barrios vulgares. Sin embargo, estamos rodeados de barrios vulgares que se extienden más allá del horizonte; vulgares en su arquitectura, vulgares en su vestimenta, vulgares incluso en sus modales; pero lo realmente importante es que eran vulgares en la imagen que sus propios habitantes habían interiorizado. Se suponía que la gran ciudad estaba compuesta de estos barrios vulgares; pero en el pensamiento de la mayoría de la gente de hoy, la gran ciudad se ha convertido en una generalización periodística, que ha dejado de ser imaginativa para ser casi imaginaria. Por otra parte, la forma de vida moderna, que sólo admite lo prosaico, les acuciaba día y noche, y era la auténtica forjadora de sus mentes. A modo de guía u orientación preliminar, digo que esto fue lo que originalmente me acercó a ciertos grupos o movimientos y lo que me alejó de otros.

Lo que se ha llamado mi medievalismo se debía simplemente a mi interés en el significado histórico de Clapham Common. Lo que se ha llamado mi aversión al imperialismo era la aversión a hacer de Inglaterra un imperio en el sentido de hacer algo parecido a Clapham Junction, pues mi idea de Clapham era la de un barrio de casas tranquilas, no la del traqueteo de vagonetas y trenes; no deseaba que Inglaterra fuera una especie de guardarropa o consigna de equipajes con etiquetas de importación y exportación. Deseaba cosas verdaderamente inglesas que nadie más pudiera importar y de las que nosotros disfrutáramos tanto como para no exportarlas. Y esto estaba presente incluso en la última y más discutida etapa del cambio. Llegué a admitir que sería necesaria cierta clase de universalidad, otra clase de universalidad, antes de que esos lugares se convirtieran realmente en santuarios o lugares sagrados. En resumen, finalmente llegué a la conclusión, correcta o equivocada, de que la Secta de Clapham no podría hacer ahora de Clapham un lugar místico. Y lo digo con el mayor respeto por aquel antiguo grupo de filántropos que se dedicaron a la causa de los lejanos negros, la secta que hizo tanto por liberar a África y tan poco por liberar a Clapham.

Es ahora esencial darse cuenta de un hecho que se desprende de la inconsistente épica de Clapham y Kensington, de esa historia de dos ciudades. Hay que insistir en que, en la época en que Clapham era Clapham, también Londres era Clapham; hasta Kensington era Clapham. Quiero decir que, en aquella época, el aspecto general de Londres era más feo y prosaico de lo que es ahora. Por supuesto que en muchas zonas de Londres había hermosos rincones de arquitectura georgiana y estilo regencia, pero en ningún lugar

como en Kensington. Todavía hay algunos, pero, aunque quedaban vestigios de los antiguos movimientos artísticos, aún no había ni rastro de los nuevos. Morris brotaba por aquí y por allá en las inflorescencias del empapelado de las paredes, pero la fase más sosa de la extinta época victoriana estaba en la mayor parte del papel de casi todas las paredes. Londres era ya inconcebiblemente grande en comparación con las últimas y escasas reliquias que quedaban de la elegancia del siglo XVIII o de los primeros y débiles signos de renacimiento estético. En conjunto, aquella cosa tan enorme era espantosa. El paisaje de Londres estaba formado por casas chatas, ventanas sin adornos, horribles farolas de hierro y vulgares buzones colorados; y hasta ahora, de muy poco más.

Si he logrado insinuar las virtudes más modestas de mi propia familia y de la clase media, espero que habrá quedado claro que éramos tan feos como las verjas y farolas entre las que paseábamos. Quiero decir que nuestra ropa y nuestros muebles estaban aún desprovistos de cualquier toque «artístico», a pesar de un bien documentado interés por el arte. Estábamos aún más lejos de Bohemia que de Belgravia. Cuando mi madre decía que nunca habíamos sido respetables, quería decir que nunca habíamos sido elegantes, aunque tampoco fuéramos desaliñados. Comparados con el esteticismo que desde entonces ha invadido Londres, todos nosotros éramos claramente desaliñados. Y todavía más en mi propia familia, porque mi padre, mi hermano y yo considerábamos normal la apariencia desaliñada. No nos preocupábamos por llevar ropa cuidada. Los estetas se preocupaban por llevar ropa despreocupada. Yo llevaba un abrigo corriente; y no sé si por el roce o la fricción involuntarios se convirtió en un abrigo extraordinario. El bohemio llevaba sombrero de ala lánguida, pero no languidecía con él. Sin embargo, yo sí languidecía bajo un sombrero de copa; un sombrero escandalosamente malo, pero que no pretendía escandalizar al burgués. Yo mismo era, en ese aspecto, totalmente burgués. A veces, aquel sombrero, o algo semejante a su fantasma, todavía aparece como un espectro y sale del cubo de la basura, de la casa de empeños o del Museo Británico para aparecer en el garden-party real. Desde luego puede que no sea el mismo. El original era más apropiado para el espantapájaros de un huerto que para un invitado en los jardines del rey. Pero la cuestión es que nosotros no creímos nunca que la moda o las convenciones fuesen algo lo bastante serio como para seguirlas o desafiarlas. Mi padre era un amateur en multitud de cosas distintas, fructíferas y felices, pero de ninguna manera un diletante. Y como estas memorias se refieren a su descendiente menos digno, que realmente asistió a una escuela de arte, deberá permitírsele que por lo menos se vanaglorie de que, si bien fracasó como artista, nunca intentó ser un esteta.

En resumen, llegado a este punto, el lector (si hay alguno) no debe confundirse por esa figura a lo Falstaff con capa y sombrero de bandolero que aparece en muchas caricaturas. Esa figura fue una obra de arte posterior,

aunque el artista no fuera sólo el caricaturista, sino una artista a la que me referiré lo más delicadamente posible en esta narración victoriana. Esa caricatura simplemente celebra lo que el genio femenino hizo con un material tan poco prometedor. Sin embargo, de jovencito o cuando era soltero, mi ropa y apariencia eran como las de los demás, sólo que peor. Mi locura, que era considerable, estaba totalmente en mi interior y cada vez se concretaba más en una vaga y visionaria rebelión contra la prosaica fealdad de la ciudad y la civilización del XIX; en una impaciencia imaginativa contra los sombreros cilíndricos y las casas rectangulares; en resumen, se identificaba con ese movimiento mental que ya he asociado con el Napoleón de Notting Hill y el imperfecto patriota de Clapham. Tal vez no fuera más allá del sentimiento de que aquellos seres prisioneros en estos entornos inhumanos eran seres humanos; de que era malo que los seres vivos estuvieran inadecuadamente y vulgarmente representados por casas como diagramas euclidianos mal dibujados o por calles y ferrocarriles como trozos de maquinaria sucia. Muy al principio de conocernos, recuerdo haberlo hablado con Masterman, mientras contemplábamos la muchedumbre apresurada que se desparramaba por los pasadizos del Metro hacia la simbólica y férrea estación de Inner Circle, y haber citado las palabras de Kipling sobre el barco de guerra fuera de combate:

Porque no es conveniente que la estirpe inglesa
deba esperar en el fondo de un reloj de ocho días
que la muerte no les vea.

Pero siempre conservé la imprecisa sensación de que algo sagrado en la estirpe inglesa, o en la estirpe humana, me alejaba del simple pesimismo de la época. Nunca dudé de que los seres humanos que habitaban aquellas casas eran casi milagrosos como muñecos mágicos o fetiches en horribles casas de muñecas. Para mí, aquellas cajas de ladrillo marrón eran realmente cajas de Navidad; después de todo, las cajas de Navidad venían a menudo envueltas en papel de estraza y las obras de ladrillo marrón de aquellos chapuceros constructores se parecían extraordinariamente al papel de estraza. Resumiendo, acepté mi entorno y el hecho objetivo de que todos los sombreros y casas eran como nuestros sombreros y nuestras casas, y que aquel universo de barrio, hasta donde un chico de barrio era capaz de ver, se extendía hasta los confines de la tierra. Por eso, fue un accidente decisivo el ver por primera vez, en la lejanía, el primer signo fantástico de algo nuevo que, no obstante, aún no estaba de moda, algo que se parecía a una mancha púrpura reciente sobre aquella extensión de calles grises. Ahora no llamaría la atención, pero entonces, sí. En aquella época, yo tenía la costumbre de dar largos paseos y vueltas por Londres; siempre iba y volvía a pie de aquella primera escuela de arte en St. John's Wood. Para que se hagan una idea de lo

que Londres ha cambiado, les diré que habitualmente yo iba andando desde Kensington a la catedral de St. Paul y recorría gran parte del camino por el centro de la carretera. Un día, me dirigía hacia el oeste, con paso desorientado, a través del laberinto de Hammersmith Broadway y por la carretera que va a Kew, cuando por algún motivo, o más probablemente sin motivo alguno, fui a dar a una calleja que me llevó a perderme por una pista polvorienta que una vía de ferrocarril atravesaba y por encima de la cual se elevaba uno de esos puentes desproporcionadamente altos que se alzan como zancos sobre esas estrechas vías de ferrocarril. Para culminar mi vagabundeo, me subí a aquel puente alto y casi en desuso; atardecía, y creo que fue entonces cuando vi, más allá de aquel paisaje gris, como un jirón de nube roja del crepúsculo, el peculiar y artificial pueblo de Bedford Park.

Como he dicho, resulta difícil explicar lo que había de fantástico en lo que hoy resulta tan familiar. Esa especie de extravagancia prefabricada apenas resulta hoy extravagante, pero en aquel momento era incluso exótica. Bedford Park parecía lo que en cierto modo pretendía ser: un barrio de artistas casi extraterrestres, un refugio para poetas y pintores perseguidos, que permanecerían ocultos en sus catacumbas de obra vista o agonizantes tras sus barricadas de obra vista cuando el mundo intentara conquistar Bedford Park. En ese sentido, en cierto modo absurdo, es más bien Bedford Park el que ha conquistado el mundo. Hoy son las casas modelo, los ayuntamientos y las tiendas de artesanía; mañana, que yo sepa, serán las prisiones, los hospicios y los manicomios los que presenten (por fuera) ese mínimo de pintoresquismo que entonces se consideraba la pose ridícula de los adictos a pintar cuadros. Si al oficinista de Clapham le hubieran regalado una de aquellas casas fantásticas, podría haber creído que la casa de cuento de hadas era realmente una casa de locos. Ese experimento estético era bastante reciente; tenía elementos de auténtica independencia cooperativa y corporativa; sus propias tiendas, oficina de correos, iglesia y fonda; pero todo ello estaba vagamente bajo el patrocinio del viejo Mr. Comyns-Carr, quien no sólo era considerado el patriarca o el habitante más viejo, sino, en cierto sentido, el fundador y padre de la república. En realidad no era muy viejo, pero entonces la república era muy joven, mucho más joven que la nueva república de Mr. Mallock, aunque se parecía mucho a ella en el chismorreo filosófico sobre el que el patriarca brillaba y meditaba benevolente. Por lo menos, y cito una frase muy citada entonces, era más viejo que las rocas entre las que se sentaba o los tejados que lo cubrían; y bien podríamos citar vagamente, ya que lo hago de memoria, otro dicho repetido en la época:

Iguálame esta maravilla, protege el lugar de los estetas,
un barrio como una rosa roja mucho más joven que Carr.

Pero a pesar de que todos sintiéramos, no de manera consciente, que allí

había algo ensoñadoramente teatral, en parte un sueño y en parte una broma, sabíamos que no era simplemente un fraude. La gente inteligente apuntaba incluso a una intelectualidad, y la gente importante vivía allí más bien de forma tranquila que importante. El profesor Yorke Powell, el distinguido historiador, exhibía por el barrio su larga barba leonina y sus amenazadoras y engañosas cejas, y el Dr. Todhunter, el eminente erudito de la cultura celta, representaba a la colonia irlandesa en las batallas culturales. Y de forma similar, aunque era un lugar de sombras, difícilmente se hubiera podido afirmar que era un lugar de impostores, cuando albergaba a quien tal vez siga siendo el mayor poeta en lengua inglesa. Siempre hay algo fantástico en la fusión entre el mundo que el poeta ve y el lugar en el que vive: la fantasía de que los grandes leones dorados de Blake rugían y vagabundeaban en un pequeño patio junto al Strand o de que Sordello, tumbado como un león y expresándose como una esfinge, podía haber frecuentado Camberwell. Me divierte pensar que, bajo aquellos árboles de juguete y aquellos gabletes de fantasía, ya desfilaba un espectacular cortejo de extraños dioses, los tocados de olvidados sacerdotes, los cuernos de los sagrados unicornios, el sueño enmarañado de la vegetación druida y todos los emblemas de una nueva heráldica de la imaginación humana.

William Butler Yeats podía parecer solitario como un águila, pero tenía un nido. Dondequiera que esté Irlanda, está la familia, y cuenta mucho. Si el lector necesita una prueba, que se pregunte por qué existe todavía la costumbre de llamar «Willie Yeats» a este gran —y a veces, ceñudo— genio. Nadie, que yo sepa, habla de «Jackie Masefield», ni de «Alfie Noyes», ni de (lo que podría ser malinterpretado por los frívolos). «Ruddy Kipling». En el caso de Yeats, tal familiaridad podría parecer incongruente con sus gustos y carácter; y lo mismo ocurriría si hablásemos del gran Gulliver como de «Johnny Swift». Su propio tono y carácter, tanto en privado como en público, son de una afectación que está en las antípodas de tal familiaridad.

No hay necio que pueda llamarme amigo

y al caer el día bebo con

Landor y Donne.

Lo menciono simplemente como un punto de descripción impersonal, sin pronunciarme sobre el problema; el mundo está hecho de gente muy distinta. Me atrevo a decir que hay muchos necios que me llaman amigo y también (un pensamiento menos agradable) muchos amigos que pueden llamarme necio. Pero, en el caso de Yeats, aquella afectación no sólo es sincera, sino esencialmente noble, llena de una santa ira por el triunfo de lo más vil sobre lo mejor que le lleva a decir que esas terribles palabras sobre la gran tumba en la catedral de St. Patrick son «el epitafio más noble de la historia». La razón por

la que, a pesar de todo esto, la mayor congregación de necios de todo tipo llama hoy «Willie» al pobre Yeats, aunque sea a sus espaldas, hay que buscarla en la curiosa estampa corporativa que la familia irlandesa deja siempre de sí misma. La intensidad e individualismo del genio no pueden borrar de la memoria colectiva la impresión general de Willie, Lily, Lolly y Jack, nombres del reparto de una comedia irlandesa única, hecha de ingenio, chismorreo, sátira, peleas familiares y orgullo familiar. En aquella época, yo conocía más o menos a casi toda la familia y durante mucho tiempo después conocí y admiré a las hermanas del poeta que, en su factoría Cuala, mantenían una escuela de decoración y tapicería digna de los grandes versos dedicados al bordado de los lienzos celestiales. W. B. es tal vez el mejor conversador que he conocido si exceptuamos a su anciano padre, que desgraciadamente ya no hablará más en esta taberna terrenal, aunque espero que siga hablando en el paraíso. Entre otras muchas cualidades, tenía un don raro pero muy auténtico: un estilo completamente espontáneo. Las palabras no fluían, como no fluyen los ladrillos que componen un gran edificio: sencillamente salían ordenadas como un rayo, como si un hombre construyera una catedral con tanta rapidez como un mago construye un castillo de naipes. Una frase larga y elaboradamente equilibrada, con oraciones subordinadas disyuntivas o adversativas, manaba de la boca de aquellos conversadores, y cada palabra caía en el lugar preciso con la misma inmediatez e inocencia con la que la mayoría de la gente comenta el tiempo o alguna noticia del periódico. Todavía recuerdo al viejo Yeats, con su elegante barba entrecana, decir espontáneamente sobre la guerra en Sudáfrica: «Mr. Joseph Chamberlain tiene el carácter parecido al rostro, o sea, el de una arpía que arruina a su marido con sus extravagancias. Y Lord Salisbury tiene el carácter y el rostro del hombre que ha sido arruinado de ese modo». Ese estilo, esa construcción ágil de una frase complicada, era un signo de lucidez que hace mucho que se perdió. La encontramos en las explosiones más sinceras del Dr. Johnson. Desde entonces ha surgido la idea chapucera de que hablar con ese estilo consumado es artificial; simplemente porque el hombre sabe lo que quiere decir y quiere decir lo que dice. No sé en qué ámbito estúpido nació esa idea de que existe una conexión entre ser sincero y no ser inteligible. Parece haberse aceptado la idea de que un hombre debe de querer decir lo que dice porque no acierta siquiera a intentar decirlo; o que debe de ser un prodigio de fuerza y decisión porque en la mitad de una frase descubre que no sabe lo que iba a decir. De ahí procede la conversación de la comedia actual y la patética creencia de que una charla puede ser interminable mientras las frases no se completan.

Yeats me atraía fuertemente de dos maneras distintas, como los polos positivo y negativo de un imán. Es necesario explicar lo que quiero decir, no tanto por lo que eran mis vacilantes ideas en este período de mi vida, sino por explicar la peculiaridad de esta época sobre la que la mayoría de los críticos

actuales parece estar completamente equivocada. Había muchas cosas en la mentalidad victoriana que no me gustan y otras que respeto, pero no había nada en las ideas victorianas que se correspondiera con lo que hoy en día se llama victoriano. Soy lo bastante mayor para recordar la época victoriana y fue casi lo opuesto de lo que hoy se connota con esa palabra. La época tuvo todos los vicios que hoy se llaman virtudes: duda religiosa, desasosiego intelectual, hambrienta credulidad ante todo lo nuevo y una total ausencia de equilibrio. También tenía todas las virtudes que hoy se llaman vicios: un gran sentido de lo romántico, un apasionado deseo de que el amor entre hombre y mujer volviera a ser lo que fue en el Edén y un poderoso sentimiento de la absoluta necesidad de encontrar un significado a la existencia humana. Pero lo que todo el mundo me dice ahora sobre la mentalidad victoriana me parece totalmente falso, como una niebla que simplemente ocultara una vista. Y en nada es esto tan cierto como en esta particular verdad que ahora voy a intentar contar.

El entorno general durante toda mi adolescencia fue agnóstico. Entre gente tan inteligente, mis propios padres eran un caso bastante excepcional, por creer en un Dios personal o en la inmortalidad. Recuerdo que mi amigo Ludan Oldershaw, quien me presentó a esta colonia bohemia, al recordar las aburridas lecciones del Nuevo Testamento griego en el colegio de St. Paul, me dijo de pronto: «Desde luego, los agnósticos son los que nos han enseñado religión a ti y a mí»; y de repente, al recordar las caras de todos mis maestros, salvo uno o dos clérigos excéntricos, supe que tenía razón. No fue nuestra generación, sino la generación anterior, la que era agnóstica según los dictados de Huxley. Mr. H. G. Wells, un hijo espiritual, aunque jugueteón, de Huxley, escribió muy acertadamente sobre aquel período que «estuvo lleno de los grandes silencios irónicos que siguen a las grandes controversias»; y en aquella controversia Huxley había tenido un éxito superficial, pero un éxito tal que, en el mismo párrafo, Mr. Wells llegó a decir que los obispos «socialmente tan visibles, están intelectualmente escondidos». ¡Qué lejano y amable parece todo! He vivido para ver las controversias biológicas en las que es mucho más cierto decir que los darwinistas oficiales están escondidos. El «silencio» que siguió a la primera controversia sobre la evolución fue mucho más irónico de lo que Mr. Wells era consciente en aquel momento. Pero entonces ciertamente el silencio parecía ser el de la derrota religiosa; un desierto de materialismo. Los hombres estaban tan lejos de esperar las múltiples reacciones místicas que hoy mueven las naciones, como las chatas mansiones de Pimlico y Bloomsbury lo estaban de ver cómo se extendían por la tierra los tejados con cresta y las destartadas chimeneas de Bedford Park.

Pero Bedford Park no era excéntrico en esto. No había nada nuevo ni raro en no tener religión. El socialismo, sobre todo el de los diseños en el papel pintado de Morris, era relativamente nuevo. El socialismo, al estilo de Bernard Shaw y los fabianos, era algo emergente. Pero el agnosticismo era lo

establecido. Casi se podría decir que el agnosticismo era una iglesia establecida. Había un ateísmo uniforme, semejante a la fe uniforme exigida en la época isabelina; esto, además, no sucedía entre la gente excéntrica, sino simplemente entre la gente educada, sobre todo, entre la gente educada mayor que yo.

Por supuesto estaban los ateos combativos, pero la mayoría combatía contra algo más que el teísmo. El más viril y valiente de ellos era mi viejo amigo Archie MacGregor, el artista, que luchaba en la guerra de los bóers. Como estábamos de acuerdo en este asunto, nos hicimos muy amigos, pero incluso en aquellos días, yo me daba cuenta de que su ateísmo no era realmente revolucionario en lo que a la moral se refería. Era simplemente lo opuesto. No era ninguna «nueva moralidad», sino decididamente la «vieja moralidad», la que él defendía contra el imperialismo basándose simplemente en que este significaba robo y asesinato. Contra la nueva ética de Nietzsche, él defendía la vieja ética de Naboth. Mr. Wells y los fabianos vieron con meridiana lucidez que los socialistas sentimentales eran unos inconsistentes al decir que un campesino no tiene derecho a un campo, pero que un cierto campesinado tiene derecho a un campo de petróleo. Mr. Wells no es más pacifista que militarista, pero la única clase de guerra que él considera justa es la única que yo considero injusta. En cualquier caso, hablando en términos generales, es un error total suponer que los rebeldes que denunciaban a la Iglesia y al clero eran los mismos que denunciaban al imperio y al ejército. Las divisiones se entrecruzaban y principalmente en la otra dirección. Un próber militante como MacGregor estaba en minoría tanto entre los ateos como entre los artistas, incluso en Bedford Park. Pronto descubrí esto cuando empecé a moverme en el mundo más liberal de los artistas y literatos. No existían dos hombres más opuestos que Henley y Colvin; en cierto sentido, me convertí tiempo después en un testigo del duelo que ambos libraron sobre el cadáver de Stevenson. Pero los dos eran acérrimos materialistas y acérrimos militaristas. La verdad es que, para la mayoría de los hombres de esta época, el imperialismo o, por lo menos, el patriotismo eran sustitutos de la religión. Los hombres creían en el Imperio Británico porque precisamente no tenían nada más en que creer. Los fuegos de campamento de aquel imperio insular brillaron momentáneamente sobre el oscuro paisaje del Shropshire Lad, aunque me temo que muchos patriotas inocentes no percibían la burla volteriana en estas patrióticas palabras: «Que tengas los hijos que tus antecesores tuvieron y Dios salvará a la Reina». Mis prejuicios actuales quedarían satisfechos si dijera que la última decadencia del protestantismo adoptó la forma del prusianismo.

Pero aquí me estoy describiendo tal como era entonces, puro y sin contaminar por tales prejuicios. Sin embargo, lo que deseo manifestar, simplemente como testigo de un hecho, es que el ambiente de todo aquel

mundo no era simplemente el ateísmo, sino el ateísmo ortodoxo e incluso la respetabilidad atea. Aquello era tan común en Bohemia como en Belgravia y sobre todo era normal en los barrios, y sólo por eso lo era también en este concreto y excéntrico barrio. En aquel barrio, el hombre del momento no se parecía a Archie MacGregor sino a St. John Hankin. Y lo curioso es que un hombre como St. John Hankin no era excéntrico sino concéntrico. Era un pesimista, que es algo un poco más ateo que un ateo; era básicamente escéptico, es decir, un hombre sin base, alguien que desconfiaba del ser humano mucho más que de Dios. Despreciaba aún más la democracia que la devoción. Admitía no sentir entusiasmo por nada, pero en todo eso era concéntrico. Estaba muy cerca del centro de la cultura y la filosofía del Londres de la época. Un hombre de auténtico talento de quien todavía recuerdo algunas de sus divertidas parodias literarias. No me caía mal, aunque a mucha gente sí; sin embargo, en cierto sentido me desesperaba, del mismo modo que a él le desesperaba todo. Pero era totalmente típico de la época que su pesimismo lograra aparecer en Punch; y que fuera casi el único, entre todas aquellas vestimentas andrajosas, ridículas o pretenciosas, que siempre vestía de etiqueta. Tenía muy mala opinión del mundo, pero era un hombre de mundo, sobre todo, del mundo tal como era entonces.

Pues bien, por este escenario de sórdido materialismo moderno, Willie Yeats se paseaba tranquilamente como el hombre que conocía a las hadas. Yeats abogaba por el encanto de la misma manera que Hankin abogaba por el desencanto. Pero yo disfrutaba sobre todo con aquel instinto de lucha del irlandés para defenderlo de forma tan firme y decidida. Él era el auténtico y original racionalista que afirmaba que las hadas actuaban con lógica. Hacía vacilar a los materialistas al atacar su abstracto materialismo con un misticismo totalmente concreto: «¡Imaginación! —decía con un desprecio helado—. No era imaginación cuando al granjero Hogan le sacaron de la cama a rastras como un saco de patatas y le sacudieron, sí señor, eso hicieron, le sacaron —el acento irlandés se iba cargando de desdén—, le sacaron y le apalearon, y a uno no le gusta imaginarse esas cosas». Pero los ejemplos concretos no eran sólo una comedia, sino que utilizaba un argumento sólido que nunca he olvidado. Planteaba el hecho de que no fueran los tipos raros, como los artistas, sino los hombres normales, como los campesinos, quienes millones de veces fueran testigos de esas cosas, pues son los granjeros los que ven a las hadas. Es el trabajador del campo, el que llama al pan pan y al vino vino, quien dice que haberlas haylas; es el leñador, que no piensa en otra cosa que en cortar leña, quien vio a un hombre colgado de una horca y después lo vio rondar por allí como un fantasma. Está muy bien todo eso de decir que no deberíamos creer en fantasmas por el testimonio de un hombre ignorante, pero ahorcaríamos a un hombre por ese mismo testimonio.

Yo estaba totalmente a favor de la lucha de Willie Yeats y sus hadas contra

el materialismo; y estaba especialmente a favor de la lucha de Willie Yeats y sus granjeros contra el mecanicista materialismo urbano. Pero para entonces, ya había surgido otra complicación que debo tratar de explicar no sólo para explicarme a mí mismo, sino para explicar el desarrollo global de la poesía y del momento. En aquel mundo, ya se había empezado a reaccionar contra el materialismo y había aparecido algo similar a lo que desde entonces ha adoptado la forma del Espiritualismo e incluso la forma aún más desafiante de la Ciencia Cristiana, que negaba la existencia del cuerpo simplemente porque sus enemigos habían negado la existencia del alma. Pero, en el mundo del que yo hablo, la forma que adoptó primero, o al menos de manera más general, fue la de lo que comúnmente se llamó Teosofía y, a veces también, Budismo Esotérico. Es probable que en este punto deba admitir por lo menos una alegación de prejuicio. Si existiera, no sería un prejuicio ortodoxo, religioso, ni siquiera piadoso. Yo mismo era casi totalmente pagano y panteísta. Cuando me desagradaba la teosofía, yo no tenía teología. Tal vez no fuera la teosofía lo que no me gustaba, sino los teósofos. Me temo que es totalmente cierto, a pesar de la falta de caridad que supone, que realmente había ciertos teósofos que me sacaban de quicio. No es que no me gustasen porque sus doctrinas fueran erróneas, pues yo mismo carecía de doctrinas; ni porque no tuvieran derecho a ser cristianos, cuando de hecho habrían podido afirmar su cristianismo, entre otras cosas, con mucha más seguridad que yo mismo. Me desagradaban porque tenían brillantes ojos cristalinos y pacientes sonrisas. Su paciencia consistía, sobre todo, en esperar que los demás se elevasen al plano espiritual que ellos ya habían alcanzado. Es curioso que nunca pareciera que ellos mismos esperasen evolucionar y alcanzar el plano que sus honradas verduleras ya habían alcanzado. Nunca quisieron enganchar su pesado carro al veloz remolque del taxista, ni ver el espíritu de su criada, que, como una estrella, atraía las esferas que habitan los inmortales. Sí, sospecho que soy injusto con la verdadera personalidad de estas gentes. Supongo que era la combinación de tres cosas: Asia, el evolucionismo y la dama inglesa; pero creo que sería mejor separarlas.

Sin embargo, Yeats no se parecía en lo más mínimo a estas damas teosóficas; ni tampoco perseguía ni buscaba a la profetisa espiritual del grupo, Mrs. Besant, una egoísta digna, delicada, sincera e idealista. Él escogió a Madame Blavatsky, una vieja picara escandalosa, ordinaria, ingeniosa y enérgica. Admiro su buen gusto, pero sinceramente creo que este particular giro oriental le confundió y le llevó a seguir a los faquires en lugar de a las hadas. Espero que no se me malinterprete si digo que aquel gran hombre estaba embrujado, es decir, que Madame Blavatsky era una bruja. Tanto si Yeats estaba embrujado como si no, lo cierto es que él no se engañaba. A él no le engatusaba la sonrisa teosófica ni todo aquel brillante, o lustroso, optimismo superficial. Él, con una inteligencia más penetrante, ya había captado el

pesimismo esencial oculto tras la placidez asiática; y es discutible que el pesimismo no fuera tan deprimente como el optimismo. De cualquier forma, mientras aquellas refinadísimas damas inglesas ascendían de estrella en estrella como de peldaño en peldaño, él conocía bastante bien el significado de la Rueda del Sufrimiento como para darse cuenta de que esta escalera estrellada se parecía extraordinariamente a una noria. Los más entusiastas de este círculo de amigos míos solían sentarse a serenarse en habitaciones llenas de imágenes de Buda, a pesar de que yo nunca necesitara imágenes de Buda que me indujeran al sueño o a la inacción. Pero Yeats conocía no sólo el rostro de Buda, sino su mente y aunque nunca habría usado términos de Tennyson, sabía que, para su propia mente, aquello significaba un sosiego desesperado, suponiendo que existiera el sosiego, un sosiego relativo. En el misticismo hacia el que tendía cada vez más tras sus felices aventuras entre los granjeros y las hadas, la antigua religión defendía cada vez con mayor entusiasmo que el secreto de la Esfinge es que no tiene secreto. El velo de Isis se iba convirtiendo progresivamente en el velo de Maya; la ilusión, que acaba con la última ilusión de que hemos arrancado el velo de Isis; la ilusión última y peor de que estamos realmente desilusionados. En una ocasión, a propósito de la decepción que alguien había sentido tras haber logrado algo, me dijo: «Uno no se levantaría de la silla y cruzaría su habitación si la naturaleza no tuviera su caja de señuelos». Luego, como si respondiera a una protesta silenciosa, añadió: «No es una filosofía muy alegre pensar que todo es ilusión». No lo era. No sé qué dirían las hadas, pero dudo que los granjeros la aceptaran y en aquel periodista londinense aún verde que yo era entonces, había algo que se negaba en redondo a aceptarla. Así que me encontré con que mantenía hacia el poeta una extraña actitud ambivalente: estaba de acuerdo con él en los cuentos de hadas, asunto sobre el que la mayoría de la gente disentía de él, y en desacuerdo con su filosofía, con la que la mayoría estaba de acuerdo, aunque fuera de modo más confuso y prosaico. Así que cuando leí esa maravillosa y poética obra de teatro, *La tierra de los deseos del corazón*, producida poco después por el Abbey Theatre, tuve la viva sensación no tanto de no creer en las hadas, sino de estar en profundo desacuerdo con ellas. Y aunque, por aquel entonces, estaba tan lejos de mí ser católico como ser caníbal, mis simpatías estaban con la Familia y contra el Hada; incluso entonces estaban con el cura y contra el hada. En todo aquel mágico estallido musical, sólo estaba total y absolutamente de acuerdo con una de las cosas que el hada decía con aquella frase: «Estoy harta de los vientos, las aguas y las pálidas luces». Creo que no cambiaría nada de la crítica literaria que escribí tiempo después: «Sólo hay una cosa contra *La tierra de los deseos del corazón*: que el corazón no la desea». No obstante, admiraba apasionadamente la obra de teatro como tal y en los debates meramente literarios siempre la defendí de las bromas estúpidas sobre el «crepúsculo celta» que lanzaban aquellos que preferían la niebla de

Londres. Tiempo después, cuando trabajaba en el Daily News, defendí, contra la opinión del crítico teatral del periódico, el mérito teatral de una obra posterior llena de logros, titulada Donde no hay nada, está Dios. Pero yo tanteaba, balbucía y me afanaba con una filosofía propia, rudimentaria e incipiente, opuesta casi por completo a la afirmación de que donde no hay nada, está Dios. Para mí, la verdad adoptaba más bien la forma de que donde hay algo, está Dios. Ninguna de las dos afirmaciones es adecuada en filosofía, pero me habría sorprendido saber lo cerca que estaba, en algunos aspectos, lo que yo entendía por «algo» del concepto de «Ser» en santo Tomás de Aquino.

Había un club de debate en Bedford Park en el que por primera vez expuse mis toscas ideas con una retórica aún más tosca si cabe. El lugar merecía un trato mejor. Resultaba divertidísimo. Se llamaba «N.L.S.» y se suponía que una terrible losa de silencio ocultaba el verdadero significado de las iniciales. Tal vez los teósofos realmente creían que significaban «el Nirvana Libera Sensaciones». Posiblemente los socialistas lo interpretaban como «Ninguna Libertad Solitaria». Pero era una estricta norma del club el que sus miembros aceptaran ignorar el significado de las siglas, como en el movimiento político norteamericano del «No Sé Nada». El extraño, el simple intruso en el sagrado recinto preguntaría: «¿Pero qué significa N.L.S.?». Se esperaba que el iniciado se encogiera de hombros y dijera: «No lo sé», de una forma natural, con la esperanza de que no se dieran cuenta de que, en la aparente negativa a responder, ya había respondido. No sé si esta divisa era un símbolo del agnosticismo de hombres como Hankin o del misticismo de hombres como Yeats, pero, por supuesto, ambos puntos de vista estaban presentes y creo que dividían bien aquel mundo intelectual que había entre ellos. Ciertamente, siempre preferí el crepúsculo celta a la oscura noche materialista. Sentía más simpatía por la capa de mago que llevaba el creyente en la magia o por las greñas oscuras del poeta con algo que decir de los duendes que por las ropas negras y la blanca pechera del hombre que parecía proclamar que el mundo moderno es cuando más festivo, más fúnebre. Entonces no me daba cuenta de que existía un tercer ángulo de visión, un ángulo muy agudo, capaz de desgarrar con la agudeza, y algunos dirían con la estrechez, de una espada.

La secretaria de este club de debate siempre dio pruebas de su eficiencia negándose en redondo a debatir. Pertenecía a una familia de varias hermanas y un hermano al que yo había conocido a través de Oldershaw. Tenía una prima en el club, prometida de un profesor alemán y permanentemente fascinada por los cuentos de hadas alemanes. Naturalmente, también se sentía atraída por los cuentos de hadas celtas que corrían por el vecindario. Un día regresó resplandeciente con la noticia de que Willie Yeats le había leído su horóscopo, o realizado algún otro ritual misterioso, y le había dicho que estaba bajo la influencia de la luna. Se me ocurrió comentárselo a una hermana de la secretaria que acababa de reintegrarse al círculo familiar y, con un tono de lo

más normal y de lo menos pretencioso, me respondió que ella odiaba la luna.

Hablé después varias veces con la misma dama y descubrí que lo que me había dicho era totalmente cierto. Podría decirse que sentía prejuicios hacia esta y otras cosas, pero de ninguna manera podría decirse que eran manías y menos todavía, afectación. Sentía una auténtica hostilidad hacia todas aquellas fuerzas naturales que parecían ser estériles o sin propósito; le desagradaban los vientos turbulentos que aparentemente no iban a ninguna parte; el mar le traía sin cuidado, un espectáculo que a mí me encantaba; y por un impulso similar estaba contra la luna, a la que encontraba un aspecto de imbécil. Por otra parte, tenía una especie de voracidad por las cosas productivas como campos, huertos y cualquier cosa relacionada con la producción, pues tenía un gran sentido práctico para estas cosas. Practicaba la jardinería y en aquella curiosa cultura de barrio habría estado dispuesta a practicar la labranza y, por la misma perversa regla de tres, ya practicaba una religión. Esto resultaba totalmente inexplicable tanto para mí como para toda aquella remilgada cultura en la que ella vivía. Montones de personas pregonaban su adhesión a distintas religiones, principalmente religiones orientales; las analizaban o discutían sobre ellas, pero el que alguien considerase la religión como algo tan práctico como la jardinería era algo nuevo para mí, y para sus vecinos nuevo e incomprensible. Por casualidad, había sido educada en la escuela de un convento anglocatólico y, para todo aquel mundo agnóstico o místico, el practicar una religión era mucho más desconcertante que profesarla. Era una mujer curiosa; llevaba un vestido de terciopelo verde adornado con piel gris, que yo habría calificado de artístico si ella no hubiera detestado toda esa cháchara sobre arte; tenía un rostro atractivo, que yo habría dicho que parecía el de un duende si ella no hubiera detestado toda esa cháchara sobre los duendes; pero, en aquel ambiente social, lo más extraordinario y casi espeluznante de ella no era tanto que ella lo detestase como que aquello no le influyera lo más mínimo. Nunca supo lo que significaba estar «bajo la influencia» de Yeats, Shaw, Tolstoi o cualquier otro. Era inteligente, con un gran amor por la literatura y sobre todo por Stevenson. Si Stevenson hubiera entrado en la habitación y expuesto sus dudas personales sobre la inmortalidad, ella habría lamentado que él se equivocara en aquel punto, aunque, por otra parte, no le habría afectado lo más mínimo. No se parecía en nada a Robespierre, salvo en su gusto por la pulcritud en el vestir, y sin embargo, sólo en el libro de Mr. Belloc sobre Robespierre pude encontrar los términos que describieran esa cualidad única que la distinguía de la cultura en boga y la salvaba de ella. «Dios había dotado a su mente de un tabernáculo de piedra en el que ciertas grandes verdades se preservaban inmortales».

Más adelante, la vi mucho en diversos eventos sociales del distrito; ella fue testigo de aquella impresionante y grotesca ocasión en que monté en bicicleta por primera y última vez, ataviado con levita y sombrero de copa de la época,

por el campo de tenis de Bedford Park. Lo crean o no (como dicen los grandes periódicos cuando cuentan mentiras basadas en la ignorancia de los elementos de la historia), es absolutamente cierto que di varias vueltas alrededor de la cancha de tenis haciendo gala de un absoluto equilibrio natural y preocupado únicamente por el problema intelectual de cómo podría bajarme de la bici; finalmente, me caí; no me fijé en qué pasó con mi sombrero, aunque por entonces rara vez lo hacía. A menudo me viene a la memoria la imagen de aquellas monstruosas vueltas en bici como un indicio de que algo extraño debía de sucederme en aquella época. La dama en cuestión trabajaba duro como secretaria de una sociedad educativa de Londres y fue entonces cuando comencé a tener la impresión —que aún sigo teniendo— de que hoy en día lo peor del trabajo es lo que sucede a la gente cuando termina de trabajar: el traqueteo de los trenes y tranvías, y la lenta vuelta a sus casas lejanas. Era muy despierta y, normalmente, todo lo contrario de distraída; sin embargo, un día me contó un poco compungida que se había sentido tan cansada que se había olvidado el parasol en la sala de espera de la estación de ferrocarril. De momento no volvimos a pensar en ello, pero aquella noche, mientras volvía a casa caminando como de costumbre, desde Bedford Park a Kensington, cerca ya de media noche, vi aquella estación de ferrocarril negra y voluminosa que se recortaba a la luz de la luna y cometí mi primer y último delito: robo con allanamiento, con el que por cierto, disfruté mucho. La estación, o aquella parte de la estación, parecía estar cerrada a cal y canto, pero yo conocía exactamente dónde se encontraba la sala de espera en cuestión; descubrí que el camino más corto era trepar por el empinado terraplén de hierba y arrastrarme por debajo del andén hasta salir a la vía; luego, me encaramé sobre el andén y recobré el parasol. Mientras volvía por la misma ruta (todavía con el sombrero de copa abollado y la levita considerablemente desbaratada), levanté los ojos al cielo y me sentí invadido por toda suerte de extrañas sensaciones. Sentía como si acabara de caerme de la luna con el parasol a modo de paracaídas. De todas maneras, cuando miré hacia atrás y vi el declive de césped gris a la luz de la luna, como espantosas hojas de hierba lunares, no compartí la impiedad de aquella dama por la patrona de los lunáticos.

Sin embargo, fue una suerte que nuestro siguiente encuentro importante no sucediera bajo el signo de la luna sino del sol. Ella afirmó muchas veces a lo largo de nuestra relación posterior que si el sol no hubiera brillado a su entera satisfacción aquel día, la cuestión podría haber sido muy diferente. Sucedió en St. James's Park, donde están los patos y el puentecito mencionado nada menos que en una obra tan autorizada como es el Ensayo sobre los puentes, de Mr. Belloc, autor que tengo que citar una vez más. Creo que trata con detalle, en su mejor estilo topográfico, varios lugares históricos del continente, pero luego se sume en un estilo más prolijo, algo así como: «Ha llegado el momento de hablar detenidamente sobre puentes. El puente más largo del

mundo es el Forth Bridge y el más corto es un tablón sobre una zanja en el pueblo de Loudwater. El puente que asusta más es el de Brooklyn y el puente que asusta menos es el de St. James Park». Reconozco que atravesé ese puente con una inmerecida seguridad y tal vez lo hice influido por mi temprana visión romántica del puente que conducía a la torre de la princesa, pero puedo asegurar a mi amigo, el autor, que el puente de St. James's Park puede asustarte mucho.

VII

EL DELITO DE ORTODOXIA

Solía decir que mi autobiografía debería consistir en una serie de relatos breves como los de Sherlock Holmes, con la diferencia de que los suyos eran asombrosos ejemplos de observación y los míos asombrosos ejemplos de falta de observación. En otras palabras, deberían ser «aventuras» relativas a mis ausencias más que a mis presencias de ánimo. Recuerdo la que se titulaba «La aventura del sacacorchos del pro-bóer»; allí celebraba que una vez pedí a Hammond que me prestara un sacacorchos, y me encontré intentando abrir la puerta con él y con la llave en la otra mano. Muchos no creerán lo que digo, pero es absolutamente cierto que el incidente sucedió antes y no después de usar el sacacorchos. Estaba totalmente sobrio; probablemente, si hubiera estado borracho, habría estado más atento. En otra anécdota, recogida en «La aventura del asombrado oficinista», se me acusaba de haber pedido una taza de café en lugar de un billete en la taquilla de una estación de ferrocarril, aunque, a continuación, sin duda le pedí educadamente a la camarera uno de tercera clase a Battersea. No estoy especialmente orgulloso de esta peculiaridad mía porque creo que la presencia de ánimo es mucho más poética que su ausencia. Únicamente lo menciono ahora porque introduce a un personaje que representó un papel decisivo en la suerte de mis amigos y en la mía propia y al que, en la fascinante narración de «La aventura de los pantalones del cura», le fue asignado el papel protagonista del cura.

No recuerdo con exactitud dónde conocimos mi hermano o yo al reverendo Conrad Noel. Creo recordar que fue en algún club extraño en el que alguien daba una conferencia sobre Nietzsche y donde los que debatían pasaban del gratificante pensamiento de que Nietzsche atacaba a la cristiandad a la conclusión lógica de que era un verdadero cristiano. Así que no tuve más remedio que admirar el sentido común de un cura de pelo oscuro y rizado, y un rostro sorprendente, que se levantó y puntualizó que Nietzsche se habría opuesto con más rotundidad a la verdadera cristiandad que a la falsa,

suponiendo que hubiera una verdadera cristiandad a la que oponerse. Me enteré de que el cura se llamaba Noel, y en muchos sentidos su intervención fue un símbolo de mi experiencia en aquel extraño mundo. Aquella intelectualidad de los clubes artísticos y vagamente anarquistas era, desde luego, un mundo extrañísimo. Y me parece que lo más extraño de todo era que aunque tenían el pensamiento en gran consideración, no pensaban en absoluto. Todo parecía ser de segunda o tercera mano: de Nietzsche, Tolstoi, Ibsen o Shaw; se hablaba de todo en un ambiente distendido, sin el menor sentido de responsabilidad por llegar a ninguna conclusión sobre lo discutido. Con frecuencia, el grupo contaba con personas realmente inteligentes, como Mr. Edgard Jepson, que siempre daba la impresión de acabar de desertar de la buena sociedad para sonreír misteriosamente a la bohemia. De vez en cuando aparecía en el grupo alguien no sólo inteligente, sino con profundas convicciones tradicionales que celosamente guardaba para sí; ese era el caso de mi viejo amigo Louis McQuilland, quien durante tiempo se conformó con aparecer como un moderno más del club de Los Modernos, dedicados a lanzarse lacónicos epigramas al estilo de Wilde y Whistler, mientras que en su interior guardaba la llama de la fe católica y de un ardiente nacionalismo irlandés, sobre los que nunca hablaba, salvo cuando estos sagrados temas se ponían en tela de juicio. Pero, desde lo que podríamos llamar instinto intelectual, considero enormemente significativo que prefiriera la superficialidad de los decadentes a la seriedad más arrogante y herética de los fabianos. Una vez, tras escuchar por enésima vez la apología de Cándida o de El hombre y las armas, dijo enfadado algo que, si no recuerdo mal, tenía un cierto tono bíblico: «Apláceme con Hitchens, confórtame con Beerbohm, porque estoy harto de Shaw».

Pero una gran parte de la intelectualidad parecía carecer totalmente de intelecto. Como tal vez sea natural, los que pontificaban más ostentadamente eran con frecuencia los más frívolos y superficiales. Recuerdo a un hombre de barba larga y profunda voz de trueno que proclamaba a intervalos: «Lo que necesitamos es amor» o «lo único que se requiere es amor», como la detonación de un arma pesada. Recuerdo a otro hombrecillo radiante que extendía los dedos y decía: «¡El cielo está aquí!». «¡Ahora!», lo que, en aquellas circunstancias, parecía un pensamiento ligeramente inquietante. Había un hombre viejísimo que parecía vivir en uno de aquellos clubes literarios y que, de vez en cuando, levantaba la mano como prólogo de una observación trivial, y decía: «Un pensamiento». Cuentan que un día, creo que fue Jepson, provocado más allá de lo tolerable, estalló y dijo: «Pero, ¡por Dios!, buen hombre, no llamará usted pensamiento a eso, ¿verdad?». Pero eso era lo que pasaba con no pocos de aquellos pensadores. Una especie de teósofo me dijo: «El bien y el mal, lo verdadero y lo falso, la estupidez y la sabiduría son tan sólo aspectos del mismo movimiento ascendente del

universo». Incluso entonces se me ocurrió preguntar: «Suponiendo que no haya diferencia entre lo bueno y lo malo o entre la verdad y la mentira, ¿cuál es la diferencia entre ascendente y descendente?».

Empecé a notar algo que ya había percibido en aquella ocasión del debate sobre Nietzsche. Toda aquella camarilla que aplaudía el teatro de Ibsen y Shaw sentía un profundo desprecio por el viejo teatro victoriano. Se burlaban constantemente de los personajes típicos de las viejas farsas, de los guardias de hablar lento y de los grotescos tenderos en obras de teatro como *Caste* o *Our Boys*. Pero había un tipo de la vieja farsa que se había convertido en algo mucho más falso todavía; se trataba del cura cómico de *The Private Secretary*: el simplón a quien no le gustaba Londres y pedía un vaso de leche y un pastelillo de Bath. Muchos de los escépticos de aquel mundo altamente científico en absoluto habían superado el chiste victoriano sobre el cura. Como a mí me habían educado primero en la farsa del cura y luego en el escepticismo hacia el sacerdote, estaba dispuesto a creer que lo que representaban unas personas tan endebles era una superstición moribunda; sin embargo, descubrí que con frecuencia ellos eran, con diferencia, las personas más capacitadas y convincentes. Debate tras debate, advertí que sucedía lo mismo que ya había notado en el debate sobre Nietzsche. Era el cura de la farsa, el clérigo mentecato, quien se levantaba y sometía a algún criterio de verdad aquel prolijo y vago parloteo y quien mostraba las ventajas de haber sido medianamente entrenado en algún sistema de pensamiento. Espantosas semillas de duda empezaron a germinar en mi mente. Me sentía casi tentado a cuestionar la exactitud de la leyenda anticlerical y más aún, la exactitud de la farsa de *The Private Secretary*. Me parecía que los denostados curas eran bastante más inteligentes que los demás y que únicamente ellos, en aquel mundo tan intelectual, intentaban usar su intelecto. Por eso empiezo las aventuras con la «Aventura de los pantalones del cura» y por eso menciono primero a Mr. Conrad Noel. Él no tomaba pastelillos de Bath ni se limitaba a un vaso de leche. Nadie que lo conociera un poco se atrevería a decir que no le gustaba Londres.

Conrad Noel, hijo de un poeta y nieto de un noble, tenía todos los rasgos excepcionales del aristócrata excéntrico, es decir, del tipo de aristócrata excéntrico que a menudo aparece como un demócrata particularmente destructivo. Aquel gran caballero, Cunninghame Graham, al que conocí más superficialmente pero a quien siempre respeté muchísimo, era el mismo tipo de rebelde inflexible, pero tenía una especie de seriedad escocesa parecida a la seriedad española; en cambio, el humor de Noel era medio inglés y medio irlandés, pero siempre muy ocurrente. Desde luego, le encantaba escandalizar a la gente y hacerles perder los estribos. Recuerdo que decía, mientras movía la cabeza con aire reconcentrado: «¡Ay! ¡Qué poco sabe la gente de los trabajos en la vida de un clérigo! ¡Tantas exigencias! ¡Tantos deberes

enloquecedores y distintos! Toda la tarde detrás de las bambalinas en el teatro Butterfly hablando con Poppy Pimpernel y toda la noche de bar en bar con Jack Bootle; y después de cenar, otra vez de vuelta al club, y así sucesivamente». En realidad, él ocupaba gran parte de su tiempo en cosas tal vez igual de fantásticas, pero más intelectuales. Le encantaba husmear por los centros de operaciones de sectas fabulosas o de locos, y escribió un divertido informe sobre ellas que tituló *Byways of Belief*. Sentía un afecto especial por un viejo caballero de largas patillas grises que vivía a las afueras y que, al parecer, se llamaba Rey Salomón David Jesús. Este profeta no temía, como todo profeta que se precie, protestar contra lo que consideraba pompas y vanidades de este mundo. Cuando conoció a Conrad, empezó la entrevista criticando con frialdad a Conrad Noel por haberle enviado una tarjeta de visita en la que se leía: «Reverendo Conrad Noel». Aducía que todos aquellos títulos oficiales habían sido abolidos en la Nueva Dispensa de la Iglesia. Conrad, en legítima defensa, insinuó con delicadeza que el llamarse Salomón David Jesús podía provocar graves problemas de identidad y suscitar, de algún modo, una asombrosa comparación histórica. Además, un viejo caballero que se llamara Rey difícilmente podía insistir en esa austera simplicidad republicana. Sin embargo, el monarca explicó que su título le había sido concedido por una voz procedente del cielo. El Reverendo Conrad tuvo que admitir que no podía afirmar que su tarjeta de visita hubiera sido escrita al dictado de una voz similar.

A veces, en lugar de visitar él las nuevas religiones, eran las nuevas religiones las que le visitaban a él, lo cual era mucho más alarmante. Él y su esposa, una damita encantadora cuyo recato era acaso algo engañoso, habían acudido a una matinée y al regresar encontraron merendando en su casa a diez doukhobors. Para los que no hayan tenido el honor de esas felices visitas, tal vez sea necesario explicar que los doukhobors son una secta de pacifistas rusos y comunistas practicantes que defienden el ejercicio de la hospitalidad entre las personas. Por cierto, es muy curioso y extraño que mientras los doukhobors vivieron en Rusia y mantuvieron sus diferencias con la autoridad extranjera, siempre se comportaron como una banda de santos en consonancia con los más elevados principios del primitivo cristianismo; pero cuando se trasladaron a Canadá y quedaron bajo la autoridad británica, cayeron en un estado de extraña desmoralización y degeneraron en unos fanáticos peligrosos que solían ir por ahí robando caballos de las carretas y vacas de los cobertizos porque no estaban de acuerdo con la cautividad de los animales. De todas formas, Conrad Noel, quien no los habría juzgado peor por rebelarse contra el imperio británico que por rebelarse contra el ruso, había conocido en alguna ocasión a un miembro de esta secta y supongo que, de una forma vaga y espontánea, le había invitado a que le visitara alguna vez. Y allí estaba él y otros nueve como él atiborrándose de bollos y almendrados, y explicando que

les encantaría pagar aquella abundante y magnífica comida, pero que desgraciadamente no podían aceptar el dinero. «Sin embargo, si hubiera algún pequeño servicio —explicó el primitivo cristiano—, cualquier ayuda doméstica con la que pudieran corresponder, estarían encantados de saldar su deuda». Entonces, el fulgor de la batalla iluminó los ojos de Mrs. Conrad Noel que, sin levantar el tono de voz, empezó a decirles todo lo que indudablemente le gustaría que se hiciera. Les dijo muchas cosas, más de las que puedo recordar, pero tengo la impresión general de que subir el piano de cola cinco pisos hasta el tejado o transportar la mesa de billar hasta la otra punta del jardín fueron dos de las tareas típicas que la amable pero vengativa dama encargó a los tambaleantes y perplejos doukhobors. Es de suponer que ninguno de ellos volvió jamás a casa de aquel hospitalario socialista cristiano, salvo uno de ellos, que decidió actuar por su cuenta y pagar la comida de aquel día con una sencilla faena doméstica: entró en el estudio de Noel y cambió totalmente su sermón, suprimió párrafos enteros e incluyó otros que mostraban una tendencia doukhor irreprochable. En este momento, sospecho que Mr. y Mrs. Noel empezaron a dudar del ideal doukhor.

De todas formas, Mr. Noel no dejó nunca de creer en lo que podemos llamar el ideal del comunismo ruso, aunque se habría quedado tan atónito como cualquiera si le hubieran dicho la suerte que correría el comunismo ruso. Sin embargo, aquí hablo de él como un ejemplo de mi primera y persistente impresión de lo estúpidos que resultaban los anticlericales y de lo comparativamente inteligentes que eran los clérigos. También datan de esta época los primeros y débiles inicios de mis propias diferencias con el comunismo y mi paso hacia el llamado ideal distributivo. Después de todo, tan sólo era una subdivisión más de mi historia de Notting Hill, de la calle a la casa, pero a la que Belloc, mis amigos irlandeses y mis vacaciones en Francia habían hecho más sólida.

Me figuro que la primera chispa surgió cuando, en una de aquellas reuniones de salón, escuché a un teósofo disertar monótonamente sobre la inmoralidad de los cristianos que creían en el perdón de los pecados, puesto que lo único que existía era el karma, por el que cosechamos lo que sembramos. «Si esa ventana se rompiera —decía lúgubrementemente— nuestro anfitrión, Sir Richard Stapley, podría perdonarlo; pero la ventana seguiría rota». A continuación, un curita con gafas y casi calvo, a quien no conocía, saltó y dijo: «Pero no hay nada malo en romper una ventana. Está mal porque es la ventana de Stapley, pero si a él no le importa, ¿por qué había de importarle a nadie más?».

En fin, que fue durante mi visita a Conrad Noel, quien se haría famoso por ser el párroco que hizo ondear la bandera roja en su iglesia de Thaxted, en Essex, cuando al vestirme para la cena, cometí el error, muy disculpable a mi

parecer, de confundir los negros pantalones clericales de mi anfitrión con los míos de etiqueta. Confío en no haber violado ninguna ley eclesiástica importante relativa al uso ilegítimo de vestimenta sacerdotal, aunque el propio Conrad Noel era bastante informal en el asunto de la ropa. El mundo pensaba que era una especie de clérigo bohemio, como ahora lo considera una especie de clérigo bolchevique, pero el mundo sería un poco más sabio si se diera cuenta de que, a pesar de esto, él era y es un cura muy poco mundano, demasiado poco mundano para que el mundo le juzgue correctamente. No siempre estuve de acuerdo con sus actitudes, y tampoco ahora lo estoy con sus ideas políticas, pero siempre supe que resplandecía con la convicción y la sencillez del espíritu combativo. No obstante, en aquellos días, su excentricidad externa era más provocativa que un trapo rojo para un toro o una bandera roja para un bravucón. Disfrutaba llevando combinaciones pintorescas de ropa clerical, proletaria y artística, y le encantaba aparecer vestido correctamente de sacerdote, tocado con una especie de gorro peludo o de piel, que le daba un aspecto de cazador exquisito. Tuve el gran placer de pasear con él vestido con aquel atuendo y atravesar el vasto tramo del sur de Londres, desde Blackfriars Bridge hasta donde se veían las verdes colinas más allá de Croydon, una expedición muy interesante, pero que rara vez emprendían los de la orilla más rica del río. También recuerdo otra vez en la que salía yo de alguna reunión con él y con el Dr. Percy Dearmer, famoso entonces por ser una autoridad en la historia del ritual y la ropa talar. El Dr. Dearmer tenía la costumbre de pasearse con un birrete y una sotana que había reconstruido cuidadosamente como el modelo exacto de un cura anglicano o anglo-católico, y se sentía levemente afligido cuando los niños en la calle confundían aquella ropa estrictamente nacional y tradicional. Alguien gritaba: «Fuera papistas», «al infierno con el Papa», o alguna otra imprecación propia de una religión más pródiga y liberal. Percy Dearmer, muy serio, les paraba y les decía: «¿Se da usted cuenta de que esta es exactamente la misma vestimenta con la que Latimer fue a la hoguera?».

Entretanto, mi propia ropa, aunque calamitosa, era el resultado de la casualidad más que de un diseño premeditado; pero esto fue algo más tarde y para entonces mi esposa ya me había disfrazado todo lo que había podido con aquel gran sombrero y aquella capa tan familiares a los caricaturistas. En aquel momento de la historia de Inglaterra, aún se podía llevar levita en las ceremonias. Yo me había quitado la capa y me había quedado con la levita y el sombrero ancho, y seguramente guardaba cierto parecido con un misionero bóer. De esa guisa paseaba inocentemente por la calle con el gorro peludo del cazador esteta a un lado y con el birrete ceremonial y la sotana del obispo Latimer al otro. Charles Masterman siempre llevaba ropa convencional de manera poco convencional: sombrero de copa echado hacia atrás y paraguas que manejaba con gestos cómicos; caminaba detrás de nosotros y nos señalaba

a los tres que, inconscientes, ocupábamos la acera, al tiempo que gritaba: «¿Han visto ustedes en algún lugar de la Creación espaldas como éstas?».

Menciono este punto de excentricidad, incluso de excentricidad en el vestir, en los márgenes de la facción anglo-católica de la Iglesia Anglicana, porque realmente tuvo mucho que ver con el comienzo del proceso por el que algunos periodistas bohemios, como mi hermano y yo mismo, nos sentimos atraídos a considerar en serio la teoría de una iglesia. Yo estaba muy influido por Conrad Noel y mi hermano creo que todavía más.

Hasta ahora he hablado muy poco de mi hermano, a pesar del gran papel que representó en mi infancia y juventud, y la omisión puede atribuirse a cualquier cosa menos al olvido. Mi hermano fue una persona demasiado importante para no tener un capítulo dedicado exclusivamente a él. Y he decidido, tras pensarlo con detenimiento, que le haré mayor justicia cuando hable del efecto decisivo que él tuvo en la historia moderna y en todo el asunto de la campaña contra la corrupción política. Baste señalar aquí que tuvo diferencias conmigo desde el principio, y la menor de ellas no fue el punto de partida inicial en el que se situó. Yo siempre mantuve una especie de persistente lealtad o vaga simpatía por las tradiciones del pasado; incluso en la época en que yo no creía prácticamente en nada, tenía lo que algunos han llamado «deseo de creer». Pero mi hermano, al principio, no deseaba siquiera creer o por lo menos no quería admitir que deseaba creer. Adoptó una actitud de extrema hostilidad, casi de anarquismo, en gran medida y sin duda como reacción y como resultado de nuestras interminables discusiones o, más bien, única discusión. Lo cierto es que realmente dedicamos toda nuestra adolescencia a una larga discusión que, desgraciadamente, se interrumpía para comer, ir a la escuela, al trabajo u otras frivolidades irrelevantes y enojosas. Aunque, al principio, él estuviera dispuesto a salir en defensa del anarquismo, el ateísmo o lo que fuera, poseía el tipo de mente en la que el anarquismo o el ateísmo podían sobrevivir a cualquier cosa menos a una sociedad de anarquistas y ateos. Tenía una mente demasiado lúcida y viva como para no aburrirse con el materialismo que sostenían los materialistas. Sin embargo, esta reacción negativa contra la negación podría no haberle llevado lejos si el polo positivo del imán, en forma de personalidades como Conrad Noel, no hubiera empezado a atraerle. A través de aquel clérigo excéntrico, mi hermano empezó a dejar de ser algo tan estéril como un simple anticlerical. Recuerdo que, cuando la gente convencional se quejaba de las formas extravagantes de Noel o le atribuía cosas peores de las que, por supuesto, no era culpable, mi hermano Cecil les contestaba citando las palabras del ciego del Evangelio tras su curación: «Si este hombre es o no es un pecador, no lo sé, pero lo que sí sé es que antes estaba ciego y ahora veo».

La antigua High Church o grupo Anglo-católico, del que Conrad Noel

representaba el extremo más revolucionario y Percy Dearmer (al menos en aquella época) el más histórico y litúrgico, era en realidad un grupo de hombres magníficos hacia el que siempre guardaré —como mi hermano y el ciego de la Biblia— un sentimiento de gratitud. Su líder, si es que había un líder en aquella rama de la iglesia anglicana, era Henry Scott Holland, un hombre de lo más fascinante y memorable que se movía entre los más jóvenes como si fuera mucho más joven que ellos; resulta inolvidable su divertida cara de rana, su gran estatura y su voz como el bramido de un toro, como si fuera la rana que se había adueñado de la fábula y se hubiera convertido realmente en un toro. Desde luego, en un sentido intelectual y más abstracto, su líder era el Dr. Gore, pero cualquiera que le conociera sabía que él aparecía en segundo plano como una figura más tenue y difusa. A veces, todos ellos se reunían sobre un mismo estrado, especialmente en el de la Christian Social Union, a la que yo me uní tiempo después; espero que los supervivientes de aquellos viejos amigos, de los que me he alejado intelectualmente pero nunca en los afectos, me perdonarán si rememoro aquí algunas de las locuras que animaron nuestra amistad. Recuerdo una ocasión en la que un grupo de cinco o seis nos dirigimos a la atónita ciudad de Nottingham para hablar del moderno problema de la pobreza industrial y de los deberes cristianos que los ciudadanos tenían respecto al problema. Recuerdo las caras de los ciudadanos de la gran ciudad mientras yo hablaba, y siento decir que recogí mis impresiones en unos versos que supuestamente encarnaban las impresiones de un comerciante de Nottingham. Los versos se convirtieron en una especie de chiste en nuestro pequeño círculo y los cito aquí por el placer de recordar aquellos días alegres.

Los de la Christian Social Union
estaban muy enfadados;
parece que hay deberes
que no deberíamos eludir,
y por eso cantan himnos
que ayuden a los parados.
Al fondo de un estrado,
los oradores se han colocado
y el obispo Hoskins delante
agitó una campana y dijo
que Mr. Cárter rezara,
y Mr. Cárter rezó.

Luego, el obispo Gore de Birmingham
se puso a la pata coja
que sería feliz dijo
si los pobres no mendigaran,
y si su palacio robaban,
a él los humos le bajaban.

Que el desempleo
es un horror y una lacra,
que la caridad produce
servilismo y rencor.

Y cambiando de pierna
dijo que aquello era un horror.

Después, un tal Chesterton se levantó
y con agua jugó;
contó que los principios
aunque hermosos llevan a la masacre,
y que siempre nos comprometíamos
pero nunca los cumplíamos.

Más tarde, el canónigo Holland se inflamó
como cincuenta cañones disparando.

Intentamos averiguar lo que decía
con innumerables preguntas,
pero no pudimos menos que admirar
la forma en que hizo saltar las ventanas.

Dijo que el alma humana debería
avergonzarse de la impostura.

Que el hombre no debería dejar de
proferir «Yo soy».

Cuando terminó, yo salí
y me subí a un tranvía.

Estaba orgulloso de estos versos, simplemente porque son, en líneas generales, un compendio muy preciso de aquellos discursos o de lo que probablemente la audiencia pensaba de ellos. También los desentierro porque me recuerdan algo muy característico de Scott Holland, que desde entonces he considerado un problema característico de la vida humana. En aquellas coplas burlescas, había un verso que he omitido porque sin duda alguna sería malinterpretado, como lo fue el propio Scott Holland, que era un hombre de gran rectitud y gran claridad mental, y cuyas palabras fueron siempre el resultado del odioso deporte de pensar. Pero también era un hombre que guardaba en su interior un surtidor de risa, taponado por su enérgica y amplia boca con una mueca de contención. Recuerdo que en esta ocasión abogaba, posiblemente con sus mejores argumentos, por la intervención del Estado inclinándose en la dirección del Socialismo de Estado, algo común en la Christian Social Union y más que común en determinados y desafiantes provocadores cristianos socialistas como Conrad Noel. Dijo que merecía la pena que se contemplase la Commonwealth, la autoridad social, bajo una luz positiva y no sólo negativa; que habría que confiar en las cosas que hacía y no pensar únicamente en aquello por lo que nos castigaba. El político debería ser algo más que un policía; debería producir y construir, y no simplemente castigar. Al decir esto, dejó entrever la risa que le producía un chiste que le venía a la cabeza y dijo agitando la mano ante la rígida y respetable audiencia de Nottingham: «El castigo es un instrumento excepcional. Después de todo, sólo de vez en cuando ustedes y yo sentimos ese golpecito en el hombro que nos da el policía mientras nos exige sin mucha cortesía que “avancemos en silencio”. No todos los días nos sientan en el banquillo de los acusados y nos sentencian a una temporada a la sombra. La mayoría de nuestras relaciones con el gobierno son pacíficas y amistosas. Así que no temo equivocarme al suponer que, incluso en esta sala, habrá una media docena de personas que no han estado nunca en la cárcel». Una espantosa mirada fija se instaló en el rostro de los asistentes; una mirada que desde entonces no he dejado de ver en mis sueños; porque eso también ha constituido una parte considerable de mi propio problema.

Desde aquel día hasta hoy, nunca he comprendido, y tampoco él, por qué un argumento sólido es menos sólido cuando se ilustra de la manera más entretenida posible. Lo que Holland decía era totalmente razonable y filosófico: que el Estado existe para proporcionarnos farolas y escuelas, pero también patíbulos y cárceles. Sin embargo, tengo la terrible sospecha de que muchos, lo bastante inteligentes como para no creer que estaba loco, sí creían que era un impertinente. También yo, a lo largo de una vida menos útil, he descubierto curiosamente lo mismo. Si dices que dos ovejas más dos ovejas son cuatro ovejas, el público aceptará tranquilamente que se trata en definitiva de ovejas. Pero si dices lo mismo con dos monos, dos canguros o dos grifos

verde esmeralda, la gente se negará a creer que dos y dos son cuatro. Parece que creen que te has inventado la cuenta del mismo modo que te has inventado el ejemplo de la cuenta. No obstante, si pensarán en ello con un poco de sensatez, sabrían que lo que dices es sensato, pero no creen que algo aderezado con un chiste pueda ser sensato y tal vez eso explique por qué tantos hombres con éxito son tan aburridos o por qué tantos hombres aburridos tienen tanto éxito.

Me he detenido unos momentos en esta reunión y en este grupo porque, a la luz de los acontecimientos, me alegra muchísimo poder testimoniar el placer con el que lo recuerdo. Cuando gente de distintos grupos calificaba a aquellos hombres de la High Church de altivos y secos, cuando hablaban de la indiferencia deshumanizada de Charles Gore o de la desesperante depresión de Charles Masterman, yo tenía abundantes motivos para recordar cosas mucho mejores y más brillantes y dejar aquí un pequeño testimonio de lo extremadamente estimulante que era el pesimismo de Masterman y lo sutilmente cordial que resultaba la indiferencia del Dr. Gore. Buenos amigos y muy alegres compañeros. O anima humana naturaliter Christiana, ¿a dónde te encaminabas tan valerosamente que no supiste encontrar el camino natural?

Me he dejado llevar en mi narración por estos recuerdos del grupo anglocatólico y de todos esos nombres asociados naturalmente a la mención de Noel. Cuando Noel apareció en el horizonte de mi hermano y en el mío, él era abiertamente antirreligioso y yo no tenía religión, salvo una religiosidad difusa. Es necesario que, en este capítulo, hable un poco de las tendencias que me hicieron desplazarme cada vez más hacia la ortodoxia, hasta que finalmente, como ya he contado, me encontré en medio de un grupo de canónigos y curas. Según Sydney Smith, hice mi entrada en aquel espacio de la mano de curas muy estrafalarios. Conrad Noel hubiera podido encajar plenamente en la imagen o la fantasía de Sydney Smith; desde luego, en este caso, sucedió que si aquel cura estrafalario era en todos los sentidos singular, los demás curas estrafalarios también lo eran en plural. Mi viejo amigo, el reverendo A. L. Lilley, ahora canónigo de Hereford, era entonces vicario de una parroquia en Paddington Green; sus extensas y cordiales simpatías se reflejaban en la marcada excentricidad del clero que le ayudaba. Él era uno de los dos o tres hombres de la Broad Church realmente abiertos que he conocido. Sus ayudantes eran un grupo de curas a los que, en una época, nos referíamos de forma irreverente como el «zoológico»; recuerdo a uno de ellos, gigantesco, con hirsuto pelo gris, y cejas y bigote a lo Mark Twain. Otro era sirio y creo que, en realidad, era un monje escapado de algún monasterio del desierto. El tercero era Conrad Noel. A veces he pensado que debió de ser muy divertido ser un devoto feligrés de Paddington Green.

Pero lo que importa aquí es la aproximación intelectual a una ortodoxia

que rozaba la excentricidad. Al lector no le queda más remedio que resignarse, aunque sea con un gruñido, a algunas menciones a las verdaderas creencias y a lo que algunos llaman teoría y yo llamo pensamiento. En el sentido más puramente religioso, fui educado entre unitarios y universalistas que, no obstante eran plenamente conscientes de que muchas personas de su entorno se estaban volviendo agnósticas e incluso ateas. Había dos tendencias en lo que se dio en llamar la emancipación de la fe de los credos y dogmas del pasado. Las dos tendencias iban en direcciones diametralmente opuestas y, como suele suceder en ese mundo, ambas recibían el mismo nombre. Ambas se consideraban teologías liberales o religiones de hombres sensatos. Pero, en realidad, la mitad de los hombres sensatos creían cada vez más que, puesto que Dios está en su cielo, todo debe ir bien en el mundo —en este o en el de más allá—. La otra mitad estaba empeñada en demostrar que era muy dudoso que hubiera un Dios en un cielo, y que para la mirada del científico resultaba tan evidente que no todo está bien en el mundo, que más cierto sería afirmar que todo va mal en el mundo. Uno de estos movimientos de progreso conducía al glorioso mundo de los cuentos de hadas de George Macdonald, el otro llevaba a las desoladas y huecas colinas de Thomas Hardy. Una de las escuelas insistía en que si Dios existe, debe ser absolutamente perfecto; y la otra que, si existe, debe ser toscamente imperfecto. Y para cuando yo pasé de la adolescencia a la edad adulta, la duda pesimista había empañado considerablemente el dogma optimista.

Ahora pienso que lo primero que me sorprendió fue exactamente que estas dos escuelas, naturalmente opuestas, armonizaban en la práctica. Los teístas idealistas y los ateos realistas eran aliados, pero ¿contra qué? He tardado dos tercios de mi vida en encontrar la respuesta a esta pregunta, pero cuando me la planteé por primera vez, la pregunta parecía incontestable, y lo que todavía es más extraño, a la gente no le parecía siquiera cuestionable. Yo mismo me había sentado a los pies de Stophord Brooke, aquel magnánimo y poético orador, y había aceptado desde hacía tiempo aquel teísmo optimista que él enseñaba. Sustancialmente era lo mismo que había aprendido desde la infancia a través del seductor misticismo de George Macdonald. Era una fe absoluta y trascendente en la paternidad de Dios, y poco podía decirse contra ella, ni siquiera desde la teología, excepto que ignoraba el libre albedrío del hombre. Su universalismo era una especie de calvinismo optimista. Pero, de cualquier forma, aquella fue mi primera fe antes de sentir lo que pudiera llamarse mi primera duda. Sin embargo, me sorprendió como algo extraordinario, incluso al principio, que estos optimistas parecían estar en el mismo campo que los pesimistas. A mi mente ingenua le parecía que no podía existir conexión, sino contradicción entre el hombre que creía firmemente en la paternidad de Dios, el que decía que no había Dios y el que afirmaba que Dios no era un padre. Mucho después, sostuve algo parecido a eso cuando los críticos literarios

liberales emparejaban las filosofías de Meredith y Hardy. Me parecía evidente que, en conjunto, Meredith sostiene que hay que confiar en la naturaleza y Hardy que no se puede confiar en ella. Para mi mente inocente, estas dos ideas parecían un poco inconsistentes. Aún no había descubierto los elevados principios que comparten y que consisten en llevar corbatas estilo liberty, barbas y sombreros con formas originales, en reunirse en clubes culturales a tomar café o cacao —o en antros más oscuros y de más dudosa reputación—. Esa es la única conexión entre sus ideas; pero me costó mucho tiempo averiguarlo. Estos doctrinarios escépticos no se reconocen entre sí por sus doctrinas; se reconocen por la barba o la ropa, como los animales inferiores se conocen unos a otros por la piel o el olor.

Supongo que tengo una mente dogmática. De todas formas, incluso cuando no creía en los dogmas, asumía que la gente se distribuía en grupos sólidos según los dogmas en los que creía o dejaba de creer. Pensaba que los teósofos se sentaban todos en la misma sala porque todos creían en la teosofía. Creía que la Iglesia teísta creía en el teísmo. Suponía que los ateos se mezclaban todos porque no creían en el teísmo. Imaginaba que las Sociedades éticas estaban formadas por personas que creían en la Ética pero no en la teología, ni siquiera en la religión. He llegado a la conclusión de que me equivocaba de medio a medio. Ahora creo que estas congregaciones de capillitas semi-laicas estaban formadas en su mayoría por un vasto y vago mar de incrédulos ambulantes con dudas ambulantes a los que un domingo te los encontrabas buscando respuestas entre los teístas y al domingo siguiente entre los teósofos. Podían andar dispersos entre muchas capillas distintas y sólo unidos por la convención de la falta de convención que cristaliza en «no ir a la iglesia». Referiré dos ejemplos de lo que quiero decir, aunque estén separados entre sí por un largo intervalo de años. En los primeros años de los que ahora hablo, antes de que yo pudiera siquiera imaginarme vinculado a una religión establecida, solía deambular por muchas de aquellas reuniones dando conferencias, es decir, lo que educadamente ellos llamaban conferencias. Puedo señalar que mis sospechas se confirmaron por el hecho de que con frecuencia veía a los mismos en distintas congregaciones; especialmente, a un hombre de aspecto preocupado y ávidos ojos oscuros y a un judío muy viejo, de larga barba blanca y sonrisa inmutable como la de una imagen egipcia.

En cierta ocasión, había dado yo una conferencia en una de aquellas «sociedades éticas», cuando vi en la pared un retrato de Priestley, el gran unitario de hace cien años. Comenté que era un grabado muy hermoso y uno de los fieles con quien yo estaba hablando respondió que probablemente lo habían colgado allí porque el lugar era desde hacía poco una capilla unitaria y creo que dijo que desde hacía sólo unos pocos años. Yo estaba muy intrigado porque sabía que los viejos unitarios eran tan dogmáticos como los musulmanes en la cuestión del monoteísmo y que aquel grupo ético era, sobre

aquel dogma en concreto, tan poco dogmático como los agnósticos.

—Es muy interesante —dije—. ¿Puedo preguntar si toda su sociedad abandonó el teísmo a la vez?

—Bueno, no —contestó azorado—; me parece que no fue exactamente así. Más bien creo que nuestros líderes deseaban tener como predicador al Dr. Stanton Coit y él no estaba dispuesto a venir si no se trataba únicamente de una «sociedad ética».

Por supuesto no puedo responder de la veracidad de las palabras de aquel caballero porque no lo conocía de nada, pero, en cualquier caso, lo que quiero señalar aquí es la turbia condición mental del público habitual de dichas conferencias y no la de los conferenciantes o líderes. Por ejemplo, el propio Dr. Stanton Coit tenía una idea perfectamente clara de lo que era una ética que no se sustentara en una teología. Pero sí nos fijamos en este miembro típico del movimiento, hay algo extraordinario en lo que realmente había pasado o en lo que él seriamente suponía que había ocurrido. Según esta teoría, habían dejado a un lado a Dios Todopoderoso como una concesión al Dr. Stanton Coit. Aparentemente, el sentimiento general era que habría resultado bastante grosero no recibirle por tan poca cosa. Pues bien, algunos años después, un amigo mío preguntó cómo le iba a aquella «sociedad ética» y le informaron de que su congregación había disminuido. Lo justificaban diciendo que el distinguido conferenciante ético no estaba tan activo como lo había estado en épocas anteriores y, en consecuencia, algunos de sus seguidores se habían «largado a escuchar a Maude Royden». Ahora bien, por polémico que fuera lo que pudiera encontrarse en su postura, Miss Maude Royden reconoce ser una cristiana lo bastante ortodoxa como para hacer el papel de fiel anglicana e incluso el de pastora anglicana. Por tanto, lo verdaderamente asombroso en esta escuela de pensamiento, si es que la consideramos una escuela de pensamiento, fue más o menos lo que sigue. Empezaron creyendo en la Creación, pero no en la Encarnación. Por respeto al Dr. Coit, dejaron de creer en la Creación y por respeto a Miss Royden accedieron a creer en la Creación y también en la Encarnación. Me imagino que la verdad de todo este asunto es que esta gente nunca creyó ni dejó de creer en nada. Les gustaba ir a escuchar conferencias estimulantes y tenían una vaga preferencia, casi imposible de reducir a una tesis definible, por aquellos conferenciantes que supuestamente eran de alguna manera heterodoxos y poco convencionales. Desde entonces, he tenido abundantes y prolongadas oportunidades de observar el rumbo que ha tomado esta gente y he visto al incrédulo de ojos oscuros y al patriarca judío en asambleas cada vez más incongruentes y heterogéneas. He llegado a la conclusión de que nunca hubo una gran escuela de pensamiento tan separada y estática como inocentemente imaginé en mi juventud. Se me ha concedido, como si dijéramos, una especie de visión o perspectiva general de

todo ese campo de negación, tanteo y curiosidad. Y vi lo que todo aquello significaba. No existía la Iglesia Teísta; no existía la Hermandad Teosófica; no existían las Sociedades Éticas; no existían las Nuevas Religiones. Vi a Israel desperdigada por las colinas como un rebaño sin pastor, y vi un gran número de ovejas correr balando con vehemencia por cualquier vecindario donde pudiera haber un pastor.

Entre todo este pensamiento disperso, que a veces, con razón, se llamó pensamiento trivial, empecé a reunir los fragmentos del viejo esquema religioso; principalmente los diversos huecos que denotaban su desaparición. Cuanto más conocía la verdadera naturaleza humana, más empecé a sospechar que su desaparición era realmente una desgracia para todas aquellas personas. Muchas sostenían, y todavía sostienen, verdades muy nobles y necesarias en lo social y en lo secular, pero incluso ellas parecían sostenerlas con menos firmeza de como lo habrían hecho si hubiera habido algo parecido a un principio básico de carácter moral y metafísico que las apoyara. Los hombres que creían fervientemente en el altruismo estaban preocupados por la necesidad de creer todavía con más unción religiosa en el darwinismo e incluso en las conjeturas del darwinismo sobre la lucha implacable como ley de supervivencia. Los hombres que aceptaban de forma natural la igualdad moral del ser humano lo hacían como acobardados bajo la gigantesca sombra del Superhombre de Nietzsche y Shaw. Sus corazones estaban en el sitio correcto, pero sus cabezas estaban ostensiblemente en el lado equivocado, generalmente metidas o hundidas en vastos volúmenes de materialismo y escepticismo, agrios, estériles, serviles y sin un rayo de libertad ni de esperanza.

Comencé a examinar más atentamente la teología cristiana general que muchos detestaban y pocos examinaban. Pronto descubrí que realmente se correspondía con muchas de estas experiencias vitales y que incluso sus paradojas se correspondían con las paradojas de la vida. Mucho después, el padre Waggett (por nombrar a otro de aquellos valiosos hombres del grupo anglo-católico) me dijo una vez, mientras estábamos en el Monte de los Olivos a la vista de Getsemaní y Aceldama: «Bueno, debe de ser evidente para cualquiera que la doctrina de la Caída es el único punto de vista divertido de la vida humana». Desde luego, para mí es evidente. Entonces pasé por alto aquel pensamiento: una gran proporción de aquel viejo mundo de sectas y capillitas escépticas a las que yo había pertenecido lo encontrarían una paradoja mucho más enigmática que las paradojas de Oscar Wilde y Bernard Shaw. No desarrollaré aquí el argumento que con frecuencia he desarrollado en otros lugares; sencillamente lo menciono para señalar mi sensación general, incluso en aquellos momentos, de que la vieja teoría teológica parecía, bien que mal, encajar en la experiencia, mientras que las nuevas y negativas teorías no encajaban en nada y menos aún entre sí mismas. Por esta época, yo había

publicado algunos estudios sobre escritores contemporáneos como Kipling, Shaw y Wells; como me parecía que cada uno de ellos cometía un error fundamental o religioso, titulé el libro Herejes. Lo reseñó Mr. G. S. Street, aquel encantador ensayista, quien comentó de pasada que no iba a preocuparse por su teología hasta que yo no hubiera expuesto realmente la mía. Con toda la solemnidad de la juventud, lo acepté como un reto y escribí un esquema de mis propias razones para creer que la doctrina cristiana, tal como se resume en el Credo de los Apóstoles, sería una crítica de la vida mejor que cualquiera de las que yo había criticado. Lo titulé Ortodoxia, pero incluso entonces no me gustaba nada aquel título. Sonaba a algo muy poco consistente para ser defendido, con lo que antes de morir tendría que encontrar un título mejor para aquel libro. De todas formas, el único efecto interesante, del que yo me haya enterado, que tuvo aquel título o aquel libro sucedió en la frontera rusa. Creo que el censor, allí bajo el antiguo régimen ruso, destruyó el libro sin leerlo. Al titularse Ortodoxia, dedujo naturalmente que debía de ser un libro sobre la Iglesia griega. Y si era un libro sobre la Iglesia griega, dedujo que naturalmente debía de ser un ataque a la misma.

No obstante, desde mi punto de vista, el título mantuvo una cierta virtud: era provocativo. Y el que fuera provocativo supone realmente una prueba para aquella extraordinaria sociedad moderna. Yo había empezado a descubrir que, en todo aquel cenagal de herejías inconsistentes e incompatibles, la única herejía realmente imperdonable era la de la ortodoxia. Una defensa seria de la ortodoxia era mucho más sorprendente para el crítico inglés de lo que era un serio ataque a la ortodoxia para el censor ruso. Y, a raíz de esta experiencia, aprendí dos cosas muy interesantes y que sirven para dividir toda esta etapa de mi vida en dos períodos distintos. Prácticamente casi todos, en el mundo de la literatura y el periodismo, empezaron a dar por sentado que mi fe en la doctrina cristiana era una pose o una paradoja. Los más cínicos creían que era sólo un truco. Los más leales y generosos sostenían con cariño que era sólo una broma. Todo el horror de la verdad, la bochornosa constatación de que yo realmente creía en todo aquello, estalló ante ellos mucho después. Y como digo, he descubierto que esto representa una verdadera transición o frontera en la vida de los apologistas. Los críticos se mostraron casi siempre elogiosos con lo que les gustaba llamar mis brillantes paradojas hasta que descubrieron que realmente yo quería exactamente decir lo que decía. A partir de ese momento, han sido más combativos, y no les culpo por ello.

La primera vez que me di cuenta de esto fue en una cena, relacionada con otra controversia que debo mencionar aquí porque es significativa. Creo que fue una cena ofrecida por el personal del Clarion, el famoso e importante periódico socialista de aquel momento, editado entonces por Robert Blatchford, un veterano a quien envió un saludo en el tiempo y del que espero no me considere menos amigo por recordar estas batallas de un pasado lejano.

Como en breves momentos explicaré, acababa yo de tener una beligerante discusión pública con Mr. Blatchford, que, naturalmente, al ser yo en aquel momento un periodista relativamente joven pero relativamente prometedor, supuso un hito en mi vida. Recuerdo que en la cena estaba al lado de uno de aquellos caballeros refinados y un tanto académicos, educados en Cambridge, que parecían formar un grupo considerable entre los rudos miembros del laborismo. Una nube oscurecía su frente como si empezara a estar confuso por algo; de repente, dijo con abrupta cortesía:

—Perdone que le pregunte, Mr. Chesterton (por supuesto, lo comprenderé perfectamente si prefiere no contestar y ya sabe que mi opinión no será peor si resulta ser verdad), pero supongo que estoy en lo cierto al pensar que usted realmente no cree en esas cosas que sostiene contra Blatchford.

Con meridiana seriedad le informé de que, por supuesto, creía absolutamente en aquello que sostenía contra Blatchford. No movió ni un músculo de su rostro frío y refinado; sin embargo, yo sabía que de alguna manera estaba completamente alterado.

—Oh, de modo que sí cree en ello —dijo—; le ruego que me disculpe. Gracias. Es todo lo que quería saber.

Y siguió tomando su cena —probablemente vegetariana—. Yo estaba seguro de que durante el resto de la velada, a pesar de su calma, se sintió como si estuviera sentado junto a un fabuloso animal mitológico.

Para que todo esto pueda entenderse, es necesario saber cuáles eran las cosas que yo defendía contra Blatchford. No se trataba de abstractas tesis teológicas como la definición de la Santísima Trinidad o los dogmas de la gracia santificante o la gracia actual. Aún no había penetrado lo bastante en la ortodoxia como para ser tan teológico. Lo que yo defendía me parecía un simple asunto de moral ordinaria. En realidad, me parecía algo que planteaba la cuestión misma de la posibilidad de que exista cualquier tipo de moral. Se trataba del tema de la Responsabilidad, llamado a veces Libre Albedrío, que Mr. Blatchford había atacado en una serie de vigorosas e incluso violentas proclamas a favor del Determinismo, al parecer, basadas en un libro o panfleto que había leído del profesor Haeckel. El tema tenía muchos aspectos divertidos y llamativos, pero aquí la cuestión es lo que ya he insinuado. No es que yo hubiera empezado a creer en cosas sobrenaturales, sino que los ateos empezaron a no creer incluso en las cosas naturales. Al destruir ellos mismos cualquier posibilidad sensata o racional de una ética laica fueron los seculares los que me llevaron a la ética teológica. Yo podría haber sido laico, en tanto eso significara que yo me sintiera responsable ante la sociedad laica. Fue el Determinismo el que proclamó a voz en grito que yo no era responsable. Y puesto que prefiero que me traten como a un ser responsable y no como a un

lunático que anda suelto, empecé a buscar a mi alrededor un refugio espiritual que no fuera simplemente un refugio de locos.

En resumen, desde aquel día, escapé de un error que aún confunde a hombres mucho mejores que yo. Todavía existe la idea de que el agnóstico puede mantener la seguridad en el mundo mientras no desee indagar sobre lo que comúnmente se llama «el otro mundo». Puede contentarse con el sentido común respecto a hombres y mujeres mientras no tenga curiosidad por los misterios sobre ángeles y arcángeles. No es cierto. Las preguntas del escéptico van directamente al corazón de nuestra vida humana, alteran este mundo, además del otro, y lo que más concretamente alteran es el sentido común. No puede existir mejor ejemplo de esto que aquella extraña apariencia —en mi juventud— del determinista como un demagogo que, ante una multitud de millones de seres, grita que no se debe culpar a nadie por sus actos porque todo es herencia y circunstancias. Lógicamente, esto detendría a un hombre en el acto de decir «gracias» a alguien que le acaba de pasar la mostaza. Porque, ¿cómo agradecerle que nos pase la mostaza si no podemos recriminarle el que no nos la pase? Ya sé que puede sostenerse que el fatalismo no cambia para nada los actos de nuestra vida. Algunos dicen que los fatalistas pueden seguir castigando o culpando. Otros afirman —haciendo profesión de humanitarismo, lo que no deja de tener su gracia— que pueden dejar de culpar pero seguir castigando. No obstante, si el determinismo no suponía diferencia alguna en los actos de nuestra vida, ¿por qué Blatchford atronaba furioso desde el púlpito sobre la diferencia que suponía? La explicación había que encontrarla en el propio Blatchford. Era un hombre de lo más normal para haber sido atrapado por una herejía tan anormal; un viejo soldado con ojos oscuros de italiano, bigote de morsa y henchido de esos sentimientos que tienen los soldados y que los socialistas generalmente no tienen. Era un patriota indomable, con no poco de tory y ciertamente mucho de proteccionista. Pero este determinismo le atraía por un sentimiento de lo más normal, un sentimiento de concentrada compasión. Tituló su libro de panfletos deterministas como un alegato «a favor de los desvalidos». Y era evidente que él pensaba en ese tipo de gente pobre, desprestigiada y a menudo oprimida a la que realmente puede calificarse de desvalida. Para él y para muchos otros hombres de modernos sentimientos sanos pero imprecisos, la idea de pecador estaba totalmente relacionada con la de borracho, vagabundo, ladrón o cualquier otro tipo de sinvergüenza en guerra contra la sociedad. En el sistema social enormemente injusto que padecemos, es bastante probable que a muchos de ellos se les castigue injustamente, aunque algunos no deberían ser castigados en absoluto y que tal vez otros no sean para nada responsables. Y también que Blatchford, al verlos conducidos a prisión en manadas, sintiera piedad por el débil y el desgraciado, lo que, en su peor aspecto, era una exageración ligeramente desequilibrada de la caridad cristiana. Estaba tan

deseoso de perdonar que negaba la necesidad del perdón.

De repente, despierto de estos sueños del pasado con algo parecido a una carcajada, porque el próximo episodio de mi vida fue el de ayudar a ciertos amigos y reformadores a establecer esa terrible verdad llamada Responsabilidad, no para vagabundos o borrachos, sino para los dirigentes del Estado y los hombres más ricos del Imperio. Intentaba poner el collar y la cadena de la Responsabilidad no al cuello de los desvalidos, sino de los «validos». Cuando volví a oír hablar de Blatchford, él también estallaba de indignación y pedía justicia, castigo y venganza sin perdón contra otros tiranos poderosos que pisoteaban al débil, y exigía responsabilidad al arrogante príncipe de Prusia por la invasión de Bélgica. Así arden en el fuego los sofismas de papel.

VIII

PERSONAJES DE FLEET STREET

El complicado asunto de cómo conseguí caer de pie en Fleet Street es un misterio; por lo menos, un misterio para mí. Los críticos solían decir que, para mí, caer de pie era sólo el preámbulo para andar de cabeza, pero, en realidad, Fleet Street, por no mencionar mi cabeza, era algo bastante inestable y convulso para sostenerse en él. En general, creo que mi éxito se debe (como dicen los millonarios) a haber escuchado con respeto y bastante humildad los mejores consejos de los mejores periodistas, responsables, a su vez, de los mayores éxitos periodísticos, y luego, a haberme ido y haber hecho justamente lo contrario. Lo que todos me decían era que el secreto del éxito en periodismo consistía en estudiar un periódico en concreto y escribir lo apropiado para él. En parte por accidente e ignorancia, y en parte por las rabiosas certezas de la juventud, no recuerdo haber escrito nunca un artículo que fuera el apropiado para ningún periódico en concreto. Por el contrario, creo que conseguí un cierto éxito cómico por contraste. Ahora que ya soy un viejo periodista, se me ocurre que el consejo que le daría a uno joven sería simplemente que escribiera un artículo para el *Sporting Times*, otro para el *Church Times*, y confundiera los sobres. Después, si se aceptaba el artículo y era razonablemente inteligente, los deportistas se dirían unos a otros: «Es un grave error suponer que no tenemos una buena causa cuando tipos realmente inteligentes afirman lo contrario»; los clérigos, por su parte, irían por ahí diciéndose unos a otros: «Hay espléndidos artículos en algunas de nuestras publicaciones religiosas; un tipo de lo más ingenioso». Tal vez esta teoría sea un poco inconsistente y fantástica, pero es la única que me sirve para explicar

mi propia e inmerecida supervivencia en la contienda periodística de la vieja Fleet Street. Escribí para un periódico inconformista como el viejo Daily News sobre cafés franceses y catedrales católicas, y les encantaba porque nunca antes habían oído hablar de aquello. Escribí en un órgano del viejo y sólido laborismo como el Clarion, y allí defendí la teología medieval y todo aquello de lo que sus lectores no habían oído hablar jamás; y a sus lectores no les molestó lo más mínimo. En realidad, lo que pasa con casi todos los periódicos es que están demasiado llenos de cosas adecuadas para ellos. Pero en estos últimos tiempos en los que el periodismo, como todo lo demás, se concentra en consorcios y monopolios, aún parece menos probable que alguien repita mi extraña, temeraria y poco escrupulosa maniobra, que alguien se despierte y descubra que se ha hecho famoso por ser el único hombre divertido del Methodist Monthly o el único hombre serio del Cocktail Comics.

De cualquier forma, todos estaremos de acuerdo en que yo era un accidente en Fleet Street. Algunos dirán que un accidente mortal, como se proclama en los carteles de Fleet Street. Pero la propia Fleet Street estaba llena de accidentes parecidos y se la podría haber llamado la Calle del Accidente, o la Calle de la Aventura, como la llamó un hombre al que estoy orgulloso de haber conocido allí. El propio Philip Gibbs acentuaba aquella incongruencia intelectual que era lo cómico del lugar; tenía el aire curioso de ser el hombre adecuado en el sitio equivocado. Su fino rostro de halcón, de un refinamiento casi sobrenatural, parecía solidificado en una expresión de remilgado desaliento por no poder convertirlo en el lugar adecuado. Esto fue mucho antes de que consiguiera sus grandes condecoraciones como corresponsal de guerra, pero él trataba con la misma distancia las otras grandes guerras del pasado. Había estudiado las luchas entre los grandes hombres de la Revolución Francesa y se había concentrado en lo que a mi juicio resultaba un odio desproporcionado pero sutil hacia Camille Desmoulins. En mi presencia, lo sometió a un juicio implacable y mientras hablaba, yo pensaba cuánto se parecía a aquellos idealistas arrogantes de rostro enjuto e inclementes entre todos aquellos grandes revolucionarios a los que él criticaba. David debería haber pintado su perfil. Comienzo con esta impresión de Gibbs precisamente porque su figura me parecía realmente distante y recortada contra aquel trasfondo, pero yo mismo no era sino parte de aquel trasfondo y se decía, a la ligera, que yo solito podía haber constituido todo un trasfondo. En otras palabras, yo pertenecía a la vieja vida bohemia de Fleet Street, destruida desde entonces no por un idealismo del desapego, sino por el materialismo del sistema. Años después, el propietario de un periódico me aseguró que era una calumnia contra el periodismo contar, durante toda la noche, todas aquellas historias de tabernas y periodistas andrajosos, trabajo y juerga al azar. «Ahora, la oficina de un periódico es exactamente igual a cualquier otra oficina», dijo con una sonrisa radiante, a lo que yo asentí con un gruñido. El mismo nombre

de Bohemia se ha desvanecido del mapa de Londres como se ha desvanecido del mapa de Europa. Nunca he comprendido por qué la nueva diplomacia abandonó aquel antiguo y noble nombre nacional, una de las cosas que no se perdió en los Campos de Mohacs, pero parece como si, en ambos casos, lo mejor se haya perdido con la victoria y no con la derrota. Al menos a mí me habría disgustado que para conquistar, con dudoso criterio, otra franja de territorio me hubieran pedido que, de repente, hablara de Inglaterra como si fuera Sajonia Occidental; y eso es lo que le ha sucedido a la prolongada epopeya de Serbia, que ahora llaman Eslavia del norte. Recuerdo cuando se anunció que Bohemia iba a dejar de existir en el mismo momento de su nacimiento. Iba a llamarse Checoslovaquia, y yo iba por ahí preguntando a la gente de Fleet Street si este cambio iba a aplicarse a la Bohemia metafórica de nuestra propia juventud romántica. Cuando el hijo disoluto molestara a la familia respetable, diríamos algo así: «Me gustaría que Tom abandonara esos modales checoslovacos»; o cuando hubiera follón en Fleet Street: «Odio esas escandalosas fiestas checoslovacas». Pero esto es sólo una fantasía porque queda muy poco en Fleet Street de lo que ni siquiera sus peores enemigos llamarían «checoslovaco». El propietario del periódico tenía toda la razón en lo que decía; el periodismo se lleva ahora como cualquier otro negocio. Se dirige con la misma tranquilidad, sobriedad y sensatez que la oficina de un prestamista o de un financiero moderadamente fraudulento. A estas personas les parecerá ocioso si yo recuerdo que las viejas tabernas en las que los hombres bebían o las antiguas plazuelas en las que se morían de hambre estaban llenas de poetas hambrientos, de eruditos borrachos y de toda clase de personalidades perversas que a veces intentaban incluso decir la verdad; hombres como Crosland, aquel excéntrico provocador que odiaba tantas cosas (incluido a mí), pero que a menudo había justificado su gran despedida, en la que afirmaba con amargura haber

... recorrido el camino al infierno,
pero había muchas cosas que pudo haber vendido
y no vendió.

Siempre se dijo de él que casi se muere de hambre en Fleet Street con un volumen de los Sonetos de Shakespeare en el bolsillo.

Un hombre con aquel mismo carácter imposible, pero de cultura espiritual más fina, y por tanto con menos fama y éxito, era Johnston Stephen, a quien estoy orgulloso de llamar amigo. Pertenece a la gran familia escocesa de Leslie Stephen y de J. K. S., y era tan sabio como el uno y tan ingenioso como el otro, pero tenía una particularidad difícil de definir: el mundo en el que vivía lo simplificaba diciendo que estaba loco. Yo diría más bien que no era capaz de digerir nada completamente; rechazaba cosas que luego aceptaba en

el último momento, como un caballo que diera una espantada. A veces, sus objeciones eran profundas y siempre iluminadas por una idea, pero era incapaz de comprometerse con algo hasta el final. En una ocasión, me hizo una observación muy sensata: «La única y pequeña dificultad que tengo para unirme a la iglesia católica es que creo que no creo en Dios. El resto del sistema católico es tan evidentemente correcto y obviamente tan superior a cualquier otra cosa que no puedo concebir cómo alguien duda de él». Y recuerdo que, en un estadio más avanzado de mis propias creencias, se sintió profundamente satisfecho cuando le dije que los auténticos católicos son lo bastante inteligentes como para tener aquellas mismas dificultades y que santo Tomás de Aquino empieza prácticamente su argumentación diciendo: «¿Hay Dios? Aparentemente, no». Añadí que, según mi propia experiencia, el entrar en el sistema incluso socialmente llevaba consigo una creciente certeza sobre la pregunta original. En cuanto al resto, siendo como era un ardiente patriota escocés, era demasiado simpático para ser popular entre muchos escoceses. Recuerdo que cuando le preguntaron si la Iglesia no era corrupta y pedía a gritos la Reforma, respondió con una cordialidad desconcertante: «¿Y quién lo duda? ¡Qué espantosa debió de ser la corrupción para tolerar durante tanto tiempo a tres curas católicos como Knox, Calvino y Lutero!».

Alguien debería haber escrito la vida de Stephen o recopilado su obra literaria, que se perdió como simple obra periodística. Una vez pensé hacerlo yo mismo, pero es una de las muchas tareas que no he abordado. Publicó un ensayo sobre Burns en el periódico de mi hermano, *The New Witness*, mucho mejor que la mayoría de ensayos sobre Burns, o sobre cualquier otro tema, que habría podido hacer famoso a un hombre si ese hombre hubiera estado por la labor. Para mí ha quedado como un gran monumento de la trivialidad actual de la fama, que está reducida simplemente a moda. Por supuesto, él tenía violentas rarezas de carácter, pero que en el pasado no aniquilaron a hombres como Swift o Landor. Si no se le recuerda de mejor manera, es justo que yo dedique este breve comentario a su memoria. Hace mucho que él ya descubrió la respuesta a su única incertidumbre religiosa.

Todos estos casos extremos eran demasiado excesivos para ser típicos; el del sublime fanático que decía lo que quería y moría, el del simple esnob o el rastrero que decía lo que le decían que dijera y vivía, si a eso se le puede llamar vivir. Pero hay que decir que había algunos en Fleet Street que mantenían su independencia intelectual y, sin embargo, también mantenían contacto con el funcionamiento de la maquinaria del periodismo; la mayoría lo conseguía mediante una amplia diversificación del trabajo, ya que el monopolio aún no era tan uniforme como para impedirles una cierta elección de sus jefes; incluso aunque fuera ya en ese momento una elección de sus tiranos. Tal vez la más brillante de todos ellos, a la que podía llamarse sin exageración la Reina de Fleet Street, era una dama con la que tengo el gran

honor de estar relacionado; me refiero a la esposa de mi hermano Cecil. Siempre ha conseguido ser una francotiradora, la Juana de Arco de todo un ejército de francotiradores, aunque ahora haya un campo especial en el que haya desplegado su estandarte para todos. Siempre tenía un montón de asuntos entre manos, aunque sólo uno de ellos sea ahora tan grande como para haberse convertido en guía y faro de muchos. Todo el mundo ha oído hablar de las Casas Cecil en las que mujeres sin hogar encuentran esa hospitalidad real, humana y divertida que estaba totalmente ausente de la gazmoña filantropía anterior; y casi todos hemos leído sobre su origen en el extraordinario libro que ella escribió sobre su extraordinaria aventura. Se fue a vivir sin un solo penique entre los más pobres y trajo con ella el único documento serio que tenemos sobre esa clase de vida. Pero no todo el mundo comprende esa llama de airada caridad que se ofende aún más al ver cómo se atosiga a los pobres que al ver cómo se los abandona; que odia el egoísmo del explotador, pero odia aún más el orgullo espiritual propio del espía. Ella tiene simpatías por el comunismo y yo también; y tal vez puntos de contacto, que yo no tengo, pero sé que, en primer lugar, ella defiende la privacidad de los pobres a los que no se les concede privacidad alguna. Después de todo, ella lucha, como yo, por la propiedad privada de los que no tienen ninguna propiedad.

El que mi cuñada, dentro de unos límites razonables, no sólo fuera capaz de hacer cualquier cosa, sino que la hiciera, suponía una especie de sublimación del espíritu de Fleet Street. Su trabajo era un mosaico de las cosas más extravagantes y extrañas, y ella siempre estaba en un estado de ironía divertidísima al ver aquellos contrastes. Pasaba fácilmente de una directa y demagógica —aunque trágicamente sincera— apelación en un periódico dominical contra la opresión oficial de las madres pobres, a una crítica moderna casi cínica de las obras teatrales más modernas. Acababa un comentario de lo más polémico sobre el caso Marconi, repleto de datos y números, para el Eye-Witness y pasaba sin inmutarse a escribir un nuevo capítulo de un folletín victoriano descaradamente melodramático, lleno de inocentes heroínas e infames villanos, para «Romances al amor de la lumbre» o «Campanas de boda». Se contaba de ella que, tras haber manejado con éxito bandas enteras de conspiradores y contraconspiradores en un periódico escocés muy serio, dedicó algunos capítulos a resolver una de las intrigas secundarias; estando en ello, recibió el siguiente telegrama del editor: «Ha dejado a su héroe y a su heroína atados en una cueva bajo el Támesis durante una semana y no están casados».

Relacionado con esta última línea de aventura periodística, ocurrió un incidente de mayor resonancia pública, en realidad de una cierta importancia histórica. No es sólo un hito en la historia del derecho, sino que arroja una luz espeluznante sobre esa curiosa ilegalidad que, en muchos asuntos modernos, parece ser el principal efecto de la ley. Mi cuñada escribía para un dominical

uno de esos folletines acentuadamente, por no decir descaradamente, románticos. En este caso, lo descarado, es decir, lo teatral e incluso pantomímico, se adaptaba perfectamente al tema porque el villano sobre el que giraba la obra adoptaba la figura de un productor teatral a gran escala, una especie de Cochran o Reinhardt. Se le representaba actuando de manera poco escrupulosa, como es el humilde deber del malo en lo que sólo pretende ser una buena historia; pero ni siquiera era terriblemente depravado, sino adornado con algo de esa magnanimidad propia del melodrama. Me temo que he olvidado su nombre y tal vez, como ahora veremos, sea mejor así. Pero supongamos, para que resulte más fácil contarlo, que su nombre en la historia fuera Arthur Mandeville. Ocurrió que, por ahí, en algún lugar de la gran nube de átomos que pululaban por los círculos teatrales y relacionado ocasional o indirectamente con empresas teatrales o semiteatrales, flotaba un individuo llamado realmente Arthur Mandeville, totalmente desconocido para cualquiera que estuviera relacionado con el folletín del periódico dominical. Ni siquiera era un actor en el sentido de un actor que actuara; tampoco era un director de teatro en el sentido de que dirigiera un teatro; se encontraba en una situación tan lejana a la representada en la historia como pudiera estarlo un sultán o el presidente de los Estados Unidos. Pero era un hombre que, en alguna ocasión, en medio de otros pequeños negocios, había pagado honorarios a una pequeña compañía de actores y ofrecido un pequeño espectáculo en algún lugar. Este hombre puso una demanda contra el periódico por daños y perjuicios alegando que era un ataque doloso y punitivo a su reputación; y lo ganó.

Lo extraordinario fue que nadie, del primero al último, sostuvo que se hubiera atacado a aquel hombre para nada. El juez, al dar su veredicto a favor del hombre según la legislación sobre el asunto, declaró reiteradamente que había quedado totalmente demostrado que la dama autora de la historia nunca había oído hablar del caballero al que se suponía que ella había lanzado sus envenenados dardos. Pero el juez no estuvo por ello menos convencido de que, como establecía la ley, las dos coincidencias del nombre y del nebuloso y temporal punto de contacto con una profesión similar eran suficientes para constituir un caso de difamación. Un grupo considerable del mundo literario constató alarmado el estado de la cuestión. Daba la impresión de que el oficio de novelista había que incluirlo entre las actividades peligrosas si resultaba que no se podía llamar Jack Robinson al marinero borracho sin arriesgarse a que todos los Jack Robinson que estuvieran navegando, o hubieran navegado por los mares del mundo, le multaran o le embargaran sus bienes. La antigua pregunta de qué se podía hacer con el marinero borracho si se aficionaba a vengarse legalmente de cualquiera que dijera «Jack Robinson» dio lugar a un gran debate en los medios literarios y periodísticos de la época.

Recuerdo que, en el curso de la polémica, sugerí que deberíamos encontrar alguna alternativa a los nombres, por ejemplo, mediante números, para

describir las altisonantes respuestas que llevan al duelo en el que un sutil y astuto 7.991 moría por la espada de un excesivamente impetuoso 3.893; o las promesas susurradas por los apasionados labios del 771 al oído del 707. Otro modo de evitar las dificultades, que me gustaba mucho más, era dar a los personajes nombres tan extraordinarios que fuera prácticamente imposible que pudieran ser nombres de personas reales en ningún lugar; para ilustrarlo, escribí una conmovedora escena de amor entre Bunchusa Blutterspangle y Splitcat Chintzibobs. Afortunadamente, para el bien general del periodismo, mis propuestas no se aceptaron; en cambio, una propuesta mucho más pragmática, inventada por mi cuñada, fue puesta en práctica con total éxito. Volvió a publicar toda la historia en forma de libro y antes de hacerlo se dirigió a los hombres de letras más representativos del momento, sobre todo a los que mejor conocía, les pidió permiso para dar sus nombres a los personajes del libro y mantuvo su propio nombre, como una graciosa concesión, para el nombre del villano original. Cualquiera que tenga curiosidad por buscar esa curiosidad literaria encontrará que personas famosas aparecen en sus páginas prestando su nombre a los personajes más inverosímiles o de la más humilde condición: un encantador anciano, portero de un teatro, llamado Bernard Shaw; un cochero a quien sus colegas de la parada de coches conocen como Barry Pain, y muchos otros a los que he olvidado. Poco tiempo después, creo, se modificó esta extraordinaria peculiaridad de la ley de forma típicamente inglesa, es decir, no por algo tan lógico y pedante como la promulgación de una nueva ley, sino simplemente por el dictamen de otro juez que consideró que la ley significaba exactamente lo contrario de lo que el primer juez había dicho que significaba. Pero este curioso e intrascendente asunto tiene cierta relevancia para afrontar problemas reales que surgieron cuando nos encontramos más seriamente comprometidos en el mismo extraño ámbito de la moderna legalidad británica.

No existe ninguna ley contra la difamación. Ese es el motivo por el que todo el mundo la teme. Esa es la razón de que sea tan tremenda, trágica y cómicamente típica de un cierto espíritu que ocupa ahora nuestra vida social y nuestras instituciones; un espíritu al mismo tiempo ingenioso y evasivo. Por extraño que pueda resultar, esa es la manera inglesa de mantener el terror. Los latinos, cuando lo ejercen, lo hacen mediante la rigidez, pero nosotros realmente lo ejercemos mediante la laxitud. Para decirlo de manera sencilla, aumentamos el terror de la ley añadiéndole todos los terrores de la ausencia de ley. Notamos que la maquinaria es peligrosa no tanto porque golpee con sus reglas, sino porque golpea al azar. O, por lo menos hasta donde cualquier adversario que busque su lógica protección es capaz de calcular, golpea al azar. Esto sucede con casi todas nuestras leyes en mayor medida que con las demás leyes de la cristiandad. Pero incluso los abogados aceptarían que esto es absolutamente cierto en lo que se refiere a la legislación contra la difamación.

Algunas definiciones de difamación son tan estrictas que nadie podría realmente aplicarlas; otras definiciones paralelas son tan imprecisas que nadie puede imaginarse a quién pueden aplicarse. El resultado es que la difamación se ha convertido en un arma con la que aplastar cualquier crítica a los poderes que hoy gobiernan el Estado.

Debemos tener esto en cuenta al abordar los acontecimientos más decisivos y emocionantes relativos al Eye-Witness; aquí sólo menciono este incidente para dar una idea del modo enérgico con el que la dama en cuestión se movía por la interminable comedia de Fleet Street. En relación con el periódico arriba mencionado, del que mi hermano fue primero subdirector y luego director, hay cientos de anécdotas y episodios divertidos. Creo que se puede ver la mano de la dama y la del director en una de las más admirablemente absurdas correspondencias que se hayan visto nunca en las páginas de un periódico. Todo empezó, si no recuerdo mal, cuando mi hermano escribió un artículo sobre una reunión entre H. G. Wells y Booker Washington, el famoso educador negro norteamericano, en el que ponía en duda que Mr. Wells hubiera entendido las dificultades de Mr. Washington y, por deducción, las del Sur Blanco donde él trabajaba. Este punto de vista se reforzó y exageró en una carta de Bexley en la que se advertía de los auténticos peligros de la mezcla racial y de los matrimonios mixtos y que firmaba un tal «Hombre Blanco». La carta dio lugar a una vehemente respuesta de Mr. Wells titulada sarcásticamente «El Hombre Blanco de Bexley», como si el hombre fuera una especie de monstruo. Mr. Wells decía que no sabía cómo sería la vida «entre los blancos puros de Bexley», pero que, en todos los demás lugares, el que la gente se conociera no quería decir que necesariamente tuvieran que casarse. «La etiqueta es más tranquila». Luego, creo, intervino en el debate un negro auténtico que habló sobre su naturaleza y su destino, y firmó la carta como «El Hombre Negro». Luego hubo una pregunta más neutra, creo recordar que de un brahmán o estudiante parsi de alguna universidad, en la que se señalaba que el problema racial no se reducía a las razas de África y preguntaba cuál era la opinión sobre los matrimonios interraciales con asiáticos. Firmaba la carta como «El Hombre Amarillo». Finalmente, apareció una carta que recuerdo casi palabra por palabra porque era corta, sencilla y conmovedora en lo que tenía de llamamiento a favor de unos ideales más amplios y tolerantes. Creo que decía así:

Señor:

no puedo menos de lamentar que continúe usted una correspondencia que causa considerable dolor a muchas personas inocentes que, sin culpa alguna y debido a las férreas leyes de la naturaleza, heredan un cutis poco habitual entre sus semejantes y atractivo sólo para una élite. Seguramente podemos olvidar todas estas diferencias y, sea cual sea nuestra raza o color, trabajar hombro con

hombro para ensanchar la hermandad humana.

Sinceramente suyo,

El Hombre morado con lunares verdes.

Así acabó aquella correspondencia.

Por supuesto hubo otras correspondencias que parecían interminables. A pocos correspondientes les fue concedido el poder del Hombre morado para paralizar a todos los demás con la sensación de que no se podía decir o hacer nada más. Algunas de estas polémicas aparecen en este libro en relación a otros asuntos; otras, como la intermitente discusión que sostuve con Mr. Bernard Shaw, han seguido a intervalos a lo largo de gran parte de nuestra vida. Pero la controversia a la que mi cuñada se dedicó más a fondo y con más calor, relacionada con el trabajo que desde entonces la ha hecho tan merecidamente famosa, fue la protección de las casas de los pobres y sobre todo contra una interferencia más insultante aún que la indiferencia: la gran indignación unánime de nuestro grupo, tan variado en otros aspectos.

Se casó con mi hermano, justo antes de que él se fuera a la guerra, en una pequeña iglesia católica cerca de Fleet Street, pues él ya se había convertido a esa comunión. Lo enviaron dos veces herido a casa; fue tres veces voluntario al frente y a la tercera encontró la muerte. En otro capítulo trataré de él más individualmente y sobre todo, de ese extraño valor que mostró en la política bajo una amenaza inminente de prisión y ruina. En las trincheras escribió una excelente Historia de América y una orgiástica balada dirigida a sus compañeros soldados, que tenía el siguiente estribillo: «Fue en Fleet Street donde a beber aprendí». Ni siquiera su lealtad bohemia a la leyenda de la Calle de la Aventura le hubiera forzado a decir: «Fue en Fleet Street donde a pensar aprendí». Desde luego, aprendió a pensar en la cuna, y fue una de esas personas que transmiten la inocencia de la grandeza intelectual a todas las cosas de la vida, ya estén en Fleet Street o en el frente de batalla. Y mis pensamientos vuelven al pobre Stephen y a muchos otros nobles locos que conocí y que tenían esa cualidad; recuerdo aquellos versos que escribió uno de nuestros amigos sobre el Fanático o el hombre que quiso cumplir su palabra, «la gran palabra que el hombre da a Dios antes de que su vida comience», y quien también, según se recordará, «tiene testigos que jurarán que, un día, él mantuvo su palabra en Berkeley Square, donde casi nada se mantiene».

Aunque mi hermano fuera la persona de mejor humor que yo haya conocido jamás y capaz de vivir en buena y completa camaradería con cualquiera, no sólo con los simplemente mugrientos sino con los realmente vulgares, lo definitorio en él era una exagerada e incluso asombrosa testarudez.

Mantuvo su palabra como nadie más que él
supo mantenerla; y no como nosotros,
y en derredor, mientras él mantenía su palabra,
el rebaño enfermo e infiel,
un instante estridente, un instante potente,
pero para siempre inmundo, avanzaba.

IX

PROCESO A LA CORRUPCIÓN

Mi hermano, Cecil Edward Chesterton, nació cuando yo tenía casi cinco años; tras una breve pausa, empezó a discutir y continuó discutiendo hasta el final, porque estoy seguro de que discutía enérgicamente con los soldados entre los que murió, en las gloriosas postrimerías de la Gran Guerra. Cuentan de mí que al decirme que tenía un hermano, lo primero que pensé fue en mi incansable afición a recitar versos, y respondí: «¡Qué bien!, ahora siempre tendré público». Si de verdad lo dije, me equivoqué. Mi hermano no estaba dispuesto, bajo ningún concepto, a ser simplemente mi público; con frecuencia era yo el obligado a hacer de público y con más frecuencia todavía sucedía que había dos oradores al mismo tiempo y ningún público. No dejamos de discutir en toda nuestra adolescencia y nuestra juventud, hasta convertirnos en una auténtica pesadilla para nuestro círculo social. Nos gritábamos de un lado a otro de la mesa, a propósito de Parnell, el puritanismo o la cabeza de Carlos I, hasta que los más próximos y queridos huían al vernos aparecer y sólo encontrábamos un enorme desierto alrededor. Aunque no resulta agradable recordar que éramos una pesadez tan espantosa, me alegra, por otra parte, que ventilásemos tan pronto nuestras opiniones sobre casi todo. Me alegra pensar que no dejamos de discutir en todos aquellos años y que no reñimos ni una sola vez.

Tal vez la principal objeción a una pelea es que interrumpe una discusión. De todas formas, nuestra discusión nunca se interrumpía hasta que llegaba a una conclusión adecuada, es decir, a la convicción. No digo que, en algún momento en concreto, alguno de nosotros no admitiera estar equivocado, pero lo real era que, a través de ese proceso de desacuerdo, alcanzábamos finalmente el acuerdo. Él empezó siendo una especie de pagano más rebelde, enemigo acérrimo de los puritanos, defensor de la diversión bohemia, sociable pero completamente secular. Yo empecé más dispuesto a defender vagamente

el idealismo victoriano e incluso a romper una lanza en favor de la religiosidad puritana, sobre todo por una oscura simpatía subconsciente hacia cualquier religión. Pero, en realidad, por un proceso de eliminación, llegamos a la conclusión de que lo más razonable y prometedor era una religiosidad no puritana, para finalmente acabar, aunque de forma bastante independiente, en la misma Iglesia. Creo que fue estupendo que pudiéramos poner a prueba la resistencia de nuestros argumentos lógicos en un combate mutuo. Incluso añadiré algo que suena a fanfarronada, aunque pretenda ser un homenaje. Diré que el hombre acostumbrado a discutir con Cecil Chesterton no tiene por qué temer discutir con nadie.

El director del *New Statesman*, un crítico agudo de una escuela muy diferente a la nuestra, me dijo hace poco. «Su hermano era el polemista más brillante que yo haya oído jamás y del que mejor me han hablado», y, por supuesto, esos editores han conocido a todos los políticos y oradores populares. Las cualidades de su oratoria eran la lógica y la lucidez combinadas con una osadía violenta y sorprendente. Desde luego ilustraba lo que creo que es un error extendido respecto a la lógica. Con frecuencia se presenta al lógico como un pedante, una persona flaca y frígida, de cutis pálido. Tanto por mi experiencia como por la historia, he visto que generalmente se trata de gente pictórica y afectuosa que posee el don del pensamiento claro y coherente. Charles Fox era así, Danton era así, y Cecil Chesterton era también así. En sus relaciones personales, tenía todo eso que he definido como la sencillez y firmeza de los Chesterton, y sus afectos eran particularmente estables y tranquilos, pero en la batalla tenía la belicosidad e intransigencia de un toro. Daba la impresión de que no deseaba vivir mientras quedara una falacia viva, y ciertamente era incapaz de dejar a un lado ni una sola. El desarrollo de sus ideas políticas divergió totalmente del mío. Cuando trabajé junto a los *pro-bóers* del *Daily News* y generalmente defendí la causa liberal, aunque de manera mucho más romántica que muchos liberales, él se inclinó hacia una especie de democracia conservadora práctica y cada vez más impregnada del socialismo de Sydney Webb y Bernard Shaw. Finalmente, se convirtió en un miembro activo del Ejecutivo fabiano. Pero lo más importante es que dentro de él había una viva y amenazadora intolerancia, un verdadero odio hacia las corrupciones e hipocresías de la política moderna y una extraordinaria creencia en la importancia de decir la verdad.

Ya he apuntado que, aunque yo creía en el liberalismo, encontraba difícil creer en los liberales. Quizá fuera más preciso decir que encontraba difícil creer en la política, porque la realidad parecía casi irreal cuando se la comparaba con la información o los datos que se tenían de ella. Podría dar veinte ejemplos que ilustraran lo que quiero decir, pero sólo serían conjeturas, ya que la propia duda era dudosa. Recuerdo haber asistido a un gran club liberal y haber deambulado por un enorme salón abarrotado de gente; en algún

lugar, al fondo, un caballero calvo, con barba, leía en voz baja unas notas. No era de extrañar que no le prestásemos atención, porque de todos modos no le hubiéramos oído; pero creo que muchos de nosotros ni siquiera lo vimos. Nos movíamos, nos desplazábamos y chocábamos unos con otros; me tropecé con varios amigos e intercambiamos unas palabras; eran Bentley, Belloc, Hammond y los otros. Hablábamos normalmente; es posible, aunque no sea seguro, que alguno preguntara, sin darle mayor importancia, qué pasaba en la otra punta del salón. Luego, continuamos deambulando juntos hablando de cosas importantes o que nos parecían importantes.

A la mañana siguiente, en la primera página de mi periódico liberal aparecía en letras gigantes el siguiente titular: «Lord Spencer despliega el estandarte». Bajo este titular había otros, también en letra grande, sobre el modo en que él había tocado la trompeta del librecambismo y sobre cómo su sonido retumbaría por toda Inglaterra para reagrupar a todos los librecambistas. Si se examinaba con atención, parecía que los inaudibles comentarios que el viejo caballero había leído en aquellas notas eran argumentos económicos a favor del librecambismo y, por lo que sé, eran excelentes. Pero el contraste entre lo que aquel orador fue para la gente que lo escuchó y lo que era para los miles de lectores del periódico que no le escucharon era tan enorme y desproporcionado que creo que nunca logré sobreponerme a ello. A partir de entonces, supe lo que querían decir o lo que se podía entender con titulares como «Escena en el Parlamento», «Reto desde la tribuna» o cualquiera de esos acontecimientos sensacionalistas que suceden en los periódicos y en ningún otro sitio más.

Esta sensación de irrealidad en la lucha partidista que poco a poco me invadía invadió mucho más rápidamente a mi hermano y a mi amigo Belloc, porque ellos tenían un temperamento más rápido y audaz. Formaron una especie de sociedad para estudiar el tema y el resultado de aquella unión fue un libro que produjo un efecto considerable, a pesar de que, obviamente, en aquel momento, el efecto fuera sobre todo de irritación e incredulidad. Colaboraron en una obra titulada *The Party System*, en la que sostenían la tesis general de que realmente los partidos no existían, aunque desde luego existiera un sistema. Según su punto de vista, había un sistema de rotación alrededor de un grupo central compuesto por los políticos más importantes de cada partido o, como muy apropiadamente se les denominaba en el libro, «Los escaños delanteros». De cara al público, se mantenía un conflicto irreal, en parte con la ayuda inocente del pueblo, pero verdaderamente había más cercanía entre el presidente del Parlamento y el líder de la oposición que la que existía entre cualquiera de ellos y sus respectivos seguidores si dejamos a un lado a los propios componentes de cada grupo. Esta era la tesis mantenida en el libro y, de momento, en lo que respecta a esta narración, lo importante no es si la tesis era verdadera o falsa, sino los efectos personales provocados por la alianza

entre sus autores. El punto de vista sostenido atrajo la suficiente atención para hacer que unos cuantos defensores de la idea lanzaran un periódico semanal; Belloc era el director y Cecil Chesterton el subdirector; al principio, yo colaboraba esporádicamente con un artículo que acabó teniendo una periodicidad semanal.

En Inglaterra nunca había existido nada parecido al Eye-Witness; por lo menos los más viejos del lugar no lo recordaban; ni desde entonces ha vuelto a haberlo. Pero su novedad y originalidad no pueden medirla los que sólo pueden compararlo con lo que ha ocurrido en Inglaterra a partir de aquel momento. Es una paradoja evidente y cierta que algo original no puede tener éxito y seguir siendo al mismo tiempo original. No podemos apreciar lo sorprendente que debió de resultar que nos dijeran que la tierra era redonda si real e invariablemente habíamos pensado que era plana. Hoy en día, por decirlo de algún modo, su redondez se ha convertido en algo más plano que su planicie, en un aburrido lugar común, y lo único que nos alteraría sería ponerlo en tela de juicio. Lo mismo pasa con las revoluciones políticas y lo mismo pasó con la considerable revolución que introdujo el Eye-Witness en el periodismo inglés. Nadie que no hubiera sido educado —como yo lo fui— en aquella clase media victoriana, lectora habitual de periódicos, podía calibrar el cambio. No es necesario que discutamos aquí sobre todo lo que puede decirse a favor y en contra del idealismo, el optimismo, el sentimentalismo, la hipocresía o las virtudes de la época victoriana. Baste decir que el periódico se asentaba sólidamente en algunas convicciones sociales que no sólo eran convenciones. Una de ellas era la creencia de que la política inglesa no sólo estaba libre de corrupción política, sino también de motivaciones personales respecto al dinero. Había un punto de orgullo patriótico que ponía límite a los movimientos más feroces de ira partidista. Recuerdo que los viejos conservadores como mi abuelo se detenían en medio de sus invectivas acusatorias sobre la conducta demoníaca de Mr. Gladstone —«Dios no permita que yo insinúe que un Primer Ministro inglés...»— para descartar la más leve sospecha de que existieran demonios que no fueran la ambición y la envidia, que desgarraban el espíritu de nuestros estadistas menos «rectos», como dice Milton. No; es posible que los franceses hubieran descubierto el valor negociable de las monedas del reino, que los italianos y los austríacos pensarán que merece la pena doblar sus ingresos, que los estadistas de Bulgaria y Bolivia tuvieran alguna idea de lo que significa el dinero; sin embargo, los políticos ingleses pasaban su vida en un trance de arrobamiento, como el de Mr. Skimpole, con la mirada fija en las fijas estrellas, sin preguntarse nunca si la política les había enriquecido o empobrecido, y recibían su salario con un gesto de sorpresa.

Bueno, para bien o para mal, todo eso se acabó. Y lo que acabó con ello, fue, en primer lugar, la explosión periodística que se llamó el Eye-Witness y

en especial, su modo de abordar el caso Marconi y el asunto de la venta de títulos nobiliarios. Claro que, en cierto sentido, como luego explicaré, el mundo no estuvo a la altura para seguir el ejemplo de aquellos particulares líderes, y desde entonces no ha habido nada que recordara sus mordaces y personales denuncias. Pero el tono general ha cambiado por completo. A todo el mundo le resultan hoy familiares las burlas contra los políticos, los chistes sobre sobornos a políticos, las alusiones periodísticas a la venta de honores o los fondos reservados del partido; sobre todo, hoy en día nadie se sorprende por esto. Ojalá se sorprendieran o, dicho de otra forma, se avergonzaran. Si se avergonzaran, podrían hacer algo por cambiarlo, porque, en último término, ese es el punto más débil de lo que se pone de manifiesto. El objetivo del Eye-Witness fue que el público inglés supiera y se preocupara del peligro que suponía la corrupción política. Hoy es seguro que el público no lo sabe, aunque no sea tan seguro decir que no le preocupe. Y hemos de advertir a la generación más cínica y realista que nos rodea que no confíe tanto en su superioridad frente al defraudado y embaucado siglo XIX. Sé que mis tíos victorianos no sabían cómo se gobernaba realmente Inglaterra, pero tengo sólidas sospechas de que si lo hubieran sabido se habrían sentido horrorizados, no divertidos, y habrían intentado acabar con ello de alguna manera. Nadie intenta acabar con ello ahora.

Está de moda dividir la historia reciente en situaciones prebélicas y postbélicas. Creo que sería igualmente importante dividirla en la época pre-Marconi y post-Marconi. Durante la agitación producida por el affair Marconi, el inglés de la calle perdió su indefectible ignorancia o, en lenguaje ordinario, su inocencia. Y como resultó que tuve un papel —secundario, desde luego, pero preciso—, en la batalla que se desató sobre este asunto y como, en cualquier caso, todo lo que mi hermano hacía tenía para mí y mis asuntos una enorme importancia, no estará de más que me detenga un momento sobre este peculiar asunto, que fue, en su época, sistemáticamente tergiversado y que todavía hoy es malinterpretado por muchos. Creo que es probable que pasen siglos hasta que pueda verse con claridad y en su correcta perspectiva; entonces se entenderá que fue uno de los momentos cruciales en la historia de Inglaterra y del mundo.

Hay muchas leyendas sobre aquello. Una de ellas, por ejemplo, es que denunciábamos a ciertos ministros del gobierno por haber especulado en Bolsa. Es más que probable que nos burlásemos de un hombre como Mr. Lloyd George, que se convirtió en el vocero de la Conciencia Disidente e incitaba a las distintas confesiones religiosas a que exhibieran el viejo espíritu luchador puritano mientras él aparecía mezclado en transacciones especulativas; de la misma forma que denunciaríamos a un político que bebiera champán e intentara montar una campaña a favor de la prohibición de su consumo. Pero no lo denunciaríamos por beber champán, sino por prohibirlo. De igual

manera, no denunciaríamos a un político puritano por jugar en Bolsa, sino por hablar como si nadie tuviera derecho a hacerlo. Huelga decir que mi hermano no se escandalizaba por el hecho de que alguien apostara, aunque posiblemente él le recomendaría que arriesgara el dinero en el Derby o en las Oaks antes que en la Bolsa. En realidad, la idea de que todo aquello era simplemente un asunto de especulación en Bolsa era una patraña, una patraña esgrimida por los políticos de la época para enmascarar los hechos. Se acusó al ministerio relacionado con el caso Marconi de haber cobrado comisiones, de que el negociador gubernamental de un contrato, en proceso de estudio y aceptación por parte del gobierno, les hubiera «dejado meter la mano». En realidad, parecía que se daban todas las condiciones para lo que comúnmente se llama una «comisión secreta». Podría discutirse si el que los políticos aceptaran la comisión influyó o no en la aceptación del contrato; pero lo que se debatía era la existencia de un contrato y una comisión, y no las pequeñas inversiones en acciones y valores. El hecho central de aquella situación era que el negociador con el que el gobierno había tratado era hermano de uno de los miembros del gobierno. El extraordinario monopolio que el gobierno otorgaba a la compañía Marconi se lo otorgaba en realidad a su director general, Mr. Godfrey Isaacs, hermano de Sir Rufus Isaacs, por entonces fiscal general. Solamente estos hechos ya justificaban por lo menos una investigación, y los primeros esfuerzos de toda la clase política estuvieron dirigidos a evitar cualquier investigación.

Hasta que el director del Eye-Witness no obligó a los políticos a revelar algo, los políticos rechazaron que hubiera algo que revelar. Mr. Lloyd George hablaba de meros rumores sin fundamento que «pasaban de una lengua viperina a otra». Aquel Samuel que por entonces ocupaba un cargo en el gobierno se puso en pie y aseguró por las buenas que ninguno de sus colegas había tenido nunca conexión financiera con aquella Compañía, aludiendo vagamente a la Compañía Marconi. Sir Rufus Isaacs sostuvo lo mismo con casi idénticas palabras. De hecho, trazó una imagen pintoresca de la relación distante y casi gélida entre él y Mr. Godfrey Isaacs; comentó haberse encontrado con su hermano en una «ceremonia familiar» y haber oído allí por primera vez el éxito del contrato firmado por su gobierno. Mientras tanto, mi hermano, que se había hecho cargo de la dirección del periódico y lo había rebautizado como el New Witness, continuó un ataque declaradamente violento, por no decir hiperbólico, contra los Isaacs, pero, sobre todo, un ataque centrado y dirigido contra la actividad previa de Mr. Godfrey Isaacs como promotor de compañías efímeras. Finalmente, para gran regocijo de mi hermano, Mr. Godfrey Isaacs puso una demanda a Cecil Edward Chesterton acusándole de difamación. Resulta curioso que el mismo día en que recibieron la respuesta de mi hermano, en la que anunciaba que justificaría o probaría sus acusaciones, los políticos dieron el primer paso encaminado a decir una parte

de la verdad. A primera vista, el paso puede parecer extraño. Consistió en demandar por difamación al periódico francés Le Matin.

Parece extraño, porque había unos cuantos insignes periódicos ingleses a los que habrían podido demandar. Estaba el New Witness pidiendo a gritos que le demandaran semana tras semana. El Morning Post, que decía cosas casi tan fuertes como el anterior; luego, estaba Mr. Maxse, en el National Review, que también decía cosas igualmente fuertes. Tanto me divirtió la inconsecuencia de aquella derivación hacia la prensa extranjera que publiqué unos versos en el New Witness que empezaban así:

Atrapo ofensas tan rápido,
mi espíritu es tan elevado
que si alguien me insulta
un extranjero debe morir.
Me querellé por daños,
pues el Times me llamó «ladrón»,
contra un periódico de Alsacia,
Le Juif se llama la publicación.
Y cuando el Morning Post desenterró
crímenes por mí planeados,
un órgano financiero polaco
inmediatamente se disculpó.
Sé que suena confuso,
pero, como Mr. Lammie afirmó,
la ira de un caballero
hierva en mi cerebro.

Desde luego, el método nos es ahora familiar. Siempre se demanda a algún tonto que tiene los datos equivocados, en lugar de demandar al crítico serio que tiene los datos correctos. Y, en el caso de Le Matin, la ocasión se aprovechó únicamente como una oportunidad para que los ministerios involucrados dieran su propia versión de los hechos antes de que fuera demasiado tarde. Para gran asombro y disgusto de muchos, admitieron que, a pesar de las tranquilizadoras observaciones hechas en el Parlamento, era cierto que habían recibido un buen número de acciones de la sucursal americana de la Compañía Marconi. La mayoría de los liberales leales que les apoyaban se

quedaron boquiabiertos, pero, en la prensa controlada por el partido, el asunto se blanqueó debidamente. Desde luego, la prensa conservadora típica habría hecho exactamente lo mismo con un escándalo conservador típico, que, por cierto, eran abundantes. Pero me gustaría nombrar e inscribir aquí, honoris causa y en honor a él mismo y al verdadero credo radical, el nombre del desaparecido H. W. Massingham, director de The Nation, el único que en aquella crisis habló y actuó como un hombre. Era tan leal al «Partido de la paz, el ahorro y la reforma» como cualquiera de los demás, pero su lealtad no le impidió darse cuenta por un momento del peligro moral que el partido corría. Tras leer la explicación ofrecida en Le Matin, se dirigió a su periódico, conmovido y horrorizado, e hizo imprimir las siguientes palabras: «La corrupción política es el talón de Aquiles del liberalismo».

Posteriormente se intentó justificar todo este cúmulo de inconsistencias y contradicciones explicando que las acciones se habían adquirido a la sucursal americana de la empresa y que las explicaciones parlamentarias se habían referido sólo a «esta Compañía». He de confesar que me habría sentido mucho más transigente con esta patraña si no hubiera sido por las explicaciones. Después de todos estos años, podría fácilmente olvidar y perdonar si los políticos hubieran dicho que habían mentido, como lo hacen los colegas, por lealtad a su propia clase o club; y bajo ciertas convenciones de autodefensa parlamentaria, podría incluso pensar que esta fidelidad convencional no era simplemente deshonrosa, sino una pervertida forma de honor. Pero si dicen que una afirmación de esa clase no era un embuste, porque la palabra «americana» se había suprimido, entonces (lamento decirlo) sólo podría concluir que desconocían el significado de la verdad. La prueba es sencillísima. Supongamos que se hubieran levantado y contado la verdad diciendo simplemente: «Estos ministros tienen acciones de la Marconi americana, pero no de la inglesa»; el resultado habría supuesto una conmoción que deseaban evitar y que consiguieron evitar. Dicho de otra forma, en lo referente a las teorías que sustentaban sus propias acciones, deseaban engañar y consiguieron hacerlo. Que engañaran por un equívoco verbal implícito en el doble sentido de la frase «esta Compañía» no lo mejora, sino que lo empeora. No obstante, sus ideas morales eran tan confusas que ni siquiera era necesario creerse la explicación de su explicación; incluso es posible que su auténtico motivo fuera mejor que su falsa excusa y que su mentira fuera más leal de lo que tuvieron el valor de confesar.

Otra de las leyendas sobre el caso Marconi, que flotaba como una nube y oscurecía su verdadero perfil, es la idea de que la declaración de culpabilidad y la multa de 100 libras impuesta a mi hermano eran la respuesta legal al ataque contra los ministros implicados en el escándalo Marconi. Esto, como dicen los abogados, es una cuestión de hecho y de derecho, y falsa en ambos casos. Mr. Phillimore, juez del Tribunal Supremo, que estaba en contra de

nuestra demanda más allá de los límites meramente jurídicos, era sin embargo un abogado muy lúcido y preciso, y no dejó la menor duda sobre este punto concreto. En su resumen, hizo especial hincapié en que el jurado no tenía que dictaminar sobre la especulación de los ministros en Bolsa con valores Marconi; en que su veredicto no debía responder de un modo u otro al problema político y en que a ellos sólo les competía decidir si el individuo Cecil Chesterton había descrito con justicia al individuo Godfrey Isaacs en su actividad previa al caso Marconi como promotor de empresas. Se adoctrinó al jurado para que decidiera —y desde luego así lo decidió— que la descripción del promotor de empresas era injusta, pero el jurado no decidió y expresamente se les dijo que no eran competentes para ello y que la conducta de los ministros del caso Marconi era justa.

Poco importa cómo fuera realmente Godfrey Isaacs, pues ahora ya está muerto; y desde luego, no voy a desenterrar las compañías extintas del pobre individuo. Tal vez sólo haya un par de cosas que añadir a esta parte personal de la historia, y creo que ambas merecen la pena. Una de ellas responde a uno de los rasgos característicos de mi hermano. Cuando usaba sin dudarle aquel violento vocabulario al estilo Cobbett para atacar a Godfrey Isaacs y a los demás, en realidad no albergaba contra ellos el menor resentimiento, ni siquiera de irritación. En privado, siempre hablaba de los hermanos Isaacs y de su grupo con total buen humor y consideración y reconocía sus virtudes judías de lealtad a la familia y demás, e incluso encontraba excusas para los otros políticos. En realidad, la actitud típica de nuestro grupo —acusado de fanático antisemitismo— fue siempre la de una mayor disposición para excusar a los judíos que a los gentiles. Esa es otra de las leyendas del caso Marconi: el ataque contra los judíos. Como dijo Mr. Belloc en su declaración, sería difícil pensar en alguien menos judío que Mr. Lloyd George. Y a esto hay que añadir una curiosa e irónica conclusión: años después, mi hermano recibió los últimos sacramentos y murió en un hospital de Francia, y su viejo enemigo, Godfrey Isaacs, moría poco después tras haberse convertido al mismo catolicismo universal. Nadie se habría alegrado más que mi hermano, ni con menos amargura ni más sencillez. Esa es la única reconciliación capaz de reconciliar a cualquiera. *Requiescant in pace.*

Finalmente, merece la pena señalar que la última y menos merecida leyenda sobre el caso Marconi fue la de que mi hermano y Mr. Belloc habían roto sus relaciones, porque, en su declaración ante los jueces, Mr. Belloc se había referido a mi hermano como director responsable de los últimos números del periódico. Como alguien que estuvo presente en todas las reuniones y naturalmente predispuesto a favor de mi hermano, puedo testificar que no hubo nunca una palabra de verdad en aquella supuesta división o desertión. La táctica de mi hermano al exigir responder personalmente a todas las preguntas puede haber sido acertada o errónea, y yo mismo tengo mis

dudas sobre su acierto. Pero, al margen de eso, él la adoptó de acuerdo con Mr. Belloc, como parte de su política común, y, por iniciativa mía, poco después, mi hermano insertó una nota en el periódico que explicaba este sencillo hecho. El resultado fue simple y significativo. La Comisión no se atrevió nunca a llamarle. Por lo demás, el escándalo político se trató como todos los demás escándalos políticos. Se nombró una comisión parlamentaria que informó de que todo estaba en perfecto orden. Se publicó un informe de la minoría que notificaba que algunas cosas no eran tan perfectas, y la vida política (si a eso se le puede llamar vida) continuó como antes. Pero lo que me hace reír es pensar en el pobre tory, que indignado, confuso y honesto leía el Morning Post e imaginaba que la caballería tory atacaba la fortaleza del radicalismo corrupto, cuando leía los debates parlamentarios sobre aquel tema y especialmente el pasaje en el que Arthur Balfour decía que había que juzgar a hombres como Lloyd George (a quien conocían tan bien y querían tanto) con mayor benevolencia que a un extraño cualquiera. Los pobres de la Primrose League debían de estar terriblemente desconcertados ante el trato tan benevolente dispensado a los parlamentarios de los «escaños delanteros». Habrían encontrado la respuesta al problema en un libro titulado *The Party System*.

Poco después de que el asunto hubiera concluido —tal como concluyen estos asuntos en la moderna Inglaterra, con un veredicto formal y un comité encargado de blanquearlo todo—, nuestros políticos y nuestra vida cotidiana se vieron sacudidos por el terremoto externo de la Gran Guerra. No obstante, la desconexión entre ambos asuntos no era tan absoluta como algunos suponen, porque, en cierto modo, lo que animó a Prusia a atacar fue la enorme exageración de la severidad, no diré de los orangistas, pero sí de la severidad con que los ingleses juzgan al orangista. Y aquel peligro de guerra civil en Irlanda del Norte se agitó hasta el absurdo como un recurso para probar que, después de todo, el sistema de partidos significaba algo. Durante mucho tiempo, la cuestión irlandesa había sido la única cosa viva en el Parlamento inglés. Era algo vivo porque estaba relacionado con la religión, o con dos religiones, y cuando la cuestión irlandesa pasó a segundo término, el sistema parlamentario inglés se desmoronó visiblemente. Pero había otras formas en las que el asunto de la corrupción siguió afectando al país durante la guerra, como el escándalo del tráfico de drogas y que las empresas siguieran comerciando descaradamente con el enemigo. Pero, en realidad, la conexión con el mal se remontaba mucho más atrás que eso. De hecho, se remonta al principio de la guerra, aunque mucha gente empezó a comprenderlo sólo mucho después.

Si me preguntaran quién produjo o precipitó la Gran Guerra (en el sentido de quién impidió que se impidiera), respondería algo que sorprendería a casi todos los grupos de opinión y casi seguro que al propio responsable. No diría

el Kaiser, porque esa simplificación era sólo uno de los muchos fantasmas británicos, como Kruger anteriormente o Mussolini después, aunque estoy bastante seguro de que el mal surgió originalmente con el poder de Prusia. Mucho menos diría que el Zar de Rusia o el fanático eslavo que cometió el crimen de Sarajevo. Mucho después de que los actos y actitudes de toda esta gente se hubieran admitido, habría sido perfectamente posible evitar la guerra y casi todo el mundo quería evitarla. He de decir que el bravucón que la precipitó cuando otros podrían haberla evitado fue una especie de cuáquero respetable del tipo del viejo Mr. Cadbury, a quien conocí y serví en mi juventud.

Y todo surgió de la existencia del sistema de partidos o, mejor dicho, en cierto sentido, de la ausencia de un sistema de partidos. Cuando la teoría pública de algo es diferente de su realidad práctica, siempre hay un pacto de silencio que no se puede romper porque hay cosas que no deben decirse en público. Lo que en este caso se ocultaba ilustraba perfectamente la tesis del libro titulado *The Party System*: realmente no había dos partidos que se alternaban en el gobierno, sino un solo grupo real, el de «los escaños delanteros», que gobernaba siempre. El hecho importante aquí es que la política de exteriores de Asquith y Grey no difería vitalmente de la que hubieran podido llevar a cabo Balfour y Bonar Law. Todos eran patriotas en este punto. Personalmente creo que todos tenían razón, pero, en cualquier caso, pensaban que Inglaterra tendría que intervenir si Alemania amenazaba a Francia. Todos pensaban eso, y si lo hubieran dicho así y lo hubieran dicho unos meses antes, Alemania jamás habría desafiado al poder que suponía aquella alianza, y mi hermano y otros muchos millones andarían por ahí vivos todavía.

Los líderes liberales no podían decirlo, no por miedo al partido liberal, dejando aparte al pueblo, sino por temor a las poderosas fuerzas que sostenían al partido liberal y que, por tanto, sostenían el sistema de partidos. Y tal como funciona nuestra política partidista, un partido se sostiene no tanto por las luchas como por las huchas. A estas huchas se les llama «los tendones de la guerra», y sólo Dios sabe el porqué de esta extraordinaria metáfora. Se llenan con la venta de títulos nobiliarios a hombres ricos y con toda suerte de métodos ignominiosos, aunque aquí no se usaran tales métodos. Muchos de los que apoyaban al partido, y por supuesto Mr. Cadbury, lo hacían con absoluta buena fe, especialmente en su apoyo a la paz. Pero otros muchos eran cuáqueros simplemente porque los cuáqueros contaban en sus filas con una minoría de millonarios, un grupo mucho menor pero mucho más rico que el partido liberal en conjunto. El propio establecimiento de la moderna política de partidos es tal que un gobierno tiene que apaciguar a esos partidarios y simular que representa sus ideales, sus prejuicios o como queramos llamarlos. En resumen, todo aquello era y sigue siendo pura plutocracia, pero no se trata

de que, en este caso concreto, la culpa fuera de este grupo de plutócratas.

Ese creciente número de intelectuales que se alegra de decir que la democracia ha fracasado no tiene en cuenta la desgracia mucho más aciaga de que la plutocracia haya triunfado. Quiero decir que ha tenido el único éxito que era posible, porque la plutocracia no tiene filosofía ni moral ni siquiera significado; sólo puede tener éxito material, es decir, un éxito rastrero. La plutocracia sólo puede significar el éxito de los plutócratas en ser plutócratas. Sin embargo, disfrutaron de esto hasta hace poco, cuando una decisión económica les sacudió como un terremoto. Con la democracia sucede exactamente lo contrario. Es cierto que podemos decir que la democracia ha fracasado, pero eso sólo significa que ha fracasado su puesta en práctica. Es una tontería decir que los complejos y centralizados Estados capitalistas de los últimos cien años han sufrido por una extravagante idea de la igualdad de los hombres o por la simplicidad del ser humano. Lo máximo que podríamos decir es que la teoría cívica ha proporcionado una suerte de ficción legal a la que un hombre rico se podía acoger para gobernar una civilización cuando antes sólo podía gobernar una ciudad, o con la que un usurero podía lanzar sus redes sobre seis naciones cuando antes sólo podía lanzarlas sobre una aldea. Pero la influencia de los pacifistas en el gobierno Liberal justo antes de la Gran Guerra es la prueba definitiva de que la plutocracia, y no la democracia, es la causante de que las instituciones se hayan convertido en algo tan impopular. Sólo hay que preguntar exactamente cuánto contaban aquellos pacifistas radicales para las arcas del partido y cuánto contaban en el partido.

Ningún agente de campaña electoral, por activo y vehemente que fuera, se hubiera asustado en exceso por el voto de los cuáqueros; les habría prestado la atención normal que hubiera dado a los votos de los Plymouth Brethen o los Peculiar People, que con toda probabilidad tenían la costumbre de votar a los liberales. No hay suficientes cuáqueros para provocar una victoria aplastante en unas elecciones generales. Según la naturaleza de la política moderna, y por culpa de nadie en particular, el punto clave y el eje de la situación no era la gran proporción de hombres cuáqueros, sino la gran proporción de cuáqueros millonarios. Y puesto que, en el mejor de los casos, esta situación es mala, igual que los cuáqueros son sinceros en su pacifismo, no podemos ni siquiera imaginar cómo sería en el peor de los casos una situación tan mala. En el peor significaba que la peor calaña de traidores comerciara —y así lo hicieron— con el enemigo durante toda la guerra; que la peor calaña de carroñeros chantajeara —y así lo hicieron— como sanguijuelas a su propio país para conseguir beneficios en el momento de máximo peligro; que la peor calaña de políticos jugara a lo que quisiera con el honor de Inglaterra y la felicidad de Europa si cualquier vulgar especulador millonario les respaldaba y apoyaba, y que estos groseros intereses estuvieran a punto de conducirnos a la bancarrota total en la mayor crisis de nuestra historia, porque el Parlamento había pasado

a significar únicamente el gobierno secreto de los ricos.

Así acabó el último intento serio de depurar el Parlamento, la antigua institución de los ingleses. Algunos años antes, se había hecho un intento similar en Francia, inspirado en la caballerosidad de Déroulède, que actuó con el mismo espíritu cristiano y marcial que Belloc y mi hermano. Aquello también había fracasado, y los parlamentos continuaron prosperando, es decir, continuaron corrompiéndose. Hemos sobrevivido para ver esta última fase. La revuelta contra esa podredumbre en las instituciones representativas estalló más al sur, a las mismas puertas de Roma, y esa vez no fracasó. Pero ha traído cambios que no resultan cómodos para quien ama la libertad y el antiguo concepto inglés de un Parlamento libre. Me siento orgulloso de haber estado entre los que intentaron salvarlo, incluso aunque fuera demasiado tarde.

X

AMISTAD Y TONTERÍAS

Hay algunos que se quejan de que un hombre no haga nada; los hay —aún más misterioso y sorprendente— que se quejan de no tener nada que hacer. Cuando tienen ante sí el regalo de unas hermosas horas o días de ocio, gruñen ante su ociosidad. Cuando se les concede el don de la soledad, que es el don de la libertad, lo tiran a la basura y lo destruyen deliberadamente con algún espantoso juego de cartas o algún baile. Sólo hablo en mi propio nombre y ya sé que tiene que haber de todo en el mundo, pero no puedo reprimir un escalofrío cuando los veo tirar por la borda sus bien ganadas vacaciones realizando alguna actividad. Por mi parte, jamás me canso de no hacer nada. Siento como si nunca hubiera tenido el suficiente tiempo libre para desplegar siquiera una décima parte de mi acervo vital e intelectual. Huelga decir que no hay nada particularmente misantrópico en este deseo de soledad, sino más bien lo contrario. Como ya he dicho, en mi malsana adolescencia, a veces me sentía espantosamente solo en sociedad, pero en mi edad adulta, nunca me he sentido más sociable que cuando estoy solo.

Ya he aparecido aquí como un lunático; ahora sólo quiero añadir que en ocasiones he sido un lunático feliz y en otras, desgraciado. Y como he mencionado la alegría de la soledad, resultará apropiadamente excéntrico pasar en seguida a la alegría de tantas bromas con tantos compañeros, y sobre todo, estará bien empezar con mis mejores compañías. No voy a contar mi luna de miel, de la que ya he comentado algunos de los incidentes más cómicos. Después de casarnos, mi esposa y yo vivimos durante un año aproximadamente en Kensington, el barrio de mi infancia, pero creo que los

dos sabíamos que aquel no era el auténtico lugar de nuestra residencia. Recuerdo que un día decidimos salir a dar una vuelta, como una especie de segunda luna de miel, y emprendimos un viaje al vacío, un viaje deliberadamente sin destino. Vi pasar un autobús con el letrero «Hanwell» y como sentí que era un presagio apropiado, subimos a él y nos bajamos en una estación perdida en la que pregunté al hombre de la taquilla adónde se dirigía el próximo tren. Me respondió con un pedante: «¿Dónde quieren ir?». Yo le respondí con un profundo y filosófico: «Donde vaya el próximo tren». Parece que iba a Slough, lo que puede considerarse un gusto muy particular, incluso para un tren. No obstante, fuimos a Slough y desde allí emprendimos la marcha a pie sin la más mínima idea de adónde íbamos. Atravesamos un tranquilo y amplio cruce de caminos en una especie de pueblo y nos detuvimos en una posada llamada «El Ciervo Blanco». Preguntamos cómo se llamaba aquel lugar y nos contestaron que Beaconsfield, así que nos dijimos el uno al otro: «En un lugar así tendremos nuestra casa algún día».

Las cosas que me vienen a la memoria, cosas que mereció la pena hacer y merece la pena recordar, son una serie de absurdas comedias y escapadas con mis compañeros, impregnadas de su conversación y coloreadas con sus personalidades. Belloc aún espera un Boswell. Su vitalidad y su despierta personalidad son una continuación de las del Dr. Johnson; a pesar de haber sufrido pérdidas personales y, en los últimos años, no poca soledad, tiene todo el derecho a decir, como el hombre de la canción que él mismo escribió:

Para ti que todo lo aceptaste y sólo tres cosas dejaste,
una voz potente para cantar, ojos limpios para mirar
y una fuente de vida que nunca cesa de manar.

Bentley o Conrad Noel eran personajes que podrían haber aparecido en cualquier comedia; y las frivolidades de Maurice Baring eran merecedoras de algún fantástico macaroni o increíble del siglo XVIII.

Entre los recuerdos que me vienen a la memoria, como traídos por un viento sobre las Downs, está el de aquel día de invierno en el que Belloc nos arrastró por Sussex en busca del nacimiento del río Arun. En el grupo estaban su esposa y la mía; ninguno de los dos llevaba mucho tiempo casado y seguramente sabíamos menos que ahora de la diversidad del temperamento humano, por no hablar de la temperatura. A él y a mí nos encantaba el frío; a mi esposa y a la suya, una deliciosa californiana, no les gustaba en absoluto. Por supuesto, encontramos el nacimiento del Arun en las colinas y, desde luego, era uno de los paisajes más hermosos que he visto en mi vida; diría que el más clásico, porque brotaba de una pequeña poza —parcialmente helada— en un bosquecillo de árboles esbeltos, plateados de escarcha, que parecían los pálidos y delicados pilares de un templo, pero creo que las señoras, aunque

ambas sensibles al paisaje, contemplaban aquel frío paraíso con una mirada helada. Cuando nos dimos cuenta, Belloc propuso inmediatamente tomarnos un gran vaso de ron caliente en una taberna cercana, y nos sorprendió que las damas considerasen peor el remedio que la enfermedad. No obstante, nosotros, que no teníamos frío, nos tomamos el ron encantados y Belloc, que siempre repetía fragmentos que le gustaban de poemas recién descubiertos, lanzaba a intervalos los versos de Miss Coleridge:

Éramos jóvenes, alegres, éramos muy sabios,
abiertas de par en par las puertas de nuestra fiesta;
una mujer pasó por delante con el oeste en sus ojos
y un hombre con la espalda hacia el este.

En lo que a nosotros se refería, no hay duda de que éramos jóvenes y alegres, pero a veces he dudado que fuéramos tan sabios.

Luego volvimos a casa de Belloc, en la que se dedicó a neutralizar los efectos del calor reparador del ron abriendo y cerrando la puerta de par en par, para salir como un cohete al jardín a mirar por el telescopio (era una noche fría y estrellada) llamando a gritos a las señoras para que salieran a contemplar a Dios fabricando energía. Su esposa declinó la invitación con cierto humor, a lo que él respondió alegremente:

Éramos jóvenes, alegres, éramos muy sabios,
abiertas de par en par las puertas de nuestra fiesta;
una mujer pasó por delante con el oeste en sus ojos
y un hombre con la espalda hacia el este.

Sin embargo, no hace falta decir que su hospitalidad culminó en un magnífico festín regado con vino y en un estado de cálida alegría; pero ahí ha quedado una especie de leyenda sobre aquel día de invierno, en el que algunos de nosotros estábamos más interesados en el barómetro que en el telescopio. El aspecto femenino de la historia se encarnó más tarde en el eco perdurable de este estribillo:

Teníamos frío, helados, medio muertos,
y las puertas permanecían abiertas por el deseo;
y frente a nosotros una mujer con frío en la cabeza
y un hombre con la espalda en el fuego.

Esas son las tonterías que me vienen a la memoria, pues creo que la vida auténtica de una persona debería estar hecha casi exclusivamente de estas

cosas. Pero resulta muy difícil escribir la vida auténtica de cualquiera, y como ya he fracasado en un par de ocasiones al intentar hacerlo con las de otras personas, no me hago muchas ilusiones de que sepa hacerlo realmente con la mía.

Recuerdo otro incidente privado bastante ridículo que tiene mayor cantidad de lo que podría llamarse interés público, ya que se refiere al encuentro de Belloc con un famosísimo y distinguido autor; creo que aquel encuentro fue la comedia de enredo más cómica que se haya representado nunca. Se podrían escribir libros sobre su significado social, nacional, internacional e histórico. Inglaterra aparecía reflejada en cuerpo y alma y, sin embargo, puede parecer una anécdota sosa, de puro sutil y aguda que es su gracia.

Un verano, alquilamos una casa en Rye, esa isla maravillosa, tierra adentro, coronada con un pueblo como una ciudadela, como una colina en un cuadro medieval. Resultó que la casa junto a la nuestra era la antigua mansión con paneles de roble que había atraído, casi podríamos decir que desde la otra orilla del Atlántico, la mirada aquilina de Henry James. Henry James era un americano que había reaccionado contra América y había impregnado su sensible psicología de todo lo inglés en su aspecto más anticuado y aristocrático. En su búsqueda de los matices más delicados entre las sombras del pasado, era perfectamente predecible que de todas las ciudades, él elegiría esta ciudad y de todas las casas, esta casa. Había sido la sede de una conocida familia de patricios de la zona, que hacía mucho que había entrado en decadencia y ya había desaparecido. Según creo, tenía hileras de retratos familiares que Henry James trataba con la misma reverencia que si fueran fantasmas familiares. Creo que, en cierto modo, él se consideraba realmente una especie de mayordomo o custodio de los misterios y secretos de una gran casa por la que los fantasmas podrían haberse paseado con todo el derecho del mundo. La leyenda cuenta (nunca supe a ciencia cierta si era verdad) que había rastreado el árbol genealógico de la familia desaparecida hasta encontrarse con que, lejos de allí, en una ciudad industrial, existía un descendiente de la familia que ignoraba serlo y que era un alegre y vulgar empleado de comercio. Se cuenta que Henry James invitó al joven a la oscura casa de sus ancestros y le acogió con hospitalidad lúgubre, y estoy seguro de que con comentarios de extremado tacto y delicadeza. Henry James hablaba siempre con un tono que sólo puedo calificar de elegante vacilación; no tanto la vacilación por andar ciego en la oscuridad, sino por caminar a plena luz aturdido ante demasiadas avenidas y obstáculos. No lo compararía, según la perversa frase de Mr. H. G. Wells, con un elefante intentando coger un guisante, pero es cierto que parecía poseer una probóscide flexible y extremadamente sensible, que se abría paso por una selva de hechos que para nosotros resultaban a menudo invisibles. Cuentan que no se escatimaron delicados gestos y sutilezas en beneficio del asombrado dependiente de

comercio, mientras Henry James inclinaba la atalaya de su cabeza en un gesto de insondable disculpa y rendía cuentas silenciosas de su tarea al frente de la casa. También se dice que el caballero empleado de comercio consideró la visita un aburrimiento enorme, y la casa de sus ancestros, un lugar infernal; y probablemente se paseaba inquieto deseando salir a por un B y S, y el Pink'Un.

Tanto si la historia es cierta como si no, lo cierto es que Henry James vivió en aquella casa con toda la solemnidad y lealtad de un fantasma familiar, y con algo de la abrumadora delicadeza de un cultivadísimo mayordomo. En realidad, era un anciano caballero muy solemne y cortés, y, en ciertos aspectos concretos, tenía una gracia realmente única. En cierta ocasión, demostró la autenticidad de su culto al tacto: era serio con los niños. Vi como un jovencito muy solemne le entregaba un diente de león aplastado y sucio. Él se inclinó, pero no sonrió. Aquella contención probaba mucho mejor su comprensión de los niños que lo que Maisie sabía. Pero en las demás relaciones con la gente era torpe, si es que lo era, por exceso de solemnidad y lentitud, y supongo que era eso lo que ponía de punta los nervios demasiado vivos de Mr. Wells, quien, incluso entonces, solía lanzar irreverentes dardos y lanzas a la sombría casa y al secreto jardín, y me tiraba notitas desde el otro lado de la tapia. Después tendré ocasión de comentar más detenidamente lo de Mr. G. H. Wells y sus notas; ahora nos detendremos en el momento en que Mr. Henry James se enteró de nuestra llegada a Rye y procedió —tras el intervalo exacto— a hacernos una visita de cumplido.

Huelga decir que fue una visita de cumplido muy solemne y James parecía llevar la levita de gala como corresponde a aquellos días lejanos. Del mismo modo que no hay hombre que vista tan bien como un americano bien vestido, nadie tiene tan buenos modales como un americano con buenos modales. Llegó acompañado de su hermano William, el famoso filósofo americano y aunque, cuando lo conocías, William James era más jovial que su hermano, había algo definitivamente ceremonial en lo de presentarse la familia al completo. Hablamos sobre la mejor literatura del momento; James, con cierta discreción, y yo, con cierto nerviosismo. Descubrí que era más estricto de lo que había imaginado en lo tocante a las reglas que gobiernan la composición artística; no despreciaba a Bernard Shaw, pero lamentaba que obras como Matrimonio desigual fueran prácticamente amorfas. Elogió alguna cosa mía, pero con todos los respetos se preguntaba asombrado cómo podía escribir la cantidad de cosas que escribía. Sospecho que más que el cómo se preguntaba el porqué. Luego pasamos a comentar muy seriamente y con toda suerte de delicados matices y dudas la obra de Hugh Walpole; de repente, oí un bramido que parecía una bocina impaciente. Sabía que no era una bocina, porque rugía: «¡Gilbert! ¡Gilbert!», y era una voz como no puede existir otra en el mundo; tan vehemente como aquella evocada en los siguientes versos:

Oyeron que Ney ordenaba desenganchar los cañones
y defender por la noche el puente de Beresina.

Yo sabía que era Belloc, que probablemente llamaba pidiendo tocino y una
cerveza, pero ni siquiera yo podía predecir de qué guisa se presentaría.

Tenía todos los motivos para creer que estaba en Francia, a cientos de
millas, y aparentemente allí había estado; había emprendido un viaje a pie con
un amigo del Ministerio de Exteriores, un correligionario que pertenecía a una
vieja familia católica, pero habían calculado mal y a mitad del viaje se
encontraron sin dinero. Belloc está con razón orgulloso de haber sobrevivido
en aquella ocasión y de ser capaz de vivir como un pobre. Una de las baladas
para el Eye-Witness, que no llegó a publicarse, describía ese vagabundeo por
el extranjero de la siguiente manera:

Dormir y oler el incienso de la brea,
despertar y ver el fulgor de amaneceres italianos
y debajo de la rama una sola estrella.
¡Dios mío, qué poco saben los ricos!

Con este ánimo iniciaron el regreso a casa prácticamente sin dinero. Se les
destrozó la ropa y lograron apañárselas con unos monos de trabajo. No tenían
navajas de afeitar ni dinero para comprar una maquinilla. Debieron ahorrar
hasta el último penique para volver a cruzar el mar, y después empezaron a
caminar desde Dover a Rye, donde sabían que residía su amigo más cercano
por el momento. Llegaron aullando por comida y bebida, y acusándose el uno
al otro con ironía de haberse lavado en secreto y haber violado así un pacto
implícito entre vagabundos. Con este talante, irrumpieron sobre la equilibrada
taza de té y la frase vacilante de Mr. Henry James.

Henry James tenía fama de ser un hombre sutil, pero creo que aquella
situación era demasiado sutil para él. Aún hoy me pregunto si precisamente él
no percibió la ironía de la mejor comedia en la que tomó parte. Se había ido de
América porque amaba Europa y todo lo que significaba Inglaterra o Francia:
la burguesía, la galantería, las tradiciones de linaje y de lugar, la vida vivida
bajo viejos retratos en habitaciones con altos zócalos de roble. Allí, al otro
lado de la mesita de té, estaba Europa, estaba aquella cosa vetusta propia de
Francia e Inglaterra, los herederos del terrateniente inglés y del soldado
francés; andrajosos, sin afeitar y pidiendo cerveza a gritos, que ignoraban con
total desvergüenza la diferencia entre pobreza y riqueza, repantigados,
indiferentes y seguros de sí mismos. Desde el otro lado de la mesa, les
contemplaba el refinamiento puritano de Boston, y la distancia que los
separaba era mayor que el Atlántico.

Es justo señalar que, en aquellos momentos, mis dos amigos tenían un aspecto tan horrible que incluso pusieron a prueba el infalible olfato de un posadero inglés para descubrir «caballeros». Él sabía que no eran vagabundos, pero tuvo que hacer acopio de toda su capacidad de credulidad para que le convencieran de que eran un miembro del Parlamento y un funcionario de Asuntos Exteriores. Pero, aunque era un hombre simple e incluso bastante tonto, no estoy seguro de que no se enterara mejor que Henry James de lo que pasaba. El hecho de que uno de mis amigos insistiera en que le trasegaran una botella de oporto y el que se la llevara por las calles de Rye como en una procesión religiosa, le devolvió completamente la seguridad respecto a la clase social a la que pertenecían aquellos lunáticos. Siempre me han perseguido las paradojas de aquella comedia, y si alguna vez pudiera expresar todo lo que encerraba, escribiría un gran libro de relaciones internacionales. No digo que me convirtiera en el paladín de una alianza angloamericana, pues cualquier idiota puede hacerlo y, en realidad, generalmente lo hace; más bien empezaría por sugerir algo que a menudo se nombra y a lo que jamás nos hemos aproximado ni siquiera remotamente: una entente angloamericana.

Como ya he dicho, durante aquellos días en Rye, conocí un poco a Mr. H. G. Wells y aprendí a apreciar en él lo que creo que le rebelaba contra la atmósfera de Henry James, a pesar de que el propio Henry James apreciara realmente aquella cualidad de Wells. Henry James lo expresó de la mejor manera que podía expresarse al decir: «Cualquier cosa que Wells escribe no sólo está viva, sino que patatea». Es una pena que después de esto, fuera James quien recibiera la patada. Pero, en cierto modo, puedo comprender la rebelión de Wells contra las habitaciones con altos zócalos de roble y los fantasmas. Lo que siempre me ha gustado de Wells es su decidida y natural disposición para la broma. Era uno de los mejores hombres del mundo para montar una broma larga, aunque tal vez a él no le gustara que, una vez comenzada, durase mucho. Recuerdo que trabajamos juntos en un teatrillo de juguete con una pantomima sobre Sidney Webb. También recuerdo que nosotros inventamos el conocido y difundido juego nacional de Gype. Inventamos toda suerte de variantes y complicaciones en relación con Gype. Había Tierra Gype y Agua Gype. Yo mismo recorté y coloreé las figuras de cartón con formas misteriosas y significativas, los instrumentos de la Mesa Gype: un juego para los niños. Incluso se estableció debidamente la enfermedad que amenazaría al jugador que se excediera: sufriría de «Atencionitis de Gype». Mis amigos y yo introdujimos en nuestro artículo alusiones a aquel deporte de moda. Bentley coló uno con éxito en el Daily News y yo en otro periódico. Todo estaba en orden y en marcha, excepto el propio juego, que aún no se había inventado.

Puedo entender que un hombre como Wells creyera que Henry James mostraría una cierta frialdad hacia Gype, y puedo asegurar por la bendita

memoria de Gype que puedo excusar su reacción; no obstante, siempre pensé que reaccionaba con demasiada rapidez ante todo lo que seguramente tenía que ver con la rapidez de su genio natural, con el que siempre simpatice y al que admiré; sin embargo, creo que siempre estaba en un estado de reacción demasiado exacerbado. Por decirlo de la manera que con toda seguridad más le habría molestado, creo que era un reaccionario permanente. Cada vez que me lo encontraba, siempre daba más la sensación de venir de algún sitio que de dirigirse a algún lugar. Siempre había sido un liberal, un fabiano, un amigo de Henry James o Bernard Shaw. Y tenía razón con tanta frecuencia que sus movimientos me irritaban como la contemplación de un sombrero mecido perpetuamente por el mar sin llegar nunca a la orilla. Pero creo que él pensaba que el objetivo de abrir la mente es simplemente abrirla, mientras que yo estoy absolutamente convencido de que el objetivo de abrir la mente, como el de abrir la boca, es cerrarla de nuevo sobre algo sólido.

El nombre de Mr. H. G. Wells me recuerda inevitablemente el de Mr. Bernard Shaw, cuyo nombre sólo por puro azar, en la disposición de este libro, no ha aparecido en primer término desde el principio. Como he explicado en páginas anteriores, yo mismo empecé aceptando el socialismo porque sencillamente, en aquella época, me parecía la única alternativa a la deprimente aceptación del capitalismo. He señalado también que mi hermano, que se tomó el socialismo más en serio o por lo menos más científicamente, llegó a convertirse en una influencia reconocida en la sociedad fabiana, y, en aquella época, tenía mucho más trato con George Bernard Shaw que yo. También estaba mucho más de acuerdo con él. Mi experiencia fundamental, desde el principio hasta el final, ha consistido en polemizar con él. Vale la pena señalar que he aprendido a profesarle afecto y un respeto cálido más a partir de nuestra disensión que a partir de lo que la mayoría de la gente logra a través del acuerdo. Bernard Shaw, a diferencia de algunos de los que he hablado aquí, muestra su lado mejor en el antagonismo. Diría que muestra su lado mejor cuando se equivoca; o, mejor aún, todo en él es erróneo, salvo él mismo.

Empecé a discutir con Mr. Bernard Shaw en la prensa casi tan pronto como empecé a escribir. Fue a propósito de mis simpatías pro-bóer en la guerra de Sudáfrica. Los que no comprendan lo que fue la filosofía política fabiana es posible que no se den cuenta de que los fabianos más importantes eran casi todos imperialistas. Mr. y Mrs. Sidney Webb eran en ese aspecto ardientes imperialistas; Hubert Bland era aún más ardiente; mi hermano era un imperialista tan ardiente como Hubert Bland, e incluso Bernard Shaw, aunque mantenía cierta libertad para criticar a todo el mundo, era definitivamente un imperialista si se le comparaba conmigo o con mis amigos pro-bóers. Desde entonces, ha circulado la leyenda, sobre todo entre sus oponentes más estúpidos, de que Mr. Bernard Shaw es un audaz revolucionario irlandés y que

siempre ha sido anti-británico. La verdad es que Mr. Bernard Shaw ha sido siempre demasiado pro-británico. La otra isla de John Bull es demasiado pro-británica y hace que «La otra isla» sea en exceso la de John Bull. Otorga al hombre de negocios inglés un éxito en Irlanda que nunca había tenido anteriormente, aunque por supuesto insinúa que el éxito se basa casi por completo en la estupidez. En realidad, los intentos de hombres como Balfour, Birrell, Wyndham y Morley de gobernar Irlanda podrían describirse más acertadamente como un brillante fracaso más que como un éxito estúpido. No se trataba de que los estúpidos hicieran algo con su estupidez, sino de que los inteligentes no hacían nada. Así ocurrió en esta vieja y definitiva crisis de la guerra contra la república holandesa. Comparado con Belloc o conmigo, Bernard Shaw estaba totalmente a favor de la guerra surafricana. En cualquier caso, estaba decididamente a favor de la paz surafricana, la particular pax británica a la que aspiraba la guerra surafricana. En lo referente a este asunto, pasaba lo mismo con Mr. H. G. Wells, quien, por aquel entonces, era una especie de fabiano adherido. Se tomó la molestia de ridiculizar la indignación de los pro-bóers por los campos de concentración. Por supuesto, aún mantiene que, aunque todas las guerras sean indefendibles, esta es la única clase de guerra que puede defenderse. Dice que las grandes guerras entre los grandes poderes son absurdas, pero que, para controlar el planeta, podría ser necesario obligar a los pueblos atrasados a abrir sus recursos al comercio cosmopolita. En otras palabras, defiende la única clase de guerra que desprecio profundamente, la que intimida a los pequeños estados para conseguir su petróleo o su oro, y él desprecia la única clase de guerra que yo realmente defiendo: la guerra entre civilizaciones y religiones para decidir el destino moral de la Humanidad.

Lo digo como un cumplido hacia los fabianos. Un cumplido a su coherencia, así como a las contradicciones de sus discutibles puntos de vista. Tenían y tienen bastante razón en sus puntos de vista sobre la centralización y en estar a favor de los Grandes batallones y los Grandes negocios. Los incoherentes son los socialistas sentimentales (como Mr. Wells señala acertadamente) cuando sostienen que un campesino no tiene derecho a la propiedad de un campo de maíz, pero un conjunto de campesinos tiene derecho a un campo petrolífero. Ellos son los pensadores más ambiguos cuando defienden las pequeñas nacionalidades, pero no las pequeñas propiedades; son más ambiguos, pero a veces mucho más agradables. Sólo una delgada hoja de papel separa al imperialista del internacionalista, y los primeros fabianos tuvieron la lucidez de verlo. La mayoría de los otros socialistas han preferido las hojas de papel y han cultivado hojas de papel cada vez más finas.

De la misma forma, Mr. Bernard Shaw se ha sentido muy halagado por las falsas acusaciones contra él, sobre todo por la de ser una especie de rebelde

irlandés. Quienquiera que recuerde aquellos viejos tiempos sabe que él era cualquier cosa menos eso. Parte del culto fabiano al sentido común consistía en considerar el nacionalismo irlandés como un sentimentalismo estrecho que distraía a los hombres del asunto vital de la socialización de los recursos de todo el mundo. Pero sólo me refiero aquí a este error para poner de relieve que mi polémica con Bernard Shaw, tanto lógica como cronológicamente, dura desde el principio. Desde entonces, he discutido con él sobre casi todos los temas del mundo y siempre hemos estado en bandos contrarios, sin hipocresía ni animosidad. Yo he defendido la institución familiar contra sus platónicas fantasías sobre el Estado. He defendido la institución de la chuleta y la cerveza contra la higiénica severidad de su vegetarianismo y su abstinencia total. He defendido la vieja idea liberal del nacionalismo contra la nueva idea socialista del internacionalismo. He defendido la causa de los aliados contra la perversa simpatía que sentían los pacifistas por los imperios centroeuropeos. He defendido lo que considero las sagradas limitaciones del hombre contra lo que él considera el vuelo ilimitado del superhombre. En realidad, fue en este asunto del hombre y el superhombre en el que sentí que la diferencia era más clara y definida; la discutimos mucho y desde todos los ángulos. Mi amigo Lucian Oldershaw anunció su intención de escribir una respuesta a Hombre y superhombre que se titularía Shaw and Oldershaw.

Pero, en realidad, todas esas diferencias se reducen a una diferencia religiosa, como creo que sucede con todas las demás. Al principio, yo no sabía qué era la diferencia religiosa, y todavía menos qué era la religión. Pero la diferencia consiste en que los partidarios de Shaw creen en la evolución exactamente igual que los viejos imperialistas creían en la expansión. Creen en algo enorme que crece y sigue creciendo como un árbol, pero yo creo en la flor y el fruto, y la flor es a menudo pequeña. El fruto es final y, en ese sentido, finito; tiene forma y por tanto, límite. Tiene una imagen grabada que es la corona y la consumación de un objetivo; los místicos medievales usaron la misma metáfora y lo llamaron goce. Aplicado al hombre, significa que el hombre es una creación más sagrada que cualquier superhombre o supermono y que sus propios límites son sagrados y como un hogar, pues Dios se hizo pequeño en ese hundido aposento en las rocas.

Me he demorado en este largo duelo a fin de terminar con el correcto saludo al duelista. No es fácil disputar violentamente con un hombre durante veinte años sobre el sexo, el pecado, los sacramentos; sobre cuestiones personales de honor, de los pilares de la existencia más sagrados o delicados, sin irritarse a veces o sentir que el otro lanza golpes bajos o que emplea ingenuidades vergonzosas. Puedo testificar que nunca he leído una réplica de Bernard Shaw que no me dejara de mejor humor o mejor estado de ánimo; que no me diera la impresión de que surgía de una inagotable fuente de equidad y agudeza intelectual y que no saboreara de alguna manera esa grandeza innata

que el filósofo atribuía al Hombre Magnánimo. Hace falta estar tan en desacuerdo con él como yo lo estoy para admirarle tanto como yo le admiro, y estoy aún más orgulloso de él como contendiente que como amigo.

No obstante, aunque Shaw es uno de mis contemporáneos preferidos, resultaba que nos veíamos más en público que en privado, y generalmente sobre un estrado, especialmente sobre estrados en los que nos colocaban para que lucháramos como dos actores ambulantes. Desde luego, él tiene excentricidades que más bien se podrían llamar perseverancias y que a menudo dificultan el buen humor común y corriente. Incluso las anfitrionas, por no hablar de los anfitriones, se sorprenden a veces ante un caballero que muestra mayor horror al té que al vino o la cerveza. Cuando me lo he encontrado entre mis amigos más alegres, siempre ha defendido obstinadamente sus ideales negativos, a veces hasta llegar al punto de la provocación. Entre los recuerdos más divertidos que estoy rememorando en este capítulo, están los banquetes enloquecidos que ofrecía Mr. Maurice Baring, que, en relación a estos asuntos, bien merecería un capítulo para él solo. El problema es que me temo que nadie se lo creería, y desautorizaría el resto de esta narración laboriosa y veraz. No me corresponde a mí hacer justicia aquí a esa divina alegría de vivir que indujo a un caballero a celebrar su cincuenta aniversario en un hotel de Brighton, a medianoche, bailando una danza rusa con inconcebibles contorsiones y lanzándose después al mar vestido de gala. Tal vez no sea prudente contar toda la historia de aquella gran cena que se celebró en una inmensa carpa, en los jardines de Westminster, tras la cual se cocieron huevos en el sombrero de Sir Herbert Tree (porque era el sombrero más chic y brillante de la reunión). Recuerdo haber aceptado un encuentro de esgrima con espadas de verdad con un caballero que estaba, afortunadamente, más bebido que yo. Curiosamente, un periódico francés publicó con total sangre fría el relato de aquella gran fiesta, y pudo hacerlo porque un periodista francés, tras un discurso plácido, ingenioso y lleno de cumplidos, había cometido esa pérfida artimaña gala de permanecer totalmente sobrio. Recuerdo que su artículo —muy poco serio—, empezaba así: «“Denuncio a Shaw. Está sobrio”. ¿Quién pronunció estas palabras? Las dijo George Wells»; y continuaba en una vena igualmente personal. Pero es realmente cierto, y sé que Shaw lo consideraría simplemente coherente y respetable, que él mismo se levantara, protestara muy serio y luego saliera airoso de la sala como un puritano del siglo XVII habría salido de una taberna llena de Cavaliers.

Incluso el más sincero puritano del siglo XVII se equivocaba al suponer que los Cavaliers no podían ser sinceros, y hasta serios, aunque es posible que con frecuencia se les haya relacionado con simples juerguistas de la calidad de Donne, Herbert o Sir Thomas Browne. Había tanta sabiduría como ingenio en aquellos chiflados y en aquellas borracheras de mis excesos juveniles; y no

sólo una sabiduría extraordinaria, sino también una extraordinaria virtud. Es una coincidencia que se haya simbolizado esa virtud en el apellido de Herbert. El propio Maurice Baring ha recogido en una noble elegía las virtudes del Herbert de su propia generación; el segundo Auberon Herbert, hijo del excéntrico individualista que después heredó el título de Lord Lucas. Él fue con toda seguridad el buen cavalier. Todo el mundo se sentía mejor al conocerlo, aunque fuera en un ambiente de bacanal; el valor, la franqueza y el amor a la libertad emanaban de él como señales luminosas, aunque él era absolutamente modesto y natural; y el maltratado término «liberal», aplicado a un partido político, significó algo mientras él vivió. Su valentía era de lo más peculiar: impensada y, aunque modesta, extravagante. Llevaba una pierna o un pie de madera, tras haber perdido el miembro en la guerra de Sudáfrica, y lo he visto salir por una ventana en lo alto de una vertiginosa torre de apartamentos, reptar como una araña hasta la ventana siguiente, sin barandilla, ni balcón ni ningún otro sitio donde apoyarse, y, tras volver a entrar por la siguiente ventana, volver a salir otra vez por la de al lado, tejiendo una especie de guirnalda alrededor de la cúpula del edificio. Esta historia es rigurosamente cierta, pero en aquel círculo corrían muchos cuentos y era divertido ver cómo iban creciendo. Una vez rompí un vaso corriente en la mesa de Herbert y nació la leyenda de que se trataba de un vaso de incalculable valor artístico y monetario, cuyo precio aumentaba constantemente hasta llegar a valer millones y adquiriría un color y una forma digna de un vaso de las Mil y una noches. De este incidente (y de la forma jocosa en la que Baring pisoteaba como un elefante los fragmentos de cristal), surgió un lema que muchos de nosotros usamos en posteriores polémicas en defensa de cosas románticas y revolucionarias; la frase era: «Me gusta el ruido del cristal roto». Yo lo convertí en el estribillo de una balada que empezaba así:

Príncipe, cuando tomé tu esbelta copa
y con ebrio cuidado la destrocé,
no sabía que a Roma y la Galia
se la habías ganado; no era consciente
de que descansó junto al trono de Carlomagno
y sirvió a San Pedro en la misa solemne.
... Lamento que fuera un objeto raro;
me gusta el ruido del cristal roto.

Es justo decir, en honor a nuestra alegre compañía, que no nos limitábamos a recitar o cantar nuestras propias composiciones poéticas; Belloc estaba casi siempre dispuesto a hacer un favor, y creo que aquella estrepitosa, estridente y

no menos patética canción con el estribillo:

Y las puertas del cielo abiertas de par en par
para dejar a la pobre Hilary entrar,

se oyó por vez primera en una de aquellas tardes tranquilas de mutuas enseñanzas y conocimientos. Sin duda, cantamos muchísimas de las canciones más bonitas de la lengua inglesa, escritas por poetas antiguos y modernos; cuentan que, cuando Herbert vivía cerca de Buckingham Palace, cantábamos «El tambor de Drake» con un patriotismo tan apasionado que el rey Eduardo VII envió un recado para que dejásemos de hacer ruido.

Me ha llevado a mencionar estos superfluos aunque agradables recuerdos el observar que el elemento puritano en Bernard Shaw se caracterizaba por una sincera aversión hacia estas cosas. Probablemente aún habrá muchos que le consideren un bufón, pero la verdad es que nada más lejos de él que la simple bufonería. Su austeridad es tan inherente a su personalidad y a su limpieza de miras que no se puede desear que cambie; no obstante, sigue siendo cierto que el puritano no comprende la moral ni la religión del cavalier. En la mayoría de los asuntos, me he encontrado más cerca de Mr. Bernard Shaw que de Mr. H. G. Wells, el otro genio de los fabianos, aunque admire profundamente a ambos. Pero en esto, Wells se parecía más a mí que Shaw. Wells comprende el color y el calor del buen humor, aunque sea humor animal, y comprende la saturnal en la que a veces el senador puede relajarse como el esclavo. Sin embargo, hasta en esto hay una distinción. A Shaw le gusta la aventura, pero en su caso han de ser aventuras al aire libre. No encuentra diversión en las bodegas ni en las cuevas del contrabandista, sino que requiere una levedad en cierto modo celestial en el sentido literal de estar sub divo. Para decirlo en dos palabras, Wells comprende la música, y Shaw sólo comprende la música celestial.

Estaba destinado a oír su música celestial al menos en una ocasión y tuve el privilegio de hacer el tonto con él lejos de la escena política, aunque no tan lejos del escenario teatral. Todo empezó cuando Bernard Shaw apareció en mi casa de Beaconsfield, animadísimo, y proponiéndome que apareciésemos juntos, disfrazados de vaqueros, en una especie de película que proyectaba Sir James Barrie. No voy a describir el objetivo o el carácter del espectáculo, porque nadie lo supo nunca, a excepción, supuestamente, de Sir James Barrie. Pero durante todo el proceso, incluso Barrie parecía ocultarse a sí mismo su secreto. Lo único que pude sacar en claro es que otras dos personas muy conocidas, Lord Howard de Walden y Mr. William Archer, el solemne crítico escocés y traductor de Ibsen, habían consentido en hacer de vaqueros. «Bueno —dije, tras un momento de reflexión—, Dios no permita que alguien pueda decir que no vi una broma si William Archer la vio». Luego, tras una pausa

pregunté: «¿Pero, dónde está la gracia?». Shaw contestó con divertida vaguedad que nadie sabía dónde estaba la gracia y que esa era la gracia.

Descubrí que el misterioso proceso se dividía prácticamente en dos partes. Ambas eran gratamente misteriosas a la manera de Mr. Oppenheim o Mr. Edgar Wallace. Una de ellas era una cita en una especie de tejera abandonada en un descampado de Essex, donde se suponía que estaban escondidos nuestros trajes de vaqueros. La otra era una invitación a una cena en el Savoy para «discutir el asunto» con Barrie y Granville Barker. Asistí a estas dos melodramáticas citas y aunque ninguna de ellas me aclaró nada de lo que supuestamente estábamos haciendo, las dos fueron divertidas a su modo y muy distintas de lo que se esperaba. Nos dirigimos a la tierra baldía de Essex y encontramos nuestro equipo del lejano oeste, aunque todos nos enfadamos muchísimo con William Archer, que, con total previsión escocesa, llegó allí el primero y se puso los mejores pantalones. Desde luego eran unos estupendos pantalones de piel; los otros tres jinetes de la pradera tuvimos que contentarnos con pantalones de lona. Este rasgo de individualismo se comentó durante toda la tarde; mientras, nos hacían rodar dentro de unos barriles, nos descolgaban sobre falsos precipicios y finalmente nos soltaron en un campo para que domásemos a unos caballitos salvajes, tan amaestrados que en lugar de que nosotros corriéramos tras ellos, nos seguían para meternos el hocico en los bolsillos en busca de terrones de azúcar. Aunque parezca inverosímil, es un hecho que todos nos montamos en la misma motocicleta, cuyas ruedas giraban debajo de nosotros para producir la ilusión de que nos precipitábamos como un rayo por el desfiladero. Cuando el resto por fin se desvaneció sobre los acantilados colgando de la soga, me dejaron como un contrapeso necesario para sujetarla; Granville Barker me gritaba para que mostrara sacrificio y resignación, cosa que yo hacía con los gestos más salvajes y exagerados que se me ocurrían, y estoy orgulloso de decir que con gran aplauso generalizado. Durante todo aquel tiempo, Barrie, con su cuerpecillo detrás de su gran pipa, permanecía en pie con gesto impasible sin que nada en él dejara entrever la más leve indicación de por qué nos hacía pasar por aquellas terribles pruebas. Nunca me habían parecido los tranquilizadores efectos del Arcadia Mixture más poderosos o menos escrupulosos. Era como si el humo que salía de aquella pipa fuera no sólo un vapor de magia, sino de magia negra.

Pero la otra mitad del misterio era, si cabe, más misteriosa. Era más misteriosa porque era pública, por no decir abarrotada. Fui a la cena del Savoy con la impresión de que Barrie y Barker revelarían a unos pocos algo del proyecto. En lugar de eso, encontré el escenario del teatro Savoy lleno del todo Londres, como dicen los periódicos de sociedad cuando quieren referirse a todo aquel que cuenta en sociedad. Desde el Primer Ministro, Mr. Asquith, al más amarillo y críptico agregado oriental, todos estaban allí cenando en pequeñas mesas y charlando de cualquier cosa excepto del asunto que

teníamos entre manos. Por lo menos estaban todos allí, excepto Sir James Barrie, que, en esta ocasión, se había vuelto totalmente invisible. Hacia el final de la cena, Sir Edward Elgar le comentó de pasada a mi esposa: «Supongo que sabe que le han estado filmando durante todo este rato».

Por lo que conozco a la dama, es poco probable que estuviera blandiendo una botella de champán o llamando la atención de modo parecido, pero algunos se tiraban bolitas de pan y mostraban una marcada relajación de las preocupaciones de Estado. Luego, los cuatro jinetes a los que el destino había elegido para llevar una vida salvaje en el oeste, recibieron instrucciones privadas que se tradujeron públicamente en lo siguiente. Se desalojó el escenario y la reunión se trasladó al auditorio, donde Bernard Shaw les arengó con un discurso furibundo y gestos feroces denunciando a Barker y Barrie y desenvainando por último una espada enorme. A una señal suya, los tres restantes nos levantamos blandiendo también espadas y, saliendo por detrás, asaltamos el escenario. Y allí, nosotros (quienquiera que fuésemos) desaparecimos para siempre de la memoria y la comprensión razonable de la humanidad, porque jamás, desde aquel día hasta hoy, se han aclarado lo más mínimo las razones de nuestro extraordinario comportamiento. Desde entonces, de forma tortuosa y lejana, me han llegado vagas insinuaciones en el sentido de que había un significado simbólico en nuestra desaparición de la vida real y en ser capturados o atrapados en el mundo novelesco del celuloide; y que durante el resto de la obra luchábamos para volver a la realidad. Nunca he sabido con seguridad si esa era la idea; sólo sé que inmediatamente después recibí una amistosa nota de Sir James Barrie en la que se disculpaba y decía que todo el proyecto se iba al garete.

No lo sé, pero me lo he preguntado a menudo y a veces he imaginado que había otro sentido más oscuro del que yo había imaginado, un secreto que, escondido en la pipa de Barrie, había acabado en humo. Realmente había habido una especie de irrealidad sobrenatural en la levedad de aquellas últimas horas, como algo alto y penetrante que puede quebrarse, y que realmente se quebró. A veces, me he preguntado si se pensaría que esta fantasía del Londres moderno parecería incongruente con algo que ocurrió días después. Sucedió que el gobierno austríaco lanzó una especie de ultimátum a Serbia. Poco después, ante el vertiginoso desarrollo de los acontecimientos, llamé a Maurice Baring; recuerdo el tono de su voz: «Tenemos que luchar. Todos tenemos que luchar. No veo que nadie pueda eludirlo».

Si los vaqueros luchaban por encontrar el camino de vuelta a la realidad, no hay duda de que lo encontraron.

XI

LA SOMBRA DE LA ESPADA

Ya hacía bastante tiempo que vivía en Beaconsfield, condado de Bucks, la ciudad que algunos de sus pobladores creen que debe su nombre al político Lord Beaconsfield. Es como si creyeran que Inglaterra toma su nombre del pirata Mr. Inglaterra, casi añadiría que con perdón de los piratas. No sé con seguridad por qué Disraeli tomó su título de Beaconsfield, un pueblo que casi nunca visitó, en lugar de tomarlo de Hughenden, donde él vivió. Pero Lord Burnham, el fundador del Daily Telegraph, me contó que —según dicen— Disraeli había elegido un título que originalmente estaba destinado a Burke, quien sí vivía en Beaconsfield y cuyo recuerdo aún pervive de diversas maneras en el lugar. Mr. Garvin, el director del Observer, vive en la que un día fue la casa del agente de Burke y donde el roble de mi jardín era uno de los árboles que marcaban la linde de esta tierra. Me alegro de que Mr. Garvin encaje en ese paisaje político mucho mejor que yo, porque admiro a Burke en muchos aspectos, aunque disienta de él en casi todo. Pero me sorprende lo mucho que Mr. Garvin se parece a Burke: en su origen irlandés, su conservadurismo inglés, su elocuencia, su gravedad y en algo que sólo puede llamarse rapidez mental. Una vez le propuse que apareciéramos en un festival local, él en el papel de Burke, y yo, en el de Fox, un papel al que tan solo mi perímetro me da derecho. Ojalá nunca llegue la hora oscura y difícil en que las diferencias políticas se conviertan en personales y Mr. Garvin empiece a lanzarme dagas y dé por terminada nuestra amistad.

He vivido en Beaconsfield desde que era casi un pueblo hasta que se ha convertido, como insolentemente dice el enemigo, en casi un suburbio. Sería más acertado decir que, en cierto sentido, las dos cosas siguen existiendo a la vez; el instinto popular ha reconocido esa división cuando habla de la ciudad vieja y la ciudad moderna. En cierta ocasión proyecté un exhaustivo trabajo sociológico en varios volúmenes que titulé Los dos barberos de Beaconsfield, basado por completo en la charla de los dos magníficos ciudadanos a los que yo confiaba mi barba. Verdaderamente, aquellas dos barberías pertenecían a dos civilizaciones distintas. El peluquero de la ciudad moderna pertenece al nuevo mundo y tiene la impecabilidad del especialista; el otro tiene lo que podría llamarse la habilidad ambidiestra del campesino que afeita, por decirlo de alguna manera, con una mano, mientras diseña ardillas o vende tabaco con la otra. Este me cuenta sus recuerdos de lo que sucedió en el viejo Beaconsfield; el otro, o sus empleados, me cuentan lo que el Daily Mail cuenta de lo que no sucedió en un mundo más grande. Planteo esta comparación simplemente como introducción a un asunto paralelo de interés local y que resulta que encarna, posiblemente mejor que ningún otro símbolo,

importantes asuntos que trascienden lo meramente local. Si quisiera escribir un libro sobre el conjunto de este decisivo período en la historia de Inglaterra, incluida la Gran Guerra y muchos otros cambios casi tan grandes, le daría la forma de una Historia del monumento a los caídos de Beaconsfield.

La primera y sencilla propuesta fue la de erigir una cruz en el cruce de caminos. Hacia la mitad de la discusión, ya habían entrado a debate los siguientes temas: 1, la situación de la mujer en el mundo moderno; 2, la prohibición y el alcohol; 3, la excelencia o la exageración del culto al deporte; 4, el problema del paro, especialmente el de los excombatientes; 5, la ayuda a los hospitales y las exigencias básicas de la cirugía y la medicina; 6, la justicia de la guerra y 7, por encima de todo, o más bien por debajo de todo, pues se enmascaraba o insinuaba simbólicamente de modos diversos, la gran guerra de religión que nunca ha dejado de dividir a los seres humanos, especialmente desde que el signo de la cruz se alzó entre ellos. Los que debatían el asunto formaban un pequeño grupo de habitantes de una pequeña ciudad de provincias: el rector de la parroquia, el médico, el director del banco, los respetables comerciantes del lugar y unos cuantos satélites como yo, que pertenecían a profesiones poco respetables como el periodismo o las artes. Pero los poderes espirituales presentes allí provenían de todas las épocas y campos de batalla de la historia. Mahoma estaba allí; los iconoclastas llegaban cabalgando desde Oriente para destrozar las estatuas de Italia; Calvino, Rousseau, los anarquistas rusos y toda la vieja Inglaterra enterrada bajo el puritanismo; Enrique III encargando pequeños iconos para Westminster y Enrique V, después de Agincourt, de rodillas ante los altares de París. Si realmente uno pudiera escribir la pequeña historia de ese pequeño lugar, sería una de las grandes monografías históricas.

Lo primero que hay que señalar, como algo típico del estilo actual, es un cierto efecto de tolerancia que en la realidad se manifiesta como timidez. Podría creerse que la libertad religiosa significa que todo el mundo es libre para hablar de religión. En la práctica, significa que a casi nadie se le permite ni siquiera nombrarla. Una salvedad de cierto interés es que en esto, como en muchas cosas, los pobres e incluso los ignorantes hacen gala de una inmensa superioridad intelectual. A los jornaleros de la ciudad vieja les gustaba la cruz porque era un símbolo cristiano, y lo decían, o no les gustaba la cruz porque era papista, y también lo decían. Pero los líderes del grupo antipapista se avergonzaban de hablar de antipapismo. No decían claramente que consideraban que un crucifijo era algo malo, pero decían con rodeos que pensaban que una bomba comunal para extraer agua, una fuente pública o un autobús municipal eran cosas que estaban muy bien. No obstante, la mayoría apoyaba la propuesta de construir un club, especialmente para los veteranos, donde pudieran tomarse un refresco —aquí fue donde surgió el tema del alcohol—, practicar juegos —aquí surgió el tema del deporte—, posiblemente

incluso compartir el club en términos de igualdad con sus esposas y otras mujeres de la comunidad —aquí surgió el tema de los agravios a las mujeres—, y disfrutar de todo lo que deseábamos que disfrutaran los excombatientes si realmente tuvieran oportunidad de hacerlo. En ese sentido, el proyecto era admirable, pero, a medida que progresaba, se iba haciendo casi demasiado admirable, en el sentido latino original de asombroso. Los que lo habían propuesto se llamaban a sí mismos el grupo de los prácticos y nos tachaban, con toda justicia, a los del otro grupo, de soñadores y visionarios místicos. Se pusieron manos a la obra y dibujaron los planos del club; unos planos verdaderamente magníficos hasta en los mínimos detalles. Por lo que recuerdo, había campos de cricket, estadios de fútbol, piscinas y campos de golf. El incidente tiene una primera moraleja respecto a esa extraña idea moderna de lo práctico y lo constructivo, que simplemente parece significar lo que es grande y además se anuncia con grandilocuencia. Al final de la polémica, la propuesta del grupo de los prácticos se había inflado como un globo y había alcanzado las dimensiones del palacio de Aladino. No existía la más remota posibilidad de conseguir suscripciones para semejante proyecto que, al ritmo que crecía, podía ascender a millones. Mientras tanto, la propuesta de los visionarios podía realizarse fácilmente con unos cuantos cientos de libras.

Y la segunda moraleja de la historia es lo difícil que le resulta a la mentalidad moderna entender la idea de finalidad u objetivo. Cuando hablaba en favor del sencillo monumento de piedra en el cruce de carreteras, cité la excelente respuesta de Mr. Bingley en *Orgullo y Prejuicio*, en el momento en que su hermana le pregunta, justo antes del baile, si no sería mucho más racional que, en un baile, la conversación ocupara el lugar del baile; y él contesta: «Sí, mucho más racional, pero no se parece nada a un baile». Señalé que una bomba para el agua podía resultar mucho más racional que una cruz, pero no se parece nada a un monumento a los caídos. Un club, un ala de un hospital o cualquier cosa con una finalidad práctica, administración y futuro, no sería en absoluto un monumento a los caídos; en la práctica, no sería un recuerdo de la guerra. Si la gente pensaba que un monumento que recordara la guerra era un error, que lo dijera. Si les parecía un despilfarro gastar el dinero en un monumento a los caídos, descartemos el monumento y ahorremos el dinero. Pero hacer algo totalmente diferente a lo que queríamos hacer con la excusa de hacer otra cosa que no deseábamos hacer es impropio del *Homo sapiens* y de la dignidad de ese pobre y viejo antropoide. Conseguí algunas adhesiones, pero me parece que había muchos que aún pensaban que yo no era práctico, aunque, en realidad, yo era especialmente práctico para aquellos que conocían el verdadero significado del término *pragma*. El rector de la parroquia de Beaconsfield ofreció un ejemplo práctico del problema de las conmemoraciones no conmemorativas cuando simplemente se levantó y dijo:

«Ya tenemos un ala en el hospital de Wycombe que se supone que conmemora algo. ¿Me puede decir alguien qué conmemora?».

De cualquier forma, la cruz era lo crucial y decirlo así no es un juego de palabras, sino una sencilla verdad; pero lo curioso es que pocos de los que encontraban que la cruz era crucial admitirían que era crucial porque era la Cruz. Planteaban toda clase de objeciones alternativas o todo tipo de propuestas alternativas. Una señora deseaba erigir la estatua de un soldado y yo me eché a temblar sabiendo en lo que puede acabar lo de esas estatuas; por suerte, otra señora, que tenía un sobrino en la Marina, gritó indignada: «¿Y qué hay de los marinos?». En vista de lo cual, la primera señora lanzó una apresurada pero cordial disculpa: «Claro que sí; también la de un marino». A continuación, una tercera dama, con un hermano en aviación, propuso que también se incluyera un aviador en el grupo, y la primera señora aceptó todos y cada uno de los añadidos con amplios y generosos gestos. Así que aquel magnífico monumento escultórico pronto estuvo poblado de tanques y coronado de aviones. Parecía un poco peligroso, pero más seguro que una cruz en la plaza. Se adujeron otras objeciones a este último símbolo, probablemente para tapar la verdadera objeción, como, por ejemplo, que el monumento sería un obstáculo para el tráfico. El doctor del pueblo, un médico admirable pero escéptico como un colegial, observó amablemente: «Si van ustedes a erigir algo así, espero que le pongan una luz o todos nuestros coches se estrellaran en la oscuridad». Después, mi esposa, que, en aquella época, era una ferviente anglicana, observó en una especie de raptó místico: «¡Oh, sí! ¡Qué bonito! ¡Una lámpara siempre encendida ante la Cruz!», que no era exactamente lo que el hombre de ciencia había propuesto; pero difícilmente habría encontrado un apoyo más entusiasta.

Para terminar, lo más significativo de este episodio fue el final. Si hay alguien que no se dé cuenta de lo duraderas o persistentes que, a pesar de todo, son las viejas convenciones sociales inglesas y su estructura de antiguo estado aristocrático, lo mejor que puede hacer es considerar el tranquilo e irónico final de la gran batalla del monumento a los caídos de Beaconsfield. Se celebró un enorme plebiscito por escrito en el que apenas nadie sabía a favor de qué votaba; no obstante, la opción de construir un club resultó ganadora por un estrecho margen. El club por el que la práctica mayoría había votado no se construyó nunca. La cruz, por la que la minoría más mística se había olvidado de votar, se construyó. Cuando acabó todo el follón de papeles y de reuniones públicas y todos pensaban ya en otras cosas, el rector de la parroquia montó por iniciativa propia una discreta colecta entre sus correligionarios y simpatizantes, consiguió el suficiente dinero para erigir una cruz y lo hizo. Mientras, Lord Burnham, el principal terrateniente de la zona, con idéntica discreción, informó a los excombatientes y a sus simpatizantes de que, si lo deseaban, podían montar su club en un salón de su propiedad. Les pareció

estupendo, y lejos de pedir otro club, se mostraron incluso indiferentes sobre el uso que le daban a este. Así pasó la Gran Guerra por Beaconsfield, haciendo del mundo un lugar seguro para la democracia y la celebración de innumerables reuniones llenas de las revolucionarias posibilidades del mundo moderno; y así, al final, todo aquel asunto lo zanjaron, como en los viejos tiempos, la privada discreción del terrateniente y el cura.

Sin embargo, hubo una secuela que implicaba cosas más serias. Un nuevo golpe sacudió al grupo anticlerical al descubrir que la cruz era un crucifijo. Esto significaba, para muchos amables y moderados disidentes anglicanos y otros protestantes, la gota que colmaba el vaso. Merece la pena tener presente esta distinción, porque es a todas luces una distinción irracional. El evangélico que exige un Cristo viviente seguramente encuentra difícil compatibilizar con su religión la indiferencia hacia un Cristo agonizante; pero se podría pensar que, en cualquier caso, lo prefiere a una cruz muerta. En ese sentido, inclinarse ante la cruz supone literalmente adorar la madera y la piedra, puesto que es solamente la imagen en piedra de algo que fue de madera. Es seguramente menos idólatra inclinarse ante Dios encarnado o ante su imagen; y el caso se complica más aún por la relación de la imagen con el otro objeto. Si un hombre estuviera dispuesto a destruir todas las estatuas de Julio César y, además, dispuesto a besar la espada que lo mató, se expondría a que le confundieran con un ardiente admirador de Bruto. Si un hombre odiara tener el retrato de Carlos I y se frotara las manos de alegría al ver el hacha que le cortó la cabeza, sólo él sería culpable de que le considerasen más un puritano que un monárquico. Y el permitir una imagen del instrumento de la ejecución mientras se prohíbe la imagen de la víctima es tan extraño y siniestro en el caso de Cristo como en el de César. Y esto ilustra parcialmente toda aquella situación que cada vez se me hacía más clara y que me sirvió para dar un paso adelante en mi vida.

De esta revolución vital, escribiré más adelante y con más detalle, pero de momento y en relación con el asunto que he relatado, diré que, naturalmente, para mí es motivo de intensa —y en cierto modo irónica— alegría el que, tras tantos sobresaltos, idas y venidas, y como resultado imprevisto de aquel jaleo y alboroto, hoy se levante en el centro de mi ciudad un crucifijo tallado. Pero, sin menoscabo de la simpatía y respeto que siento por los vecinos y amigos que realmente lo erigieron, hay algo, en el modo en que se hizo y en cómo se aceptó, que no me parece totalmente aceptable. Yo no quiero que el crucifijo sea un compromiso ni una concesión a los hermanos más débiles, ni un contrapeso ni un subproducto; quiero que sea un blasón y un orgullo. No quiero que haya dudas de que nos regocijamos en ello como lo haría un ejército de viejos cruzados que defendieran la Cruz contra la Media Luna. Por si alguien quiere saber lo que siento respecto a algo que comento pocas veces y con renuencia, es decir, la relación entre la Iglesia que abandoné y la Iglesia

que abracé, la respuesta es tan compacta y concreta como una imagen de piedra: no quiero pertenecer a una religión en la que me permitan tener un crucifijo. Lo mismo me pasa con la cuestión mucho más controvertida de la adoración de la Santísima Virgen. Si a la gente no le gusta ese culto, está en su perfecto derecho de no ser católica, pero a los católicos, o a los que se llaman católicos, quiero que la idea no sólo les guste, sino que les entusiasme, les encante y, sobre todo, que la proclamen con orgullo. Deseo que sea lo que los protestantes llaman, con toda razón, santo y seña de un papista. Quiero que se me permita mostrarme entusiasta ante el entusiasmo, y no que se tolere fríamente mi mayor entusiasmo como una excentricidad. Y esa es la razón por la que, a pesar de la mejor voluntad del mundo, no puedo entender que ese crucifijo, en una punta de la ciudad, sustituya la pequeña iglesia católica y romana de la otra punta.

Pero he hablado aquí del monumento a los caídos por su relación con la guerra. Me he acercado intencionadamente al tema de la guerra desde otro ángulo. En primer lugar, he tratado algunos problemas que surgieron cuando todo hubo acabado, porque ilustran ciertas peculiaridades de mi propia postura y experiencia. Algunas de las cosas que hay que decir sobre la guerra sólo pueden decirse si la contemplamos retrospectivamente, porque los problemas que acarreó apenas habían surgido cuando la guerra sólo existía como una perspectiva; no obstante, si no cuento este resumen, todo lo que diga acerca del tema podría ser completamente tergiversado, sobre todo, en el ambiente que ha ido proliferando en los últimos diez o doce años.

Entre mis sólidos y tenaces compatriotas británicos, siempre he tenido la desventaja de no cambiar de opinión con la suficiente rapidez. En general, he tratado modestamente de que mis opiniones se apoyaran en razones y nunca he entendido por qué habría de cambiar de opinión si las razones no habían cambiado. Si realmente fuera un británico sólido y tenaz, me bastaría con que cambiara la moda, porque esa clase de británico tenaz a la que me refiero no desea ser consecuente consigo mismo, sino con el resto del mundo. Pero como yo poseo lo que me complace considerar como una filosofía política, he mantenido mis opiniones políticas en muchos asuntos. Al inicio de la batalla por la autonomía de Irlanda, creí que el país debería ser gobernado por ideas irlandesas; y todavía lo creo, aunque mis compañeros liberales hayan hecho el asombroso descubrimiento de que las ideas irlandesas son ideas cristianas corrientes y molientes. Creí que la actuación de Inglaterra en la guerra de Sudáfrica fue incorrecta; y sigo pensando que fue incorrecta. Creí que la actuación de Inglaterra en la Gran Guerra fue acertada; y sigo creyendo que fue acertada. En el primer caso, no saqué mis ideas políticas del Daily Mail y en el segundo, no me propongo sacar otras del Daily Express. En el primer caso, pensaba y pienso que el poder financiero judío no debería dominar Inglaterra. En el segundo, pensaba y pienso que el militarismo y materialismo

prusiano no deberían dominar Europa. Hasta que cambie mi punto de vista sobre estos dos principios, no veo razones para cambiar mi punto de vista sobre sus aplicaciones prácticas. Esta suerte de obstinación, basada en una fría insensibilidad ante las fluctuaciones del mercado y ante el peso que se atribuye a las opiniones de los dos o tres propietarios de todos los periódicos, tiene el gran inconveniente de separar a un individuo de sus contemporáneos. Pero también tiene ventajas, y una de ellas es que un hombre puede mirar, sin sentir el corazón dividido ni la mente alterada, el monumento a los caídos de Beaconsfield.

En realidad, toda la cuestión radica en este punto. El monumento se erigió allí, como el monumento después del gran incendio, para conmemorar que algo se había salvado de la Gran Guerra. Lo que se había salvado era Beaconsfield; de la misma manera que lo que se había salvado era Gran Bretaña y no un Beaconsfield ideal ni un Beaconsfield perfecto o que progresaba perfectamente, ni un nuevo Beaconsfield con verjas de oro y perlas caídas del cielo, sino Beaconsfield. Un cierto equilibrio social, una forma de vida, una determinada tradición en la moral y en las costumbres, que en ciertos aspectos deploro y en otros valoro, y que amenazaban con caer en un estado de absoluta y tal vez permanente inferioridad e impotencia, comparadas con otras tradiciones y modos de vida. Es una tontería decir que, en esta lucha, la derrota no habría comportado la destrucción, simplemente porque con toda probabilidad no habría habido lo que legalmente se llama anexión. Los estados que sufren esa clase de derrota se convierten en estados vasallos que simplemente conservan una independencia formal y en los que todos los asuntos vitales se rigen por la política del conquistador, y quedan impregnados por la cultura de este. Los hombres cuyos nombres están escritos en el monumento a los caídos de Beaconsfield murieron para evitar que Beaconsfield fuera eclipsado inmediatamente por Berlín, que todas sus reformas siguieran el modelo de Berlín y que todos sus productos fueran utilizados para los propósitos internacionales de Berlín, a pesar de que el rey de Prusia no se proclamara explícitamente soberano del rey de Inglaterra. Murieron para evitarlo y lo evitaron. A pesar de los que insisten en que murieron en vano, y además disfrutaban con la idea.

El conflicto estalló en Europa porque el prusiano era insufrible. ¿Cómo habría sido ese prusiano si, además de ser insufrible, hubiera demostrado que era imbatible? ¿Cómo habría sido el Kaiser, con su fuerza coercitiva y sus baladronadas de Atila, líder de los hunos, incluso en tiempo de paz, si hubiera resultado victorioso en una contienda universal? Sin embargo, esa es la pregunta elemental que hay que hacerse si nos preguntamos si merecía la pena que aquellos hombres empezaran a luchar y siguieran luchando. No es cuestión de hacerse preguntas desmesuradas y delirantes sobre si el mundo ha mejorado con la guerra, si Utopía o la Nueva Jerusalén han nacido de la

guerra, o de preguntarnos en ese estilo apocalíptico tan de moda qué ha nacido de la guerra. Nosotros hemos nacido de la Guerra y hemos nacido vivos; Inglaterra y Europa han nacido de la Guerra, con todos los pecados sobre sus hombros, confundidas, corrompidas, degradadas, pero no muertas. La única guerra defendible es una guerra defensiva. Y una guerra defensiva, por su propia definición y naturaleza, es aquella de la que el hombre vuelve apaleado, sangrante, y presume tan sólo de no haber muerto.

Los que ahora no valoran la causa aliada son los que un día la valoraron demasiado. Los que se sienten desilusionados con aquella gran defensa de la civilización son los que esperaron demasiado. Un genio tan inestable como Mr. H. G. Wells es un caso típico de toda esta contradicción. Empezó diciendo que el esfuerzo de los aliados era «la guerra que acabaría con la guerra», y ha terminado por decir —aunque sea a través de la equívoca máscara de Mr. Clissold— que sólo ha sido un incendio forestal que no ha solucionado nada. Es difícil decir cuál de las dos afirmaciones es más absurda. Arregló exactamente aquello que pretendía arreglar, pero era algo más racional y modesto de lo que Mr. Wells había decidido que arreglase. Decirle al soldado que defiende a su país que aquello es «la guerra que acabará con la guerra» es exactamente lo mismo que decirle a un obrero, reacio naturalmente al trabajo cotidiano, que ese es «el trabajo que acabará con el trabajo». Jamás prometimos poner punto final a ninguna guerra, ningún trabajo o ninguna preocupación. Sólo dijimos que no quedaba más remedio que aguantar algo muy malo porque la alternativa era todavía peor. En resumen, dijimos lo que diría cualquier hombre a la defensiva. Un ladrón allana la vivienda de Mr. Brown, pero este logra salvar su vida y su propiedad. Es absurdo que le ataquemos y digamos: «Después de todo, ¿de qué ha servido la pelea en el patio? Sigue siendo el mismo Septimus Brown de siempre, con la misma cara, los mismos pantalones, el mismo humor un poco variable a la hora del desayuno, las mismas anécdotas sobre el corredor de apuestas de Brighton». Es absurdo quejarse de que Mr. Brown no se haya convertido en un dios griego simplemente porque un ladrón le golpeará en la cabeza. Tenía derecho a defenderse; tenía derecho a salvarse y eso fue lo que hizo, ni más ni menos. Si se hubiera lanzado a purificar el mundo y hubiera disparado a cualquier hipotético ladrón, no habría sido una guerra defensiva ni tampoco defendible.

Eso es lo que quiero decir cuando afirmo que, para mí, el monumento a los caídos de Beaconsfield conmemora la reivindicación de Beaconsfield, no de un Beaconsfield ideal, sino de un Beaconsfield real. Hay muchas cosas en un pueblo inglés como este con las que no estoy de acuerdo, y durante toda mi vida he luchado por cambiar muchas de ellas. No me gusta la división del campo inglés, con pocos campesinos y exceso de terratenientes; no me gusta cómo el difuso compromiso religioso del puritanismo se transforma en paganismo, pero no quiero verlo desacreditado y arrasado por el prusianismo.

La defensa de su prestigio e independencia contra una hegemonía salvaje fue justa. Sin embargo, no estoy seguro de que una guerra para acabar con la guerra hubiera sido justa. No estoy seguro de que no habría sido una maldad excesiva aun en el supuesto de que hubiera alguien capaz de evitar cualquier protesta o desafío armado que pudiera plantearse en cualquier sitio y por cualquier provocación.

Este interludio sobre los aspectos intelectuales de la guerra resulta necesario, porque todo lo que yo cuente sobre los detalles ocasionales del período de la guerra no significará nada si se asume que yo simpatizo con esa estúpida reacción que circula entre nosotros. Cuando estalló la guerra, asistí a la conferencia de los intelectuales ingleses para redactar una réplica al manifiesto de los profesores alemanes. Entre todos aquellos escritores, al menos yo puedo decir que «lo que he escrito, bien escrito está». Escribí panfletos contra Prusia que muchos considerarían violentos, aunque en aquel momento todos apoyaban aquella violencia, y me siento perfectamente preparado para apoyar su verdad. Apenas cambiaría una palabra. Mis puntos de vista no se basaban en la fiebre de aquella moda ni han pasado como pasó aquella fiebre.

Inmediatamente después de estallar la guerra, caí gravemente enfermo y pasé así muchos meses; en determinado momento, la enfermedad estuvo a punto de acabar conmigo, por lo que interrumpí toda comunicación periodística con el malvado mundo de la prensa. Lo último que hice mientras aún me tenía en pie, aunque ya muy enfermo, fue ir a Oxford para hablar en defensa de la declaración de guerra por parte de Inglaterra ante una inmensa masa de estudiantes. Aquella noche fue una pesadilla para mí y no recuerdo nada excepto que dije lo que tenía que decir. Luego, me fui a casa, me acosté, intenté escribir una réplica a Bernard Shaw, de la que aún debe de existir algún párrafo por ahí, y pronto fui incapaz de seguir escribiendo. La enfermedad me dejó ciertas secuelas que me impedían, incluso una vez recuperado, hacer nada más útil que escribir. Me lancé al trabajo para colaborar todo lo que pudiera tanto con la prensa general como con la propaganda gubernamental, de la que había varios departamentos. He de señalar que el desarrollo de la guerra, tanto en Inglaterra como fuera de ella, supuso una educación excelente para cualquier escritor que tendiera a teorizar en exceso sobre un asunto tan complejo y a la vez tan concreto como el de la materia que conforma al ser humano: el misterio y la inconsistencia del hombre. El ser humano parece capaz de grandes virtudes, pero no tanto de pequeñas virtudes; es capaz de desafiar a quien le tortura, pero no de controlar sus propios estallidos de mal humor. He de reconocer que, cuando escribía literatura propagandística por encargo de distintos departamentos gubernamentales, me sorprendió enormemente constatar las pequeñas vanidades y celos infantiles que dividían aquellos departamentos, y cómo conservaban sus minuciosas formalidades

incluso a las puertas del Juicio Final. Los hechos se parecían extraordinariamente a lo que Arnold Bennett describe tan inteligentemente en Lord Raingo. Comprendía que un hombre fuera un cobarde y huyera de un alemán; comprendo, y espero humildemente poder emularlo, que un hombre luce y se mantenga firme; pero que un inglés se comporte como si la lucha no fuera entre un inglés y un alemán, sino entre un funcionario del Ministerio de Exteriores y otro del Ministerio de la Guerra, es algo que escapa a mi imaginación. Me atrevería a decir que cualquiera de aquellos funcionarios gubernamentales habría dado su vida por Inglaterra sin la menor queja y, sin embargo, era incapaz de aceptar la sugerencia de que un folleto de dos peniques pasara de una celdilla a otra de la gran colmena de Whitehall sin quejarse airadamente. En aquellos momentos, yo me consideraba parte de aquel cuerpo de ingleses de quienes discrepaba en lo más profundo de mi alma; creía que, en aquella hora de muerte, yo estaba con los ateos, los pesimistas, los maniqueos puritanos e incluso con los de la Orden de Orange de Belfast. Pero los formalismos de la Oficina del Circunloquio eran capaces de dividir a hombres que ni Dios ni el diablo hubieran podido separar. Era una pequeñez, pero formaba parte de la comprensión del auténtico enigma del ser humano, algo que permanece oculto a los ojos del muchacho y sólo se hace visible en la madurez y adopta progresivamente la naturaleza de una iluminación religiosa basada en la verdadera doctrina del pecado original y la dignidad humana. Formaba parte de ese dilatado proceso del crecimiento que inevitablemente precede al espléndido logro de una segunda infancia.

Cuando, al final de mi larga enfermedad, recobré por primera vez la conciencia, me dijeron que pedí Land and Water, donde Mr. Belloc ya había empezado a publicar su famosa serie de artículos sobre la guerra. El último que yo había leído, o había sido capaz de entender, era el relativo a la nueva esperanza que llegaba del Marne. Cuando desperté y volví a ser consciente de lo que pasaba en el mundo, las largas batallas antes de Ypres ya habían acabado y había comenzado la larga guerra de trincheras. La enfermera, que sabía que durante mucho tiempo había sido incapaz de leer nada, me dio, como se da un muñeco a un niño enfermo, el primer ejemplar del periódico que encontró. Pero, de repente, le grité con voz potente y clara que aquel era un número atrasado sobre la primera intentona antes de la batalla de Nancy y que yo quería todos los números del periódico aparecidos desde la batalla del Marne. De repente, tenía la cabeza clara, tan clara como ahora. Aquello también fue una lección sobre lo paradójico de la realidad, tan distinta de aquellas otras paradojas modernas y sencillamente teatrales. Desde entonces he sabido que no todo sigue una larga y gradual curva de evolución, sino que, en la vida y la muerte, existe un elemento de catástrofe que conlleva cierta dosis de miedo al milagro.

Ante mi clara y reiterada petición, me trajeron toda la colección del

semanario; me lo leí de cabo a rabo y comprendí perfectamente los hechos, números, diagramas y cálculos; los estudié con tanto detalle que realmente me pareció que no me había perdido mucho del desarrollo de la guerra. Descubrí que los panfletos que yo había escrito ya estaban en circulación, sobre todo en el extranjero, y que el principal motivo de su éxito radicaba en que, en cierto sentido, eran secretos. Mi viejo amigo Masterman, encargado de uno de los departamentos de propaganda, me dijo muy orgulloso que sus enemigos se quejaban de que no entraba propaganda inglesa en España o en Suecia. Lo decía con regocijo, porque aquello significaba que la gente absorbía propaganda como la que yo escribía sin darse cuenta siquiera de que lo era. Yo mismo vi cómo uno de mis ensayos, enormemente belicoso, titulado «La barbarie de Berlín», aparecía como un tranquilo estudio filosófico español titulado «El concepto de barbarie». Los idiotas que provocaban a Masterman lo habrían publicado con la bandera inglesa en la cubierta y una imagen del león británico, de manera que no hubiera habido apenas un español que se hubiera atrevido a leerlo, y nadie se lo habría creído. La sutileza de Masterman en este tipo de asuntos era muy superior a la de su entorno político. En muchos aspectos, como he insinuado, sufría por tener que estar inmerso en aquel entorno. Permitía que algunos líderes del partido, inferiores a él en todos los aspectos, le utilizaran como un mercenario, pero aquel humor negro que anidaba en lo más profundo de él afloraba en una mueca de burla ante los ataques a su maestría como contrabandista intelectual.

A pesar de todo lo anterior y de haber escrito durante la guerra el opúsculo titulado «La barbarie de Berlín», me siento orgulloso de haber escrito también un libro mucho más largo titulado *Los crímenes de Inglaterra*. Estaba firmemente convencido de que la hipocresía de Inglaterra era una locura en aquellos momentos de intensa realidad moral. Por tanto, escribí un libro con una lista de los auténticos pecados del imperio británico a lo largo de la historia moderna, en el que también se ponía de manifiesto que el imperio germánico no sólo cometía todos estos pecados, sino que eran aún mucho peor; además, quedaba claro que las peores tendencias británicas se daban por una clara influencia de Alemania. Fue una política pro-germánica —el apoyo al héroe protestante en Prusia o a los príncipes protestantes de Hanover— lo que nos había llevado a involucrarnos en la fatal disputa con Irlanda y en cosas aún peores. Nuestro reciente imperialismo había sido una loa a Prusia, como ejemplo y como excusa. No obstante, escribir un libro sobre los crímenes de Inglaterra, y más, con aquel escueto título, era algo que en aquella época corría el riesgo de ser malinterpretado; creo que el libro se prohibió en algunos lugares por considerarlo un panfleto pacifista, aunque no era muy pacifista. Pero todo esto sucedería más tarde. Cuando me recuperé, leí todo lo relacionado con la guerra y luego, como quien retoma la rutina de la vida cotidiana, empecé a responder a Mr. Bernard Shaw.

El coronel Repington cuenta en sus memorias una anécdota, con cierta base real, en la que Mr. Belloc y yo continuamos hablando durante un bombardeo sin darnos cuenta de que había empezado; no estoy seguro de en qué momento nos percatamos finalmente de ello, pero de lo que estoy seguro es de que seguimos hablando. No se me ocurre qué otra cosa hubiéramos podido hacer. Sin embargo, recuerdo la ocasión perfectamente; primero, porque, a pesar de que en aquella época solía recorrer Londres de un lado a otro, aquella era mi primera experiencia de un bombardeo y, en segundo lugar, por una circunstancia que el coronel Repington no menciona y que acentuaba la ironía entre lo abstracto de la conversación y la concreción de las bombas. Sucedió en casa de la señora Juliet Duff; entre los invitados se encontraba el Mayor Maurice Baring, que había ido acompañado por un ruso uniformado; el hombre hablaba de una manera que parecía desafiar incluso las interrupciones de Belloc, por no hablar de las bombas. Iba soltando en francés un fluido monólogo que poco a poco nos iba envolviendo a todos; lo que decía tenía esa particularidad propia de algo asociado a su país y que muchos han intentado definir; para simplificar podríamos decir que ese país parece poseer todas las virtudes humanas excepto el sentido común. Era un aristócrata, un terrateniente, un militar de un regimiento de élite del Zar, en resumen, un hombre del antiguo régimen. Pero había algo en él de lo que está presente en todo bolchevique, algo que he percibido en todos los rusos que he conocido. Lo único que puedo decir es que cuando salía por la puerta, daba la impresión de que igual hubiera podido salir por la ventana. No era comunista, pero era utópico y su utopía era mucho más descabellada que cualquier comunismo. Proponía que el gobierno del mundo se encomendara sólo a los poetas. Decía muy serio que él también era poeta. Fue tan amable y lisonjero que, en mi calidad de poeta, me seleccionó como gobernante absoluto y autocrático de Inglaterra. Entronizó igualmente a D'Annunzio para gobernar Italia y a Anatole France como gobernante de Francia. Señalé, en el único francés que pude colar en aquel incesante torrente, que el gobierno requería una *idée générale* y que las ideas de France y de D'Annunzio se oponían frontalmente e iban en detrimento de cualquier francés patriota. Pero él descartó aquellas dudas; estaba seguro de que, mientras los gobernantes fueran poetas o, por lo menos, escritores, no podrían equivocarse ni dejar de entenderse unos con otros. Los reyes, los magnates y la masa podían enzarzarse en ciegos conflictos, pero los hombres de letras no pueden pelearse. Fue en algún punto de este nuevo orden social cuando empecé a ser consciente de ruidos en el exterior (como dicen en las acotaciones escénicas) y después, del eco estremecedor y el trueno de la guerra en el cielo. Prusia, el príncipe del aire, lanzaba fuego sobre la gran ciudad de nuestros antepasados, y se diga lo que se diga de Prusia, no está gobernada por poetas. Por supuesto, seguimos hablando sin alteración alguna, salvo que la señora de la casa bajó a su bebé

del piso de arriba y allí quedó expuesto el gran proyecto del mundo gobernado por poetas. Nadie en tales circunstancias puede evitar pensar en un posible final, aunque mucho se ha escrito sobre lo irónico o ideal de las circunstancias en las que ese final podría llegar. Pero yo podía imaginar pocas circunstancias más singulares para morir que sentado en una mansión de Mayfair mientras escuchaba cómo un ruso loco me ofrecía la corona de Inglaterra.

Cuando se marchó, Belloc y yo nos fuimos caminando por el parque con el eco de las últimas explosiones que aún retumbaban en el cielo. Al salir por Buckingham Gate, oímos la sirena que anunciaba el final del bombardeo, y que a nosotros nos pareció la trompeta que anuncia el triunfo. Hablamos un poco de las perspectivas de la guerra, que estaba en una etapa de transición entre el peligro final y la última salvación; nos separamos, no sin un cierto sentimiento de emoción demorada, y me fui por Kensington High Road a casa de mi madre.

Entre las fábulas sobre Belloc, por no decir mentiras, que circulaban entre la gente que no le conocía de nada, estaba la que afirmaba que era lo que entonces se llamaba un «optimista» sobre la guerra; es decir, que exageraba las bajas alemanas para dar la impresión de más seguridad y tranquilidad. Esta idea resulta totalmente grotesca para cualquiera que conozca a Belloc. Para empezar, al ser un animal dotado de la capacidad de raciocinio, es incapaz de pensar que el ser un «optimista» o un «pesimista» influya lo más mínimo sobre la realidad, así como de pedir a alguien que sea brillante y alegre para que no llueva mañana. En segundo lugar, en lo que respecta al legítimo lugar que el humor y la emoción ocupan en la vida, los suyos no eran en general demasiado optimistas. Y tercero, las personas que se han tomado la molestia de estudiar los hechos y el número de bajas enemigas están de acuerdo en que los cálculos de Belloc eran sustancialmente correctos y los del otro grupo absolutamente incorrectos. La verdad es que al iniciarse la nueva guerra de trincheras, los cálculos de todo el mundo fueron erróneos durante cierto tiempo, pero él fue de los primeros en corregir los suyos, que después siempre fueron correctos mientras que los del otro grupo eran siempre erróneos. Por lo demás, el error científico en el cálculo de las bajas de la guerra no se debió a un factor científico, sino moral. Un ejemplo sobresaliente del cambio que experimentan las cosas materiales dependiendo de cuál sea la voluntad humana fue la Revolución Rusa. Nadie digno de crédito fue capaz de predecirla, pero Belloc fue quien hizo las observaciones más interesantes respecto a asuntos como aquel. Sospecho que uno de sus artículos, recogido en *Land and Water*, debió de dejar perplejos a muchos de sus lectores con aquella elaborada reconstrucción histórica de la visión de futuro que, a principios del siglo VI, en Bizancio, imagina un funcionario griego, y en la que calcula y combina las fuerzas del imperio romano y la iglesia católica. Belloc observaba que un hombre así creería haber tomado en cuenta todas las posibilidades: el

peligro de un cisma religioso entre Oriente y Occidente, el peligro de que los bárbaros atacaran la Galia o Bretaña, la situación de África y España, y así sucesivamente. Sin embargo, «en aquel momento, muy lejos, en un pueblecito de Arabia, Mahoma tenía dieciocho años».

No es necesario que me demore más en esta vieja y ociosa pelea; si la historia sería recuerda a aquellos hombres que despotricaban contra el «optimismo», es únicamente porque fueron los enemigos de Belloc. Eran gente con poca educación, propietarios de la prensa amarilla de la época, que estaban molestos con él por ciertos comentarios incisivos que había hecho a propósito de la venta de títulos nobiliarios. Pero merece la pena hacer una breve pausa para subrayar una verdad común a todos mis amigos y creo que a todos los amigos de Inglaterra dignos de ese nombre; nosotros jamás basamos nuestras convicciones en mezquinas fanfarronadas sobre el éxito, trabajábamos para conseguir la victoria, estábamos preparados para el fracaso y jamás hicimos predicciones ni sobre el fin de la guerra ni sobre otros acontecimientos futuros; y Belloc menos que nadie; en la primera conferencia que dio en Londres, le oí decir: «No corresponde al orador ni al escritor hablar anticipadamente de las victorias ni de cómo se llevarán a cabo. Sólo Dios concede la victoria».

Hay otro aspecto de cómo la prensa amarilla extendió el pánico y la insurrección política, y lo llamó patriotismo y periodismo de investigación. Aparentemente, se suponía que Inglaterra necesitaba que la apuntalaran por detrás. Mi amigo Bentley, en el extraordinario trabajo que realizaba para el Daily Telegraph, lo describió más acertadamente al decir que a Inglaterra la estaban apuñalando por la espalda. El Daily Telegraph realizó en aquellos días febriles una admirable labor de higiene médica y moral, pero para mí y mi pequeño grupo, la pelea tuvo otro efecto, aunque en distinta medida, luchábamos en dos frentes distintos; para nosotros, tanto los Hohenzollerns como los Harmsworths eran publicistas de éxito y desastrosos estadistas, y por motivos que jamás hubiera previsto en condiciones normales, recayó sobre mí la tarea de expresar esta doble actitud.

Me convertí en director de periódico. En cualquier otro momento, aquello me habría parecido tan poco probable como ser editor, banquero o una de las firmas principales del Times. Sin embargo, tuve que hacerlo para asegurar la continuidad de nuestro pequeño periódico, el New Witness, apasionadamente patriótico y favorable a los aliados, pero marcadamente opuesto al patrioterismo del Daily Mail. No había mucha gente que mantuviera aquellas dos prevenciones tan distintas y que no las mezclara sin recurrir a la odiosa farsa de la moderación. No había muchos, pero yo, en cierto modo, era uno de ellos. Y cuando mi hermano se fue al frente, dejó el periódico en mis manos y me pidió que lo dirigiera hasta su vuelta. Y como no volvió, continué

dirigiéndolo.

Mi hermano estaba destinado a demostrar en aquella hora fatal que sólo él entre los hombres de nuestro tiempo poseía las dos clases de valor que siempre han nutrido a la nación: el valor del estrado y el del campo de batalla. En este último escenario, él sufrió junto a miles de hombres igualmente valientes, pero en el primero, sufrió solo, y no deja de ser un ejemplo de la ironía humana que aparentemente sea más fácil morir en la batalla que decir la verdad en política. De todas formas, la naturaleza humana es un asunto complicado. Cuando recibí la noticia de la muerte de mi hermano, yo, como director de su periódico, tuve una reacción extraña e inexplicable, que sólo pude expresar escribiendo una carta abierta a Rufus Isaacs, Lord Reading, en la que rememoraba nuestra pelea en el caso Marconi. Intentaba decirle, de forma muy comedida, que pensaba que él había actuado contra mi nación, pero a favor de su propia sangre, y que él, que había contado, y sin duda incluso despreciado al contarlo, aquella tediosa farsa parlamentaria sobre el encuentro con su hermano en una reunión familiar, había actuado movido por aquellas profundas lealtades domésticas que constituían mi propia tragedia en aquella hora. Pero añadía: «Usted es ahora mucho más desgraciado, porque su hermano todavía vive».

Como ya he dicho, es extraño que en poco tiempo también su hermano muriera y que lo hiciera profesando la misma religión que el mío. Así acabó, de un modo bastante simbólico, el gran duelo del caso Marconi; yo continué como director del periódico de mi hermano, si es que a eso se le puede llamar dirigir, y el resto de financieros y políticos no dieron señales de morir en ninguna fe, ni siquiera de morir. La guerra se encaminaba hacia el fin en el que tantas vidas acabaron; los alemanes lanzaron sus últimos y vanos ataques, y Foch asestó el golpe final frente a Chalons, donde la cristiandad había derrotado a los hunos mil años antes. En Inglaterra, los políticos continuaban con sus discursos benevolentes; los nuevos nobles proliferaban en un oscuro sustrato comercial; florecían todo tipo de aventuras económicas, apoyadas en la publicidad intensa y el magnetismo personal, y las asociaciones científicas y las fusiones de la prensa que ahora dominan el Estado crecieron lentamente hasta alcanzar el poder y la tranquilidad que ostentan hoy en día. Como el Viejo Marinero decía en un momento de melancólica comparación:

Tantos hombres, tan bellos
muertos todos yacían;
y miles de seres viscosos
igual que yo vivían.

XII

ALGUNAS CELEBRIDADES POLÍTICAS

Casi siempre que he conocido a alguien, he conocido a alguien más, es decir, he conocido a un hombre privado extrañamente diferente del hombre público. Incluso cuando el personaje no era totalmente lo contrario de la caricatura que dibujaban los periódicos, podría decir, sirviéndome de una licencia del lenguaje, que era incluso más contrario que lo contrario. Quiero decir que la relación era más sutil y la realidad se situaba en otro plano: cuando, tras larga experiencia, descubría con asombro que una alabanza era cierta, incluso entonces, la verdad era casi lo opuesto a la alabanza. Por ejemplo, todos nos alegramos del coro de homenajes espontáneos que se rindieron al difunto rey Jorge V. Sin embargo, la reiteración de los testimonios sobre la honradez de su servicio público ofrecía tal indescriptible impresión de rutina que daba la impresión de que fuera incompleta. Sólo coincidí con él una vez en mi vida, en casa del difunto Lord Burnham, donde el rey estaba de caza, y, en lo que a mí respecta, realmente me sorprendió como la persona más auténtica que haya conocido jamás. Sin embargo, era auténtico de un modo inesperado. No sólo era honesto, sino franco, y tan libre y fácil en sus simpatías y antipatías que podría llamársele indiscreto. G. B. Shaw decía con razón que en los discursos públicos hablaba el inglés del rey, pero en privado era inglés puro y simple. Era cualquier cosa menos aquel inalterable funcionario que muchos panegíricos mostraban; no era ese abogado de confianza que guarda los secretos familiares, ni el médico asfixiado por el silencio de las confidencias profesionales; parecía más bien un pequeño capitán que guarda cierto silencio y etiqueta en el puente de mando, pero que tiene el camarote lleno de innumerables anécdotas e improperios. No hay nada comparable a conocer a un hombre, aunque sólo sea durante un par de horas; eso siempre nos permitirá saber cuándo comienza una leyenda o se distorsiona una historia; y si, antes de morir, oigo que los miembros de las nuevas generaciones que no conocieron a Jorge V le alaban como a un hombre fuerte y silencioso o le desprecian como a un hombre estúpido y vacío, sabré que la historia se ha equivocado totalmente en el retrato.

A veces he tenido contactos aún más breves con sorpresas todavía más curiosas. Hablé con el fallecido marqués Curzon durante sólo diez minutos en una recepción muy concurrida, aunque ya había estado en su casa una o dos veces; parecía no importarle el gentío ni la conversación, ni siquiera yo; era absolutamente encantador y afable, y se le ocurrió decir una de las pocas cosas que casi nadie, ni siquiera yo, se hubiera imaginado que Curzon pudiera decir. Afirmó que estaba totalmente de acuerdo conmigo en que los gritos, las rechiflas, los chistes y las bromas del pueblo en un mitin eran mucho más

ingeniosos y dignos de escucharse que los discursos de los políticos en la tribuna. Yo había expresado esta opinión en un artículo que apareció en el *Illustrated London News*, pero jamás se me habría ocurrido que él, un político habitualmente muy solemne en las tribunas más privilegiadas, fuera un apasionado defensor de la plebe o del bufón que la protegía. Sin embargo, no hay duda de que, en muchas ocasiones, decía y hacía cosas que favorecieron e incluso crearon la popular leyenda de su impopular actitud. Era el único ejemplo de aristócrata inglés que se presentaba como un aristócrata prusiano, lo que resultaba muy raro, porque los aristócratas ingleses suelen ser cínicos, pero no bárbaros. En pocas palabras, son más sutiles; aunque a veces creo que Curzon era, de modo extraño, más sutil que todas aquellas sutilezas. Todo el mundo sabe que había algo de artificiosidad heroica en su cuerpo, que le costaba mucho mantenerse derecho, y sospecho que mucha de aquella tensión se convertía en broma jactanciosa y rígida. Llegó de Oxford cuando estaba de moda ser pesimista en filosofía y reaccionario en política, y así como los artistas decadentes daban una imagen de sí mismos mucho peor de lo que en realidad eran, también él parecía menos democrático de lo que era. Se dice que muchas de las historias que circulan contra él son invención suya, pero esto es una sencilla deducción a partir de unas cuantas palabras que me dijo un hombre que no podía ser tan estúpido como un prusiano; en otras relaciones en las que tuve un trato igualmente limitado pero más largo, he observado la misma contradicción.

Lord Hugh Cecil fue mi primera revelación sobre el contraste entre un ser humano y su retrato o caricatura política. Creo que lo conocí en casa de Wilfrid Ward, a quien debería haber mencionado antes porque fue para mí una influencia iluminadora en muchos aspectos. Había publicado en el *Dublin Review* una crítica muy elogiosa de mi Ortodoxia en un momento en el que la mayoría de su gente debía considerarla una paradoja provocadora. Estableció una excelente prueba crítica, la de que los críticos eran incapaces de entender lo que a él le gustaba, pero él sí que entendía lo que a ellos no les gustaba. «La verdad puede entender el error, pero el error no puede entender la verdad». Por su amabilidad, posteriormente me hicieron miembro de la *Synthetic Society*, orgullosa, con toda justicia, de continuar con la Sociedad en la que el gran Huxley debatió con el no menos gran Ward (al que Dios sabrá por qué llamaban el «Ideal Ward») y en la que tuve el privilegio de conocer a varias personas decisivas como el barón Von Hugel y mi viejo amigo de los días en Palestina, el padre Waggett. Pero si me preguntan por qué menciono esto aquí, la respuesta será bastante curiosa. Por alguna razón había muy pocos literatos en este grupo dedicado a la filosofía, salvo el propio Wilfrid Ward, un excelente editor y comentarista. Eran, o habrían podido ser, políticos y estadistas de primera clase. Allí conocí al viejo Haldane, boquiabierto ante los abismos hegelianos, que me causaba una impresión parecida a la que yo debía

haberle producido a mi vecino en un club local de debate y que dejaba a un lado las profundidades metafísicas en las que estaba inmerso para señalarme al tiempo que me decía: «Allí está ese Leviatán que creaste para que jugase en él». Pero yo nunca olvidé que Inglaterra le traicionó al acusarle de traición a Inglaterra. Allí también conocí a Balfour, quien obviamente prefería a cualquier filósofo con cualquier filosofía que a sus leales seguidores del Partido Conservador. Tal vez la religión no sea el opio del pueblo, pero la filosofía es el opio de los políticos. Todo esto me hace volver a Lord Hugh Cecil.

En las caricaturas de los periódicos liberales y en las cartas de la prensa liberal se representaba generalmente a Lord Hugh Cecil como un asceta medieval; todo con mucha moderación y refinamiento para que no le acusaran de santo. «F. C. G.» siempre lo dibujaba con una casaca larga y un birrete de estilo italiano, y cuando podía, lo representaba llevando algo parecido a una vidriera gótica. En mi simplicidad, me impregné de todos aquellos detalles, que no sólo no me parecían tan horrorosos como a los clientes del Daily News, sino que me ayudaban a creer que un caballero tan obviamente intelectual estaba realmente enamorado de la arquitectura y la autoridad medieval. Después conocí a Lord Hugh Cecil. Lo vi por primera vez en casa de Wilfrid Ward, aquel gran centro distribuidor de filosofías y teologías. La vasta y valiosa obra de Wilfrid Ward revelaba sobradamente que él tenía mucha mejor sintonía con los Cecil, los Balfour y el resto de ellos de la que yo tendría nunca. Escuché la lúcida exposición de Lord Hugh sobre su postura. Ningún amante de la lógica habría podido quedarse indiferente ante una cabeza tan lógica, y yo extraje varias conclusiones sobre él; en primer lugar, que tenía muchas ideas propias y, en segundo, que contemplaba todas las ideas, incluidas las suyas, con lo que podríamos decir cierta distancia. Pero lo que más me impresionó de él fue su protestantismo. Yo estaba aún muy lejos de convertirme al catolicismo, pero creo que fue el perfecto y sólido protestantismo de Lord Hugh el que me reveló que yo ya no era protestante. Él era, y quizá lo sea todavía, el único protestante de verdad, porque su religión resulta intensamente real. De vez en cuando, sorprende al mundo en el que vive con una rigurosa y honrada defensa de la ética y teología cristianas en las que todo protestante creyó un día, porque el mundo protestante inglés de hoy resulta algo muy curioso y sutil que no se me ocurriría criticar; sin embargo, diría, sin temor a ofender, que si bien este mundo se siente un poco perturbado ante un protestante que acepta el catolicismo, le altera muchísimo más un protestante que aún preserve el protestantismo. Pensé en aquellas viejas y queridas caricaturas radicales del medievalista con casaca y reí aliviado. El viejo Kensit era un jesuita comparado con Hugh Cecil, porque el anti-ritualismo es sólo una forma subvertida de ritualismo, y el pobre Kensit cometió la ingenuidad de dejar que le fotografiaran con un crucifijo en la

mano. Pensé que resultaba extraño que un Cecil se hiciera famoso por rebelarse contra la Reforma, pero he vivido lo suficiente para ver cómo el patriotismo estridente acusaba a esos hombres de proteger a Alemania, igual que un día el radicalismo estridente les había acusado de favorecer a Roma. Sin embargo, también he vivido lo suficiente para darme cuenta de que Hugh Cecil ha sido tan heroicamente leal a su casa como a su país. No ha habido hombre más fiel que él a la tradición de la gran Inglaterra protestante que estableció el gran genio fundador de su familia.

George Wyndham confirmó esta idea mía, en cierta ocasión, al mencionar lo que él llamaba el extremado individualismo de Lord Hugh Cecil. Por ejemplo, el carácter comercial de esa consistente y patriótica Inglaterra de los últimos siglos tenían mucho que ver con que Lord Hugh Cecil fuera un librecambista tan recalcitrante, pues no sólo es un viejo protestante, sino que este caballeroso tory es también decididamente un viejo radical. Se hubiera sentido mucho más a gusto en la Escuela de Manchester que en la Edad Media. Si he dedicado a su nombre todo este espacio sin otra base que la de haber escuchado su luminosa conversación, es porque creo firmemente que él se alza en el mismísimo centro de esta moderna civilización de hoy en día y podría decirse que es el único pilar sólido que todavía sostiene la Inglaterra en la que nací. Pero las ideas de George Wyndham, como las mías, fluían siempre por otros derroteros, y de un modo u otro estaban determinadas o delimitadas por nuestro común sentimiento hacia este político conservador. Wyndham no era un conservador, sino un tory, es decir, capaz de ser un jacobita, que es algo tan subversivo como ser un jacobino. No sólo deseaba preservar el protestantismo, el librecambismo o cualquier otra cosa consustancial a la nación, sino que deseaba revivir cosas antiguas y realmente más internacionales. Tuve mis primeras impresiones sobre la falsedad del sistema de partidos cuando todavía era un periodista liberal, al darme cuenta de lo mucho que coincidía con Wyndham y de cómo este disentía de Cecil.

Conocí a George Wyndham en Taplow, en casa de Lord y Lady Desborough, muy buenos amigos míos desde hacía años, como lo eran también de otros muchos escritores de todos los colores y opiniones. Desde el primer momento, tuve la impresión de que las opiniones de Wyndham tenían, en general, el mismo color que las mías. Y si alguna vez hubo alguien a quien la palabra «color» le cuadrara perfectamente para describir sus opiniones, ese hombre era él. Por supuesto, también él padeció las estúpidas simplificaciones de los comentarios políticos y las caricaturas. Como había estado en el ejército, siempre le representaban como un centinela con un deje gangoso, y como era un hombre guapo, siempre se insinuaba que tenía muchas amigas, lo que en esencia era totalmente falso. Wyndham fue siempre lo que llamaríamos un hombre de amigos. Le encantaban precisamente esas cosas concretas que no les suelen gustar a las mujeres: quedarse toda la noche en vela dándole

vueltas pertinazmente al mismo tema inagotable, en sus más mínimos detalles y con pura lógica; no dejar que sus invitados se fueran hasta que casi amaneciera, a no ser que él hubiera dejado claro quién se ocultaba tras las iniciales «T. T.» en los Sonetos de Shakespeare o cuáles eran las expectativas personales de Chaucer en lo relativo a la publicación de Troilus y Cresida. No era en absoluto un dandi y, aunque vestía muy bien, le daba totalmente igual cómo vestían otros amigos suyos, lo cual es otra señal de pura camaradería masculina. Era un buen compañero tanto en la sociedad recreativa como en la literaria, pero en ninguno de los dos ámbitos puede decirse que fuera un hombre de sociedad. Mostraba gran simpatía por los gitanos y vagabundos, y coleccionaba hombres de letras (entre los que me incluyo) que parecían vagabundos. Su generosidad impregnaba todo lo que hacía de una vitalidad y un deleite totalmente opuestos al simple refinamiento, al que aludían quienes le desacreditaban diciendo que era «encantador». La primera vez que me escribió fue para felicitarme por una carta que yo había enviado a la Westminster Gazette sobre la educación religiosa y en la que, incluso en aquella época tan temprana, insinuaba que muchos anglicanos sentían que Cristo no está totalmente desvinculado de su propia Madre. A Wyndham le influía en este tema el profundo misticismo natural de su esposa, una mujer difícil de olvidar para cualquiera que la conociera y aún más difícil de no elogiar para cualquiera que la apreciara. Siempre mostró una curiosidad conmovedora por saber de dónde me venía aquella pasión por lo que en esta tierra protestante llaman «mariolatría»; yo le contestaba con sinceridad, pero sin demasiadas explicaciones, que en cierta forma lo había sentido dentro de mí desde la adolescencia.

En la misma época en que conocí a Wyndham, conocí, también en Taplow, al difunto conde Balfour, y aunque a menudo hablaba con él de temas abstractos, nunca llegué a conocerlo íntimamente ni, desde luego, a comprenderlo tan bien como al primero. No creo que fuera una persona fácilmente comprensible, pero desde luego resultaba alguien fácilmente incomprensible; tenía todos los rasgos externos, elegantes o excéntricos, que conforman un personaje público, es decir, una caricatura política. No obstante, en su caso, las burlas erraban el tiro todavía más y creo que los elogios eran peor que las burlas. Sus enemigos de la prensa le dibujaban como Miss Arthur y sus amigos de la prensa se referían a él como príncipe Arthur; no sé cuál de los dos apelativos era más engañoso. La verdad es que no había nada femenino en él, en el sentido poco caballeroso que se da a la palabra para designar lo tonto, débil o inestable, sino más bien todo lo contrario. Es propio de aquella época el que siempre le criticaran por ser un orador confuso y oscuro, cuando era en realidad un orador extraordinariamente claro; cualquiera que fuera capaz de seguir un razonamiento, podía seguirle. Sólo la mente moderna puede pensar que la lucidez es más enrevesada que la mistificación. En cuanto

a las imágenes contemporáneas en las que aparece como un lirio lacio, podrían ser las mismas que representaban a su tío Lord Salisbury como una campanilla marchita. Sin embargo, había algo realmente extraño en Arthur Balfour, y a pesar de que conmigo fue siempre de lo más agradable y amistoso, no tenía fama de ser agradable y amistoso con todo el mundo. Le iba como anillo al dedo esa certera definición de que «un caballero es alguien que nunca es grosero, salvo intencionadamente». Aunque tal vez fuera excesivamente aristocrático, no se parecía en nada al vulgar aristócrata excesivo. He conocido a muchos hombres de su rango: caballeros arrogantes y unos cuantos realmente ofensivos, pero tenían la simplicidad propia de la vanidad y la ignorancia; el caso de Balfour no era simple porque él no era el habitual dechado de maldad ni de bondad, ni el buen terrateniente, ni siquiera el buen caballero. El describir a Arthur Balfour como príncipe Arthur se ajustaba mucho menos a la verdad que describir a George Wyndham como san Jorge. Wyndham tenía aquel toque romántico o caballeresco, pero en Balfour había algo más que nunca llegué a comprender. A veces he pensado que era algo más nacional que social. Con frecuencia se dice que Carlos II sostenía que el presbiterianismo no es religión para un caballero, pero no se menciona tanto el que también dijera que el anglicanismo no era religión para un cristiano. No obstante, resulta extraño que en su breve y distorsionado recuerdo de los escoceses dijera que el presbiterianismo no es religión para un caballero cuando era el único país en el que los caballeros eran frecuentemente presbiterianos. Escocia ha estado muy influida por ese credo puritano que imperaba entre los nobles como el viejo Argyll de mi niñez, y Balfour tenía en su sangre algo de la vieja ferocidad calvinista, una suerte de ráfaga de aire helado que a veces se siente cuando cambia el viento e incluso en la brisa que baña los viajes de Stevenson. Esta comparación es la prueba de mi ausencia de prejuicios, pues desde la niñez he sentido por Escocia un amor romántico, incluso por su costa oriental, fría y lisa. Puede que no me crean, pero de muchacho, cuando los ingleses corrientes preguntaban «¿Qué es el golf?», yo jugaba en las canchas de golf que estaban a un tiro de piedra de Whittinghame. El golf atravesó la frontera rápidamente, como las gorras azules de lana escocesa y, en gran medida, se puso de moda porque Arthur Balfour estaba de moda. Fuera por lo que fuera, su encanto era un encanto escocés; su orgullo, un orgullo escocés, y había algo ojeroso y dolorido en su fina cabeza alargada que no tenía nada de terrateniente inglés, y que a mí me recordaba más la rectoría que al castillo. Además, por no haber estudiado en ninguna de las dos grandes universidades y tener muy buenos amigos que no se parecen a él en nada, me permito insinuar que de alguna forma uno pensaría en él como en un hombre de Cambridge.

Prácticamente no he vuelto a saber nada de los políticos desde la época de Asquith y Balfour, pero conocí a otro que además de ser escocés es una

especie de enigma escocés. Para mí el misterio de Mr. James Ramsay MacDonald era el siguiente. Cuando lo conocí superficialmente en mi juventud, todos éramos socialistas; él tenía fama de ser un defensor del socialismo más bien frío y científico, y aquella elocuencia suya más efusiva e incluso vehemente la desarrolló en su madurez, con discursos poéticos que yo le he escuchado cada vez que desde entonces hemos compartido el estrado con el supuesto fin de restaurar la Inglaterra rural. Recuerdo que yo me mostraba vehemente, efusivo y lleno de un juvenil entusiasmo por el Merrie England de Blatchford, y MacDonald me pareció de una frialdad más que fabiana cuando le oí decir, con bastante elegancia, que la popularización del socialismo que hacía Blatchford se parecía a un hombre que intentara explicar cómo era un automóvil y describiera una carretilla. En una ocasión posterior, se quejó conmigo de los estragos del automóvil, pero no creo que llevara tan lejos su rusticidad como para dejarse arrastrar por ahí en una carretilla como Mr. Pickwick. De todas formas, es cierto que había siempre algo en él que encajaba con lo tranquilo y tradicional. Cuando aún se le consideraba un líder laborista revolucionario con corbata roja, escuché que Balfour se refería a él en el Parlamento respetuosamente: «Me confieso admirador del estilo parlamentario del honorable caballero»; cuando oí aquello, creo que supe, de alguna forma, que el hombre de la corbata roja estaba destinado a ser ministro. Incluso entonces, tenía un aspecto más aristocrático que muchos aristócratas.

Pero estos estadistas no eran la clase de hombres, ni siquiera la clase de escoceses, con los que solía demorarme. Me sentía mucho más cerca de ese tipo de escocés interesado en política al que, no obstante, jamás se le permitiría actuar en la política práctica. Un espléndido espécimen de este tipo de hombre era Cunninghame Graham. Ningún ministro del gobierno admiraría su estilo parlamentario, aunque tenía mucho mejor estilo que cualquier ministro del gobierno. Nada podía evitar que Balfour o MacDonald llegasen a ser primeros ministros, pero Cunninghame Graham logró la hazaña de ser Cunninghame Graham. Como Bernard Shaw señalaba, es un logro tan fantástico que en una novela resultaría increíble. Sin embargo, no se puede decir que, en este caso, los escoceses formaran parte de una conspiración de alabanzas mutuas; lamento decir que oí a uno de aquellos grandes hombres pronunciar un discurso repleto de nobles ideales, mientras Cunninghame Graham me daba codazos y murmuraba a mi oído en voz baja pero inflexible: «Nunca he podido aguantar un sermón protestante».

Cunninghame Graham protagonizó un pequeño follón o escándalo que mostraba su candor político y que siempre he guardado en la memoria como un símbolo. El incidente explica por qué yo, por lo menos, me he llevado siempre mucho mejor con los revolucionarios que con los reformistas; aun en los casos en los que estaba en completo desacuerdo con las revoluciones o totalmente de acuerdo con las reformas. En Irlanda habría sido diferente; pero

en Inglaterra, durante la mayor parte de mi vida, los revolucionarios eran siempre socialistas y, en teoría, socialistas de Estado. Yo había empezado a poner en duda desde muy pronto y, más tarde, a negar, el socialismo o cualquier otra hipótesis que implicara una confianza total en el Estado. Creo que empecé a dudar cuando conocí a los políticos. Por otro lado, yo estaba realmente de acuerdo con los liberales en muchos puntos concretos que se habían convertido en parte del programa liberal; por ejemplo, en el estatuto de autonomía para Irlanda y en una descentralización democrática que muchos pensaban que supondría la muerte del imperio. Pero siempre sentí, y aún siento, más simpatía por un comunista como Conrad Noel que por un liberal como John Simón, a pesar de reconocer que ambos eran, a su manera, sinceros. Creo que ello se debe a que los revolucionarios, en cierto modo, juzgaban al mundo no con justicia como los santos, sino con la misma independencia que ellos. Sin embargo, los reformadores eran una parte tan fundamental del mundo que reformaban que los peores solían ser esnobs y los mejores tan sólo especialistas. Algunos de los especialistas liberales, al estilo más frígido de Cambridge, conseguían irritarme mucho más que cualquier simple anarquista o ateo. Parecían tremendamente negativos y sus críticas eran una especie de regañina. Un hombre distinguido que me producía ese efecto era el difunto J. A. Hobson, que no debe confundirse con S. G. Hobson, cuyos excelentes estudios de economía todavía iluminan nuestros debates; el hombre a quien me refiero era un orador altivo y patriótico, y escritor por méritos propios. Dudo en criticar a un hombre tan honesto e inteligente, pero cualquiera que recuerde, con el respeto que sea, aquella figura enjuta y su amarga y mordaz expresión diría que el espíritu de aquel hombre era también extremadamente acre. Era uno de los críticos liberales contra el imperialismo más independiente e inteligente, y en ese asunto yo estoy totalmente de acuerdo con los liberales. No me gustaba el imperialismo y, sin embargo, cuando Hobson había acabado de hablar contra él, casi me gustaba. Recuerdo que una vez presidió una reunión en la que se hablaba sobre los aborígenes o las razas primitivas del imperio; tenía a Cunninghame Graham a su derecha y yo tenía el honor de estar sentado a su izquierda. Hobson ofreció un hábil discurso político, pero por alguna razón a mí me pareció un discurso partidista, preocupado más por el liberalismo que por la libertad. Puede ser que me equivoque, pero, de todas maneras, me perdí algo cuando él empezó a hacer agujeros en el imperio británico hasta dejar tan sólo un montón de agujeros unidos por una cinta roja. Luego, Cunninghame Graham empezó a hablar y me di cuenta de lo que pretendía. Pintó el cuadro de un desfile de imperios a lo largo de la historia. Habló del imperio español y del imperio británico como de historias que había que considerar con los mismos ojos, historias a las que, con frecuencia, hombres valientes y brillantes habían servido con doble o dudoso efecto; destilaba desprecio ante el provincianismo ignorante de los que piensan

que los constructores del imperio español o todos los procónsules habían sido aves de rapiña o vampiros supersticiosos; sostenía que muchos de aquellos españoles, al igual que muchos ingleses, habían sido gobernantes de los que cualquier imperio se habría sentido orgulloso. Luego, dibujó aquellos personajes contra el fondo oscuro y trágico de las antiguas poblaciones humanas a las que habían servido o conquistado en vano.

En el transcurso de su disertación y a propósito de algún crimen o disturbio local, a Cunninghame Graham se le ocurrió decir de pasada: «Nunca he podido sentir que, según en qué circunstancias, el tiranicidio no sea intrínseca e inevitablemente defendible». ¿Querrán creer que aquellas palabras provocaron de inmediato un enorme y clamoroso revuelo, y fueron las únicas palabras del discurso que la gente se molestó en recordar; que sólo las recordaron como un execrable ejemplo de la locura de los enemigos del imperio y que llevaron a considerar a toda aquella gente divertida del estrado como si fueran un único y sangriento magnicida que anduviera por ahí bebiendo sangre de reyes? Durante todo aquel tiempo, yo me decía a mí mismo que Cunninghame Graham había sido justo con los imperios en cuanto imperios, mientras que J. A. Hobson no había sido justo con el imperio británico. No había nada inaudito ni absurdo en lo que el socialista escocés había dicho sobre el tiranicidio, aunque uno no estuviera de acuerdo con el método por motivos religiosos o morales. Sólo dijo lo que prácticamente todos los grandes paganos habrían dicho; lo que cualquier admirador de Hermodio y Aristogitón habría dicho; lo que muchos teóricos renacentistas, católicos y no católicos habrían dicho; lo que todos los grandes revolucionarios franceses habrían dicho; lo que prácticamente todos los poetas y dramaturgos tanto clásicos como modernos habrían dicho. No era distinto a lo que estaba implícito en cientos de pinturas sagradas representando a Judith o en cientos de alabanzas laicas a Bruto. Pero me temo que Mr. Hobson se habría escandalizado ante la más leve insinuación de matar a un rey malvado, aunque no le escandalizara lo más mínimo la imposibilidad de que un buen rey pudiera ejercer el poder, ni la ignorancia moderna de todo lo que la palabra «monarquía» había significado para los hombres.

Lo irritante de esta irritación, que a mí me parecía un tanto pueblerina frente a cualquier visión más amplia de la libertad o la lealtad, fue lo que lentamente me distanció del liberalismo político. Pero no sería justo decir esto sin añadir que, desde luego, conocí a hombres capaces de trabajar con el partido, henchidos no de liberalismo sino de liberalidad. Recuerdo muy especialmente a dos de aquellos hombres y, en su honor y en el mismo sentido que ellos, también yo me considero un liberal. Uno fue Augustine Birrell que revitalizaba su acción política con la literatura, y el otro era el último gladstoniano, G. W. E. Russell, que lo conseguía con la práctica de la misma religión que Gladstone. Ambos eran muy victorianos, como toda su

generación, y aun así recibieron el aprecio de todos los grandes victorianos, entre los que había una gran variedad de tipos. Birrell era un disidente que comprendía muy bien a Newman. Russell, un hombre de la High Church que mostraba una distante admiración por Matthew Arnold. Ambos extraían de estas cosas profundas un cierto humor reposado que les suele estar vedado a los simples políticos del sistema. Nunca olvidaré aquel día en que el viejo Birrell, provocado por el vulgar refinamiento de la prensa puritana popular, representada por un amable editor que hablaba en tono condescendiente del estilo polisílabo del Dr. Johnson, saltó como un león de blancas melenas a la mesa en la que estaba el editor y le dijo que si quería comprender el estilo del Dr. Johnson, debería consultar el pasaje en el que el Dr. Johnson llamaba a alguien «hijo de puta». Se lo lanzó con una ira tan varonil que sonó absolutamente como un ataque personal. Tampoco olvidaré nunca aquel otro día en el que Russell representó un papel aparentemente opuesto. Russell era un hombre pesado, elegante, de movimientos lentos y con fama de sibarita; nunca temía estar en minoría, por lo que presidió una cena a favor de los bóers en un momento en que los pro-bóers no eran nada populares. Al final, Sir Wilfrid Lawson, el famoso fanático —mejor dicho, entusiasta— de la prohibición del alcohol, también un hombre valiente y capaz de defender a las minorías, propuso brindar a la salud de Russell. En aquella época, Lawson era ya muy mayor y confundió los términos del brindis y dijo que era un voto de gracias o algo parecido. Sólo sé que, por alguna razón, la última escena de aquella cena se mantiene extraordinariamente viva en mi memoria. Russell se levantó como un enorme pez mirando insolente hacia el techo, como hacía siempre, mientras decía: «Este brindis, que Sir Wilfrid Lawson parece tener cierta dificultad, propia de la sobremesa, en proponer...».

Desde luego, había muchas excepciones a cualquier cosa que se haya dicho aquí respecto al ambiente del liberalismo político. Uno de esos hombres, a quien debo mucho, era Philip Wicksteed, el especialista en Dante; y también este era un caso en el que el estudio de estrechos dogmas medievales había ensanchado una mente moderna. Pero, en conjunto, he de confesar que alcancé un punto de separación práctica; no deseaba en lo más mínimo acercarme al imperialismo de Curzon, al cínico patriotismo de Balfour o al patriótico pacifismo de Cecil; sea lo que sea, no soy un conservador ni un unionista, pero el ambiente general de liberalidad era demasiado mezquino para poder soportarlo.

La Ley del Seguro de Mr. Lloyd George marca el momento de mi desaparición; sentí que era un paso hacia un Estado servil que reconocía legalmente dos clases de ciudadanos: señores y siervos. Pero una cómica coincidencia me ayudó: acababa de escribir *La hostería volante*, en la que aparecía un verso de ataque al cacao. Después de tantos años, no puede hacer daño a nadie el que cuente que un editor liberal me escribió una carta muy

simpática, aunque triste, en la que decía que esperaba que mi verso no fuera un ataque personal contra uno de los pilares del partido. Le aseguré que mi natural repugnancia física por el cacao no era un ataque a Mr. Cadbury y que el canto al vino era algo tradicional que no pretendía hacer publicidad de Mr. Gilbey. Así que dejé el periódico liberal y empecé a escribir para un periódico laborista, que se volvió furiosamente pacifista cuando estalló Guerra. Desde entonces, he sido el triste y odiado paria que ustedes pueden ver, lejos de las alegrías de los partidos políticos.

XIII

ALGUNAS CELEBRIDADES LITERARIAS

Soy lo bastante viejo para recordar las llamadas «lecturas literarias a un penique», en las que supuestamente se leía a las clases trabajadoras buena literatura porque ellos no tenían la suficiente educación como para leer por sí solos mal periodismo. De muchacho, o tal vez de niño, pasé una tarde en un lugar curiosamente llamado Progressive Hall, como si el propio edificio no pudiera quedarse quieto y tuviera que avanzar como un autobús por el camino del progreso. Había un presidente de mesa pequeño, con gafas, muy nervioso; un maestro corpulento de mirada intrépida, llamado Ash, que no estaba en absoluto nervioso, y un programa de actuaciones que si no era eminente, era sin duda excelente. Mr. Ash leyó «La carga de la brigada ligera» en tono rimbombante, y la audiencia esperaba ansiosa el cambio a un solo de violín. El presidente explicó azorado que desgraciadamente el señor Robinsoni no podría tocar aquella tarde, pero que Mr. Ash había accedido amablemente a leer «La Reina de mayo». El siguiente número del programa era una canción, probablemente titulada «Suspiros del mar», cantada por Miss Smith acompañada de Miss Brown. Pero ni Miss Smith la cantó ni Miss Brown la acompañó, porque, como el presidente explicó agitadamente, les había sido imposible asistir; sin embargo, nos consolamos al saber que Mr. Ash había accedido amablemente a leer «El señor de Burleigh». En aquel momento, sucedió algo extraordinario en cualquier época y para cualquiera que conozca la paciencia y consideración de los ingleses pobres, pero todavía más asombroso si pensamos en lo poco sofisticados que eran los pobres de aquellos lejanos tiempos. Un tipo enorme de rostro sencillo y saludable, yesero de profesión, se levantó lentamente en medio de la sala, como un enorme leviatán que emergiera del océano, y exclamó en un tono tan atronador como el de Mr. Ash, aunque mucho más cordial y humano: «Bueno, hasta aquí hemos llegado. Muy buenas noches, Mr. Ash; buenas noches, damas y caballeros». Y haciendo una señal de bendición universal, se abrió paso y salió del

Progressive Hall con un aire natural de absoluta amabilidad y profundo alivio.

No sé muy bien por qué, pero aquel gigante ha quedado en mi memoria como el legítimo titán que fue el primero en rebelarse contra los victorianos. Y todavía sigo prefiriendo su colosal sentido común y su rotundo buen humor a las burlas y risitas tontas, a menudo mezquinas y muchas veces maliciosas, de los modernos y cultos críticos de las convenciones victorianas. No obstante, aquello me hizo tomar conciencia, para bien y para mal, de la tendencia actual a considerar unos pelmazos a algunos victorianos, o por lo menos a considerar el tema una pesadez. Mis propios recuerdos de mis mayores en el mundo de las letras son necesariamente recuerdos de los victorianos, aunque sean de los últimos victorianos. Incluso en este aspecto, desde luego, la moda actual es muy irregular y paradójica. Por ejemplo, parece que existe más interés por la vida de estos literatos que por su obra. Se escriben y reescriben innumerables páginas —de teatro, biografías y cotilleo— sobre la historia de amor entre Mr. y Mrs. Browning, pero aunque su historia se escriba una y otra vez, dudo mucho que se relea a Browning o que se lea a Mrs. Browning. Al parecer, se recuerdan más detalles de la historia de las Brontë que de sus historias. Es un fin extraño si tenemos en cuenta todas esas teorías estéticas que sostienen que lo único que importa de un autor es su obra. Y lo más extraño es que un libro sobre un hombre como Palmerston, cuyas ideas políticas están totalmente muertas, sea más popular que un libro de Carlyle, muchas de cuyas ideas serían útiles en una época de reacción y dictadura como la que vivimos. En conjunto y a pesar de la gran sombra que proyecta el yesero, avanzo insolente como uno de los últimos victorianos bajo la sombra inquebrantable de la reina Victoria.

Al primer gran victoriano que conocí, Thomas Hardy, lo conocí muy pronto, aunque sólo fuera durante una corta entrevista. Yo era entonces un joven escritor oscuro y bastante desastrado, que esperaba una entrevista con un editor. Y lo realmente extraordinario de Hardy es que también él podría haber sido un joven escritor oscuro y desastrado que esperaba a un editor. Sin embargo, había escrito sus primeras y más hermosas novelas cuya culminación se logra con Tess, y ya era famoso; había expresado su extraño pesimismo personal en el famoso pasaje sobre el Presidente de los Inmortales. Tenía ya, en su cara de elfo, el ceño de preocupación que podría haberle hecho parecer mayor; sin embargo, me pareció curiosamente muy joven. Cuando digo que tan joven como yo, quiero decir tan sencillamente pragmático e incluso pedante como yo era entonces. Ni siquiera eludió el tópico de su supuesto pesimismo; lo defendió con la inocencia de un muchacho en un club de debate. En resumen, se mostraba suavemente quejoso de su pesimismo, del mismo modo que yo lo estaba de mi optimismo. Dijo algo así: «Ya sé que la gente dice que soy pesimista; pero no creo que lo sea por naturaleza, porque hay montones de cosas que me encantan; sin embargo, nunca he podido evitar

pensar que para nosotros sería preferible prescindir de los placeres y del dolor, y que la mejor experiencia sería una especie de sueño». Siempre he tenido debilidad por discutir con cualquiera y en esta discusión estaba implícito todo aquel nihilismo contemporáneo contra el que yo me rebelaba; durante cinco minutos, discutí con Thomas Hardy en la oficina de un editor; sostuve que la no existencia no es una experiencia y que no se la puede preferir ni estar satisfecho con ella; honestamente, si yo hubiera sido un simple joven vulgar, habría pensado que sus argumentos eran superficiales e incluso tontos; pero no le consideré ni superficial ni tonto.

La tremenda verdad sobre Hardy era su humildad. Mis amigos, que le conocían mejor, han confirmado mi primera impresión. Jack Squire me contó que Hardy, siendo ya anciano y una gloria nacional, enviaba poemas al Mercury y se ofrecía para modificarlos o retirarlos si no eran adecuados. Desafió a los dioses y se enfrentó al rayo y a todo lo demás, pero los griegos se habrían dado cuenta de que el rayo no caería sobre él porque no tenía insolencia, y lo que el cielo aborrece no es la impiedad, sino el orgullo de la impiedad. Hardy era blasfemo, pero no era orgulloso; y el pecado es el orgullo, no la blasfemia. En un esbozo que hice de la literatura victoriana, me culpan de un supuesto ataque a Hardy; según parece, consideraron un ataque el que hablara de cómo el ateo del pueblo especula sobre el tonto del pueblo. Pero eso no era un ataque, sino una defensa de Hardy. Tiene a su favor la sencillez y la sinceridad del ateo del pueblo, es decir, que valoraba el ateísmo como una verdad y no como un triunfo. Fue víctima de la decadencia de nuestra cultura agrícola, que aportó a los hombres mala religión y ninguna filosofía. Pero él tenía razón al decir, como me lo dijo a lo largo de todos aquellos años, que sabía disfrutar de las cosas y, por supuesto, también de una filosofía o una religión mejores. A propósito de esto, me vienen a la cabeza cuatro versos escritos para mi pequeño periódico por una dama irlandesa:

¿Quién puede dibujar la escena en los estrellados pórticos?

¿Falla realmente la imaginación,

cuando el cruel Presidente de los Inmortales

muestra a Tomás la huella de los clavos?

Espero que no sea una irreverencia decir que esto da justo en el clavo. En tal caso, el segundo Tomás haría exactamente lo que ni Prometeo ni Satán habrían pensado hacer nunca: compadecer a Dios.

Debo saltar varios años antes de llegar a mi encuentro con otro de los novelistas victorianos que con frecuencia aparece clasificado junto a Hardy. Por aquella época, yo ya me había labrado un cierto nombre en el mundo del periodismo, por lo que mi esposa y yo fuimos invitados a conocer a George

Meredith. A pesar del tiempo transcurrido desde que había conocido a Hardy, sentí el curioso contraste que había entre ellos. Para mí, Hardy era un pozo, cubierto por las malas hierbas de un período de escepticismo estancado; pero había verdad en su fondo o, por lo menos, autenticidad; sin embargo, Meredith era una fuente. Tenía el impacto exacto y la resplandeciente propulsión de la fuente del jardín en el que nos recibió. Era ya un anciano, con la barba canosa en punta y un mechón de pelo blanco como vilano de cardo; pero también aquello parecía resplandecer. Estaba sordo, pero todo lo contrario de mudo. No era humilde, pero jamás le habría llamado orgulloso. Había logrado ser una tercera cosa, casi lo opuesto de orgulloso: era vanidoso. Tenía todos esos toques indescritibles de la vanidad juvenil; por ejemplo, prefería deslumbrar más a las mujeres que a los hombres, y durante todo el rato, prefirió hablar con mi mujer que conmigo. No le hablamos demasiado, en parte porque estaba sordo, pero mucho más porque no era mudo. Si pasamos revista a aquel día, creo que ni mi esposa ni yo conseguimos decir ni una palabra. Él hablaba sin parar mientras bebía gaseosa de jengibre de la que, según nos aseguró con una alegría portentosa, había aprendido a disfrutar tanto como el champán.

Meredith no sólo estaba lleno de vida, sino lleno de vidas. Su vitalidad tenía esa genialidad diversa y creativa del novelista que está siempre inventando historias nuevas sobre gente extraña. No se parecía a la mayoría de los novelistas viejos; a él le interesaba lo que era novel en la novela. No vivía en los libros que había escrito, sino en los que le quedaban por escribir. Contó una serie de novelas que eran realmente noveles; sobre todo una sobre la tragedia de Parnell. Me parece que no estoy muy de acuerdo con su interpretación, pues sostenía que Parnell habría recuperado fácilmente la popularidad si realmente lo hubiera deseado, pero era por naturaleza solitario y reservado. Dudo de que aquel hacendado irlandés fuera realmente más reservado que cualquiera de los silenciosos terratenientes ingleses que, en aquellos mismos momentos, estaban envueltos en intrigas sexuales similares, y que se habrían enfurecido y quedado igualmente sin palabras de haber sido descubiertos. Lo único que pasaba es que a ellos nunca los descubrían, porque no se esperaba que descubrirlos pudiera retrasar el rescate de una nación cristiana. Pero aquella era la cualidad de Meredith que a mí personalmente me impresionó. Tomaba decisiones sin tomarse un descanso y aunque a un hombre tan grande no se le podría tachar nunca de superficial, ser tan rápido significa, en cierto modo, ser superficial. Las numerosas parodias facilonas que ha hecho de Sherlock Holmes le hacen aparecer como un metepatas: aún no hemos leído una comedia de Sherlock Holmes que fuese realmente inteligente teniendo pocas pistas. Hablamos de una sed de información devoradora, pero la auténtica sed no devora sino que traga. Por ejemplo, Meredith se tragó la teoría racial hoy en boga de dividir las naciones en teutonas y celtas.

El nombre de James Barrie data también de mi juventud, aunque por supuesto era más joven que Meredith o Hardy; él se ha convertido en un gran amigo, en el menos egotista de todos mis amigos, y en gran medida lo relaciono con los recuerdos más intensos e interesantes de estos otros hombres y sus contemporáneos. Sigue siendo un testigo de la grandeza de Meredith en un mundo que curiosamente lo ha olvidado; pero también me contó innumerables historias de hombres que no llegué a conocer, como Stevenson, Henley y Wilde. De Wells y Shaw ya he hablado en otro lugar y en relación a otras cosas, pero hay algo del recuerdo de estos hombres que se me ha quedado grabado en la mente: el carácter extrañamente fugitivo de las controversias desatadas incluso por los literatos más grandes. Como cualquier escritor de memorias, siento que mi primera dificultad es la de mostrar la enorme importancia de ciertos individuos en determinadas épocas, porque esos hombres han dejado de ser «temas», aunque sigan siendo clásicos. Recuerdo un relato divertidísimo que me hizo Barrie de una violenta escena de polémica literaria en la que Henley lanzó su muleta a través de la sala y fue a dar en el estómago de otro eminente crítico literario. Esto ilustra la importancia que llegaban a alcanzar ciertos gustos y preferencias intelectuales. Esta creativa pieza de expresión crítica durante una discusión sobre Ibsen y Tolstoi fue al parecer provocada por la afirmación de que uno de aquellos grandes hombres era lo bastante grande como para colgarse al otro de la cadena del reloj. Pero lo que me sorprende y resulta una broma maravillosa y macabra es que, al parecer, el narrador había olvidado completamente si Ibsen iba a colgarse a Tolstoi de la cadena del reloj o era Tolstoi quien iba a colgarse a Ibsen de la cadena del suyo. De esto deduzco que ahora ninguno de aquellos gigantes le parece a nadie tan gigantesco como entonces les parecía a algunos.

He visto muchas veces a Sir James Barrie desde entonces y podría contar muchas otras cosas sobre él, pero hay algo en su ocurrente modestia que parece crear un silencio a su alrededor como el que él mismo guarda. En cuanto al victoriano más viejo, es cierto que sólo me he encontrado con el hombre en una ocasión, en una especie de embajada privilegiada, así que mis impresiones bien pueden ser ilusiones. Si fue así con Meredith, aún lo fue mucho más con Swinburne, porque en la época en que yo le conocí, era una especie de dios entronizado al que sólo podías aproximarte acompañado de un gran sacerdote. Tuve una larga conversación con Watts-Dunton y luego una corta con Swinburne. Swinburne era muy alegre y vivaracho, aunque con modales que me parecieron curiosamente los de una solterona; pero tenía una exquisita educación y, sobre todo, la cortesía de una consistente jovialidad. Sin embargo, hay que reconocer que Watts-Dunton era muy serio. Se dice que hizo del poeta su religión; pero me sorprendió como algo raro, incluso entonces, que aparentemente su religión consistiera en gran medida en preservar y proteger el ateísmo del poeta. Consideraba esencial que ningún

gran hombre estuviera contaminado de cristianismo. Movía la cabeza con desaprobación ante las tentaciones de Browning por este credo: «Alguien de tan pocos alcances como el pobre Browning». Luego, me remitió al poema «Hertha», que consideraba la obra cumbre de su amigo: «Entonces él estaba en la cresta de la ola». Y yo, que me conocía a Swinburne de cabo a rabo y que tenía debilidad por su poesía, aunque ya disentía de su filosofía, pensé que era una extraña metáfora para hablar sobre el auténtico y verdadero Swinburne:

Es poco lo que un hombre puede salvar
en lo que dura su vida, en la marea de tiempo,
quien nada a la vista de esa gran tercera ola,
que ningún nadador pudo nunca cruzar ni escalar.

No creía que esa ola se hubiera cruzado ni escalado en ese panteísmo enormemente confuso de «Hertha», a partir del cual un Swinburne posterior intentó extraer una ética revolucionaria sobre el derecho a resistir los males desde un monismo cósmico que sólo podía significar que todo es igualmente bueno o malo.

Por supuesto, solamente he prestado atención aquí a un par de nombres porque son los más famosos, y no digo siquiera que sean los que más se merecen esa fama. Por ejemplo, suponiendo que cada uno de nosotros tengamos nuestra colección de pesimistas favoritos, a mí siempre me ha impresionado más intelectualmente A. E. Housman que Thomas Hardy. Con esto no quiero decir que me haya impresionado nadie que reivindicara intelectualmente el pesimismo, que siempre me pareció un veneno además de un disparate; pero me parece que Housman tiene, en mayor medida que Hardy, cierta autoridad en esa gran literatura inglesa que es más clásica cuanto más llano es su inglés. Nunca he podido digerir al Hardy poeta, por más que le admire como novelista; sin embargo, Housman me parece el mayor o uno de los mayores poetas clásicos de nuestro tiempo. He tenido tanto amigos como compañeros a quienes desagradaban los socialistas; desde luego, a mí no me desagradaban por las razones que les desagradaban a ellos, sino más bien por los motivos que parecían agradales. Había una especie de optimismo oficial cuando el revisor colectivista del tranvía fabiano gritaba: «¡Próxima parada, Utopía!», ante lo cual, algo en mi interior —que no era simplemente pagano— simpatizaba siempre con las palabras de este gran genio pagano:

Los problemas de nuestro orgulloso y airado polvo
proceden de la eternidad y no menguarán.

Como todos saben, el poeta era también profesor y una de las mayores

autoridades en literatura pagana antigua. Guardo con cariño una historia sobre él que resulta que tiene que ver con este carácter doble de lo clásico y lo poético. Quizá sea una historia conocida o incluso una historia falsa, y cuenta el inicio de un discurso que pronunció tras una cena en el Trinity College, de Cambridge; desde luego, quienquiera que lo hiciera o se lo inventara tenía un soberbio sentido del estilo. «Esta gran Facultad de esta vieja universidad ha visto cosas extrañas. Ha visto a Wordsworth borracho y a Porson sobrio. Y aquí estoy yo, ni borracho ni sereno, mejor poeta que Porson y mejor académico que Wordsworth».

Pero Hardy y Housman, como Henley y Swinburne y la mayoría de los grandes hombres entre mis mayores, me producían la curiosa y sombría impresión de que formaban como un telón de fondo de pesimismo pagano, aunque realmente no estaba seguro, o al menos tenía una idea muy vaga, de qué había en el primer plano de aquella escena de la que ellos eran el fondo. Un cierto sentimiento de igualdad aplicado a personas tan distintas y de posiciones tan diferentes hacía que me preguntara por qué estaban tan divididos en capillas literarias y para qué servían aquellas capillas. Me confundía el que la cultura estuviera fragmentada en secciones que ni siquiera eran sectas. Colvin mantenía una corte muy cortés; Henley mantenía otra que no era exactamente cortés o que, al menos, tenía algunos cortesanos muy pendencieros; Swinburne se había establecido en las afueras como sultán y profeta de Putney con Watts-Dunton como su gran visir. Y yo no podía entender de qué iba todo aquello; el profeta no era realmente un jefe religioso, porque no había fe; y en cuanto a la duda, era común a todos los grupos rivales de la época. Me era imposible entender por qué tenía que importarle tanto a Mr. Watts-Dunton si Colvin decidía que le gustaba un nuevo poeta o Henley decidía que no le gustaba otro.

También he conocido uno o dos casos aislados de hombre imaginativo. Siempre es difícil trazar un perfil de esta clase de hombres, precisamente porque un perfil es siempre la línea que separa una cosa de lo que está fuera de ella. Por ejemplo, ya he insinuado algo, aunque muy vagamente, acerca de la postura que mantenía W. B. Yeats, y que precisamente era la que era porque Yeats roza cosas que se sitúan fuera de él, y por eso provoca polémicas sobre teosofía, mitología o política irlandesa. Pero al hombre simplemente imaginativo hay que buscarlo en las imágenes que él crea y no en los retratos que los demás hacen de él. En este sentido, podría mencionar unas cuantas cosas sueltas y definidas sobre Walter de la Mare, aunque cabe decir que no serán, si somos precisos, sobre él. Podría decir que tiene un cetrino perfil romano como un águila de bronce o que vive en Taplow, no lejos de Taplow Court, donde no sólo le he conocido a él, sino a muchas otras figuras del paisaje de esta historia; o que es aficionado a coleccionar objetos diminutos, ornamentales, pero difíciles de ver a simple vista. Resulta que también mi

esposa colecciona juguetitos diminutos, por lo que algunos la han acusado de inconsistencia a la hora de elegir marido. Pero ella y De la Mare solían comerciar con aquellas minúsculas posesiones dignas del Goblin Market. Podría contarles que una vez, si mal no recuerdo, encontré una escuela en algún lugar perdido de la Oíd Kent Road, donde las niñas mantenían la leyenda de que Mr. De la Mare era una especie de duende protector porque hacía mucho tiempo había dado una charla allí. No tengo ni idea de qué encantamientos realizó en aquella lejana ocasión, pero ciertamente, como diría un viejo poeta inglés, había dejado su impronta en la Oíd Kent Road. Sin embargo, ni siquiera algo así tiene nada que ver, estrictamente hablando, con el tema, con lo esencial y fundamental del tema. En este sentido, yo nunca he podido decir nada sobre el tema; lo más cerca que he estado de juzgar el trabajo imaginativo sería simplemente esto: si yo fuera un niño y alguien me dijera no más que estas dos palabras, «Peacock Pie», pasaría por una cierta experiencia transformadora. No pensaría que se trata de un libro, ni desde luego creería que es un hombre; no lo relacionaría con el hombre de letras hoy tristemente familiar. Un instinto sagrado en mi interior me haría saber que, en algún lugar, existe una sustancia rica para comer y deliciosamente coloreada. Tal como sucede en realidad. Del mismo modo que ni las dudas ni las diferencias entre el perfil teórico o ético de la personalidad de Mr. Yeats alterarían, ni siquiera ahora que ya no soy un niño, mi apetencia por las manzanas plateadas de luna y las manzanas doradas por el sol.

Las imágenes del hombre imaginativo son indiscutibles y jamás he querido discutir las. Las ideas del hombre lógico y dogmático —sobre todo las del escéptico, que es el más dogmático— son discutibles y siempre he deseado discutir las, pero nunca quise discutir sobre gustos que no se puedan poner a prueba; nunca he tomado partido si no hay gustos que puedan compartirse ni tesis que puedan discutirse, y esto me ha mantenido fuera de muchos movimientos. Pero en este punto soy consciente de que hay en mí una grieta o defecto respecto a esos asuntos. Siempre noto que se abre en mi interior como una boca insondable que bosteza, como un abismo (en lo que a mí se refiere bostezarse es la correcta descripción), cuando la gente me dice que hay que hacer algo por «el teatro». Creo que César y Cleopatra de Shaw es una buena obra, aunque demasiado pacifista e imperialista para mis gustos éticos. Creo que ¿Es usted masón? es una buena obra teatral, y mi valoración no tiene nada que ver con la desconfianza católica ante la masonería. Pero hablar de ayudar «al teatro» me suena como si me hablaran de ayudar a la máquina de escribir o a la máquina de imprimir. A mi corto entender, creo que todo depende de lo que salga de esas máquinas.

Pero entre estas figuras literarias, había una de la que hablaré en último lugar, aunque debería ocupar el primero, se trata de una contemporánea y compañera de todo aquel mundillo cultural, amiga íntima de Meredith, una

artista admirada como artista por los estetas e incluso por los decadentes: Alice Meynell, prefería ser estética que anestésica y no era una esteta y tampoco había nada en ella que pudiera decaer. Tenía la fuerza vital de un árbol con flores y frutos en todas las estaciones, y la savia de su espíritu en forma de ideas no se secaba nunca. Siempre encontraba cosas en las que pensar, incluso en su lecho de enferma en una habitación con las persianas bajadas, donde la sombra de un pájaro en la cortina era más que el mismo pájaro, decía ella, porque era un mensaje del sol. De la misma forma que era una artesana convincente, también era una artista convincente, y no una esteta; se parecía a aquel famoso artista que decía que siempre mezclaba pintura y cerebro. Había en ella algo más que entonces no comprendí y que la colocaba al margen de su tiempo. Era fuerte, con profundas raíces donde los demás estoicos estaban sólo rígidos de desesperación. Ella era consciente de una belleza inmortal con la que los paganos sólo podían mezclar belleza y mortalidad, y aunque pasó a saltos por mi vida y con mucha menos frecuencia de la que yo habría deseado, aunque su presencia tuviera algo de la gravedad fantasmal de una sombra y su paso algo del fugitivo accidente de un pájaro, ahora sé que ella no fue fugitiva ni sombría, era un mensaje del sol.

XIV

RETRATO DE UN AMIGO

Si dejamos a un lado la vanidad o la falsa modestia (con las que la gente sana siempre bromea), lo que de verdad opino sobre mi propia obra es que a lo largo de mi vida he estropeado unas cuantas buenas ideas. Existe un motivo que tiene que ver más con mi autobiografía que con la crítica literaria. Creo que *El Napoleón de Notting Hill* fue un libro que merecía la pena escribirse, pero no estoy seguro de que llegara realmente a escribirlo. Creo que una arlequinada como *La hostería volante* era un tema enormemente prometedor, pero dudo muy seriamente de haber mantenido la promesa. Casi estoy tentado de decir que sigue siendo un tema muy prometedor... para otro. Creo que la historia titulada *La esfera y la cruz* tenía un buen argumento sobre dos hombres a los que la policía impide permanentemente que se batan en duelo por un encontronazo sobre la blasfemia y la devoción, o por lo que la gente respetable llamaría «una simple diferencia religiosa». Creo que la tesis de que el mundo está organizado alrededor de la más obvia y urgente de todas las preguntas, no tanto para contestarla equivocadamente, sino para evitar que se responda de forma alguna, es una propuesta social que realmente tiene mucha envidia, pero dudo que consiguiera sacarle todo el jugo que se le podría haber sacado. Consideradas como historias, en el sentido de anécdotas, tengo la

impresión de que en mayor o menor medida son frescas y personales, pero, como novelas, no sólo no son tan buenas como las habría escrito un novelista de verdad, sino que ni siquiera son tan buenas como yo podría haberlas escrito si hubiera intentado realmente ser un verdadero novelista. Y entre otras razones más infames para no poder ser un novelista está el hecho de que siempre fui y seguramente siempre seré un periodista.

Sin embargo, no fue mi lado más superficial, ni el más tonto ni el más jovial, los que me convirtieron en periodista. Al contrario, fue lo que tengo de más serio e incluso solemne. El gusto por la simple juerga me habría llevado a la taberna, pero no al periódico. Y si me hubiera llevado a un periódico para publicar simples poemas satíricos o cuentos de hadas, nunca me habría llevado por el deplorable camino de los interminables artículos y cartas a los periódicos. En resumen, no podía ser novelista, porque en realidad a mí me gusta ver las ideas y los conceptos forcejear desnudos, por así decirlo, y no disfrazados de hombres y mujeres. Pero, en cambio, podía ser periodista porque no puedo evitar ser polémico. Ni siquiera sé si, en la moderna escala de valores, a esto se le llamaría falsa modestia o vanidad, pero sí sé que no es ninguna de las dos cosas. Se me ocurre que la prueba mejor y más saludable para juzgar hasta qué punto la simple incompetencia o pereza, y la legítima preferencia por el recurso democrático directo, han evitado que me convirtiera en un hombre de letras auténtico, podría encontrarse en un estudio del hombre de letras que mejor conozco; alguien con los mismos motivos que yo para producir periodismo y que, sin embargo, sólo ha producido literatura.

En la época en que Belloc ya conocía a Bentley y a Oldershaw, pero no a mí, y estaban todos juntos en aquel grupo radical de Oxford, el propio Belloc frecuentaba especialmente un grupo mucho menor llamado el Club Republicano. Por lo que he podido deducir, el Club Republicano no tuvo nunca más de cuatro miembros y, generalmente, menos; uno o más de ellos había sido solemnemente expulsado por conservadurismo o por socialismo. Este era el club que Belloc glorificaba en la hermosa dedicatoria de su primer libro, de la que dos líneas se han hecho célebres: «El cansancio de la victoria no vale la pena salvo por la risa y el amor de los amigos», y en el que también describía con más detalle los ideales de esta exigente camaradería:

El plan de Rabelais mantuvimos,
los melindrosos claustros honramos,
con la Ley Natural, Canciones, Estoicismo
los Derechos del Hombre, Ostras y Vino
enseñamos el arte de escribir
sobre hombres que desearíamos estrangular,

y dónde encontrar sangre de reyes

a sólo media corona la botella.

De los otros tres puntales de este inequívoco evangelio de la ciudadanía, es decir de los tres colegas de Belloc del viejo Club Republicano, uno es todavía, según tengo entendido, un exiliado distinguido y oficial del ejército en Burma; o como les gustaba decir a sus viejos amigos con amargas sonrisas de afectuosa resignación, «un sátrapa», como si de alguna manera hubiera condescendido a la barbarie oriental que llamamos imperialismo. No dudo de que era realmente un sátrapa feliz y encantador, pero fue el único miembro del grupo al que nunca llegué a conocer. Los otros dos republicanos, los amigos más íntimos de Belloc en Oxford, han representado, aunque de distinta manera, un papel muy importante en mi propia vida. Uno era John Swinnerton Phillimore, hijo del viejo almirante cuyo nombre fue una especie de telón de fondo en el Kensington de mi adolescencia, y que posteriormente fue profesor de latín en la universidad de Glasgow y una de las autoridades de su tiempo en lenguas clásicas; ahora, por desgracia, un recuerdo cada vez más lejano. El otro fue Francis Yvon Eccles, el distinguido erudito francés, a quien ahora frecuento muy poco, dada su creciente tendencia a vivir en Francia.

Los padres de Eccles, como los de Belloc, eran uno inglés y otro francés. Pero había una especie de comedia de enredo con los nombres, como si fueran etiquetas intercambiadas. Eccles, que tenía apellido inglés, parecía francés y Belloc, con su apellido francés, parecía inglés; es más, acabó siendo el único inglés representativo que realmente se parecía al tradicional John Bull. Es cierto que aquel aspecto tradicional se lo daba su barbilla, cuadrada como la del gran emperador de los franceses, y unas patillas al estilo español. Pero el efecto combinado de estas influencias extranjeras era que parecía exactamente lo que cualquier granjero inglés debería parecer; y era, si cabe, mejor retrato de Cobbett que el propio Cobbett. Además, el símbolo era real, porque las raíces que le ataban a las Downs y a los profundos labrantíos del sur de Inglaterra eran incluso más hondas, en lo que al instinto se refiere, que los marmóreos cimientos de la abstracta república del Club Republicano. Recuerdo que me estaba tomando una cerveza en una taberna no lejos de Horsham y al mencionar el nombre de mi amigo al tabernero, que obviamente nunca había oído hablar de libros ni de semejantes tonterías, este se limitó a decir: «Es un granjero, ¿no?», y yo pensé en lo inmensamente halagado que se habría sentido Belloc.

Conocí a Eccles en Fleet Street desde que empecé a trabajar en el Speaker, el viejo periódico pro-bóer, del que fue consejero literario; no obstante, resultaba siempre más fácil imaginártelo sentado en la terraza de un café de París que en uno de Londres. La cabeza, el sombrero, las cejas arqueadas y la frente arrugada en un gesto de desinteresada curiosidad, su copete

mefistofélico y su paciente lucidez eran mucho más franceses que los de su amigo con el nombre francés. No sé si estos signos externos se corresponden siempre con los caracteres, pero desde luego, no siempre se corresponden con las carreras. Así, John Phillimore, hijo de un marino y descendiente de una familia de marinos, parecía mucho más un marino que un catedrático. Su oscura y compacta figura y su rostro moreno podrían haberse visto en cualquier puente de mando. Por otra parte, y debido a otra carnavalesca comedia de enredo, siempre pensé que su primo, que, según tengo entendido, es un distinguido almirante, tenía más aspecto de catedrático o profesor que él. Era imposible impartir clases en aquel caos racial y religioso de Glasgow, lleno de escoceses e irlandeses salvajes, jóvenes fanáticos comunistas y viejos fanáticos calvinistas, sin poseer las cualidades necesarias para el puente de mando. La mayoría de las historias sobre Phillimore parecen historias de motines en alta mar. Se decía maliciosamente que la palabra «caballeros» dicha por él tenía el mismo efecto que el famoso «¡ciudadanos!» dicho por César. Según parece, en una situación similar, una muchedumbre de Glasgow, insubordinada pero inteligente, comprendió al instante la gratificante ironía de su alocución: «¡Caballeros! ¡Caballeros! ¡Aún no he acabado de soltar mis perlas!».

Sin embargo, lo más relevante de este capítulo es que la carrera de Belloc empezó con los ideales del Club Republicano. Para todos aquellos que hablan sobre los ideales, pero no piensan en las ideas, puede parecer raro que tanto él como Eccles hayan terminado siendo monárquicos empedernidos. No obstante, hay una ligera diferencia entre un buen despotismo y una buena democracia; ambos implican igualdad con autoridad, ya sea autoridad personal o impersonal. Ambos detestan la oligarquía, incluso como aristocracia, su forma más humana, dejando a un lado la forma repugnante de plutocracia que ha adoptado en la actualidad. Belloc creyó primero en la autoridad impersonal de la República y se concentró en su vuelta al siglo XVIII, sobre todo en lo relativo al aspecto militar. Sus dos primeros libros eran dos hermosas monografías de los dos revolucionarios franceses más famosos, y, en este sentido, era un ardiente revolucionario. Pero menciono aquí este asunto por un motivo especial que tiene que ver con algo en lo que, por muy natural y arraigada que fuera su relación con este país, él fue y es único en Inglaterra. Ya he señalado que conocerle bien consiste en saber que como hombre es inglés y no francés. Pero hay otro aspecto en este curioso caso: en lo que tiene de tradicionalista, es un tradicionalista inglés, pero cuando era especialmente revolucionario, en el sentido exacto de la palabra, era un revolucionario francés. A grandes rasgos podría resumirse diciendo que era un poeta inglés, pero un soldado francés.

Mucho antes de conocer a los representantes del Club Republicano, yo creía saberlo todo sobre revolucionarios. Había hablado con ellos en sucias

tabernas, desastrados estudios o en las hosterías vegetarianas, aún más deprimentes. Sabía que los había de distintas formas y colores, y que algunos eran más revolucionarios que otros; sabía que algunos llevaban corbatas verde pálido y daban conferencias sobre el arte decorativo, mientras que otros llevaban corbatas rojas y daban discursos en los estrados de los sindicatos. He cantado cordialmente «Bandera roja» con estos últimos y, con acento más exquisito, el «Despierta, Inglaterra» de William Morris con los primeros. Y aunque no tenía elementos de comparación, me daba cuenta cada vez más abrumado de que, por algún motivo, nosotros no teníamos un himno revolucionario decente y en cuanto a crear un Himno al Odio que fuera presentable, mis compatriotas eran un desastre.

Uno de los puntos débiles de estas populares canciones de guerra era que no eran canciones de guerra. Nunca ofrecían la menor pista de cómo se hacía la guerra. Siempre esperaban el amanecer, sin prever mínimamente que podrían matarlos al amanecer, y sin la menor preparación inteligente para matar al enemigo al amanecer. «Inglaterra, despierta; la interminable noche ha terminado; contempla cómo el alba nace tenue por el este». Todas eran igual; todas eran «Canciones para antes del amanecer», como si el sol que salía para el justo y el injusto no saliera también para el conquistado y el conquistador. Pero el poeta revolucionario inglés escribía como si fuera el dueño del sol y tuviera la certeza de ser el conquistador. En otras palabras, me parecía que la idea de la guerra que tenía el socialismo era exactamente igual que la del imperialismo, lo que fortaleció y ahondó la antipatía que sentía por ambos. He oído muchos argumentos contra la idea de una guerra de clases, pero el argumento que, en mi opinión, más la desacredita es que tanto los socialistas como los imperialistas siempre asumían que ganarían la guerra. No soy fascista, pero la marcha sobre Roma les dio la sorpresa que se merecían. Por decir algo, interrumpió considerablemente el inevitable triunfo proletario, igual que los bóers habían interrumpido el inevitable triunfo británico. A mí no me gustan los triunfos inevitables y, además, no creo en ellos. Pienso que ninguna solución social, incluso una más viril que la de Morris, debería declararse «tan segura como que el sol saldrá mañana».

Entonces Belloc escribió un poema titulado «El rebelde» y nadie se percató de lo más interesante de aquellos versos. Era un poema muy violento y amargo, demasiado revolucionario para la mayoría de los revolucionarios; incluso los de la corbata roja se sonrojarían, y los de la corbata verde pálido se pondrían pálidos y verdes de malestar ante las amenazas contra los ricos que brotan del poema: «y segadles las patas a sus caballos y cercenad sus árboles para madera»; y su hermoso final: «y todo esto pienso hacer, por temor a que mi hijito pueda romperse las manos como yo me las he roto».

Esta no es una «Canción antes del amanecer»; es un ataque antes del

amanecer. Pero la peculiaridad que quiero señalar aquí aparece en los versos anteriores sobre la naturaleza real del ataque. Es el único poema revolucionario que he leído en mi vida en el que se insinúa que se ha trazado un plan previo al ataque. Los primeros dos versos dicen: «¿Cuándo los encontraremos donde se alzan con una milla de hombres a cada lado?». Los Camaradas del Amanecer siempre parecía que marchaban en columna cantando. Aparentemente jamás habían oído hablar de desplegarse en esa gran línea que se enfrenta al enemigo para la batalla. Los dos versos que siguen dicen así: «Quiero cargar de inmediato y forzar los flancos de su formación». ¿Quién ha oído jamás que los camaradas del amanecer tuvieran una idea tan complicada como la de alterar el flanco del enemigo? Y luego viene el cerco:

Y presionarlos hacia dentro desde la llanura
y hacerlos bajar gritando por los senderos,
y galopar y perseguirlos hasta vencerlos,
y llegar a las puertas y tomar la ciudad.

La persecución, y luego la toma de la cabecera del puente.

De todas las que he leído, esta es la única canción sobre la guerra de clases en la que aparece una vaga idea de lo que sería una guerra. En este salvaje poema, lleno de violencia vindicativa y destrucción, hay también en una súbita forma lírica un plan táctico y un mapa militar perfectamente claros. Una descripción definitiva de cómo unos hombres pueden asaltar una fortaleza, si es que hay que asaltarla. La violencia de esta democrática, aunque indudablemente violenta declaración, va más lejos de lo que llegará cualquier comunista en cien años. Pero comprende también el auténtico carácter de la batalla, y una batalla, como cualquier empresa humana, se sabe cómo empieza pero no cómo acaba. Sin embargo, los camaradas del «amanecer» me tenían harto, porque aunque no disponían del mínimo diseño de cómo empezaría su revolución, no dudaban de cómo acabaría. Exactamente igual que el imperialismo y la guerra de Sudáfrica.

Eso es lo que quiero decir cuando afirmo que Belloc es un poeta inglés pero un soldado francés. El hombre en reposo y por tanto, el hombre real, es el de Sussex, pero expandido, otros dirían infectado, por la influencia extranjera de los que han conocido invasiones y revoluciones de verdad; si le llamaran para dirigir una revolución, la dirigiría con la misma lógica que una multitud parisina dirige todavía una revuelta. Como él señaló en cierta ocasión, una multitud tan democrática sabe cómo desplegarse. Pero sólo he cogido este ejemplo al azar para ilustrar una verdad general sobre un hombre muy notable. Me he fijado en el hecho de que la canción revolucionaria normal es sólo militante, pero la suya es también militar. Quiero decir que en su canción está

presente no sólo la idea de luchar por la fe, sino el cuerpo a cuerpo con los hechos. Si queremos combatir a los ricos o combatir en la revuelta contra los ricos, combatir la resistencia a una razonable redistribución de la riqueza o cualquier otra cosa, así es como hay que hacerlo. Y cuando recuerdo las otras románticas canciones revolucionarias, no me sorprende lo más mínimo darme cuenta de que, al menos en este país, no ha existido lucha alguna.

Así es exactamente como los contemporáneos de Belloc se han equivocado con él en todas y cada una de sus actuaciones, como, por ejemplo, en su estudio histórico *The Servile State*. Como los ingleses, entre los que yo me cuento, son románticos, y como les encanta la historia de que los franceses son románticos y aún más la historia delirante de que Belloc es francés, se han mostrado completamente ciegos ante él cuando Belloc ha sido totalmente científico. Su estudio del Estado servil es tan estrictamente científico como un mapa militar es militar. No tiene nada de romántico ni de travieso, ni siquiera nada particularmente divertido, salvo las dos admirables palabras, «este loco», que aparecen en medio de una tranquila procesión de ponderados términos en el capítulo de «El hombre práctico». Incluso esta excepción es como acusar a Euclides de hacer un chiste cuando prueba una proposición por *reductio ad absurdum*. Cualquiera que sepa el lugar que ocupa la razón en el comportamiento actual puede imaginarse lo que sucedió. Primero, antes de leer lo que Belloc escribía, los críticos empezaban a criticar lo que probablemente Belloc escribiría. Decían que nos amenazaba con una espantosa pesadilla llamada el Estado servil. En realidad, el principal argumento de Belloc era que no se trataba de una pesadilla, sino de algo que nos resultaba ya tan fácil de aceptar como la luz del día. Tesis tan cruciales como las de Adam Smith o Darwin se malinterpretan constantemente; ni siquiera se critican por lo que son, aunque se hagan todo tipo de conjeturas sobre ellas y se critiquen muchísimo por todo lo que no son. Bernard Shaw aseguró rotundamente que el libro era un simple revival de la descripción que hace Herbert Spencer de la dependencia del Estado como forma de esclavitud. Y cuando le señalábamos que era imposible que hubiera leído ni una página del libro de Belloc si decía que se parecía al de Herbert Spencer, contestaba con aquella jovialidad suya que lo que no había leído era el de Herbert Spencer. Muchos suponían que era una descripción satírica del Estado socialista, algo entre Laputa y Un mundo feliz. Otros creían que el Estado servil eran términos generales para designar cualquier forma de tiranía o de Estado opresor, e incluso habitualmente se usaba el término con ese sentido, pues como es típico en nuestro país y nuestra época, aunque no se podría afirmar que el libro era popular, el título del libro se hizo popular inmediata y ampliamente. Hubo un tiempo en el que los chicos de los recados y los mozos de estación decían lo del «Estado servil»; no sabían lo que significaba, pero no menos que los críticos e incluso los catedráticos.

La tesis del libro es que el movimiento socialista no conduce al socialismo en parte por las componendas y la cobardía, pero también porque los hombres tienen un oscuro e indestructible respeto por la propiedad, incluso bajo el disfraz repugnante del moderno monopolio. Por tanto, en lugar del resultado que se pretende, el socialismo, obtendremos un resultado que no se pretendía: la esclavitud. El compromiso adoptará la siguiente forma: «debemos alimentar a los pobres y no robaremos a los ricos; por tanto, diremos a los ricos que alimenten a los pobres y se los cederemos para que sean los siervos permanentes de los señores. Serán mantenidos, tanto si trabajan como si no, y a cambio de esta total manutención se les exigirá obediencia incondicional». Esto, o el principio de esto, puede verse en cientos de cambios como la Ley del Seguro, que divide legalmente a los ciudadanos en amos y sirvientes, con toda suerte de propuestas para evitar huelgas y cierres por medio de arbitrajes obligatorios. Cualquier ley que obligue a un hombre a volver al trabajo contra su voluntad es, en realidad, una Fugitive Slave Law.

Ahora bien, tomo este ejemplo de tesis científica, sostenida científicamente, para demostrar lo poco que se ha comprendido la importancia intelectual de la obra de Belloc. El motivo de esta incompreensión radica en una peculiaridad suya, realmente extranjera y relativamente francesa: la costumbre de separar en su mente lo científico de lo artístico, lo ornamental de lo útil. Es cierto que cuando un francés diseña un parque ornamental, los caminos son realmente muy sinuosos, porque son sólo ornamentales. Cuando diseña una carretera, la proyecta derecha como una vara, como las carreteras por las que bajaban los soldados franceses cargados con sus baquetas de fusil, porque una carretera está hecha para ser utilizada y cuanto más recta, más corta es. La idílica cancioncilla lírica de Belloc, «Cuando no era mucho mayor que Cupido, aunque más atrevido», es como un jardín francés ornamental, y su libro sobre el Estado servil es una carretera militar francesa. No hay hombre más instintivamente ingenioso ni más intencionadamente plúmbeo.

Estas dos voces de Belloc, por así decirlo, eran tan distintas que a veces pasaba de una a otra y parecía que hablaban dos personas diferentes, lo que en el estrado producía una transición casi tan espectacular como el diálogo entre un ventrílocuo y su muñeco. Cuando se presentó en Salford por el partido liberal, con frecuencia desconcertaba a los que le provocaban rociándoles con estas duchas alternas de agua fría y caliente. Salford era un distrito electoral pobre y popular, con muchas capas de gente sencilla y pueblerina que conservaban los prejuicios de nuestros bisabuelos; uno de ellos era la conmovedora creencia de que una simple alusión a la batalla de Waterloo podía lograr que cualquiera con un apellido francés se encogiera y se arrastrara. Probablemente esta era la única batalla de la que el provocador había oído hablar y su información se limitaba a la aseveración, no del todo correcta, de que los ingleses habían ganado. Así pues, de vez en cuando

preguntaba en voz alta: «¿Quién ganó Waterloo?». Belloc fingía tomarse la pregunta con rigurosa exactitud, como si le hicieran una pregunta técnica sobre un problema táctico, y contestaba con la laboriosa lucidez de un conferenciante: «El resultado de Waterloo se resolvió en último término por la maniobra central de Colborne, apoyada por el efecto conseguido por la batería de Van der Smitzen al inicio de la batalla. La falta de sincronización de los prusianos no fue lo suficientemente extensa, etc.» Y entonces, cuando el desgraciado patriota del público intentaba todavía resolver la inesperada complejidad añadida al problema que él había planteado, Belloc cambiaba rápidamente al tono sonoro y directo del demagogo y se jactaba abiertamente de la estirpe de aquel soldado de los Pirineos que había seguido al ejército revolucionario de Napoleón y había ascendido en el escalafón a través de todas aquellas victorias, que dieron un código de justicia a todo un continente y devolvieron la ciudadanía a la civilización. «Es una buena estirpe demócrata y no me avergüenzo de ella».

Este cambio de tono tenía un efecto tremendo: la sala entera aplaudía puesta en pie y el investigador de la campaña belga quedaba aislado. Pero ese es exactamente el asunto, que se quedaba aislado. Ese es el asunto, no sólo en lo relativo a la sutileza de esa mezcla de sangre francesa e inglesa, sino también a esa especial sutileza inglesa. Los ingleses son insulares, no tanto en el sentido de ser insolentes, sino simplemente de ser ignorantes; sin embargo, no son rencorosos. En circunstancias normales, preferirían aclamar a un francés orgulloso de ser francés, como aclamaron al mariscal de Napoleón en la coronación de la reina Victoria, que recordarle la desgracia de Napoleón en Waterloo. Y la misma interesante distinción sucede también a la inversa. Desde la infancia, nos han machacado con algo llamado retórica francesa. Para vergüenza nuestra, hemos olvidado que hasta hace muy poco existió algo muy noble que se llamó retórica inglesa. Y a diferencia de su ironía o de su objetivo y científico militarismo, la retórica de Belloc era absolutamente retórica inglesa. No había nada en ella que Cobbett e incluso Fox no hubieran podido decir en la época en que el auténtico radical inglés se dirigía a una auténtica multitud inglesa. Lo que ha debilitado ese llamamiento directo al pueblo ha sido el cambio que convirtió a casi todos los ingleses en una especie de londinenses de imitación, y la retórica de Westminster en algo cada vez más pomposo e hipócrita, mientras que la gracia de Whitechapel era cada vez más mordaz e impertinente. Pero incluso en mi época, se podía oír ocasionalmente la voz histórica del varonil demagogo inglés hablando de emociones primarias en un inglés llano. Nadie lo hacía mejor, cuando quería, que el viejo John Burns, a quien he votado y en cuyo favor he hablado a menudo cuando yo vivía en Battersea. Citaré un caso, a modo de ejemplo; era bastante natural que, al viejo agitador de huelgas portuarias convertido en ministro del gobierno y, en muchos aspectos, en una fuerza bastante conservadora, le

atacaran como si fuera un volcán apagado o una fortaleza rendida. Pero Burns sabía cómo manejar estas situaciones cuando hablaba a los demócratas, y ahondaba en los hechos humanos en lugar de meterse por laberintos legales. En un mitin en Battersea, unos socialistas le acusaron de no haberse opuesto a una «Consignación Real», a la reina Mary o a alguna otra princesa con motivo de las celebraciones por el nacimiento de un heredero. Me imagino cómo se habría defendido, siguiendo la etiqueta de la Cámara, uno de esos trepas aduladores del laborismo liberal que han accedido a la clase gobernante a través del Parlamento. John Burns dijo: «Soy hijo de mi madre y marido de mi esposa. Y si usted me pide que insulte públicamente a una mujer que acaba de tener un hijo, no pienso hacerlo». Eso es retórica inglesa y es tan buena como cualquier otra.

Pero mientras que resulta un error pensar que había algo particularmente francés en la democrática y directa oratoria que Belloc usaba por entonces, había otra cualidad, de la que también hacía gala por entonces, que realmente podía decirse que era una especialidad francesa. Generalmente tenemos una idea tonta e incorrecta cuando hablamos del ingenio francés, y toda la riqueza de ese producto de la cultura rara vez se toma en consideración incluso cuando hablamos de la ironía francesa. La mejor ironía francesa no es algo tan simple como decir una cosa queriendo dar a entender lo opuesto; es mostrar y ocultar al mismo tiempo, en un relámpago, una serie de aspectos de una misma cosa, como un hombre que hiciera girar un diamante con veinte caras. Y cuanto más breve es, más insolente; cuanto más superficial parece, más hay en esa ironía un elemento de misterio. Siempre hay un toque de estupefacción para la gente sencilla en frases de efecto como esta de Voltaire: «Para triunfar en el mundo no basta con ser estúpido, también hay que tener buenos modales». Curiosamente, encontramos esa misma cualidad en un despacho militar corriente, enviado por Foch, un soldado muy práctico y escueto, en el momento crucial de la batalla del Marne: «Me acosan duramente por la derecha; mi izquierda, en retirada; situación excelente; ataco». Porque además de la nota prosaica y práctica que es, podría ser un montón de cosas; podría ser una paradoja o una fanfarronada o una amarga broma desesperada; y sin embargo, no deja de ser una correcta descripción de la ventaja de su inmediata situación táctica, tan exacta como un mapa militar. Nunca he sentido de modo tan vivaz que realmente había algo francés en Belloc como cuando, en ocasiones, decía de repente cosas así en un estrado, ante un público absolutamente perplejo. Recuerdo una vez en la que daba una conferencia puramente técnica llena de planos y números sobre esa misma campaña de la Gran Guerra. Hizo una pausa para decir entre paréntesis que tal vez nadie comprendería nunca por qué Von Kluck cometió aquel error garrafal ante París. «Tal vez —dijo Belloc, como un hombre que se hubiera quedado absorto por un momento—, tal vez estuviera inspirado».

Se pueden hacer todo tipo de interpretaciones y en cualquier dirección. Se puede considerar una burla volteriana a la divina inspiración y a los desastres que lleva aparejados; o un misterioso y oscuro juicio como al que apunta «el Señor endureció el corazón del Faraón», y todo tipo de matices entre ambas interpretaciones; pero nunca estaremos seguros de haber llegado al fondo. Por tanto, ese lago ornamental tan brillante, de apariencia poco profunda, llamado ingenio francés, es en realidad el más profundo de todos los pozos y la verdad descansa en su fondo. Por último, se puede hacer constar que esta misma diversidad en los métodos de un hombre, y su costumbre de mantener estas cosas separadas, es la explicación del accidente por el que mucha gente se ha sentido desilusionada, desconcertada e incluso aburrida con Belloc en distintos aspectos, porque buscaban la revelación de una de las leyendas que había sobre él, cuando él estaba concentrado con fría ferocidad en algo mucho más prosaico o preciso. Al debatir con Bernard Shaw sobre la Ley de Alquileres, observó austeramente que si estaban discutiendo de economía, discutiría de economía, pero que si Mr. Shaw se dedicaba a hacer chistes, estaría encantado de contestarle con versos jocosos. Ante lo cual, Mr. Shaw, siempre dispuesto a responder a un reto, siguió hablando de su tema en deliciosos versos burlescos; Belloc contestó con la canción de «la franja al sur del Strand», que entonces incluía el teatro Adelphi. Pero lo original es que su canción era sencillamente una canción y cualquiera habría podido cantarla en un pub.

Uno de los acontecimientos más divertidos de mi vida sucedió cuando presidí la fiesta de celebración del sesenta cumpleaños de Belloc. Estaban reunidas unas cuarenta personas, casi todas ellas importantes, en el sentido público del término, y el resto eran incluso más importantes en el sentido privado, puesto que eran sus relaciones más íntimas y allegados. Para mí fue una curiosa experiencia, algo entre el Día del Juicio Final y un sueño en el que hombres de distintos grupos, a los que yo había conocido en diferentes épocas de mi vida, aparecían todos juntos como en una especie de resurrección. Cualquiera comprenderá la sensación que tuve si alguna vez ha tenido la experiencia de que un extraño le pare por la calle y le pregunté: «¿Qué tal la pandilla?». En ocasiones así, he tenido la clara conciencia de haber pertenecido a muchas pandillas. Conocía bien a la mayoría de los que estaban allí, pero entre los jóvenes había algunos recién conocidos y otros a quienes conocía desde hacía tiempo; y también estaban, como sucede en estas reuniones, esos que en algún momento quise saber quiénes eran y por los que nunca llegué a preguntar. De cualquier modo, había gente de todo tipo, excepto idiotas, y aquella renovada camaradería me trajo a la memoria cientos de polémicas. Estaba mi viejo amigo Bentley, a quien conocía desde la época del colegio; y Eccles, que me recordaba las primeras broncas políticas a favor de los bóers; y Jack Squire (ahora Sir John), que apareció en mi círculo en la época del Eye-Witness y de la campaña de mi hermano contra la corrupción; y

Duff Cooper, un joven político con porvenir, al que conocía desde hacía más o menos un mes, y A. P. Herbert, de una edad parecida; y el brillante periodista al que conocía desde hacía mucho por el sobrenombre de Beachcomber y, desde hacía muy poco, por Morton. Estaba previsto que fuera, y lo fue, una velada muy divertida; no iba a haber discursos. Me recalcaron repetidas veces que no habría discursos. Sólo yo, como presidente de la mesa, estaba autorizado a decir unas palabras cuando entregara a Belloc el regalo de una copa de oro diseñada a partir de ciertas frases de su poema heroico de alabanza al vino, que termina pidiendo que una copa de oro fuera la última copa de despedida a sus amigos:

Y el sacramental levanta en mí el divino

poderoso hermano en Dios y último compañero, el vino.

Simplemente pronuncié unas pocas palabras para decir que aquella ceremonia era digna de haberse celebrado hacía mil años en honor de algún gran poeta griego y que confiaba en que los sonetos y el vigoroso verso de Belloc permanecerían como las copas y los poemas épicos griegos grabados en ellas. Él agradeció, brevemente, las palabras con nostálgico buen humor y dijo que, a los sesenta, no le importaba mucho si sus versos permanecían o no. «Pero me han dicho —añadió con renovado y repentino ímpetu—, me han dicho que a los setenta vuelve a importarte muchísimo, en cuyo caso espero morirme a los sesenta y nueve». Y a continuación nos entregamos a aquella fiesta de viejos amigos, que habría de ser tan feliz por su falta de discursos.

Hacia el final de la cena, alguien me susurró que tal vez estaría bien decir unas palabras de agradecimiento por el esfuerzo realizado por alguien de cuyo nombre no me acuerdo, y que era quien supuestamente lo había preparado todo. Así que le di las gracias brevemente, y él, aún más brevemente, me las dio a mí, aunque añadió que se trataba de un error, porque el autor real de la fiesta era Johnie Morton, alias Beachcomber, sentado justo a su derecha. Morton se levantó solemnemente para agradecer el aplauso que se le había transferido de repente; miró a su derecha y agradeció calurosamente a quienquiera que estuviera sentado allí (creo que era Squire) por haberle inspirado esa gran idea de preparar un banquete para Belloc. Squire se levantó y con gestos corteses, explicó que el caballero sentado a su derecha, Mr. A. P. Herbert, había sido el auténtico, sagaz y último inspirador de esta gran idea, y que era justo que ahora se revelara el secreto de su iniciativa. En este momento, la lógica de la broma iba a toda marcha y yo no hubiera podido pararla, aunque hubiese deseado hacerlo. A. P. Herbert se levantó con una soberbia presencia de ánimo y dio a la serie un giro nuevo y original. Es un orador excelente y, como todos sabemos, un autor admirable, pero hasta entonces no sabía que era también un admirable actor. Por algún motivo que sólo sabe él, asumió el papel de orador de una especie de «Asociación

benéfica de trabajadores», como los Oddfellows o los Foresters. No era necesario que nos dijera que interpretaba aquel papel; era evidente por su tono de voz desde las primeras palabras. Nunca olvidaré la exactitud del acento con el que dijo: «Amigos, estoy seguro de que todos estamos encantados de tener esta noche con nosotros al ex druida Chesterton». Pero también él imprimió a su discurso una dirección lógica. Dijo que aquella magnífica velada no era obra suya sino de nuestro viejo y leal amigo Duff Cooper. Entonces, Cooper, sentado a su lado, se levantó y con un tono de voz decidido y sonoro ofreció una imitación del típico discurso liberal, lleno de invocaciones a su gran líder Lloyd George. Sin embargo, explicó que Mr. E. C. Bentley, sentado a su derecha, y no él, era el artífice del homenaje a Mr. Belloc, aquel pilar del liberalismo político. Bentley dirigió una mirada a su derecha y se levantó con aquella misma gravedad arrogante que yo había visto cuarenta años atrás en los clubs de debate de nuestra adolescencia; el recuerdo de sus simétricos anteojos y su imperturbable solemnidad se me hizo presente con esa intensidad que da rienda suelta a las lágrimas de la nostalgia. Dijo, con aquella precisa enunciación, que a lo largo de toda su vida había seguido una regla sencilla y eficaz. En todos los problemas que le habían surgido, le había bastado con consultar exclusivamente la opinión del profesor Eccles. En todos los detalles de la vida cotidiana, en la elección de su esposa, de su profesión, de la casa, e incluso de la cena, lo único que él había hecho era llevar a cabo lo que el profesor Eccles le había recomendado que hiciera. En la presente ocasión, el simular que él podía haber organizado el banquete en honor de Belloc era en realidad una pantalla para ocultar la influencia del profesor Eccles. El profesor Eccles respondió de un modo similar, pero incluso más escueto, y simplemente dijo que le habían confundido con el hombre sentado a su lado, el artífice real de la fiesta; y así, con paso firme e inexorable, el recorrido dio la vuelta a la mesa, hasta que todos y cada uno de los seres humanos hubieron pronunciado su discurso. Es la única cena a la que he asistido en la que es literalmente cierto que cada uno de los comensales dio un discurso de sobremesa. Y ese fue el final feliz de aquella cena feliz en la que no iba a haber discursos.

Yo no hice ningún otro discurso y no porque pensara que hubiera habido demasiados. Sólo ciertas palabras sueltas de un poeta victoriano ya muerto, Sir William Watson, flotaban en mi mente, y si hubiera dicho algo, aquellas habrían sido las palabras, pues lo que el poeta dijo a su amigo es todo lo que yo habría añadido, de forma puramente personal, a todo lo que se había dicho aquella noche sobre Hillaire Belloc; y no me habría avergonzado de que las palabras hubieran sonado como una pedantería:

No transcurrieron mis días sin honor,
ni han de terminar sin vanagloria;

porque de Shakespeare fui paisano
y acaso no fuiste tú mi amigo.

XV

EL VIAJERO INCOMPLETO

Si estas memorias mías no abundan en fechas, como tampoco mis cartas llevan nunca fecha, espero que nadie lo interprete como una falta de respeto a esa gran escuela académica de historia que hoy se conoce como «1066 y todo lo demás». Tengo algunos rudimentos sobre lo que se ha dado en llamar 1066; por ejemplo, sé que la Conquista no ocurrió en realidad hasta 1067, pero considero ese dato irrelevante comparado con, pongamos por caso, la opinión actual de que los normandos erigieron torres en Galilea, reinaron en Sicilia y ayudaron al nacimiento de Santo Tomás de Aquino sólo para que los anglosajones pudieran hacerse más anglosajones y con la esperanza de que, en un lejano futuro, se convirtieran en angloamericanos. En resumen, tengo un profundo respeto por 1066, pero continuaré humildemente librando una batalla sin tregua contra «todo lo demás».

En cualquier caso, para mí, el compromiso y la enmienda llegarían demasiado tarde. He escrito varios libros que se supone son biografías y vidas de hombres realmente grandes y notables, a los que cicateramente he hurtado los más elementales datos cronológicos; sería de una extremada mezquindad el que yo ahora tuviera la arrogancia de ser preciso con mi propia vida cuando he fracasado en serlo con la de ellos. ¿Quién soy yo para que mi vida esté mejor fechada que la de Dickens o Chaucer? ¡Qué blasfemia sería que reservara para mí lo que he escamoteado a Santo Tomás y a San Francisco de Asís! Parece ser un caso claro en el que la humildad cristiana más elemental me ordena continuar por el mal camino.

Pero si no pongo fecha a mis cartas ni a mis apuntes literarios cuando estoy en casa y, hasta cierto punto, me atengo al reloj y al calendario, aún me siento mucho menos capaz de esa puntualidad cuando el espíritu intemporal del viaje de placer no sólo me lanza a través del espacio, sino fuera del tiempo. Dedicaré este capítulo a unas cuantas notas de viaje, porque la mayoría de los cuadernos de viaje ya han sido transformados en libros sobre Irlanda, América, Palestina y Roma. Sólo tocaré aquí unas cuantas cosas que no he recogido en ningún otro sitio: una visita a España, mi segunda visita a América y mi primera, aunque espero que no sea la última, visita a Polonia.

Sacemos nuestra sed de fechas en el oasis de Palestina, si se me disculpa

la impertinencia; así al menos situaré mis primeros viajes en el orden correcto, incluso si considero algunos de los casos que siguen de forma general. Puedo afirmar con orgullo que recuerdo la fecha de mi peregrinaje a Jerusalén; en parte, me acuerdo porque fue el año en que acabó la Gran Guerra, y también porque, cuando mis editores me propusieron viajar a Tierra Santa, me pareció como si me hablaran de ir a la Luna. Era el primero de mis viajes largos por un país todavía peligroso y bajo las armas; tenía que cruzar el desierto por la noche en algo parecido a una camioneta de ganado; algunas zonas de la Tierra Prometida tenían algo de paisaje lunar. Por alguna razón extraña, aún recuerdo vivamente un incidente que sucedió en aquel desierto; no es necesario que me refiera aquí a la política palestina, baste decir que yo deambulaba por aquel desierto en un coche conducido por un joven sionista fervoroso; al principio, parecía monomaniaco, de esos que ante la frase «Hace buen día», contestan rápidamente: «Pues sí, el día es perfecto para nuestro proyecto». Pero acabé simpatizando con sus ilusiones, y cuando dijo: «Es una tierra maravillosa; me gustaría vagabundear por ella con el Cantar de los Cantares en el bolsillo», supe que, judío o gentil, loco o cuerdo, éramos de la misma clase de gente. La maravillosa tierra era un yermo con terrazas de roca que se extendían en el horizonte de forma impresionante. No había una sola alma a la vista, excepto nosotros y el chófer, un gigante de tez negra. Ese tipo de judío raro, pero real, que se convierte en boxeador profesional, era un excelente conductor, y la norma allí es que un Ford puede ir a cualquier parte si se mantiene fuera de la carretera. Se había adelantado para quitar algunas piedras que habían caído a la carretera e hice un comentario sobre su eficiencia. El pequeño profesor cetrino, sentado junto a mí, había sacado un libro del bolsillo, pero respondió fríamente: «Sí; apenas lo conozco; entre nosotros, creo que es un asesino; pero prefiero no hacer preguntas indiscretas». Luego, siguió leyendo el Cantar de los Cantares y saboreando los aromas que se levantan cuando el viento del sur sopla sobre el jardín. El momento estaba lleno de poesía, por irónico que resulte.

Las fechas de mi primera y segunda visita a América son realmente significativas, pues una fue al año siguiente del viaje a Palestina y la otra, comparativamente, hace poco, en 1930, y no sólo es porque la primera fecha estaba muy cerca del principio y la segunda muy cerca del final de la prolongada monstruosidad que fue la Ley Seca. No me detendré aquí a discutir con cualquier idiota que encuentre algo divertido en oponerse a la Ley Seca. Lo que hace que los dos viajes formen parte del mismo proceso es lo siguiente: una de mis visitas coincidió con el boom de la prohibición, y la otra con el principio de la depresión, y, lo que es más importante, con una profunda revolución entre los americanos inteligentes. No es trivial que, en lo referente a la Ley Seca, hubieran cambiado totalmente; al principio, incluso aquellos a quienes no les gustaba creían en ella; al final, incluso a los que les gustaba no

creían en ella. Pero lo más importante es que, al final, republicanos de toda la vida me comunicaron su intención de votar por Franklin Roosevelt, incluso los que habían maldecido la demagogia de Theodore Roosevelt. Los americanos han padecido más plutocracia que nadie, pero no se puede descartar que se libren de ella antes que nadie.

En cuanto a lo demás, mi último periplo americano consistió en infligir nada menos que noventa conferencias a gente que no me había hecho ningún daño; lo que quedó de la aventura, que fue de lo más estimulante, se dispersa como un sueño en incidentes aislados. Por ejemplo, recuerdo que un portero negro ya mayor, con cara de nuez, al que impedí que me cepillara el sombrero, me increpó y me dijo: «He, joven. Está perdiendo el decoro antes de tiempo. Tiene que estar guapo para las chicas»; en otro momento, uno de los principales magnates de la industria del cine me envió un mensajero muy serio al hotel de Los Ángeles en el que me hospedaba porque deseaba que me fotografiasen con las «Veinticuatro bellezas acuáticas»; Leviatán entre nereidas; decliné la oferta para sorpresa generalizada. Tampoco puedo olvidar el esfuerzo agónico por mantener las sutilezas de la polémica sobre la evolución al dirigirme a los estudiantes de Notre Dame, Indiana, en una serie de conferencias sobre «Literatura victoriana», de las que no ha quedado nada, salvo lo que un estudiante escribió en su cuaderno en blanco: «Darwin hizo mucho daño». No estoy del todo seguro que estuviera equivocado, pero era una simplificación de mis razones para ser agnóstico ante las agnósticas deducciones alcanzadas en los debates sobre Lamarck y Mendel. Recuerdo también un debate sobre historia de la religión con un famoso escéptico que, cuando intenté hablar sobre los cultos griegos o el ascetismo asiático, parecía incapaz de pensar en otra cosa que no fuera Jonás y la ballena. Pero esta es la maldición de la cómica carrera de conferenciante que parece sólo producir comedias en el escenario. Ya he dicho que no creo que América se las tome más en serio que yo. El auténtico comentario americano era prudente y sensato, pero ninguno tanto como el de un maestro de maquinaria industrial, que me dijo: «La gente debe volver al campo».

Yo he andado por Francia desde que mi padre me llevó allí cuando era un muchacho, y París era la única capital extranjera que conocía. A mi padre le debo el haber sido un viajero y no un turista. La distinción no es esnobismo; en realidad, tiene que ver más con la época que con la educación, pues gran parte del problema del hombre moderno es que le educan para aprender lenguas extranjeras y malinterpretar a los extranjeros. El viajero ve lo que ve; el turista ve lo que ha ido a ver. Un auténtico viajero, en una narración épica primitiva o en un cuento popular, no simulaba que le gustara una hermosa princesa por su hermosura. Lo mismo puede decirse de un marinero pobre, de un vagabundo, en suma, de un viajero. No necesita formarse una opinión de los periódicos parisinos, pero si quisiera tenerla, probablemente los leería. El

turista nunca los lee, los llama periodicuchos y sabe tanto de ellos como el chiffonnier que los recoge con el pincho. Comentaré tan sólo un caso relacionado con una polémica muy temprana. Toda Inglaterra llegó a dos grandes conclusiones morales sobre un hombre llamado Zola, o mejor dicho, sobre dos hombres llamados Zola. El primero era simplemente un francés guarro, un pornógrafo al que nosotros e incluso su propio editor condenamos. El segundo fue un héroe y mártir de la verdad, presumiblemente torturado como Galileo por la Inquisición. La verdad se refería al caso Dreyfus y, como periodista entre bastidores, pronto descubrí que la verdad no era tan simple. Déroulède dijo: «Dreyfus puede ser culpable o no, pero Francia no es culpable». Yo digo que es posible que Dreyfus fuera inocente, pero que sus defensores no siempre lo fueron, aunque fueran editorialistas ingleses. Fue mi primera y terrible revelación sobre la propaganda de nuestra prensa. No hablo de las conclusiones, sino de los métodos de los seguidores de Dreyfus. Un escocés independiente y bastante inteligente, amigo de Oldershaw en su época de Oxford, me contó que prácticamente le habían propuesto que falsificara el tamaño de la letra de un manuscrito. Pero lo importante aquí es Zola, que pasó de ser repugnante a ser noble; incluso en sus retratos, su rostro se volvió más distinguido y su cuello menos grueso. Yo no consideraría al pobre Zola ni una cosa ni la otra; sin embargo, dio la casualidad que estaba en París el día de sus funerales en el Panteón. La ciudad estaba radicalmente dividida; yo compré en un café uno de aquellos periodicuchos radicales, en el que Maurice Barrès, un *littérateur* bastante independiente, contaba por qué había votado contra aquella apoteosis y decía en una frase todo lo que he intentado decir aquí sobre los pesimistas, los ateos, los monárquicos y todos los demás; decía que no tenía nada que objetar a la obscenidad: «No me importa hasta dónde se fuerce a descender el mecanismo de la mente humana mientras no se rompa el muelle».

Por supuesto, la mayoría de nosotros no leeríamos tales gacetillas, pero están llenas de observaciones como las que he citado para cualquiera que, no contento con rebajarse a mirarlas, tenga la morbosa curiosidad de leerlas. A mi modo de ver, la observación es un comentario más importante sobre lo que Zola simbolizaba que el simple hecho de que defendiera al partido dreyfusiano, incluso aunque fuera tan digno de confianza respecto a Dreyfus como indigno de la misma respecto a Lourdes. En Inglaterra, no se dan esa clase de comentarios, porque la magnitud, los métodos del oficio y las tiradas aceptables no lo permiten. Pero tenemos buenas cosas propias que equilibran la balanza, y las mejores son cosas de las que rara vez oímos hablar.

Después de todo, Inglaterra es el país más extraño que he conocido jamás, pero como lo conozco desde mi más temprana infancia, también a mí se me ha pegado la rareza. Inglaterra es enormemente sutil, y entre lo mejor que tiene, está su gran reserva; es más amateur que aristocrática en la tradición y nunca es oficial. Entre sus valiosas y poco visibles rarezas encontramos esta. Existe

un tipo de inglés con el que me he encontrado muy a menudo en mis viajes y rara vez en los libros de viaje. Está en las antípodas del turista inglés; lo podríamos llamar el exiliado inglés. Es un hombre con una sólida cultura inglesa, entregado entusiasta y sinceramente a una cultura extranjera concreta. En cierto sentido, este tipo ya ha aparecido en esta historia, porque Maurice Baring tenía exactamente esa actitud hacia Rusia y el profesor Eccles hacia Francia. Pero he conocido a un académico angloirlandés encantador que realizaba exactamente esa misma labor de profundizar con simpatía en el espíritu de Polonia; y a otro que indagaba en Madrid en los secretos de la música española; y en todos los sitios aparecen señalados en el mapa como gentes que realizan una labor no sólo a favor de Europa, sino también de Inglaterra, como una prueba para los anticuarios lituanos o para los geógrafos portugueses de que no todos somos mangantes y gente vulgar, sino que descendemos de personas capaces de interpretar a Plutarco y de traducir a Rabelais. Son una minoría microscópica, como casi todos los grupos ingleses que realmente se enteran de lo que pasa en el mundo, pero son una semilla y por tanto permanecen ocultos. Es posible que se trate de una coincidencia cómica, pero es un hecho curioso el que todos ellos compartan la misma fisonomía; suelen tender a una ligera calvicie y tienen cierta tendencia a mostrar sonrisas agradables bajo bigotes pasados de moda. Si la sociología fuera una ciencia, lo que es absurdo, yo reclamaría, como un científico darwinista, el haber descubierto una especie. Cuando recuerdo a estos hombres, encuentro más fácil recorrer rápidamente, como me exige este capítulo, los distintos países en los que estamos representados por estos diplomáticos oficiosos.

Adoro Francia y me alegro de haberla conocido cuando era joven, porque si un inglés comprende a un francés, ha entendido al más extranjero de los extranjeros. La nación más próxima resulta ser la más lejana. Italia y España, y muy especialmente Polonia, son mucho más parecidas a Inglaterra que esa fortaleza cuadrada de ciudadanos iguales y soldados romanos, llena de asambleas familiares, patria potestas y propiedad privada bajo la ley romana; alcázar y ciudadela de la cristiandad. Como primer ejemplo, esto se hace evidente en el caso de Italia. La primera vez que visité Florencia, tuve la confusa impresión de que esta ciudad italiana estaba llena de damas inglesas y de que, además, todas eran teósofas. Pero cuando fui por primera vez a Asís, después de pasar por Roma (en más de un sentido), me di cuenta de que esto no era justo del todo. Existe realmente una corriente de simpatía entre la cultura inglesa y la italiana que, sin embargo, por ahora no se da entre la cultura inglesa y la francesa. Hay algo afectuoso y romántico que da brillo a esos desolados peñascos que miran hacia Perugia a través de la llanura, y ese algo establece una relación entre dos naciones. Los ingleses aprecian a San Francisco de una forma que no aprecian a Pascal o al Curé d' Ars. Los ingleses

son capaces de leer a Dante traducido, aunque no sepan italiano, pero no pueden leer a Racine, aunque sepan francés. En resumen, los ingleses tienen cierta comprensión del medievalismo italiano, pero no tienen ni idea de la grandeza granítica del clasicismo francés. El nombre de Rossetti no era algo accidental. La devoción por Dante de mi viejo amigo Philip Wicksteed era un excelente ejemplo de lo que quiero decir cuando hablo del típico inglés con un hobby extranjero.

Sentí lo mismo cuando estuve en Madrid dando una conferencia y conocí a un inglés educado y tímido, capaz de disertar sobre música y canciones españolas ante los propios españoles. No percibí que los españoles fueran fundamentalmente distintos de los ingleses, salvo que un estúpido puritanismo había prohibido a los ingleses exteriorizar las espontáneas y saludables emociones que los españoles podían mostrar. La emoción más ostensible, según me pareció a mí, era lo orgullosos que los padres se mostraban de sus pequeños. He visto cómo corría un niño por la alameda de una gran calle y saltaba en brazos de un trabajador harapiento, que le abrazaba con un éxtasis más que maternal. Por supuesto, se puede decir que esto es muy poco inglés, lo que parece una reflexión sobre los ingleses poco generosa. Prefiero decir que lo más probable sea que el trabajador español no haya asistido a una escuela privada inglesa. Sin embargo, realmente hay muy pocos ingleses a quienes no les gustaría que esto sucediera. El puritanismo es sólo una parálisis que se petrifica en estoicismo cuando pierde el elemento religioso. Mi impresión de España fue precisamente esa especie de cordialidad y frescura. ¡Ah, sí! También vi El Escorial. Sí, menos mal que visité Toledo, es una maravilla, pero lo recuerdo mejor gracias a una espléndida campesina que escanciaba vino y hablaba sin parar.

Recientemente volví a visitar España; si los catalanes me permiten llamarlo España (opiniones aparte, tengo una sincera simpatía por esos aspectos tan delicados), pues la visité a toda prisa en un coche que se lanzó por la costa este hacia Tarragona. Si digo que se lanzó, el movimiento es sólo metafórico, porque el artífice del movimiento era un coche conducido por Miss Dorothy Collins, que actuaba como secretaria, mensajera, chófer, guía, filósofa y, sobre todo, amiga, y sin la que mi esposa y yo nos habríamos encontrado a menudo sin alguien con quien filosofar. Después de cruzar a Francia y haber coronado los Pirineos como Carlomagno, y los Alpes como Napoleón (o como Aníbal sobre un elefante), me devolvió de nuevo a Florencia, para dar una charla, y luego atravesamos Suiza hasta Calais, donde empezó la gran campaña.

A lo largo del viaje, tuve dos curiosas experiencias en dos cafés extranjeros. Uno estaba a las afueras de Barcelona y su propietario era un auténtico gángster americano que había escrito un libro de confesiones sobre

su propia organización de robo y fraude; estaba muy satisfecho de su experimento literario y sobre todo, del libro; sin embargo, como les sucede a otros literatos, no estaba satisfecho con sus editores. Contaba que había llegado justo a tiempo de descubrir que le habían robado todos sus derechos de autor. «¡Qué vergüenza! —dije compasivamente— porque eso fue sencillamente un robo». «Yo diría que eso es lo que fue —respondió, dando un golpe sobre la mesa—. Fue sencillamente un robo».

La otra experiencia fue un día sin fecha, incluso en esta vida mía tan desprovista de fechas; me había olvidado del tiempo y deambulaba por ahí sin ninguna idea concreta cuando, en una pequeña ciudad francesa, entré en un pequeño café con barullo de conversación. En la radio sonaban los lamentos de canciones que pasaban desapercibidas; no es de extrañar, porque la charla francesa es mucho mejor que la radio. Y entonces, sin darme cuenta, oí una voz que hablaba en inglés, y era una voz que había escuchado anteriormente. Escuché lo siguiente: «... dondequiera que estés mi amado pueblo, ya sea en este país o más allá de los mares», y recordé la monarquía y un grito inmemorial; el que hablaba era el rey, y así es como celebré el jubileo.

Al atravesar Francia de vuelta a casa, recordé de nuevo el enigma de que los países más lejanos me hubieran parecido tan cercanos y, sin embargo, las dos naciones más próximas, Irlanda y Francia, fueran las más incomprendidas. Sobre Irlanda he escrito mucho y no tengo nada que decir, porque no tengo nada de lo que desdecirme. He escrito sobre Irlanda en sus horas más trágicas, tras el rojo amanecer del Alzamiento de Pascua y en los momentos que rondaba como una pesadilla la amenaza del reclutamiento. Y también he escrito en sus momentos triunfales, cuando el congreso Eucarístico resplandecía ante millones en el Phoenix Park y todas las espadas y las trompetas saludaban lo que en realidad era un Fénix. Pero aún me queda otra nación, parecida a Irlanda en su tragedia y en sus triunfos, de la que contaré algo para terminar. Tal vez algún día intente escribir un estudio más completo. Ahora, en este capítulo, sólo recordaré un par de cosas, no las que podría recordar, sino las que no puedo olvidar.

Cuando visité Polonia, el gobierno me obsequió con una invitación, pero la hospitalidad de la gente fue tanta y tan cálida que ha borrado todo lo oficial. En Varsovia, hay una especie de taberna subterránea donde los hombres beben un Tokay que curaría de oficialismo a cualquier oficial y donde se cantan viejas canciones polacas. Cracovia, al no ser la capital, es hoy en día la ciudad nacional por excelencia, y hombres como el profesor Román Dyboski han explorado mejor sus secretos que cualquier otra persona comprometida en tareas de gobierno. De todas formas, algo pude captar de las dificultades de ese gobierno, lo suficiente para saber que los periódicos que hablan del llamado «corredor polaco» no dicen más que bobadas. La generalización más

ajustada a la realidad es esta: los últimos acontecimientos se comprenderían mejor si todo el mundo viera el hecho evidente de que los polacos siempre tienen que elegir entre diversos males. Conocí al gran Pilsudski y aquel viejo aventurero, magnífico y estricto, prácticamente me vino a decir que, de las dos, él prefería Alemania a Rusia. Con idéntica claridad que su rival Dmowski, quien también nos obsequió maravillosamente en su refugio del campo, había decidido que, de las dos, él prefería Rusia a Alemania. Yo ya conocía a este hombre tan interesante, porque el Dr. Sarolea le trajo una vez a mi casa, donde el belga, con aquel aire juguetón suyo, se había burlado del polaco con su antisemitismo y le había dicho con mucha convicción: «Después de todo, su religión procede de los judíos». A lo que el polaco había respondido: «Mi religión procede de Jesucristo, que fue asesinado por los judíos». Pilsudski tenía también gran simpatía por los lituanos, a pesar de que polacos y lituanos se pasaban la vida peleándose. Era un gran entusiasta de Vilnius; tiempo después descubrí en la frontera un emplazamiento histórico donde polacos y lituanos están en paz, incluso cuando se pelean.

Iba en coche con una dama polaca, muy ingeniosa, gran conocedora de Europa y también de Inglaterra (siguiendo la bárbara costumbre de los eslavos), y lo único que noté fue que su tono cambió y se hizo algo más frío cuando nos detuvimos ante el arco de entrada a un pasaje que conducía a una calle lateral, y dijo: «No podemos entrar ahí con el coche». Me pregunté por qué, pues la entrada era amplia y la calle aparentemente abierta. Cuando pasamos por debajo del arco, me dijo con el mismo tono monótono: «Aquí tiene que quitarse el sombrero». Y entonces vi la calle abierta y ante mí una muchedumbre arrodillada en el suelo. Era como si alguien caminara detrás de mí o algún pájaro extraño revoloteara sobre mi cabeza. Me di la vuelta y vi, en el centro del arco, unas grandes ventanas abiertas, que dejaban ver una cámara llena de oro y colores; detrás había un cuadro, pero las distintas partes del conjunto se movían como un teatro de marionetas, que despertaban en mí extraños recuerdos, como un sueño del puente en el teatrillo de juguete de mi infancia; entonces me di cuenta de que en aquellos grupos en movimiento nacía el esplendor y el sonido de la antigua grandiosidad de la misa.

Añadiré un último recuerdo. Conocí a un joven conde cuya enorme y costosa mansión en el campo, construida según el modelo antiguo (porque él tenía otras ideas), había sido quemada, saqueada y de la que sólo quedaban ruinas cuando el Ejército Rojo se retiró tras la Batalla de Varsovia. Al contemplar aquella montaña de mármoles destrozados y tapicerías ajadas, uno de nuestro grupo dijo: «Debe de ser terrible para usted ver destruida de esta manera la casa de su familia». Pero el joven, que era muy joven en todos sus gestos, se encogió de hombros y se echó a reír con cierto aire de tristeza. «No les culpo por ello —dijo— también yo he sido soldado, y en la misma campaña que ellos, y conozco las tentaciones. Sé lo que siente un individuo

roto de cansancio y helado de frío cuando se pregunta qué importancia tienen los sillones y las cortinas de otro hombre, si él puede calentarse esa noche. En un lado o en otro, todos somos soldados; es una vida dura y horrible. No les culpo en absoluto por lo que hicieron aquí, pero hay algo que realmente no perdono. Se lo mostraré».

Nos condujo por una gran avenida bordeada de álamos; en uno de los extremos había una estatua de la Santísima Virgen con la cabeza y las manos cortadas. Las manos habían estado en alto y ahora, extrañamente, la mutilación parecía otorgar más significado a la actitud de intercesión que imploraba misericordia para el inmisericorde género humano.

XVI

EL DIOS DE LA LLAVE DORADA

Hace algún tiempo, sentado tranquilamente una tarde de verano, mientras pasaba revista a una vida injustificadamente afortunada y feliz, calculé que debo de haber cometido al menos unos cincuenta y tres asesinatos, y haber sido cómplice de la desaparición de otro medio centenar de cadáveres con el fin de ocultar otros tantos crímenes; culpable también de colgar un cadáver en una percha, de meter a otro en una saca de correos, de decapitar a un tercero y colocarle la cabeza de otro, y un largo etcétera de inocentes artificios parecidos. Es cierto que la mayoría de esas atrocidades las he cometido sobre el papel, y recomiendo encarecidamente al joven estudiante que, salvo en casos extremos, exprese sus impulsos criminales de esta forma y no se arriesgue a estropear una idea hermosa y bien elaborada, rebajándola al plano del vulgar experimento material, donde con frecuencia se ve sometida a las imprevistas imperfecciones y decepciones de este sucio mundo y que acarrea consecuencias legales y sociales inoportunas y sublevantes. En algún sitio he explicado que, en cierta ocasión, redacté un catálogo científico de las «Veinte maneras de asesinar a una esposa» y he conseguido mantenerlas todas ellas en su inalterable integridad artística, de forma que al artista le es posible, hasta cierto punto, asesinar a veinte esposas con éxito y, no obstante, conservar la esposa original, un punto que, en muchos casos y especialmente en el mío, no deja de tener sus ventajas. En vista de esto, para el artista, sacrificar a su esposa, y posiblemente su propio cuello, por la vulgar y teatral puesta en práctica de uno de esos dramas ideales es perder, no sólo ese placer, sino todo el placer ideal de los otros diecinueve asesinatos. Como este ha sido un principio del que nunca he dudado, no ha existido nada que me impidiera la rica acumulación de cadáveres imaginarios; y, como digo, he acumulado unos

cuantos. Mi nombre adquirió cierta notoriedad como escritor de narraciones sangrientas, comúnmente llamadas historias policíacas; ciertos editores y revistas han llegado a contar conmigo para tales fruslerías, y son lo bastante amables para escribirme de vez en cuando y pedirme una nueva remesa de cadáveres, generalmente en lotes de ocho.

Cualquiera que haya seguido la pista de esta industria, posiblemente sepa que muchas de mis historias detectivescas tienen relación con un personaje llamado padre Brown, un cura católico cuya simplicidad externa y sutileza interna conformaban algo parecido a un protagonista apropiado para esta clase de historietas. Han surgido ciertas preguntas, sobre todo, respecto a la identidad o la precisión con la que se describe al personaje, lo que no ha dejado de surtir su efecto en cosas más importantes.

Como ya he dicho, nunca me he tomado mis novelas ni relatos muy en serio, ni me he creído que ocupara un lugar importante en algo tan serio como la novela. Pero, al mismo tiempo, puedo afirmar que mi obra era lo bastante nueva como para ser novela en el sentido de que no era histórica ni biográfica, y que incluso una de mis narraciones cortas era lo suficientemente original como para no tener ningún original detrás. La idea de que un personaje en una novela debe «representar» o «estar tomado» de alguien se basa en una incomprensión de cómo funcionan la narración imaginativa y especialmente las fantasías tan triviales como las mías. No obstante, se ha dicho, con frecuencia, que el padre Brown tenía un original en el mundo real, lo que, en un sentido particular y bastante personal, es cierto.

La idea de que un novelista construye un personaje en conjunto y en todos sus detalles a partir de un amigo o enemigo es un disparate que ha hecho mucho daño. Incluso los personajes de Dickens, que son creaciones tan evidentes y al mismo tiempo caricaturas tan evidentes, se confrontaban con los simples mortales, como si hubiera mortales que pudieran encajar exactamente con la magnífica estatura épico-burlesca de Weller o Micawer. Recuerdo que mi padre me contaba cómo algunos de sus contemporáneos, indignados, se exoneraban a sí mismos de la acusación de ser el modelo para Mr. Pecksniff; y sobre todo, de cómo el famoso espiritista S. C. Hall se defendía con una elocuencia que algunos consideraban demasiado sublime para ser convincente. «¿Cómo se puede decir que me parezco a Pecksniff? —le decía este hombre tan digno a mi padre—. Usted me conoce. El mundo entero me conoce. El mundo sabe que he dedicado mi vida al bien de los demás; que he llevado una vida pura y distinguida consagrada a los más altos deberes e ideales, que siempre he tratado de ser un ejemplo de sinceridad, de justicia, de probidad, de pureza y pública virtud. ¿Qué parecido puede existir entre Pecksniff y yo?».

Cuando un escritor inventa un personaje de ficción, sobre todo un personaje para una novela ligera o de fantasía, le dota con toda suerte de

rasgos para que resulte efectivo en ese ambiente y en ese decorado. Es posible que haya tomado datos de algún ser humano, pero no vacilará en alterar a ese ser humano, sobre todo en lo externo, porque no trata de hacer una foto sino de pintar un cuadro. El rasgo característico del padre Brown era no tener rasgos característicos. Su gracia era parecer soso, y se podría decir que su cualidad más sobresaliente era la de no sobresalir. La intención era que su aspecto corriente contrastara con su insospechada atención e inteligencia, y para que así fuera, le hice aparecer desastrado e informe, con una cara redonda e inexpresiva, torpes modales, etcétera. Al mismo tiempo, tomé algunas de sus cualidades intelectuales de mi amigo, el padre John O'Connor de Bradford, que, por cierto, no tiene ninguno de los rasgos externos de mi personaje. No es desastrado, sino pulido; no es torpe, sino delicado y diestro; no sólo parece, sino que es gracioso y divertido; es un irlandés sensible y perspicaz, con la profunda ironía y la tendencia a la irritabilidad propias de su raza. Describo deliberadamente a mi Padre Brown como una masa de pan de Suffolk, East Anglia. Eso, y el resto de su descripción, era un disfraz intencionado para que encajara en una historia detectivesca. Pero, a pesar de todo, en un aspecto muy real, el padre O'Connor fue la inspiración intelectual de estas historias y también de cosas mucho más importantes. Y para explicar esas cosas, sobre todo las importantes, no puedo hacer nada mejor que contar la historia de cómo se me ocurrió la idea de esta comedia de detectives.

En aquella lejana época, sobre todo justo antes y después de casarme, mi destino me llevaba de un lado a otro de Inglaterra, para impartir lo que amablemente llamaban conferencias. Existe una considerable demanda de estos fríos entretenimientos sobre todo en el norte de Inglaterra, el sur de Escocia e incluso en algunos centros de disidentes religiosos activos de los alrededores de Londres. Al mencionar el frío, me viene a la memoria una capilla en un páramo desierto del norte de Londres hasta la que tuve que llegar en medio de una cegadora tormenta de nieve, de la que disfruté muchísimo porque las tormentas me encantan. En realidad, me gustan todas las variedades del clima inglés, salvo eso que llaman «un día magnífico». Por tanto, que nadie sufra anticipadamente por mi experiencia o crea que me autocompadezco o que pido compasión. Lo cierto es que estuve expuesto a los elementos durante casi dos horas, mientras caminaba o en lo alto de un calamitoso autobús que vagaba por aquellos yermos; cuando llegué a la capilla, debía parecer el muñeco de nieve que los niños hacen en el jardín. Procedí a pronunciar mi conferencia —Dios sabrá sobre qué—, y ya estaba a punto de reemprender mi tormentoso viaje, cuando el ilustre ministro de la capilla, frotándose las manos y golpeándose el pecho enérgicamente, se dirigió a mí con la rica hospitalidad de un Santa Claus y me dijo con voz enérgica y melosa: «Venga, Mr. Chesterton, hace una noche espantosa; permítame ofrecerle una pastita de té de Oswego». Se lo agradecí y le dije que no me

apetecía; era muy amable por su parte, porque no había razón alguna para que, en aquellas circunstancias, me ofreciera un refrigerio. Pero confieso que pensar en volver caminando por la nieve y con aquel viento helador durante otro par de horas, con la sensación de aquella única galleta en mi interior y el fuego del té de Oswego recorriendo mis venas, me pareció un tanto desproporcionado. Me temo que, con un placer considerable, crucé la carretera y entré en un pub justo enfrente de la capilla, bajo la atenta mirada de la Conciencia Disidente.

Esto es un paréntesis y podría añadir unos cuantos paréntesis más sobre aquellos tiempos en que daba conferencias de un lado para otro. Cuentan que un día de aquellos envié un telegrama a mi esposa, que estaba en Londres, y que decía así: «Estoy en Market Harborough. ¿Dónde debería estar?». No recuerdo si la historia es cierta, pero no es improbable ni creo que sea poco razonable. A lo largo de este vagabundeo, hice muchos amigos cuya amistad valoro; por ejemplo, Mr. Lloyd Thomas, que entonces vivía en Nottingham, y Mr. McClelland de Glasgow. Pero los menciono aquí como introducción a aquel encuentro accidental de Yorkshire que tendría consecuencias para mí mucho más importantes de lo que la mera coincidencia puede sugerir. Había ido a dar una conferencia a Keighley, en los páramos altos del West Riding, y me quedé a pasar la noche en casa de un importante ciudadano de aquella pequeña ciudad industrial; el caballero había reunido a un grupo de amigos locales que, como era de suponer, tenían paciencia con los conferenciantes; en el grupo estaba incluido el cura de la iglesia católica, un hombre pequeño, lampiño y con expresión tímida de duende. Me impresionó el tacto y el humor con los que se relacionaba con una compañía tan protestante y tan de Yorkshire; pronto descubrí que, a su manera algo bravucona, habían aprendido a considerarlo todo un personaje. Alguien me hizo un relato muy divertido de cómo dos gigantescos granjeros de aquel distrito de Yorkshire, a los que se les había encomendado visitar varios centros religiosos, temblaban con indecible terror antes de entrar en el pequeño presbiterio de aquel cura. Tras vencer una gran desconfianza, parece que finalmente habían llegado a la conclusión de que no les haría mucho daño y de que si se lo hacía, podían llamar a la policía. Supongo que creían de verdad que tenía la casa equipada con todos los instrumentos de tortura de la Inquisición española. Pero incluso estos granjeros, me dijeron, le habían aceptado desde aquel día como a un vecino más, y a medida que la tarde avanzaba, sus vecinos le animaron a que pusiera en práctica sus magníficas cualidades para entretener. Poco a poco se fue soltando y, cuando me di cuenta, ya estaba en pleno recitado de ese gran poema dramático, ese examen de conciencia titulado «Me aprietan las botas». Aquel hombre me encantó, pero si me llegan a decir que en diez años me convertiría en un misionero mormón de las Islas Caníbal, no me habría sorprendido más que si me hubieran insinuado que, quince años después,

estaría haciendo ante él mi confesión general y que él me recibiría en la Iglesia a la que pertenecía.

A la mañana siguiente, él y yo fuimos caminando hasta el otro lado de Keighley Gate, el gran muro de los marjales que separa Keighley de Wharfedale, porque yo quería visitar a unos amigos en Ilkley; al terminar la excursión, tras unas cuantas horas de charla por aquellos páramos, pude presentar un nuevo amigo a mis antiguos amigos. Se quedó a comer; se quedó a tomar el té; se quedó a cenar; no estoy seguro de que, ante la insistente hospitalidad, no se quedara a dormir y, en posteriores ocasiones, pasó allí muchos días y muchas noches; y allí fue también donde habitualmente nos encontrábamos. Fue en una de aquellas visitas cuando tuvo lugar el incidente que me llevó a tomarme la libertad de usarle, es decir, usar una parte de él en una serie de historias sensacionales. Pero lo menciono no porque otorgue la más pequeña importancia a esas historias, sino porque tiene una conexión mucho más vital con la otra historia, con la historia que estoy contando aquí.

En el transcurso de la conversación, le mencioné al cura que tenía intención de apoyar en la prensa cierta propuesta, no importa cuál, relacionada con temas sociales bastante sórdidos de vicio y crimen. Me comentó que creía que estaba en un error o, más bien, que yo ignoraba algunas cosas, como realmente así era. Y tan solo por cumplir con su deber y para evitar que me metiera en un lío espantoso, me contó ciertos hechos que él conocía sobre prácticas depravadas, que desde luego no detallaré ni discutiré aquí. En páginas anteriores he confesado que en mi propia juventud había imaginado toda clase de iniquidades, y fue una curiosa experiencia descubrir que aquel tranquilo y agradable célibe se había sumergido en aquellos abismos mucho más profundamente que yo. No me había imaginado que el mundo albergara tales horrores. Si él hubiera sido un novelista profesional y hubiera lanzado aquellas porquerías a los estantes de las librerías para que niños y muchachos las leyeran, desde luego se le habría considerado un gran artista creativo y un heraldo de los nuevos tiempos. Como sólo me lo contaba de mala gana, en estricta intimidad, como una necesidad práctica, era, por supuesto, el típico jesuita que susurraba venenosos secretos a la oreja. Cuando volvimos, la casa estaba llena de gente y empezamos a charlar con dos cordiales y saludables estudiantes de Cambridge que habían atravesado los páramos a pie o en bicicleta, poseídos de aquel espíritu austero y vigoroso propio de las vacaciones inglesas. Sin embargo, no eran los típicos deportistas de miras estrechas; les interesaban también otros deportes y, aunque de forma un tanto superficial, también algunas artes; así que comenzaron a hablar de música y del paisaje con mi amigo, el Padre O'Connor. No he conocido nunca a nadie que pudiera pasar con tanta facilidad de un tema a otro, ni que tuviera tantas y tan insospechadas fuentes de información y, con mucha frecuencia, sobre todo, información técnica. La charla pronto derivó hacia la discusión de asuntos más

filosóficos y morales, y cuando el sacerdote salió de la habitación, los dos jóvenes rompieron en generosas expresiones de admiración diciendo que realmente era un hombre extraordinario y que parecía saberlo todo de Palestrina, de la arquitectura barroca o de cualquier cosa de la que se hablara en aquel momento. Tras unos instantes de silencio reflexivo, uno de los estudiantes estalló de repente: «De todas formas, no creo que la vida que lleva sea la más adecuada. Lo de la música religiosa y todo eso está muy bien cuando se está encerrado en una especie de claustro y no se sabe nada sobre el mal real del mundo. Pero no creo que sea lo ideal. Yo creo en el individuo que sale al mundo, se enfrenta con el mal que hay en él y conoce sus peligros. Es muy bonito ser inocente e ignorante, pero creo que es mucho mejor no tener miedo del conocimiento».

Para mí, que aún temblaba casi con los pasmosos datos prácticos de los que el sacerdote me había advertido, este comentario me pareció de una ironía tan colosal y aplastante que a punto estuve de estallar de risa en aquel mismo salón, pues sabía perfectamente bien que, comparado con la maldad concentrada que el sacerdote conocía y contra la que había luchado toda su vida, aquellos dos caballeros de Cambridge sabían tanto del mal real como dos bebés en el mismo cochecito.

Fue entonces cuando se me ocurrió la idea de dar a estos tragicómicos equívocos un uso artístico y construir una comedia en la que hubiera un cura que parecía que no se enteraba de nada y en realidad supiera más de crímenes que los criminales. Después resumí esta idea en un relato, en cierto modo muy trivial e improbable, titulado «La cruz azul», y continué con una interminable serie de relatos con los que he torturado al mundo. En resumen, me permití la enorme libertad de tratar brutalmente a mi amigo, de deformar a golpes su sombrero y su paraguas, de ajar su ropa, de golpear su inteligente expresión y convertirla en una estúpida cara de morcilla, y en general, de disfrazar al padre O'Connor como el padre Brown. El disfraz, como ya he dicho, era un fingimiento deliberado para poner de manifiesto o acentuar el contraste, que era el punto esencial de la comedia. Hay también en ella, como en otras cosas que he escrito, una buena dosis de inconsistencia e imprecisión, y no es el menor de esos fallos la idea generalizada de que el Padre Brown no tenía nada en concreto que hacer, salvo descolgarse por las casas en las que era probable que hubiera un asesinato. Una encantadora dama católica que conozco elogió adecuadamente a mi cura-detective cuando dijo: «Siento un gran cariño por ese pequeño y entrometido holgazán».

Sin embargo, el incidente de los estudiantes de Cambridge y su jovial desprecio por la virtud fugitiva y enclaustrada de un párroco de provincias representó para mí mucho más que aquel lamentable, aunque meramente profesional, montón de cadáveres o personajes masacrados. Me enfrentó una

vez más con aquellos morbosos y candentes problemas espirituales a los que aludí anteriormente, y me ofreció la poderosa y creciente sensación de no haberles dado una solución espiritual; aunque, en apariencia, estos problemas perturban menos en la práctica y en proporción al hombre maduro que al joven, a mí aún me perturbaban mucho; pero, de no haber sido por aquella repentina percepción del precipicio que se abre ante nuestros pies, podía haberme hundido cada vez más, por puro cansancio, en alguna suerte de compromiso o de abandono. Me sorprendía mi propia sorpresa: que la Iglesia Católica supiera más que yo acerca del bien resultaba fácil de creer, pero que supiera más del mal parecía increíble.

Cuando la gente me pregunta: «¿Por qué abrazó usted la Iglesia de Roma?», la respuesta fundamental, aunque en cierto modo elíptica, es: «Para librarme de mis pecados», pues no hay otra organización religiosa que realmente admita librar a la gente de sus pecados; está confirmado por una lógica que a muchos sorprende, según la cual la Iglesia deduce que el pecado confesado y del que uno se arrepiente queda realmente abolido, y el pecador vuelve a empezar de nuevo como si nunca hubiera pecado. Y esto me retrotrajo vivamente a aquellas visiones o fantasías de las que ya he tratado en el capítulo dedicado a la infancia. En él hablaba de aquella extraña luz, algo más que la simple luz del día, que todavía parece brillar en mi memoria sobre los empinados caminos que bajaban de Campden Hill, desde donde se podía ver, a lo lejos, el Palacio de Cristal. Pues bien, cuando un católico se confiesa, vuelve realmente a entrar de nuevo en ese amanecer de su propio principio y mira con ojos nuevos, más allá del mundo, un Palacio de Cristal que es verdaderamente de cristal. Él cree que en ese oscuro rincón y en ese breve ritual, Dios ha vuelto a crearle a su propia imagen. Se ha convertido en un nuevo experimento de su Creador, tanto como lo era cuando tenía sólo cinco años. Se yergue, como dije, en la blanca luz del digno principio de la vida de un hombre. La acumulación de años ya no puede aterrorizarle. Podrá estar canoso y gotoso, pero sólo tiene cinco minutos de edad.

No estoy defendiendo aquí doctrinas como la del sacramento de la penitencia, ni tampoco la doctrina igualmente vacilante del amor de Dios al hombre. No estoy escribiendo un libro de controversia religiosa, de los que ya he escrito varios y probablemente, si amigos y parientes no me lo impiden violentamente, escriba algunos más. Aquí estoy ocupado en la malsana y degradante tarea de contar la historia de mi vida, y sólo tengo que exponer los efectos reales que estas doctrinas tuvieron en mis propios sentimientos y actos. Dada la naturaleza de esta tarea, me preocupa especialmente el tener la sensación de que estas doctrinas aglutinan toda mi vida desde el principio como ninguna otra doctrina podría hacerlo; y sobre todo, solucionan simultáneamente mis dos problemas: el de mi felicidad infantil y el de mis cavilaciones juveniles. Han influido en una idea que, espero que no resulte

pomposo decirlo, es la idea principal de mi vida; no diré que es la doctrina que he enseñado siempre, sino la que siempre me habría gustado enseñar. Es la idea de aceptar las cosas con gratitud y no como algo debido. El sacramento de la penitencia otorga una nueva vida y reconcilia al hombre con todo lo vivo, pero no lo hace como lo hacen los optimistas, los hedonistas y los predicadores paganos de la felicidad. El don tiene un precio y está condicionado por una confesión. En otras palabras, el nombre del precio es la Verdad, que también puede llamarse Realidad, pero se trata de encarar la realidad sobre uno mismo. Cuando el proceso sólo se aplica a los demás, se llama Realismo.

Empecé siendo lo que los pesimistas llamaban un optimista; he terminado por ser lo que los optimistas probablemente llamarían un pesimista. En realidad, no he sido nunca ni lo uno ni lo otro, y ciertamente no he cambiado lo más mínimo. Empecé defendiendo los buzones de correos y los autobuses victorianos bermellón, aunque fueran feos, y he acabado por denunciar la publicidad moderna o las películas americanas, aunque sean bonitas. Lo que intentaba decir entonces es lo mismo que intento decir ahora, e incluso la más profunda revolución religiosa sólo ha logrado confirmarme en el deseo de decirlo, porque, desde luego, jamás vi las dos caras de esta sencilla verdad formuladas juntas en ningún sitio hasta que abrí el Penny Catechism y leí las siguientes palabras: «Los dos pecados contra la esperanza son la arrogancia y la desesperación».

Empecé a buscar a tientas esa verdad en mi adolescencia, pero empecé por el lado equivocado, por el confín de la tierra más alejado de la esperanza puramente sobrenatural. Pero desde el principio tuve la sensación, casi violentamente real, de que aquellos dos pecados amenazaban incluso la esperanza terrenal más oscura o la más pequeña felicidad terrenal; la sensación de que ni la arrogancia ni la desesperación pueden estropear la experiencia. Por tomar un fragmento que venga al caso, en mi primer libro de poemas juvenil, me preguntaba yo qué encarnaciones o purgatorio prenatal debía de haber vivido para haber logrado la recompensa de contemplar un diente de león. Si el asunto mereciera la pena, aunque fuera para un comentarista, ahora sería fácil datar la frase valiéndose de ciertos detalles o averiguar cómo podía haberse formulado posteriormente de otra manera. No creo en la reencarnación, si es que creí en ella alguna vez; y desde que tengo jardín (porque no puedo decir desde que soy jardinero), me he dado cuenta mejor que antes de lo perjudiciales que son las malas hierbas. Pero en esencia, lo que dije del diente de león es exactamente lo que diría sobre el girasol, el sol o la gloria que, como dijo el poeta, es más brillante que el sol. El único modo de disfrutar hasta de una mala hierba es sentirse indigno incluso de una mala hierba. Pero hay dos maneras de quejarse de la mala hierba o de la flor. Una es la que estaba de moda en mi juventud y otra la que está de moda en mi madurez; no

sólo ambas son erróneas, sino que lo son porque la misma cosa sigue siendo verdad. Los pesimistas de mi adolescencia, confrontados con el diente de león, decían con Swinburne:

Estoy cansado de todas las horas,
capullos abiertos y flores estériles,
deseos, sueños, poder
y de todo, salvo del sueño.

Y por eso los maldije, los pateé y monté un espectáculo tremendo; me convertí en el adalid del Diente de León y me coroné con un exuberante diente de león. Pero hay otro modo de despreciar el diente de león que no es el del pelmazo pesimista, sino el del optimista agresivo. Puede hacerse de varias formas; una de ellas consiste en decir: «En Selfridge puedes encontrar mejores dientes de león» o «En Woolworth puedes conseguir dientes de león más baratos». Otra forma de hacerlo es observar con un deje indiferente: «Desde luego, nadie, salvo Gamboli en Viena comprende realmente el diente de león»; o decir que desde que el superdiente de león se cultiva en el Jardín de las Palmeras de Frankfurt, ya nadie soporta el viejo diente de león; o sencillamente burlarse de la miseria de regalar dientes de león cuando todas las mejores anfitrionas te ofrecen una orquídea para la solapa y un ramito de flores exóticas para llevar. Todos estos son métodos para devaluar una cosa por comparación, porque no es la familiaridad, sino la comparación lo que provoca el desprecio. Y todas esas comparaciones capciosas se basan en último término en la extraña y dudosa herejía de que el ser humano tiene derecho al diente de león; que de modo extraordinario podemos ordenar que se recojan todos los dientes de león del Jardín del Paraíso; que no les debemos agradecimiento alguno ni tenemos por qué maravillarnos ante ellos; y sobre todo que no debemos extrañarnos de sentirnos merecedores de recibirlos. En lugar de decir, como el viejo poeta religioso: «¿Qué es el hombre para que Tú lo ames o el hijo del hombre para que Tú le tengas en cuenta?», decimos, como el taxista irascible: «¿Qué es esto?»; o como el comandante malhumorado en su club: «¿Es esta chuleta digna de un caballero?». Pues bien, no sólo me desagrada esta actitud tanto como la del pesimista al estilo de Swinburne, sino que creo que se reducen a lo mismo: a la pérdida real de apetito por la chuleta o por el té de diente de león. A eso se le llama Arrogancia y, a su hermana gemela, Desesperación.

Este es el principio que yo mantenía cuando a Mr. Max Beerbohm le parecía un optimista, y este es el principio que sigo manteniendo cuando a Mr. Gordon Selfridge, sin duda, debo parecerle un pesimista. El objetivo de la vida es la capacidad de apreciar; no tiene sentido no apreciar las cosas como tampoco tiene ningún sentido tener más cosas si tienes menos capacidad de

apreciarlas. Originalmente dije que una farola de barrio, de color verde guisante, era mejor que la oscuridad o que la falta de vida, y que si era una farola solitaria, podíamos ver mejor su luz contra el fondo oscuro. Sin embargo, al decadente de mi época juvenil, le angustiaba tanto ese hecho que querría colgarse de la farola, apagar su luz y dejar que todo se sumiera en la oscuridad original. El millonario moderno se me acerca corriendo por la calle para decirme que es un optimista y que tiene dos millones y medio de farolas nuevas, todas pintadas, ya no de aquel verde guisante victoriano, sino de un futurista amarillo cromo y azul eléctrico, y que piensa plantarlas por todo el mundo en tales cantidades que nadie se dará cuenta de su existencia, sobre todo, porque todas serán iguales. Y yo no veo qué tiene el optimista para sentirse optimista. Una farola puede ser significativa aunque sea fea, pero él no hace que la farola sea significativa, sino que la convierte en algo insignificante.

En resumen, me parece que poco importa si un hombre está descontento en nombre del pesimismo o del progreso, si su descontento paraliza su capacidad de apreciar lo que tiene. Lo realmente difícil para el hombre no es disfrutar de las farolas o los paisajes, ni disfrutar del diente de león o de las chuletas, sino disfrutar del placer. Mantener la capacidad de degustar realmente lo que le gusta, ese es el problema práctico que el filósofo tiene que resolver. Y me parecía, al principio, como me parece al final, que los pesimistas y los optimistas del mundo moderno han confundido y enturbiado este asunto por haber dejado a un lado el antiguo concepto de humildad y agradecimiento por lo inmerecido. Este es un asunto mucho más importante que mis opiniones, pero, en realidad, fue al seguir ese tenue hilo de fantasía sobre la gratitud, tan sutil como esos abuelos de diente de león que se soplan al hilo de la brisa como vilanos de cardo, como llegué finalmente a tener una opinión que es más que una opinión y tal vez sea la única opinión que es realmente más que una opinión.

Este secreto de sencillez aséptica era verdaderamente un secreto; no era evidente, y desde luego, en aquella época no era en absoluto evidente. Era un secreto que ya casi se había desechado y encerrado totalmente junto a ciertas cosas arrinconadas y molestas, y se había encerrado con ellas, casi como si el té de diente de león fuera realmente una medicina y la única receta perteneciera a una anciana, una vieja harapienta e indescriptible, con fama de bruja en nuestro pueblo. De todas formas, es cierto que tanto los felices hedonistas como los desgraciados pesimistas mantenían una actitud defensiva provocada por el principio opuesto de orgullo. El pesimista estaba orgulloso del pesimismo porque pensaba que nada era lo bastante bueno para él; el optimista estaba orgulloso del optimismo porque pensaba que nada era lo bastante malo como para impedir que él sacara algo bueno. En ambos grupos, había hombres muy valiosos; hombres con muchas virtudes, pero que no sólo

carecían de la virtud en la que estoy pensando, sino que jamás habían pensado en ella. Decidían que o bien la vida no merecía la pena, o bien que tenía muchas cosas buenas; pero ni se les ocurría la idea de que pudiera sentirse una enorme gratitud incluso por un bien pequeño. Y cuanto más creía que la clave había que buscarla en aquel principio, por extraño que pareciese, más dispuesto estaba a buscar a aquellos que se especializaban en la humildad, aunque para ellos fuera la puerta del cielo y para mí la de la tierra.

Porque nadie más se especializa en ese estado místico en el que la flor amarilla del diente de león es asombrosa por inesperada e inmerecida. Hay filosofías tan variadas como las flores del campo; algunas son malas hierbas y otras, malas hierbas venenosas; pero ninguna crea las condiciones psicológicas en las que por primera vez vi, o deseé ver, la flor. Los hombres se coronan de flores y presumen de ellas; o duermen en un lecho de flores y las olvidan; o las nombran y numeran con objeto de cultivar una super-flor para la Exposición Imperial de flores; pero pisotean las flores como una estampida de búfalos; o las desarraigan como un pueril mimetismo de la crueldad de la naturaleza; o las arrancan con los dientes para demostrar que son iluminados pesimistas filosóficos. Sin embargo, respecto al problema original con el que empecé, el mayor aprecio imaginativo de la flor que fuera posible, ellos no hacen nada, salvo disparates; respecto a eso, ignoran los hechos más elementales de la naturaleza humana, y al trabajar sin pies ni cabeza en todas las direcciones, todos sin excepción se equivocan en su trabajo. Desde la época a la que me refiero, el mundo ha empeorado todavía más en este aspecto. Se ha enseñado a toda una generación a decir tonterías a voz en grito sobre su «derecho a la vida», «derecho a la experiencia» y «derecho a la felicidad». Los lúcidos pensadores que hablan de esto modo, en general, acaban la enumeración de todos estos extraordinarios derechos diciendo que no existe el bien y el mal. En ese caso, es algo difícil especular de dónde puedan proceder esos derechos. Pero yo, por lo menos, me inclinaba cada vez más hacia esa vieja filosofía que sostenía que sus verdaderos derechos tenían el mismo origen que el diente de león y que ellos jamás podrían valorar ninguno de los dos si no reconocían su fuente de procedencia. Y en ese sentido último, el hombre no creado, el hombre nonato, no tiene derecho siquiera a ver el diente de león, porque él no podría haber creado ni el diente de león ni la vista.

He recurrido aquí a una metáfora tópica de un libro de versos afortunadamente olvidado, únicamente porque es ligera y trivial, y los niños pueden dispersarla de un soplo, como si fuera un vilano de cardo, y porque es más apropiado para un lugar como este al que el argumento formal no se ajustaría. Pero, a no ser que alguien crea que el concepto no guarda relación con el razonamiento, sino que es sólo una fantasía sentimental sobre malas hierbas o flores silvestres, indicaré superficial y brevemente lo bien que esta imagen encaja en todos los aspectos del razonamiento. En cuanto a lo primero,

el crítico fortuito dirá: «¡Vaya tontería que es todo esto! ¿Quiere usted decir que un poeta no puede dar gracias por la hierba y las flores silvestres sin ponerlo en relación con la teología; y no digamos nada de que tenga que ser su teología?». A lo que yo respondo: «Sí, quiero decir que no puede hacerlo sin relacionarlo con la teología, a no ser que pueda hacerlo al margen del pensamiento. Si consigue ser agradecido y que no haya nadie a quien agradecer ni buenas intenciones por las que dar las gracias, entonces él simplemente se refugia en ser desconsiderado para evitar tener que ser desagradecido». Pero, desde luego, el razonamiento va más allá de la gratitud consciente y puede aplicarse a cualquier clase de paz, seguridad o tranquilidad, incluso a la seguridad y la tranquilidad inconscientes. En último término, incluso la adoración por la naturaleza de los paganos o el amor por la naturaleza de los panteístas dependen tanto de la intención implícita y la bondad objetiva de las cosas como la acción de gracias directa de los cristianos. En realidad, la Naturaleza es, en el mejor de los casos, otro nombre femenino que damos a la Providencia cuando no la tratamos muy en serio, un fragmento de mitología feminista. Hay una especie de cuento de hadas, más adecuado para contarlo al amor de la lumbre que en el altar, en el que lo que se llama Naturaleza puede ser una especie de hada madrina. Pero sólo puede haber hadas madrinas porque hay madrinas; y hay madrinas porque hay madre; y si hay madre, es porque existe un Padre.

Lo que me ha molestado toda la vida sobre los escépticos es su extraordinaria lentitud para llegar a una conclusión, aunque sea sobre sus propias posturas. He escuchado cómo los criticaban o cómo los admiraban por su temeraria precipitación y su imprudente furia innovadora, pero yo siempre he encontrado difícil lograr que se movieran unas pulgadas y terminaran su razonamiento. Cuando por primera vez se insinuó que tal vez el universo no obedeciera a un gran diseño, sino que tan sólo fuera una excrecencia ciega e indiferente, deberíamos habernos dado cuenta inmediatamente de que aquello impediría para siempre el que un poeta se instalase en los verdes campos como en su casa o buscara inspiración en el cielo azul. La hierba verde pasaría a ser como el verde herrumbre o el verde podredumbre, y dejaría de tener relación con ese algo auténtico con el que tradicionalmente se la ha asociado. De igual forma, el cielo azul nos evocaría lo mismo que una nariz amputada en un congelado universo muerto. Los poetas, incluso los paganos, sólo pueden creer directamente en la Naturaleza si indirectamente creen en Dios; si la segunda idea se desvaneciera de verdad, tarde o temprano la primera seguirá el mismo camino. Y aunque sólo sea por una especie de dolorido respeto por la lógica humana, desearía que fuera lo más temprano posible. Desde luego, un hombre puede mostrar un interés casi animal ante ciertos accidentes de forma y color en una roca o un charco, igual que ante una bolsa para trapos o ante un guardapolvos, pero no puede mostrar eso a lo que se refieren los grandes

poetas o los grandes paganos al hablar de los misterios de la Naturaleza o de la inspiración de los poderes elementales. Cuando ya no existe siquiera una vaga idea de los fines o las presencias, entonces el bosque multicolor es realmente una bolsa de trapos, y el espectáculo del polvo queda reducido al guardapolvos. Se puede ver cómo esta constatación invade como una lenta parálisis a todos los poetas modernos que no han reaccionado ante lo religioso. Su filosofía del diente de león no es la de que todas las malas hierbas son flores, sino más bien la de que todas las flores son malas hierbas. En realidad llega a convertirse en una especie de pesadilla, como si la propia Naturaleza no fuera natural. Tal vez esa sea la causa por la que muchos de ellos intentan desesperadamente escribir sobre las máquinas, cuyo diseño, de momento, nadie discute. Ningún Darwin ha sostenido todavía que los motores empezaran como esquilas de metal y que, en su mayoría, fueran chatarra; o que sólo los coches que desarrollaron por casualidad un carburador sobrevivieron a la lucha por la vida en Piccadilly. Sea cual sea la razón, he leído poemas modernos que claramente intentan que la hierba parezca algo meramente áspero, pinchado y repugnante como una barbilla sin afeitar.

Ese es el primer distintivo: que este misticismo humano común frente al polvo, al diente de león, a la luz del día o a la vida diaria del hombre depende absolutamente, y siempre ha dependido, de la teología, si es que ha tenido relación con el pensamiento. Y si a continuación me preguntan que por qué esta teología, respondería que porque es la única que no sólo ha pensado, sino que ha pensado en todo. No sólo no negaré que casi todas las teologías o filosofías contienen una cierta dosis de verdad, sino que lo afirmo rotundamente; y de eso me quejo. Todas y cada una de las doctrinas o sectas que conozco se conforman con seguir una verdad, bien sea teológica, teosófica, ética o metafísica; y cuanto más universales afirman ser, tanto más parece que lo único que hacen es simplemente coger algo y aplicarlo a todo. Un científico y erudito hindú muy brillante me dijo: «Sólo existe una cosa: la unidad y la universalidad. Los puntos en los que las cosas discrepan no son importantes; lo único importante es aquello en lo que coinciden». Y yo le respondí: «El acuerdo al que realmente queremos llegar es el acuerdo entre acuerdo y desacuerdo. Es la sensación de que las cosas difieren aunque sean una». Mucho después, descubrí que lo que yo quería decir ya lo había formulado mucho mejor el escritor católico Coventry Patmore: «Dios no es infinito; es la síntesis entre lo infinito y el límite». En resumen, los otros profesores eran siempre hombres de una sola idea, aunque aquella única idea fuese la universalidad. Y eran especialmente estrechos cuando su única idea era la amplitud. Sólo he encontrado un credo que no se contenta con una sola verdad, sino únicamente con la Verdad, hecha de un millón de verdades y, sin embargo, una. E incluso en esta ilustración sobre mis propias fantasías personales, lo que afirmo se demuestra doblemente. Si hubiera divagado como

Bergson o Bernard Shaw y hubiera construido mi propia filosofía a partir de mi precioso fragmento de verdad, por el simple hecho de haberla descubierto yo solito, pronto habría descubierto cómo esa verdad se distorsionaba y convertía en falsedad. Incluso en este caso, hay dos modos en los que podría haberse vuelto contra mí y haberme destrozado. Uno habría sido alentando el engaño al que yo estaba más predispuesto; y el otro, excusando la falsedad que me parecía más inexcusable. Respecto al primero, la sensación exagerada de que aquella luz del día, el diente de león y toda aquella primera experiencia eran una suerte de visión increíble, se habría convertido en mi caso, sin el contrapeso de otras verdades, en algo realmente desequilibrado. Porque la idea de ver visiones estaba peligrosamente cercana a mi vieja pesadilla original, que me había conducido a moverme como en un sueño y, en determinado momento, a perder el sentido de la realidad y con él, gran parte de la responsabilidad. Y en lo tocante a la responsabilidad, en un terreno más práctico y ético, podría haber provocado en mí una especie de quietismo político, al que yo me oponía en conciencia tanto como al cuaquerismo. Porque, ¿qué habría podido decir yo si un tirano hubiera tergiversado esta idea de la conformidad trascendental y la hubiera convertido en una excusa para la tiranía? Supongamos que hubiera citado mis propios versos sobre la idoneidad de una existencia elemental y sobre la verde visión de la vida; supongamos que lo hubiera utilizado para demostrar que los pobres deben contentarse con cualquier cosa y que hubiera dicho como el viejo tirano: «Que coman hierba».

En una palabra, tenía el humilde propósito de no ser un maníaco, más que nada de no ser un monomaniaco, pero sobre todo, de no ser un monomaniaco con una sola idea simplemente porque era la mía. La idea era bastante normal y bastante consistente con la fe; en realidad, era parte de ella. Pero sólo siendo parte de ella, podía haber permanecido normal. Y creo que esto sirve para casi todas las ideas de las que mis contemporáneos más capaces han extraído nuevas filosofías, muchas de ellas bastante normales al principio. Por tanto, he llegado a la conclusión de que existe una absoluta falacia contemporánea sobre la libertad de las ideas individuales, que es la de que tales flores crecen mejor, e incluso más grandes, en un jardín, y que en pleno campo se marchitan y mueren.

Y de nuevo soy muy consciente de que habrá alguien que haga esa pregunta natural y normalmente razonable: «¿De verdad quiere usted decir que a menos que un hombre acepte el particular credo que usted defiende, no puede poner objeciones a que se pida a la gente que coma hierba?». A esto, de momento, sólo contestaré: «Sí, eso quiero decir; pero no exactamente como usted lo formula». Sólo añadiré, de pasada, que lo que realmente me subleva a mí y a todo el mundo sobre esa famosa burla del tirano es que transmite la insinuación de que se puede tratar a los hombres como bestias. Añadiré también que mi objeción no desaparecería por el hecho de que las bestias

tuvieran suficiente hierba ni aunque los botánicos demostraran que la hierba es la dieta más nutritiva.

Me dirán que por qué ofrezco aquí este puñado de tópicos deshilvanados, tipos y metáforas, todo absolutamente inconexo; pues porque ahora no estoy exponiendo un sistema religioso; estoy acabando una historia y redondeando lo que, al menos para mí, ha tenido mucho de aventura romántica y de novela de misterio. Es una narración totalmente personal que empezó en las primeras páginas de este libro, y estoy respondiendo al final sólo las preguntas que planteé al principio. He dicho que tuve en la infancia, y en parte la he preservado, cierta debilidad romántica que ni el pecado ni el dolor han podido matar, porque a pesar de no haber tenido graves problemas, he tenido muchos. Un hombre no se hace viejo sin tener preocupaciones, aunque por lo menos yo me he hecho viejo sin aburrirme. La existencia es todavía para mí una cosa extraña y como a una extraña le doy la bienvenida. Bueno, para empezar, pongo ese principio de todos mis impulsos intelectuales ante la autoridad a la que finalmente he llegado, y descubro que estaba allí antes de que yo la pusiera. Me ratifico en mi constatación del milagro de estar vivo, no en ese oscuro sentido literario en el que los escépticos lo utilizan, sino en un sentido claro y dogmático que consiste en haber recibido la vida de lo único capaz de obrar milagros.

He dicho que esta tosca y primitiva religión de la gratitud no me salvaba de la ingratitud, del pecado que, para mí, tal vez sea el más horrible porque significa desagradecimiento. Pero también en esto he descubierto que me aguardaba una respuesta. Precisamente porque el mal estaba sobre todo en mi imaginación, sólo podía ser penetrado por esa idea de la confesión que significa el final de la simple soledad y el silencio. Sólo he encontrado una religión que se atreviera a descender conmigo a mis propias profundidades. Sé, desde luego, que la práctica de la confesión, tras haber sido denigrada durante tres o cuatro siglos y durante gran parte de mi propia vida, se está recuperando con cierto retraso. Los científicos materialistas, siempre por detrás de su tiempo, reivindican todo lo que en ella se denigró como indecente e introspectivo. He oído que una nueva secta ha comenzado una vez más las prácticas de los monasterios más primitivos y a tratar la confesión comunitariamente. A diferencia de los primitivos monjes del desierto, a los miembros de esta secta parece gustarles realizar el ritual vestidos con traje de noche. En resumen, no quiero dar la impresión de que ignoro que distintos grupos en el mundo moderno se preparan para facilitarnos las gracias de la confesión. Ninguno de los grupos, hasta donde yo sé, manifiesta facilitar esa pequeña gracia de la absolución.

He dicho que mis morbideces eran tanto mentales como morales y que se hundían en la más pasmosa profundidad del escepticismo y solipsismo

fundamentales. Y una vez más, volví a descubrir que la Iglesia se me había adelantado y había establecido sus inquebrantables bases; que había afirmado la realidad de las cosas externas, de forma que incluso los locos pudieran oír su voz y que, mediante la revelación que tenía lugar en su mente, empezaran a creer lo que veían.

Para terminar, he dicho que he intentado, aunque imperfectamente, servir a la justicia y que he visto nuestra civilización industrial enraizada en la injusticia mucho antes de que se convirtiera en un comentario corriente como lo es hoy en día. Cualquiera que se moleste en mirar los ficheros de los grandes periódicos, incluso de los supuestamente radicales, y vea lo que dicen sobre las grandes huelgas y lo compare con lo que mis amigos y yo decíamos en las mismas fechas, puede fácilmente comprobar si lo que digo es una fanfarronada o una simple realidad. Pero cualquiera que lea este libro (si alguien lo hace) verá que desde el principio mi instinto sobre la justicia, la libertad y la igualdad era de alguna forma distinto del habitual en mi época, distinto de todas aquellas tendencias dirigidas a la concentración y la generalización. Mi instinto me llevaba a defender la libertad de las naciones pequeñas y de las familias pobres; es decir, una defensa de los derechos del hombre que incluía los derechos de propiedad; sobre todo, la propiedad de los pobres. Realmente, no entendí el significado de la palabra libertad, hasta que oí que la llamaban con el nuevo nombre de dignidad humana. Era un nombre nuevo para mí, aunque era parte de un credo con casi dos mil años de antigüedad. En resumen, había deseado fervientemente que el hombre pudiera ser dueño de algo, aunque sólo fuera de su propio cuerpo. Al ritmo que avanza la concentración de bienes materiales, un hombre no poseerá nada, ni siquiera su propio cuerpo. Se ciernen ya en el horizonte vastas plagas de esterilización o higiene social, aplicadas a todos y que nadie impone. Por lo menos no voy a discutir aquí con lo que pintorescamente se llaman autoridades científicas del otro lado. He encontrado una autoridad que está de mi lado.

Esta historia, por tanto, sólo puede acabar como una historia de detectives, con respuestas a sus particulares preguntas y con una solución al problema planteado inicialmente. Miles de historias totalmente diferentes, con problemas totalmente distintos han acabado en el mismo punto y con los problemas resueltos. Pero para mí, mi final es mi principio, como la frase de María Estuardo citada por Maurice Baring, y la aplastante convicción de que existe una llave que puede abrir todas las puertas me devuelve a la primera percepción del glorioso regalo de los sentidos y a la sensacional experiencia de la sensación. Surge de nuevo ante mí, nítida y clara como antaño, la figura de un hombre con una llave que cruza un puente, tal como lo vi cuando por primera vez miré el país de las hadas a través de la ventana del teatrillo de juguete de mi padre. Pero sé que aquel a quien llaman Pontifex, el constructor del puente, también se llama Claviger, el portador de la llave, y que esas llaves

le fueron entregadas para atar y desatar cuando era un pobre pescador de una lejana provincia, junto a un pequeño mar casi secreto.

Freeeditorial 